ERNESTO FLORES

Compilador

ANTONIO ZARAGOZA

Cuento, Poesía y Teatro

Hojas Literarias

ANTONIO ZARAGOZA

Cuento, Poesía y Teatro

ERNESTO FLORES

ANTONIO ZARAGOZA

CUENTO, POESÍA Y TEATRO

Hojas Literarias

Directorio

Lic. Francisco Javier Ramírez Acuña
GOBERNADOR DEL ESTADO DE JALISCO

Lic. Héctor Pérez Plazola
SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO

Sra. Sofía González Luna
SECRETARIA DE CULTURA

Arq. Salvador de Alba Martínez
DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL

L.C.C. Luis Manuel Cadavieco Alarcón
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

ZARAGOZA: Cuento, Poesía y Teatro
Compilador: Ernesto Flores

Revisión y corrección: Carmen Peredo y Gabriela Flores Peredo
Diseño editorial: Roberto Ramírez García

1a edición: junio 2004

ISBN **970-624-366-6**

D.R. Secretaría de Cultura.
Cabañas No. 8, Plaza Tapatía,
C.P. 44360, Guadalajara, Jalisco.

Reservados todos los derechos. Ni todo el libro, ni parte de él puede ser reproducido, archivado o transmitido de forma alguna o mediante algún sistema electrónico, mecánico de fotorreproducción, memoria o cualquier otro, sin permiso escrito del editor.

Editorial Emprendedores Universitarios
Av. La Paz 1432, Col. Americana,
C.P. 44100, Guadalajara, Jal.
Tels./Fax: (33) 3827-1796
E-mail: fiec@megared.net.mx

Impreso en México
Printed in Mexico

Antonio Zaragoza

(Guadalajara, 1855-Tepic, 1910)

Cuento, Poesía y Teatro

Antonio Zaragoza en el grupo de la República Literaria

La Segunda mitad del siglo XIX marcó una etapa importante en la literatura jalisciense. Coincidiendo con el amanecer de las imprentas, si bien escasean entonces los libros, proliferan las revistas. Recordemos entre muchas otras publicaciones importantes: *El Ensayo Literario* (1850), *La Revista* (1851), *Aurora Poética de Jalisco* (1851), *La Ilustración* (1856), *El Pueblo* (1867), *La Cuchilla* (1867), *La República* (1867), *La Civilización* (1868), *Juan Panadero* (1871), *La Alianza Literaria* (1875), *La Aurora Literaria* (1877), *El Eco Social* (1878), *El Monitor Jalisciense* (1882), *Revista Mercantil* (1882), *El Hijo de Juan Panadero* (1885), *La Gaceta Jalisciense* (1885), *La República Literaria* (1886), *La Linterna de Diógenes* (1887), *Jalisco Ilustrado* (1891), *La Mariposa* (1893), *El Correo de Jalisco* (1895), *Flor de Lis* (1897), *El Correo* (1897), *La Floresta y Guirigay*. Tales revistas fueron de contrastante duración. Ese fue el motivo por el que la literatura jalisciense sobrevivió en revistas y periódicos.

La importancia de la producción literaria finisecular se comprueba al registrar las firmas notables que aparecen en tales publicaciones: José Santos Chocano, Rubén Darío, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Leopoldo Lugones, Manuel y Antonio Machado, Amado Nervo, Manuel José Othón, Luis G. Urbina, Ramón del Valle Inclán... Es entonces cuando poetas y narradores se deciden a traducir y dilatan el panorama literario de Jalisco. Esto sucede cuando a Guadalajara la llaman la Atenas de México.

Cuento y teatro breve aquí rara vez llegan a ser recogidos en libro. En cambio, los poetas de fin de siglo parecen interesados en coleccionar su obra, pero la mayoría esperará a residir en la capital del país.

Acaso el grupo más notable de Guadalajara fue el que fructificó a la sombra de *La República Literaria*. Quienes lo integraron produjeron casi todos obra abundante y valiosa, que aún espera ser estudiada.

El primero de ellos fue José López Portillo y Rojas (Guadalajara, Jal., mayo 26 de 1850-México, D. F., mayo 22 de 1923), uno de los directivos de *La República Literaria*. Cuentan, en su obra, *Seis leyendas* (1883), *La raza indígena* (1886), *Nieves* (1887), *El derecho y la economía política. Breves reflexiones* (1894), *La Parcela* (1898), *Novelas cortas* (1900), *Sucesos y novelas cortas* (1903), *Ricos y pobres* (1908), *Los precursores* (1909), *Ensayos económicos* (1910), *La doctrina Monroe* (1912), *Historias, historietas y cuentecillos* (1918), *Fuertes y débiles* (1919), *Sor Margarita* (1923), *La horma de su zapato* (1923) y *Elevación y caída del general Porfirio Díaz* (sin fecha; 2a. edición en 1921). La carrera política de López Portillo y Rojas llegó a incluir: Delegado a la Conferencia Panamericana de 1901-1902, Diputado y Senador al Congreso de la Unión,

Subsecretario de Instrucción Pública, Ministro de Relaciones Exteriores y Gobernador del Estado de Jalisco.

Antonio Zaragoza (Guadalajara, Jal., febrero 28 de 1855-Tepic, Nay., octubre 1o. de 1910), fue director del Periódico Oficial de Jalisco y colaboró en *Flores y Espinas*, *La Aurora Literaria*, *El Eco Social*, *La Alianza Literaria*, *La Unión Jalisciense*, *La República Literaria*, *Jalisco Ilustrado* y *La Unión*. Se le supo miembro de *Flor de Lis*, pero no encontré textos de Zaragoza en tal revista.

Manuel Álvarez del Castillo (Guadalajara, Jal., febrero 16 de 1860-Guadalajara, Jal., noviembre 2 de 1887), escribió poco en sus veintisiete años de vida, sobre todo cuentos y crónicas que no alcanzó a reunir en libro. En *La República Literaria* publicó siete cuentos: *Miss Harriet*, *La novela de un beso*, *Las apariencias engañan*, *Historia de un tesoro*, *Minnie*, *cuatro cartas* y *El rosal*.

Manuel Puga y Aca1 (Guadalajara, Jal., octubre 8 de 1860-México, D. F., octubre 13 de 1930). Obras: *Después del beneficio. Monólogo lírico* (1884), *Los poetas mexicanos contemporáneos* (1888), *Baladas lúgubres* (1892), *Noventa documentos para la historia patria* (1898), *Verdad y Talamantes, primeros mártires de la independencia mexicana* (1908), *Fray Gregorio de la Concepción y su proceso de inficencia* (1911), *La fase diplomática de nuestra guerra de independencia* (1919), *Lirismo de antaño* (1923), *Intermezzo* (1927), *¿Quién fue la Fernandita?* (1927) y *El imperio de Maximiliano*, 1864-1867 (1927).

Victoriano Salado Álvarez (Teocaltiche, Jal., septiembre 30 de 1867-México, D. F., octubre 13 de 1931). Su bibliografía incluye: *De mi cosecha* (1888), *De autos* (1891), *De Santa Anna a la Reforma* (1902), *La intervención* (1903), *La conjura de Sarús y1as primeras. tentativas de conquista de México por americanos del Oeste* (1908), *México peregrino* (1924), *Mexicanismos supervivientes en el inglés de Norte-América* (1924), *La vida azarosa y romántica de Car1os María Bustamante* (1933), *Episodios Nacionales* (1945), *Memorias: Tiempo viejo. Tiempo nuevo* (1946), *Minucias del lenguaje* (1957), y *Rocalla de la Historia* (1958).

Antonio Zaragoza, poeta jalisciense de la segunda mitad del XIX, fue reconocido por las mayores figuras nacionales de su tiempo. Pub1icó precipitadamente poemas de juventud, lo que hoy sirve para orientarnos en el principio de su carrera: *A mi patria* (mayo 4 de 1870), *El arpa* (octubre 6 de 1870) y *Cómo la amé* (diciembre 2 de 1870), ingenuas piezas quinceañeras, están acaso como puntos de partida en la recolección de su obra integral.

Después, ya en el número inicial de *La República Literaria*, apareció un poema de Zaragoza que sus lectores recordarían siempre: *Guadalupe* (Tepic, junio 17 de 1883). Este acierto fortaleció la fe que López Portillo y Rojas tenía en su pupilo y cimentó una amistad que prevaleció por tres décadas, incluso en la ausencia. Compañeros de ideas políticas, simpatizadores del porfirismo y lectores devotos del realismo y el naturalismo, estuvieron siempre en contacto epistolar. Así fue hasta la muerte de Zaragoza, meses después que López Portillo y Rojas tomó posesión como Gobernador del Estado de Jalisco en 1910.

En las Ediciones "Regeneración" de Guadalajara, en 1882, tuvo lugar el lanzamiento de un drama en tres actos, en verso, titulado *El verdugo,* basado en una novela de Honoré

de Balzac, escrito conjuntamente por Francisco Arroyo de Anda y Antonio Zaragoza.

Ese mismo año, la Escuela de Artes de Tepic publicó dos cuadernos de poemas de Zaragoza: *Armonías* y *Recuerdos* (ambos en 1882). Este último tuvo una segunda edición tipografiada por Luis Pérez Verdía en Guadalajara cuatro años después. Tal colección fue incluida en el segundo número de *La República Literaria* (septiembre 1886-febrero 1887).

En dicha revista fueron publicados cuatro cuentos de Zaragoza: *La estatua del apóstol* y *El primer beso* (marzo de 1887-marzo de 1888), *La plegaria de una muerta* (marzo de 1888-marzo de 1889) y *Dolores* (marzo de 1889-marzo de 1890).

En 1895 *El Heraldo* editó *Veinte cuentos de literatos jalisciense*s, que incluía *La estatua del apóstol* y *Dolores.*

En 1890 apareció *Versos*, con toda la producción poética de Zaragoza. Tuvo entonces críticas adversas por incluir textos de adolescencia, no de niñez como aseguró Enrique González Martínez.

En 1888 Zaragoza dio a conocer su más ambicioso poema: *La ventana.* Hoy que la literatura mexicana cuenta con piezas mayores, el redescubrimiento de *La ventana*, escrito en un país donde la poesía es, como se dijo, delicada y sutil, puede ser visto como el antecedente de otras obras de gran aliento como el *Idilio* (1895) de Salvador Díaz Mirón en 173 versos; *Suave Patria* (1921) de Ramón López Velarde en 154; *Muerte sin fin* (1939) de José Gorostiza en 688; *Piedra de sol* (1957) de Octavio Paz en 588; *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* (1973) de Jaime Sabines en 456...

Octavio G. Barreda se asombraba de que en un grupo donde todo poema de tres cuartillas era calificado de "culebrón", haya sido creada. la *Muerte sin fin*, poema largo tan poco característico de los Contemporáneos. Carlos Pellicer, otro poeta que erróneamente ha sido relacionado con tal grupo, escribió también poemas extensos. *La Décima muerte* de Villaurrutia era considerado por los Contemporáneos más bien como una serie de poemas. Y así hubo alguna vez un discreto rechazo del poema de gran aliento creado entre pilares tan sólidos en la historia como el *Testamento* (1461) de Francois Villón en 2023 versos; *La violación de Lucrecia* (1594) de William Shakespeare en 1848; la *Fábula de Polifemo y Galatea* (1613) de Luis de Góngora y Argote en 504; *La Gatomaquia* (1634) de Lope de Vega en 2786; el *Poema heroico de las necesidades y locuras de Orlando el enamorado* (1640) de Francisco de Quevedo en 1536; *El barco ebrio* (1871) de Arthur Rimbaud en 100; *La tierra de Alvar González* (1912) de Antonio Machado en 702; la *Oda Marítima* (1916) de Fernando Pessoa en 927; la *Tierra baldía* (1922) de T. S. Elliot en 433; *Llanto por Ignacio Sánchez Mejía* (1934) de Federico García Lorca en 320... ¿Las dimensiones obedecen a unas actitudes modales?

Antonio Zaragoza, en la etapa final del XIX, cuando se marca un ascenso de la poesía en el ingenuo romanticismo jalisciense, enfrenta la práctica del poema de aliento mayor con medios sencillos. No obstante manifiesta un gusto por la narrativa poética con planos sugeridos y enfoque de ausencias. La habitación de una doncella muerta y su ventana son suficientes para resucitar una historia y las descripciones constituyen el retrato indirecto de la protagonista.

Poema retrospectivo en tres partes, en la primera juega misteriosamente con la humanización de la casa:

Lo que los ojos son en el semblante,
Eso son las ventanas en la casa.
Si la suerte a una casa me conduce
En donde las ventanas no han abierto,
Tal clausura el efecto me produce
De los cerrados párpados de un muerto.

LA VENTANA

La segunda parte expone la biografía familiar antecedente y queda para la tercera, su columna vertebral, la historia desdichada y el desenlace con la dramática muerte del personaje fundamental.

Se elige el endecasílabo, que alguna vez se combina con el heptasílabo, rimado en consonantes.

En otros poemas abundan los cuartetos serventesios y hay una acuciosa disciplina en el oficio del versificador. En febrero de 1887 publicó cincuenta poemas breves, entre los que el último se anticipa a otro de Alfredo R. Placencia en su modesta aspiración al olvido.

No lo quiero negar, soñé yo un poco
Del genio con la palma;
Y, en mis momentos de entusiasmo loco,
Tuve alas en el alma.

De mi vida, el amor hizo un gran sueño;
Torrentes de pasión lancé anhelante;
Luego un ser ideal forjé en mi empeño,
Y yo no sé qué mundo deslumbrante...

¡Hoy todo ha concluido!
Cuando Dios, que al que llora recompensa,
Se apiade, al fin de lo que yo he sufrido,
En silencio me iré como he venido;
Quiero en la sombra entrar: ¡tengo una inmensa
Necesidad de olvido!

Este poema aclara un enigma que para muchos era incomprensible: el retiro y el silencio creador de Zaragoza durante sus últimos quince años.

Zaragoza partió a Tepic en 1990, cuando esa ciudad cumplía seis años de su separación del Estado de Jalisco. Recomendado por José López Portillo y Rojas, Zaragoza fue nombrado Secretario de Gobierno. Fundó entonces un modesto periódico tepiqueño llamado *Lucifer*, nombre que en otro tiempo sirvió de seudónimo en el *¡Huy!* de Guadalajara a su amigo Arcadio Zúñiga y Tejeda.

ERNESTO FLORES

Siete Visiones de Zaragoza

1)
La vista vaga, la color trigueña,
Delgado el cuerpo cual flexible caña,
Piernas torcidas cual las de una araña,
Nariz que más que roma es aguileña.

Tiene instrucción y a fe que no es pequeña,
Nunca como él su musa ha sido huraña,
Y cuando enristra crítica guadaña,
Es capaz de rajar hasta una peña.

Ya, por nuestra desgracia, nunca empuña
La épica trompa o la cordial zampoña,
Con que cantaba a toda la campiña.

Hoy, siendo periodista refunfuña
Y mojada su péñola en ponzoña,
Artículos políticos apiña.

Antonio Zaragoza por Alberto Santoscoy, Guadalajara, Jal., 1876.

2)
"Hay en Guadalajara un centro de las buenas letras, cuyo órgano en la prensa es *La República Literaria.* No tenemos, por desgracia, en la capital de la República, ninguna publicación que aventaje o compita con este canastillo de aromosas flores que levanta en sus brazos una canéfora del arte: la señora Esther Tapia de Castellanos.

"Con desparpajo, como quien es de la familia, trata a las musas Antonio Zaragoza. Él no acicala su pensamiento: deja que salga tal como es,

en la marmórea desnudez helena.

"Sus poesías cortas tienen la concisión y la elocuencia de una inscripción latina. Semejan epitafios de ilusiones. No trabaja el poeta en revestir de forma brillante sus ideas:

la inspiración las arroja de su ser en una oleada, como la mar arroja los cadáveres. En pocos vates nuestros se observa tanto como en Zaragoza la intensidad del sentimiento. Así, por ejemplo, dice en estas dos estrofas dignas de Heine:

¡MÍRAME fijamente!
¿Por qué tiemblas así, por qué te humillas?
Pálida de dolor tengo la frente;
Tú, rojas de vergüenza, las mejillas.

Ni siquiera mereces mis rencores,
Y yo prefiero, aunque el pesar me venza,
la noble palidez de los dolores
Al candente rubor de la vergüenza.

"Como la obra poética de Gustavo Becquer, la de Zaragoza es un pequeño drama..No tienen nombre los personajes, pero en realidad los conocemos sin saber quienes son. Poetas como él viven para un solo sentimiento, para un amor único.

"La vida los encierra en un dolor, como el señor feudal encierra a su enemigo en una torre. Vanamente se buscaría en los versos de Antonio Zaragoza el sentimiento de la Naturaleza. Él no ve las flores, él no mira las estrellas, él no escucha los tumbos del océano: sólo ve y oye a su amada. Y le dice con mucha verdad y con ternura inmensa:

Al ver nuestra pasión desvanecida,
dime, ¿no es cierto que te sientes triste?
¡Debe ser tan hermoso en esta vida
sentirse amada como tú lo fuiste!

"Y más adelante:

¡Del amor extinguidos los reflejos,
hoy estamos tan lejos en la vida,
que si cuando la muerte nos divida
estaremos más lejos!

"La tristeza es la muda y enlutada compañera de su genio. En la poesía titulada *Guadalupe*, tiene estos versos hondamente tristes:

Pero tú no anhelabas
ni su odio ni su amor; y navegabas
del mar humano en las rugientes olas,

tranquila en las tormentas y en las calmas...
¡Sola estuviste aquí! Las grandes almas
siempre atraviesan por la vida solas

"En la misma composición encuentro esta perla:

¡Qué vida fue la suya!, ¡qué poema!
¡De páginas sublimes y sencillas!
¡Al abatir tu frente, alba y suprema,
se desplomó la Muerte de rodillas!

"No hay que pedir atildamiento ni exquisita corrección a la poesía de Zaragoza, como tampoco se exige esmero en el tocado de la mujer que está afligida. Siempre esta poesía de luctuosas tocas, esta viuda de un amor hermosísimo, va llorando al cementerio. Lleva flores en las manos, pero son flores para el mármol del sepulcro.

"Cada uno de los versos de Antonio brilla fugazmente, como los fuegos fatuos que chispean entre las tumbas. No son relicarios: son ataúdes blancos de inocentes muertecitos. Al leerlos, se admira al autor y se le quiere. ¿Qué mayor gloria? Zaragoza es, sin duda, uno de los primeros poetas mexicanos."

Guadalajara (Notas al vuelo) por Manuel Gutiérrez Nájera (el Duque Job). "El Partido Liberal", junio 3 de 1888.

3)

"Puede aplicársele lo que de la poesía se dijo: *Il est venu d´une patrie lontaine*, de la patria misteriosa de donde vienen los que Jove desheredó porque no llegaron a tiempo para recibir su porción de bienes, pero a quienes dio participio en su gloria y morada en el coruscante trono donde tiene su asiento. ¿Qué lejana patria es ésa? La del arte, la del sentimiento: ¡el azul arcano, infinito! *L' art c'est l'azur!*

"Tendencia melancólica y suave hacia aquella patria, que vislumbra su espíritu desde las excelsitudes de su inspiración, como Moisés la tierra prometida desde las cumbres del Nevo, se advierte en el poeta. Hastíale el continuado bullicio de la vida; hiérele el esplendor poderoso de aquel sol tropical que orea la tierra donde vive; quiere como todos los grandes nostálgicos el claroscuro donde perderse, y clama en un momento de tedio por las agitaciones y las luchas:

Quiero en la sombra entrar: ¡Tengo una inmensa
necesidad de olvido!

...Oh, sí: *Il est venu d'une patrie lontaine.*

+++

"El *Duque Job* paseaba su puro por las calles de México; Zaragoza pasea sus tristezas por las solitarias calles de Tepic. Sabe reír y ser amable siempre, como el sometido que transige con los convencionalismos de un mundo que no lo atrae y por el cual anhela pasar muy de prisa.

"Ni pretende admiraciones ni solicita aplausos; quiere, con una conmiseración afectuosa, a los enfermos de la vida que le rodean, porque él está enfermo; a la naturaleza, porque el espacio zafirino le habla de la patria perdida; a las flores, porque él también tuvo perfumes, los perfumes de aquellos amores efímeros que lo hicieron un punto mirar la tierra, y que luego -¡aromas al fin!- huyeron al cielo, amores que fueron lampos fugitivos, como todos los resplandores de la vida: al mar, porque la ola le dice: *"¡Espera!, ¡espera!"*, y otra ola le dice: *"¡Olvida!, ¡olvida"*; a los brotes primaverales, porque le recuerdan a las almas que vuelan antes de abrir su cáliz a las caricias del amor:

¡Cuánta melancolía
causa ver seca ya la flor tan blanca!
La vida de las flores dura un día
¡Pero más triste llanto nos arranca
ver marchito el botón que aún no se abría!

Pero el mayor cariño del poeta es la armonía.

Un libro entero ha escrito para consignar las aspiraciones dulcísimas que debió a Beethoven, Strauss, Bellini...

Amar la armonía porque vuela, porque acaricia más al corazón que al oído, porque sus besos son castos y divinos, propio es también de los que, como Del Casal, sólo llevan en lo interior del ánimo.

¡La nostalgia infinita de otro mundo!

...¡Oh!, sí: *Il est venu d'une patrie lontaine.*

+++

Fue mi hermano, lo es, sin embargo, sólo hemos cambiado, al cruzarse nuestras barcas, empavesada la mía por la ilusión, henchida por el viento de la esperanza y amainada la vela de la suya, la vela latina, deslizándose como ala de garza por el mar silencioso de su vida; sólo hemos cambiado, digo, algunas palabras -¡de saludo y despedida!-, pero nuestros espíritus se hablaron luego de tú; los unía un lazo inquebrantable: el lazo azul del misticismo.

El sigue coronado de adelfas: las que han rodeado a su frente de admiración y el cari-

ño, hacia el puerto; yo, en medio de borrascas, de un mar convulso, airado y rugiente, voy acaso al naufragio, y tal vez desde el leño a que asido quede cuando todo en mi rededor se hunda, veré su esquife, allá, perdiéndose en su lontananza violadas en que mar y cielo se besan, caminar lento aún hacia la playa querida de donde vino.

...¡Oh!, sí: *Il est venu d'une patrie lontaine.*

Antonio Zaragoza, por Amado Nervo. "El Nacional", febrero 24 de 1895. México. D.F.

4)

"Antonio Zaragoza era el verdadero desterrado en estas penumbras que llamamos luz y día.

"Como su resignación admirable y la alteza de su espíritu le impedían irse del mundo antes de que sonase la hora celeste, decidió compensar el destierro con la alegría de la caridad.

"Pasó haciendo el bien.

"Este gran sensitivo, este hondo e íntimo poeta, era un manirroto extraordinario.

"Zaragoza, ese exquisito olvidado que desdeñó, sin despecho, la gloria... O lo que así solemos llamar.

"La gloria pudo, en efecto, ir a él; pero no la quiso. Prefirió el divino silencio y el sereno olvido.

Cuando Dios, que al que llora recompensa,
se apiade al fin, de lo que yo he sufrido,
en silencio me iré como he venido:
quiero en la sombra entrar. Tengo una inmensa
necesidad de olvido.

"En Tepic, la quieta ciudad en que yo nací, fue a anidar su espíritu luminoso, donde había una necesidad muy grande de amor y de bien; e hizo muy santamente en quedarse allí, lejos de las modas literarias, de la literatura misma, que nada tiene que ver con el genio; lejos del reclamo, del sensacionalismo, de los arribistas impacientes.

"La ciudad de dulce monotonía, de íntima y sedante mansedumbre, le premió su predilección, pues en ella encontró el poeta el bien de más quilates que Dios ha escondido en las hondas vetas del espíritu: encontró la Paz!

"¡Qué importa que el vocerío hueco de los aplausos no haya ido a buscarle! ¡Tenía la radiosa diafanidad de su conciencia!

"Tenía muy cerca a su gran amigo el mar, una de cuyas olas le decía: *"¡Espera, espera!"*, mientras le decía otra ola: *"¡Olvida, olvida!"*

"Tenía corazones fieles.

"Tenía el misterio íntimo y casto de sus versos...

"Y, sobre todo, había encontrado la fe, y con el versículo de Los hebreos, se mantuvo sereno y firme, cual si hubiese visto a Aquel que es invisible."

Antonio Zaragoza por Amado Nervo. 1910.

5)

"En casa de López Portillo y Rojas conocí a muchísimos literatos excelentes. El mayor y más simpático era Antonio Zaragoza.

"Zaragoza no sólo no le debía nada a la belleza, sino que tenía mucho que reclamar de la más rudimentaria simetría.

"Era alto, excesivamente moreno, cargado de hombros, bizco, con una nariz que "semejaba a un gran higo", y los belfos prominentes, de aquellos que Cervantes decía que habrían servido para aspar telas. Pero en cuanto abría la boca, Zaragoza derramaba un torrente de chiste, de gracia, de simpatía, de agudeza y de buen humor. Contribuían a hacerlo amable las circunstancias de que andaba siempre muy majo, de que era aseadísimo en su persona y de que repartía a manos llenas cuanto tenía. Según entiendo, por mediación de Pepe López había conseguido la Secretaría de Gobierno de Tepic, y allá era queridísimo de todo el mundo por caballeroso y amable.

"Era temible en la polémica y recuerdo una tarde en que arrolló a Manuel Puga y a Manuel González, que defendían a Díaz Mirón por alguno de sus poéticos asesinatos, diciendo que hombres de esa "altitud" intelectual estaban fuera de todas las leyes divinas y humanas. "Así es -respondía Zaragoza con brío- que el Código penal está hecho para mí, para D. Ignacio Figueroa y para D. Norberto Castro, que somos apenas humildes notarios, mientras se exceptúan los grandes ingenios. Fue cosa que se le olvidó explicar a Martínez Castro.

"Yo he contado la argonáutica expedición que en su compañía emprendí a Tepic y de cómo a él le debo haber trabado conocimiento con un amigo que nunca me ha sido infiel y me ha consolado de todas mis penas: el mar.

"Los artículos con seudónimo que escribí en elogio de Tepic produjeron tal escozor en la delicada epidermis tapatía, que se me llamó nada menos que renegado y traidor o cosas por el estilo. Ahora que no poseo tamaños bríos y que me apasiono por pocas cosas, quisiera releer esos escritos para rectificarlos, confirmarlos... y sobre todo para reírme de ellos. Se pone tanta pasión en cosas que se olvidan luego, que hay que creer en la teoría de que cada seis o siete años renovamos moléculas físicas. Otro tanto debe pasar con las intelectuales".

Memorias. Tiempo viejo, tiempo nuevo de Victoriano Salado Álvarez. 1867-1925. México.

6)

(Zaragoza) "Escribía correctamente, era temible en la polémica, y en sus poesías se admira la sublimidad de sus ideas y su elevada inspiración, que lo han colocado en el rango de nuestros más altos poetas. Sólo una parte de sus composiciones ha sido recopilada y de desearse sería una edición que diera a conocer cuanto produjo su atildada pluma.

El periodismo en Guadalajara. 1809-1915 de Juan B. Iguíniz. En"Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología".

México, 1932.

7)

"Zaragoza no era propiamente mi amigo. Lo fue, como él decía, de mis padres, y yo lo veía años más tarde en sus visitas a Guadalajara, en compañía de José López Portillo y Rojas, de quien era íntimo y en cuya casa se alojaba. Salvo el pelo gris que yo había visto negro, se conservaba bien. Era alto y flaco, bizco y moreno, de una indiscutible fealdad; pero su elegancia natural, su dandismo en el vestir, sus finas maneras, su talento que se le salía por los ojos, su palabra elocuente, su cultura literaria y la simpatía que le rebosaba por el rostro, hacían olvidar los pocos dones físicos que le había concedido la naturaleza. Recluido en Tepic, donde era Secretario de Gobierno, era ya un poeta olvidado. Había tenido sus años de notoriedad; había sido amigo de Díaz Mirón, de Gutiérrez Nájera, de Justo Sierra, de Luis G. Urbina, de Nervo y de Othón; había pronunciado en una fiesta de Juárez unos versos que fueron muy elogiados; se le llegó a citar entre los primeros cultivadores de la lírica; y cuando parecía que le esperaba la gloria, fue a enterrarse en aquella provincia lejana, y, sin que nadie pudiera saber por qué, no volvió a salir de su retiro. Poco antes de esto, era considerado en unión de Manuel M. González, como el mejor poeta de Guadalajara. González, con parentesco othoniano, era más sobrio, más limpio de forma que Zaragoza; éste le ganaba en espontaneidad, en vena lírica. Enamorado de Becquer, fue Zaragoza de los que más siguieron el tono del poeta español. Cuando vino la hora de ridiculizar a los autores de "suspirillos germánicos", el golpe alcanzó al poeta jalisciense. Publicó antes de radicarse en Tepic o poco después de vivir allá, la colección completa de sus versos, en un grueso tomo, y cometió el grave error de no desdeñar ninguno de sus poemas, ni siquiera los escritos en su niñez precoz y en su inexperta adolescencia. Claro está que el libro salió muy desigual, y lo mediocre que en él abundaba perjudicó la reputación de Zaragoza. Pero había en el volumen bellos poemas de un romanticismo de buena ley, rimas becquerianas que no hubiera desdeñado el poeta andaluz y composiciona su noble aliento que la crítica elogió fervorosamente y de las cuales algunas alcanzaron envidiablemente popularidad. Hoy ¿quién recuerda a aquel poeta que pudo un día, con mejor ambiente, con más estímulo anterior, figurar entre nuestros grandes líricos? En el culto de sus íntimos, no morirá la figura de aquel orador elocuente, de aquel conversador admirable, de aquel artista de raza, engullido por el medio sofocante de la provincia, medio en que fue vencido cuando pudo ser vencedor. Derrochó entre sus amigos su ingenio y su elocuencia, en vez de prodigarlos en la prensa y en la tribuna; pero así y todo, dejó recuerdos de su palabra gallarda y de su delicada inspiración. Un suceso pinta al orador: a la llegada del tren a Guadalajara, se ofreció un banquete al ministro Baranda, quien concurrió a la inauguración en representación del Presidente Díaz. Cuando llegaron los postres, nadie se levantó a ofrecer la comida por una de esas imprevisiones provincianas que vienen de la falta de hábito para ciertas ceremonias. El ministro Baranda, hombre culto y de palabra fácil, creyó oportuno celebrar con un brindis el acontecimiento que lo había llevado a la capital tapatía, y pronunció un discurso que mantuvo la atención de los comensales por varios minutos y que fue saludado con aplausos calurosos. Lo malo era que, no estando previsto que hubiera orador en la fiesta, nadie se

levantó a contestar el discurso que, por venir de quien venía, resultaba solemne y oficial. Alguien dirigió a Zaragoza, que se hallaba entre los comensales, una mirada suplicante. La entendió el poeta, y con ademán gallardo, entonada voz y palabra de oro, produjo un brindis sensacional que dejó muy abajo al del Ministro y que provocó salvas de aplausos entre los concurrentes. Baranda se levantó de su asiento y abrazó al orador diciéndole mientras lo estrechaba entre sus brazos que valía la pena de haber hecho el viaje sólo por oírlo. Zaragoza, no solamente había salvado la situación, sino que había puesto muy alto el nombre de la tierra jalisciense.

"Pasé unos días en Tepic en compañía de mis amigos. El optimismo de Rafael y de Sixto me auguraban una serie de triunfos, de que ellos habían de ser participantes a la hora oportuna. Sólo Antonio Zaragoza, cargado de amargas experiencias y que ya conocía "la palabra final de la quimera", guardaba una actitud reticente. Al despedirme, me dijo: -"Te deseo toda la gloria que puedas conquistar... Aunque la gloria en México estriba en que Justo Sierra y Luis G. Urbina te hablen de tú"... Varios años después la conquisté a medias: a don Justo siempre le hablé de usted, pero conseguí el tuteo del Viejecito Urbina."

El hombre del búho de Enrique González Martínez. Ediciones de Cuadernos Americanos. México, 1944.

A la Sra.
Da. FRANCISCA SOLÍS DE ZARAGOZA

Su hijo
ANTONIO

Al Lector

Quizás algunas de las personas que lean este libro deseen saber quién soy yo, y es muy justo que su curiosidad quede satisfecha. Nací en la ciudad de Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, perteneciente a la República Mexicana, el día veintiocho de Febrero de mil ochocientos cincuenta y cinco, y no he hecho, desde entonces hasta la fecha, nada que merezca ser referido. Soy abogado, notario público, y suelo ser periodista. Trabajo para vivir, no hago mal a nadie a sabiendas y perdono a todos los que me causen daños. Vivo en la ciudad de Tepic, y moriré donde y cuando Dios quiera, tan oscuro como he vivido.

Me parece que no puede haber una biografía más completa. En cuando a mis versos, han heredado la insignificancia que me caracteriza. Los publico sabiendo que son detestables y pido indulgencia a quien fastidie leyéndolos, haciéndole saber de antemano a lo que se expone. Intenté, al principio, sacar a luz los menos malos; pero hube de aplicarles al fin la conocida frase de que todos son peores, y doylos sin excepción a la estampa, tales como los comencé a escribir desde la edad de quince años. Los pongo bajo el amparo de mi buena madre, del ser que más me quiere, y a quien más debo sobre la tierra. Sólo por eso lamento que nada valgan, aunque por excelentes que fuesen, nunca bastarían a pagar la deuda de mi gratitud infinita.

Si la prensa y la crítica se dignan parar mientes en mi humilde libro, le harán señalada merced aun con el hecho de combatirle, pues lo natural es que, a pesar de ver la luz, se quede hundido en la sombra. Los seres para mí caros que lleguen a leer estos versos, consagren un recuerdo de cariño, no al escritor, que nada merece, sino al amigo que los quiere tanto.

Antonio Zaragoza

Tepic, julio 14 de 1889.

A mi Patria

¡Yo te saludo, Virgen de Occidente!
De mil tesoros te dotó natura;
Tu sol luce radiante allá en la altura;
Brilla la libertad sobre tu frente.
Bondadoso te dio el Omnipotente
Grandes praderas de eternal verdura,
Ríos inmensos de corriente pura,
Un cielo azul y perfumado ambiente.
¡Ojalá que en los fastos de la historia
Brille tu ejemplo, grande, sin segundo,
Y te arrulle en sus brazos la Victoria!
¡Quiera el Supremo Autor, el Dios fecundo,
Cercar tu nombre de fulgente gloria
Y hacer de ti la admiración del mundo!

Guadalajara, mayo 4 de 1870.

El Arpa

(Leyenda sueca.)

Era una noche del invierno helado
Y cubría la nieve el triste suelo;
La amarillenta luna
Brillaba opaca en la mitad del cielo.
A su cabaña mísera volvía
Guemar el desdichado;
Mil lágrimas vertía,
Los tristes ojos en el cielo fijos,
Al ver que no tenía
Ni un pedazo de pan para sus hijos.
Dos niños presurosos
A su encuentro salieron
Y con doliente voz así dijeron:
-Padre, tenemos hambre;
Un pedazo de pan danos siquiera.
-Hijos míos, les dijo sollozando,
Bien dárosle quisiera;
¡Pero la suerte airada
Me persigue tenaz; no tengo nada!
-Cuando murió nuestra adorada madre
Nos diste pan con lágrimas regado;
¿Fue el último tal vez, oh padre amado?
-¡Esperemos en Dios! Tal vez mañana
Próvido nos dará nuestro sustento.
Recobrad, entretanto, hijos queridos,
Vuestro dulce contento.
Dice, y un canto lanza,
Unido de su arpa al blando acento,
Que suena cual un eco de esperanza
Y de sus hijos calma el sufrimiento.
Estos ya no se quejan,

Absortos por la célica armonía;
Aquel canto divino los conmueve,
Reverbera en sus rostros la alegría.
Viene poco después el grato sueño
Y les presenta el porvenir risueño.
El padre dice al Dios de los que sufren,
De terrible dolor el alma llena:
¡Eres, en los dolores, el consuelo;
Alíviales sus males,
O líbralos, te pido, de su pena
Y que sólo despierten en tu cielo!
Se condolió el Señor al ver de un padre
El dolor tan profundo.
No despertaron ya los pobres niños,
Y la muerte, la gran consoladora,
Llevó dos nuevos ángeles a un mundo
Donde nunca se llora.

Guadalajara, octubre 6 de 1870.

Cómo la Amé

Sintió, al verla, mi alma
Nuevas indefinibles impresiones,
Extrañas emociones
Que turbaron mi calma.
  Y tuve siempre desde aquel momento
Un vago sentimiento,
Algo más que una ardiente simpatía,
Que a ella me atraía
Y llenaba de luz mi pensamiento.
  Desde antes de mirarla, la veía;
Antes de conocerla la soñaba;
Mi alma la presentía;
Sin saber qué era amor, yo ya la amaba.
  Y en infinito anhelo
Fui hacia ella buscando la ventura,
Como va el ave a la región del cielo
Y como va el arroyo a la llanura.
  Escuchaba su voz el alma mía
Como escucha el viajero solitario,
Perdido en noche umbría,
La campana de albergue hospitalario
  Sentí el amor; pero callé su nombre;
Y, al fuego de ese plácido cariño,
Yo conocí que el niño
En mí dejaba ya su puesto al hombre.

Guadalajara, diciembre 2 de 1870.

MEDITACIÓN

(En un cementerio)

Es la última hora de la tarde,
La hora melancólica y solemne
En que el poniente sol apenas arde,
Y el ruido se extingue lentamente.
Pálidos rayos moribundo lanza
El rey del día que en ocaso muere,
Ya se oculta por fin en lontananza,
Y ya va la natura a recogerse.
Cerrando están sus pétalos las flores,
El dulce sueño por doquier se extiende
Y los errantes pájaros cantores,
Al avanzar las sombras, enmudecen.
Ya la noche por fin tendió su velo,
Y ya las sombras a la tierra envuelven;
Comienzan a brillar allá en el cielo
Esos mundos de luz resplandecientes.
Y ya la brisa de la noche zumba
Los árboles moviendo dulcemente;
Gira en torno de tanta y tanta tumba,
Exhalando un gemido que entristece.
El ángel de la vida en esta hora
Ante el Señor se postra reverente,
Y pide que los rayos de la aurora
Un nuevo día alumbren refulgentes.
La hora que sonó ya está perdida,
Al tiempo nada en su volar detiene,
Y un día más de nuestra frágil vida
Entre las sombras del no ser perece.
¿Por qué cobrar amor a la existencia
Que pasa, cual un sueño, brevemente?
Dura lo que del arpa una cadencia

Que resuena un instante... y luego muere.
  Se encuentra aquí la calma ya perdida
Que en ninguna otra parte hallarse puede;
Este sitio tranquilo nos convida
A disfrutar en él quietud perenne.
  Yo me siento feliz, porque la noche
Dulce armonía para mi alma tiene;
Cuando duermen las flores en su broche,
Sentimientos divinos me conmueven.
  Me parece escuchar ecos remotos
De armoniosa música celeste,
Y los cantares plácidos ignotos
Que alza al Señor el ángel reverente.
  ¡Ah! -¡qué consoladora es la creencia
De que las almas a la tierra vuelven,
De los que ya dejaron la existencia
Para habitar en la región celeste!
  No sé qué simpatías no olvidadas
Tienen los vivos que a este sitio vienen,
Con las generaciones ya pasadas
Que aquí, en sus tumbas, solitarias duermen.
  No creo que el cariño tan profundo
Que en vida nos unió, rompa la muerte;
No; los que nos amaron en el mundo
¿Cómo olvidarnos desde el cielo pueden?
  Cuando reina doquiera dulce calma,
Y cuando todo en nuestro mundo duerme,
Tal vez junto a nosotros está el alma
De algún ser que olvidarnos aún no puede.
  ¿Las almas de los seres que pasaron,
De felices regiones se desprenden,
Para velar por los que muchos amaron
Con cuyas almas a juntarse vienen?
  ¿Cuándo entreabren sus pétalos las flores,
Exhalando un perfume que adormece,
De entre sus dulces, mágicos olores
Las almas de los muertos se desprenden?
  ¿Acaso en esos rayos vacilantes
Que lanzan las estrellas débilmente,
Con nosotros vendrán almas errantes
Que sublimes recuerdos nos ofrecen?

¿Ese melodioso y triste acento,
Esos dulces cantares, se desprenden
De las almas que vagan en el viento
Y hablan al corazón que las comprende?
Mas son tan sólo dulces ilusiones;
No puede ser: los muertos ya no vuelven;
Que las almas que van a otras regiones
Ya nunca, nunca a nuestro mundo vienen.
Cuando veo un reposo tan profundo
Extrañas emociones mi alma siente,
Y transpórtome luego a un bello mundo
En donde encuentro a los que amara en éste.
Me dicen que la muerte es nueva vida
En mundos donde el gozo dura siempre,
En la mansión gloriosa, circuída
Por los rayos del Ser omnipotente;
Que sólo allí se goza dulce calma;
Que sólo allí dolores no se sienten;
Porque tan sólo allí disfruta el alma
Eterna dicha que acabar no puede.

Guadalajara, noviembre 2 de 1871.

La Guerra Civil

A mi querido tío Ignacio Solís

Sordo rumor de tu extendida tierra
Se escucha por doquiera, patria mía,
Con eco atronador clamando guerra,
Del Oriente al Ocaso,
Como del Septentrión al Mediodía.

Guerra, se escucha en los inmensos valles,
Y, guerra, se oye en los altivos montes;
¡Todo es desolación, lágrimas, ayes!

Y la fértil llanura,
En donde antes mirábase contento
Al labrador los campos cultivando,
Tierra estéril es hoy que va regando
Ancho raudal sangriento.

Todo arruinóse, aldeas y ciudades,
Y una huella terrible van dejando
De la revolución las tempestades.

¿Mas qué bárbaro estrago
Hace que a tu antes floreciente suelo
Cubra de sangre humana extenso lago
Y que gritos de horror suban al cielo?

¿Es que nos ha invadido el vil soldado
De naciones hambrientas y rapaces
Que hollando están nuestro pendón sagrado
Con la vileza de que son capaces?

¿Quién así nos provoca?
¿Quiénes son los terribles contendientes?
¡Oh! -¡con vergüenza lo dirá mi boca!-

Son los egregios hombres,
Los de Paso del Norte, los de Puebla...
Mas hoy cubre sus nombres
De la revolución la oscura niebla.

¡Y ahora por vosotros se derrama
Sangre de mexicanos inocentes!
Ved que la sangre clama
Venganza al cielo, y la tendrá cumplida,
Porque pondrá el Señor en vuestras frentes
El sello de Caín el fraticida.

¡De las sienes quitad vuestros laureles,
Por el suelo arrojad vuestras coronas,
Vuestra falsa grandeza es usurpada!
¡Nunca entraréis al templo de la gloria,
Porque está vuestra espada
Con la sangre de hermanos empapada,
Y allí tan sólo irán los que la frente
Con la oliva de paz tengan ornada!

Cuando os vea en sus lóbregos dinteles
La eternidad inmensa,
Pidiendo a Dios justicia o recompensa,
Si sangrientos lleváis vuestros laureles,
¿No teméis escuchar del Soberano:
"Dime, Caín, qué has hecho de tu hermano?"

Ved cuál se cierne la espantosa muerte
Hiriendo por doquier los corazones;
¡La víctima que al golpe queda inerte
Contra un hermano lanza maldiciones!

Cuando el cañón retumba,
¡Mirad, mirad, las sombras de los héroes
Indignadas alzarse de su tumba,
Al contemplar la guerra fraticida!

Mirad, no orgullecida
Está con el laurel su noble frente,
Vedla, al contrario, mustia y dolorida,
Hacia el suelo inclinarse tristemente.
"¡Hijos! -exclaman con su voz doliente,-
¿Por qué estáis marchitando
Nuestro laurel de gloria.

Acaso no sabéis que estáis formando
El inmenso borrón de nuestra historia?"

¡Vosotros, combatientes sin conciencia,
Vosotros, los patriotas embusteros,
  Vosotros sois capaces
De vender vuestra gloria, como Judas
A su señor vendió, en treinta dineros!
Vosotros que invocáis de patria el nombre,
Y su engrandecimiento y su riqueza,
La dejaréis hundida en la pobreza,
  En el llanto y el duelo,
Y con vuestra ambición estáis sembrando
De cadáveres mil su rico suelo.

  ¡Se teñirán de sangre
Los ríos, y después en su corriente
Llevarán a los grandes océanos,
Cuánta corona de laurel marchita,
  Cuánto cuerpo de hermanos!

Detened, insensatos, vuestra furia,
Cese ya la matanza, cese el duelo;
Mirad que por la sangre derramada,
  Vendrán rayos del cielo
A romper vuestra frente ensangrentada.

  ¿Creéis acaso, ilusos,
Al devastar nuestra angustiada tierra,
Que la luz de las ciencias y las artes
Brotará de la antorcha de la guerra?
¡Qué engañados estáis! -su luz que aterra
Desolación alumbra en todas partes.

  ¡Pueblo! -no olvides mis palabras nunca:
Si quieres que en el libro de la historia
Brille tu nombre grande y refulgente,
Que la oliva de paz ciña tu frente,
¡Sólo ella da la verdadera gloria!

Guadalajara, diciembre 5 de 1871.

Creación

Habló el Señor, y a su divino acento
Llenaron el espacio
Los mundos en continuo movimiento.
Al eco de su voz, el sol ardiente
El caos disipó triste y sombrío,
Arrojando su luz resplandeciente
Por la extensión inmensa del vacío.
La luna, arrobadora,
Lució como una antorcha de consuelo,
Para alumbrar al que en la tierra llora,
Por la mano de Dios puesta en el cielo.
Y a todo lo creado
Dio el Hacedor espléndida belleza,
Para que fuera digno
De su augusta grandeza.

Y de los mundos el Autor Supremo,
Que nunca nadie a comprender alcanza,
Después de maravillas tan sublimes,
Hizo aún mucho más, porque hizo al hombre
Y a su imagen formóle y semejanza.
Luego, del Creador una sonrisa,
A la mujer formó, cándida y pura;
Hízola tan hermosa el Infinito,
Que henchido de placer miró su hechura.
Y al unir su existencia
Para que compartieran la fortuna,
Corazón más sensible dio a la una
Y al otro más profunda inteligencia.

El alma es el más grande de los seres
Que habitan en el mundo,
Porque le dio el Señor la inteligencia;
Puede romper de la ignorancia el velo

Y en alas de la ciencia
Remontarse hasta el cielo.
¿De qué les sirve a los fulgentes astros
Hacer brillar sus luces de diamante,
Si no tienen un alma cual la mía
A la del Ser divino semejante?
¿De qué le sirve al sol, al sol inmenso,
Derramar a torrentes luz y vida
Con su rayo fecundo,
Si no puede exclamar "yo también pienso",
Si conocer no puede al que hizo al mundo?
¡Oh sol, yo te lo digo, no te asombre
Este mi altivo acento,
Soy más grande que tú, porque soy hombre,
Porque me dio el Señor el pensamiento!

Guadalajara, febrero 18 de 1872

¡Mudo!

¡Ay! Con tristeza pienso
Que falta inspiración al pecho mío.
¿Por qué mi canto es frío
Si ardiendo estoy en entusiasmo inmenso?

¡Qué sinsabor impío
Es sentir a nuestra alma que delira
En arrebato ciego,
Tener el corazón lleno de fuego,
Y al ir a alzar un canto con la lira,
Sentir que su armonía no responde
Al delirio febril que nos inquieta,
Y no saber en dónde
Se halla la inspiración, luz del poeta!

Entonces nuestro espíritu oprimido
Se siente, como el águila atrevida
Que osa medir al sol con su mirada,
Que quiere remontarse al mismo cielo,
Y al ir a alzar su poderoso vuelo
Se mira, en una roca, encadenada.

¿Por qué siento en la mente
Sublime conmoción, delirio ardiente,
Y alzar no puedo un himno soberano,
Cual nunca le ha escuchado oído humano,
Que el pecho inflame con su ardor profundo,
Que asombre con su inmensa valentía,
Que llene los espacios de armonía,
Que eleve el alma, que conmueva el mundo?

Guadalajara, marzo 9 de 1872.

A Dolores

Es raro lo que siento,
Y, por más que esto te asombre,
Es tu caprichoso nombre
En singular mi tormento,
En plural mi arrobamiento,
Mi sola ilusión querida;
Palabra ansiada y temida,
Pues, por una extraña suerte,
Si el dolor me da la muerte,
Dolores me da la vida.

Junio 30 de 1872.

JUÁREZ

Son cercueil est fermé: Dieu l´a jugé. Silence!
(LAMARTINE)

Murió... La muerte en su incansable vuelo
Al héroe se acercó, tocó su frente,
Y cayó desplomado por el suelo,
Como cae la encina cuando el rayo
Viene terrible a herirla desde el cielo.

¿Y pudo así morir, quedar inerte,
El héroe, y no por grande
Le perdonó la inexorable muerte?

Ahora nuestros ojos
Contemplan con tristeza los despojos
Que ya no ha de animar con su alma inmensa;
El que tan colosales pensamientos
En un tiempo abrigara... ¡ya no piensa!

Esa olímpica frente,
Asiento de aquella alma soberana,
Y esa boca elocuente,
Y ese pecho potente,
En polvo vil se tornarán mañana.

¡Mísera humanidad, oh, cuán mezquino
Es siempre tu destino!
¿A qué sirve la gloria,
Si los héroes más grandes de la tierra
También se han de trocar en vil esoria?

Pero si se anonada, si se extingue
La materia mezquina,

Nunca como ella se destruye el alma,
  Esa chispa divina,
Que si aquí bien obró, pasa a otro mundo
Del premio a recoger la excelsa palma.

La muerte no es la destrucción, la nada;
La tumba no es el fin de la jornada;
De otros días más bellos es la puerta;
Cuando la vil materia ya está yerta
Y la vida del cuerpo concluida,
Empieza el alma su gloriosa vida.

Cual marino que surca el mar inmenso
Y toca al fin la playa misteriosa
  De algún puerto ignorado.
De sombras y misterio rodeado;
  Así, Juárez, llegaste,
Tan sólo de tu gloria acompañado,
A la sombría eternidad, y osado
Pasaste de otro mundo los dinteles,
Volviendo coronado de laureles
Al Dios potente que te había enviado.

  El tiempo en su carrera
Sin cesar el recuerdo va borrando
De las grandes acciones de este suelo;
Pasan para perderse en el olvido
Esas grandezas que el humano admira;
Como pasó la gloria de Alejandro,
¡Como pasó la pompa de Palmira!
Mas no morirá nunca la memoria
  De los ilustres hombres
Que hicieron a la patria independiente;
Los siglos al pasar junto a sus nombres
Les dan un brillo más resplandeciente.

Cuando se pierde el sol en el ocaso
No se extingue su luz, sino que brilla
Allá en otras regiones, más fulgente;
  Tú, como él, ¡oh, Juárez!
  Hoy tienes nueva gloria;

Aunque cubrió la noche
De la muerte sombría,
Tu material cubierta, hoy para tu alma
Brilla la aurora del eterno día.

Ahora que la muerte
Inmortaliza tu preclaro nombre,
Vengo a poner, ilustre mexicano,
Las flores del recuerdo en tu sepulcro
Con temblorosa mano.

Morir lleno de gloria fue tu suerte;
La América y la Europa silenciosas
Contemplan el sepulcro do reposas
En el misterio augusto de la muerte.

Yo no vengo a verter el triste llanto
Que de pechos vulgares se derrama,
¡Eso sería mengua de tu fama!
Vengo a elevarte un canto,
Pobre tributo a quien merece tanto.

¡Que el triste lloro cese,
Ya universal elogio se levanta;
Que cuando muere un hombre como ése
No se llora, se canta!

¡Y, cómo he de llorar, si fue tu muerte
Sublime apoteosis,
Si hoy se apresura México a ofrecerte
Una página de oro de su historia,
Y en los pechos patriotas mil altares
Donde culto se rinde a tu memoria;
Si un mundo entero a consagrarte viene
De su cariño las hermosas galas,
Si el tiempo en tu sepulcro se detiene
Y te cubre la gloria con sus alas!

¡Oh Juárez! ¡tu memoria
Brillará como un sol en nuestro cielo;
Más grande harán los siglos en su vuelo
El pedestal de tu suprema gloria!

¿Quién podría olvidarte
Recordando tus ínclitas acciones?
Dijiste: "¡la luz brille del progreso!"
Y disipaste con tu voz terrible
Las tinieblas de oscuro retroceso.

Cuando gemía nuestra patria bella,
  Siendo herida de muerte
Por viles extranjeros y traidores,
Sufriste los reveses de la suerte
Sin abatirte nunca, desplegando
  Tu energía severa,
  Tu inquebrantable calma
Y la grandeza sin igual de tu alma.

No temiste las rudas tempestades
Y guardaste de México la gloria,
De admiración llenando a las edades.

Tan fuerte fuiste tú cual la palmera
Que desafía el ímpetu del viento,
Y si la dobla el huracán violento
Se levanta otra vez más altanera.

Del desierto en los vastos arenales,
Sin dejarle extinguirse ni un momento,
De libertad guardaste el sentimiento,
Cual guardaban el fuego las vestales.

México entero te aclamó en el día
En que, al cumplirse tu ferviente anhelo,
El trono del imperio sucumbía,
Y de la patria en el radiante cielo
El sol de la República lucía.

Triunfaste del tirano que iracundo
Sus rayos contra ti vibraba en vano,
Y celebró tu triunfo sobrehumano
La poderosa voz de todo un mundo.

.....

¿Más, qué negro recuerdo de repente
Viene cruel a entristecer mi mente?
¡Ah! errores tú sufriste
Y tus grandiosos hechos olvidaste;
Mas cual disipa el sol la noche oscura,
De tus faltas así la niebla impura
Con el sol de tu genio disipaste.

Después de tus errores
Te absolverá la historia;
Si grandes fueron ellos,
Mas grande aún, ¡oh Juárez! fue tu gloria.

¡Olvido que la habías empañado,
No quiero con mis juicios ofenderte;
Te liberta el asilo de la muerte;
Ya Aquel que no se engaña te ha juzgado!

Guadalajara, Julio 20 de 1872.

El Cautivo

I

La luna en los cielos hermosa brillaba,
Gemían las olas con dulce rumor,
La bella natura un canto elevaba,
Henchida de gozo, al gran Creador.
La noche era hermosa, ornaban el cielo
Los astros, sus luces haciendo brillar;
La noche traía al mundo el consuelo;
De Argel las riberas bañaba la mar.
La brisa exhalaba su blando murmullo.
Por fin en silencio ya todo quedó,
Y entonces un canto, del mar al arrullo,
Un pobre cautivo al cielo elevó.
Recuerdos tan tristes traíale el canto,
Que amargo su lloro caía a la mar;
Con la onda al mezclarse su tétrico llanto
Las límpidas aguas llegaba a enturbiar.
Antiguas historias de un tiempo riente
El pobre cautivo a su alma llamó;
Por eso cantaba con voz tan doliente,
Así era aquel canto que el triste entonó.

II

Hay una hermosa región
Llena de luz y colores,
Do siempre brotan las flores
Que embriagan el corazón
Con sus mágicos olores.
Una región sonriente
Que tiene un cielo esplendente
De nácar y de arrebol,
Do brillan eternamente

Los resplandores del sol.
  Do todo a amar nos convida;
Allí sentir es la vida
Y no amar es no vivir;
Tierra del cielo querida
Donde es bello hasta el morir.
  Allí del amor la llama
Todos los seres inflama
Llenándolos de placer;
Allí no sólo el hombre ama,
También ama todo ser.
  Ama la brisa a las flores,
Ama a las playas el mar,
Y mezclando sus fulgores,
Aun los astros brilladores
También parecen amar.
  Confundiendo sus aromas,
Ama una flor a otra flor,
Y en un cielo encantador
Revolando las palomas
Se van diciendo su amor.
  Esa tierra sonriente,
Do sólo hay placer ardiente,
Do no muere la ilusión,
Es la tierra del oriente,
Esa es del sol la región.

III

Y allí en esa región seductora
  Se encuentra Stambul,
Y la arrulla amorosa a toda hora
  Un mar siempre azul.
Dulce aroma le lleva la brisa,
  Cargada de olor,
Y del sol la radiante sonrisa
  Le presta esplendor.
Y la cubre un magnífico cielo
  De espléndido tul,
Y le da con sus cantos consuelo
  Un dulce *bulbul*.

De los astros fulgores
  Contempla brillar
Y le cuentan historias de amores
  Las ondas del mar.
Allí en esa ciudad tan querida
  De eterno fulgor,
Ha nacido la luz de mi vida,
  Mi único amor.
Nació allí la hermosa que creara,
Cual ninguna el magnífico Alá;
Nació allí mi adorada Gulnara,
La que siempre mi estrella será.

IV

  Es mi único tesoro
Desde que yo la vi.
No es mujer la que adoro
  Es ángel o hurí
Su acento es tan suave
Que, al escucharla, el ave
  Siente rubor;
Porque tan sólo encanta
Como ella, cuando canta,
  El ruiseñor.
Su voz es melodía,
Su aliento es ambrosía,
  Sus ojos luz.
Su risa es alborada
Y vese en su mirada
  El cielo azul.
Su boca es una rosa
Do la abeja industriosa
  Busca la miel.
Libar juzga engañada
La esencia perfumada
  De mirto y clavel.
Lindísima es su boca
Que a besarla provoca
  Con dulce sonreír.
En mi infinito anhelo

Tan sólo pido al cielo
  Darle un beso... y morir.
Tiene el héroe laureles,
Oro, sedas, corceles,
Y tiene gran belleza
  Un joven seductor.
Tiene el rey alteza
Y tiene riqueza
  Un noble señor.
Yo tengo una cosa
Mucho más valiosa,
  ¡Yo tengo amor!

V

  Aquí el cautivo dio fin al canto;
Con sus recuerdos mucho sufrió;
Vertiendo luego su amargo llanto
Del mar las playas humedeció.
  Y triste dijo con voz doliente:
"¿Para qué vivo sin verla ya?
Buscaré un mundo más sonriente
Donde la muerte nos unirá.
  Del océano las frescas ondas
Me están ahora diciendo: "¡ven!"
En nuestro seno las penas hondas
Pronto se truecan en un edén.
  En nuestro seno, que es tan profundo,
Todos felices llegan a ser.
"¡Aquí se encuentran un nuevo mundo
En donde es todo luz y placer!"
  Luego el cautivo con paso lento
Se acercó a la onda, su voz a oír,
Y escuchó un dulce sublime acento
Que le llamaba allí a morir.
  Cuando la sombra tendió su velo,
Cuando la luna ya se ocultó,
Cubrió la noche mar, tierra y cielo,
Y él en las aguas por fin se hundió.
  Cuando la luna sus rayos lanza,
Y ya no se oye ningún rumor,
Sobre las olas su sombra avanza,
Y una voz dice: "¡murió de amor!"

San Pedro, julio 29 de 1872.

DESLUMBRAMIENTO

Soñé por un instante
En que el amor con su fulgor radiante
Brillaba en las tinieblas de mi vida,
Y al fuego de ese grato sentimiento
Sentí en mi corazón calenturiento
Yo no sé qué emoción desconocida.
Miraba dilatarse un horizonte
De sueños, de esperanzas y de gloria.
Y sentía bullir en mi cabeza
La idea de un amor inmenso, extraño
Que me asombró con su sin par grandeza.
Mi pecho desbordóse en sentimientos,
Fue raudal de ternura el alma mía,
Y luego oyó mi corazón acentos
De una ignota inefable melodía.
Y una voz cadenciosa,
Que era de la del ángel un remedo,
Al eco de armonía misteriosa
Me hablaba del amor, quedo, muy quedo.
Y a ese acento divino respondía
La creación que entera se animaba
Y el universo todo murmuraba
Amor con su magnífica armonía.
A ese cántico inmenso
Contestaba mi pecho con latidos
De amor, como si fuera
Mi corazón gigante en ese día
El corazón de la natura entera.

Como de Dios el poderoso acento
Las negras sombras disipó el caos,
La voz de este divino sentimiento
Disipó las tinieblas de mi vida,
Y en una inmensa luz desconocida

Inundado sentí mi pensamiento.
Yo sólo había visto
De la existencia la porción más triste.
Pero vino el amor, y, en su grandeza,
A la vida, la tierra y cuanto existe
Revistió de magnífica belleza.
Se enardeció mi mente
Teniendo de pasión sed infinita,
Y en medio de ese cielo esplendoroso
Formé un mundo de amores más hermoso
Que el bello mundo que el humano habita.
Sentí en el corazón grandes anhelos
Y un raudal de candente poesía
Se alzaba hasta el amor el alma mía
Y el amor la elevaba hasta los cielos.

San Pedro, octubre 7 de 1872.

En la Muerte de Mi Amigo
Juan M. Bermúdez

C´est bien toi pour mourir
LAMARTINE

¡Morir!... ¡terrible ley de la natura!
¡Cuán triste es nuestra suerte!
Sólo un día vivir sobre la tierra,
Y ver llegar la noche de la muerte.

Mirar a los que amamos
Cerrar los ojos a la luz del día,
La mano que estrechamos
Hallar inerte y fría,
Y ya la vida, en fin, ver extinguirse
Después de una tristísima agonía.

Llorar, y que no escuchen sus oídos
Nuestros ayes sentidos;
Llorar, y que sus restos no comprendan
El dolor de que estamos poseídos;
Buscar a un vivo y encontrarle inerte;
¡Mirad, eso es la muerte!

¡Está en nuestra presencia!
Con razón la materia se estremece
Al mirar que la luz de la existencia
Brilla sólo un momento
Y como fuego fatuo desaparece.
Mas si el cuerpo se extingue
Y se hunde en el abismo de la fosa,
Al morir él, al punto se desprende
El alma luminosa
Y al seguro inmortal su vuelo tiende.

Lloremos si la eterna despedida
Damos ahora al cuerpo del amigo;
Pero sintamos plácido consuelo
  Si un alma, desprendida
Del valle de dolores, sube al cielo.

  Después de las dulzuras
De la vida, la vida tan hermosa,
Llegaron de la muerte los dolores;
La lucha, para ti desconocida,
Que sufre el cuerpo hasta quedar inerte
Después de los dolores de la vida
Llegaron las dulzuras de la muerte.

¡Qué desconsoladora es la creencia
De que al morir el cuerpo muere el alma!
¿No hay para el que ha llorado en la existencia
  En el cielo una palma?

¿Se extinguiría el ser siempre adorado,
  Y aquella alma querida,
Que a la imagen divina fue formada,
Se hundiría en la noche de la nada?

¡Nunca! eso es muy cruel, Dios no lo haría:
Acercar a los seres en la tierra,
Con vínculos suavísimos atarlos.
¿Y luego para siempre separarlos?

¡Oh! no, no puede ser; que no es la muerte
Una amarga y eterna despedida;
Muy pronto irá nuestra alma, con aquellas
  Almas que amó en la vida,
A la hermosa región de las estrellas.

¡Oh muerte, no te veo aterradora;
  Que si tú eres la noche,
Más allá de la noche está la aurora!

¿Qué es morir? Ir a un mundo más hermoso,
Es la calma después de los dolores;

Más allá del trabajo está el reposo,
Más allá de la sombra hay resplandores.
Morir, eso es dejar el triste duelo
  Para hallar la alegría;
Es dormirse llorando en este suelo.
Despertar sonriéndose en el cielo:
Cerrar los ojos a la noche umbría
Para mirar la luz de eterno día.

Ya para tu alma concluyó lo incierto,
Reposas hoy del Creador al lado.
Dichoso tú que en el seguro puerto
El reposo eternal has encontrado.

Ya no tienes recuerdos de lo triste,
Eres ahora el náufrago marino
Que al estar en el puerto deseado,
  Al huracán olvida
Que hasta allí le ha llevado.

A tu apartada tumba tan querida
  No llegan ya las olas
Del mar tempestuoso de la vida.

Un compañero amado hemos perdido;
¡Ay! un amigo menos ya contamos
Y el cielo un ángel más. ¡Dios lo ha querido:
Su voluntad augusta bendigamos!

  Si en la mansión celeste,
Del resplandor divino circuída,
Se conserva un recuerdo de esta vida,
  Piensa amigo en tu gloria,
Que hay un alma que llanto a tu memoria
Derrama, en la honda noche, dolorida.

Bien sé que tu alma goza dicha eterna
En el alcázar del Señor radiante,
Y que llorar no debo por tu cuerpo,
Grosero estuche que encerró un diamante;
Y, empero, sufro y lloro
Al contemplar marchita y silenciosa

Esa boca que siempre, siempre tuvo
Para mí una palabra cariñosa.
¿Podría contemplar indiferente
La espantosa fijeza de esas manos,
Que estrecharon las mías tiernamente
Con el tranquilo amor de los hermanos?
  Aunque sé que la muerte
Hizo la apoteosis de tu alma,
  Me abandona la calma,
Y no me puedo resignar a verte,
Si en vida te amé tanto, mudo, inerte.

¡Amarte vivo y contemplarte muerto!
¿Cómo no ha de llorar mi alma afligida?
Al darte la postrera despedida
Me declaro vencido y... llanto vierto.

¡Es tan triste morir, morir tan joven,
De la existencia en la estación florida!
  ¡Causa tanta tristeza
Ver una flor del tallo desprendida
En la primer mañana de la vida;
Oír una armonía dulce y vaga,
Un quejido dulcísimo del piano,
Que en el momento de nacer se apaga:
Aspirar un perfume delicioso
Que en un búcaro bello se atesora
Y ver romperse el vaso primoroso,
Y que luego el perfume se evapora!

Moriste, amigo, en tu primer mañana,
Dejando con tu muerte tan temprana,
Una memoria al corazón, de duelo,
Un hueco en esa juventud que estudia,
Al polvo un cuerpo más, un alma al cielo.

Si puede hablarnos tu alma cariñosa
Cuando ya todo duerma en este mundo
En medio de la noche silenciosa,
Ahí ven a revelarnos el misterio
  De ese oculto hemisferio;

Que anhela conocer nuestra alma ansiosa
De los muertos la vida misteriosa.
Cuando bañe la luna con su rayo
  La creación dormida,
Cuando cierren sus pétalos las flores,
Y duerma la avecilla en la enramada,
  Y lancen las estrellas
  Sus tibios resplandores,
Desde la inmensa bóveda azulada
Dirígenos, amigo, una mirada,
De la luna en los pálidos fulgores.

Y cuando de dolor alguna historia
Nos haga verter lágrimas a mares,
¡Ah! ven a consolar nuestros pesares
Con la esperanza de futura gloria.

Hoy que en el seno te hallas
De la felicidad que nunca muere,
Lleno de dulce paz y de alegría,
Bañado del Señor por los destellos,
Ruega al Omnipotente por aquellos
Que lloran en el mundo todavía.

En la mansión del eternal consuelo
  Descansa en paz, amigo,
Adiós, por siempre adiós... ¿pero qué digo?
Pronto hemos de reunirnos. ¡Hasta el cielo!

Guadalajara, 28 de enero de 1873.

Tras la Tempestad

La noche estaba lúgubre y sombría,
La tempestad mostrábase imponente,
El rayo retumbaba sordamente,
La tierra estremecerse parecía.

Pero pronto pasó la noche umbría,
La tormenta cesó rápidamente,
Y apareciendo el sol en el oriente
Llenó todo de luz y de alegría.

Así de los que sufren en el mundo
Muy pronta pasa el formidable duelo,
La paz perdida recobrando el alma.

Los que lloráis vuestro dolor profundo,
Nunca olvidéis lo que os enseña el cielo:
Tras de la tempestad viene la calma.

Guadalajara, febrero 4 de 1873.

Al Eminente Actor Don José Valero

Ven a mostrarnos, ven, sublime artista,
Del arte las divinas creaciones;
Donde quiera que laten corazones
Lauros tu genio sin igual conquista.

Ven, porque en estas zonas
A centenares tienes,
Hermanos que coloquen en tus sienes
Del laurel las espléndidas coronas.

Ven a imitar las grandes alegrías,
Y los grandes dolores,
Y nos harás llorar cuando tú llores,
Y nos harás reír cuando tú rías.

Mucho antes que del golfo mexicano
Surcaras tú las olas,
Ya tu nombre la fama repetía,
Y, ensalzando tus glorias a porfía,
Te cantaban las liras españolas.
Llegó por fin un día,
Y los hijos de América admiraron
Tu gran talento y, con ardor profundo,
Entonaron el canto que hoy renuevo,
Y pronto unió su voz el mundo nuevo
A la voz colosal del viejo mundo.

Ya se conoce aquí tu gran renombre,
Aquí al genio se admira, aquí se tiene
Un alma que se arroba ante lo bello:
¡Yo te saludo, de Jalisco en nombre,
Por tu genio inmortal, de Dios destello!

Ven, pues, y no te asombre,
¡Oh, Valero eminente!
Ya que así al pueblo con tu triunfo encantas,
Que tenga flores mil para tus plantas,
Coronas de laurel para tu frente.

Artista el más sublime te ha llamado
La fama, y ya tu gloria
Escrita está con letras de diamantes,
En todos los países donde se habla
La magnífica lengua de Cervantes.

Y murmuran tu nombre
Del Cantábrico mar las fieras olas
Y las olas del golfo mexicano,
Las brisas españolas
Y las brisas del mundo americano.

Estrecha halló tu genio soberano
Del viejo mundo la extensión inmensa,
Y buscaste en el nuevo más laureles.
Para alabarte muéstranse fecundos,
Y te elevan magníficos cantares,
La voz majestuosa de dos mares,
El poderoso acento de dos mundos.

Guadalajara, enero 29 de 1874.

A la Insigne Artista Salvadora Cairón

Quiero elevar mi canción;
Pero veo con zozobra
Que, si entusiasmo me sobra,
Fáltame la inspiración.

Quiero alzarte hoy mis cantares,
Bella artista celebrada,
Cuya niñez fue arrullada
Por el regio Manzanares.

Yo nunca osaría tanto;
Que no he nacido poeta;
Mas tu genio me sujeta,
Me conmueves, y te canto.

Yo amo al genio con ardor,
Tú me ofreces una lira;
Tú eres la deidad que inspira,
Yo el olvidado cantor.

¡Y cómo no he de cantar
Cuando hallas, según contemplo,
En cada teatro un templo,
En cada pecho un altar!

Naciste en el suelo ibero,
Que en sus páginas brillantes
Tiene un Lope y un Cervantes,
Una Cairón y un Valero.

Las fulgentes aureolas
Que lleva tu frente ufana,
Muestran que eres digna hermana
De las glorias españolas.

Mi alma que tu genio mira
Hoy, ¿cómo ha de quedar muda?
¡Como mujer, te saluda,
Y como artista, te admira!

Yo que comprendas anhelo
Que existe en la patria mía,
La misma galantería
Que hay en el hispano suelo.

Tus grandes triunfos pregona
La multitud con ardor,
Y añade una nueva flor
A tu espléndida corona.

Si en la escena te miramos
Lo que tú sientes, sentimos,
Cuando tú sufres, sufrimos,
Cuando tú gozas, gozamos.

¡Oh! ¡cuán hermoso es el genio
Que con poder singular
Así sabe dominar
A todos desde el proscenio!

Cuando nuestra alma feliz,
Llena de placer se siente,
Si en el foro, de repente
Te vemos llorar, actriz.

Al punto mismo olvidamos
La alegría que sentimos,
Como tú sufres, sufrimos,
Como tú lloras, lloramos.

Y si, al contrario, el dolor
Nos hace inclinar la frente,
Y te vemos sonriente,
Con donaire seductor,

Al punto mismo olvidamos
Los dolores que sufrimos,
Como tú ríes, reímos,
Como tú gozas, gozamos.

Que sólo te dé, perdona,
Mis pobres versos, que son
Las flores del corazón
Que yo pongo en tu corona.

Otra edad luego vendrá,
Y, ya olvidado mi nombre,
Al recordar tu renombre
Mi canto recordará.

Le hallará pobre de ingenio,
Pero añadirá en mi abono:
"Poco es; mas yo le perdono
Pues comprender supo al genio".

Nada vale mi canción,
Mas di al oír mi saludo:
"Me dio todo lo que pudo,
Pues me dio su corazón".

No temas que tu memoria
Muera en nuestro pensamiento;
No muere nunca el talento,
No muere nunca la gloria.

Si las contiendas civiles
Destrozan la noble España,
Y si el sol con su luz baña
Allí, desastres a miles;

Si sus héroes inhumanos,
Tras de combates crueles,
Sólo le ofrecen laureles
Que tienen sangre de hermanos;

Todavía el pueblo ibero
Es grande, pues atesora
Genios como Salvadora,
Artistas como Valero.

Si en el gran reino español
El sol nunca se ponía,
¡Tampoco se pone hoy día
Del arte ibérico el sol!

Guadalajara, febrero 13 de 1874.

A Juan Reig

La gloria artista, es tu esperanza sola,
Y tu vida en la tierra americana
De triunfo en triunfo se desliza ufana,
Cual se desliza el río de ola en ola.

Como ayer te aplaudía la española
Región, te aplaude ya la mexicana;
Que dieron a tu frente soberana
Dios el genio, la gloria su aureola.

Sigue por esa senda esclarecida;
Si después de la vida está la muerte,
Más allá de la muerte está la vida.

Mas no la vida breve y transitoria
Que tiene el hombre hasta quedar inerte,
Sino la vida inmensa de la gloria.

Guadalajara, abril 10 de 1874.

¡ADELANTE!

El águila altanera,
Límites no encontrando, ni horizontes,
Hacia la azul esfera
Se levanta orgullosa,
Y busca en su osadía,
Del puro sol la luz esplendorosa,
Y osa ver frente a frente al rey del día;
Así la inteligencia,
Tan libre como Aquel que la ha creado,
Tiende altiva su vuelo
Por el cielo infinito de la ciencia,
Y vuela y siempre vuela en ese cielo,
Y va siempre adelante,
Marcha y ha de marchar eternamente,
Hasta ver atrevida frente a frente
Del sol de la verdad la luz radiante.
A detener su marcha
En vano un tiempo conjurose el mundo,
En balde pretendieron los tiranos
En hogueras quemar el pensamiento;
En vez de perecer, su vida crece;
¡Porque es de Dios el soberano aliento,
Y el aliento de Dios nunca perece!
¡Es en vano, retrógrada ignorancia,
Que el pensamiento destruir pretendas!
Al quererle matar le inmortalizas,
Que, como el fénix inmortal, renace
De sus propias cenizas.
Querer fijar un dique a las ideas
Es como detener del océano
Las encrespadas y tremendas olas
De los mortales con la débil mano.
Las olas mueren sólo
Al tocar las arenas de la playa,

Porque la voz del Ser Omnipotente
"¡Hasta aquí!" les ha dicho en su grandeza;
Y las olas deponen su fiereza
Y mueren en la playa humildemente.
También el pensamiento, cuando fluye,
En destrozar obstáculos se goza;
Si tropiezos le ponen, los destruye,
Si barreras encuentra, las destroza.
Y así como las olas mueren sólo
Al romperse en las rocas de la playa,
También el pensamiento, solamente
Se detiene al llegar en su osadía,
Junto al trono de Aquel cuya mirada
Presta fulgor al astro rey del día.
Abarca todo aquello que ha creado
Aquel que con su acento
Salir hizo a los mundos de la nada;
Pero ante Él al llegar, el pensamiento
Al querer comprenderle se anonada.
Al contemplar su solio,
Suspende su carrera;
Porque "¡hasta aquí!" le ha dicho.
El Increado con su voz terrible.
Si un dique hallan las olas en la playa
El pensamiento así límites halla
Ante el Ser Infinito, incomprensible.
Así como el sol cobra nuevo brillo
Cuando el soplo del viento ha disipado
Las impuras tinieblas
Que un momento le habían empañado,
Así la inteligencia,
En el mundo abrumada y perseguida,
Hija del Creador, como Él sublime,
Triunfa de la ignorancia que la oprime,
Que le quiere dar muerte y le da vida.
Si una hoguera levantan a la idea,
Allí, en vez de morir, vuelve a animarse;
Ordena Dios que conservada sea,
Cual la zarza que ardía sin quemarse.
De esa hoguera la luz esplendorosa
Es el faro radiante que nos guía;
Que del progreso el poderoso acento
Convierte esas hogueras en altares
Donde se rinde culto al pensamiento.

La ciencia eleva el globo
Que el reino de las águilas invade,
Dirige por los mares los navíos,
Las distancias suprime,
Altera la corriente de los ríos,
Y nunca cesa en su misión sublime
Y estériles no son esos desvelos:
En el fondo del mar un cable encierra,
Sondea los abismos de la tierra,
Y el luminoso abismo de los cielos.
Ved caminar sobre la férrea vía
La gran locomotora,
Do va rugiendo en la caldera hirviente
La fuerza del vapor, del hombre esclava;
Ved que el soberbio tren huella insolente
De las montañas la suprema frente,
A donde sólo el águila llegaba.
Tales son las conquistas de la ciencia,
¡Y aun no ha dicho su última palabra:
Hará la apoteosis de los hombres;
Cultivémosla, sí, sólo ella labra
Un porvenir de gloria a nuestros nombres.
Y será nuestro espíritu elevado,
Si tiene de saber sed infinita,
¡Digno del mundo espléndido que habita!
¡Digno del alto Dios que le ha creado!
La humanidad ha hallado
La palanca que Arquímedes pedía
Para mover la tierra, y ha encontrado
El gran punto de apoyo, porque tiene
Ciencia, fe y osadía.
¡Vosotros que sentís ardor profundo
El canto oid que vuestro esfuerzo arranca;
Vosotros que lleváis esa palanca,
Tened valor y conmoved el mundo!

Guadalajara, mayo 3 de 1874.

En una Escuela

Cuando se mira una rosa
Fresca y de bello color,
Al hallarla tan hermosa,
Se ve que mano empeñosa
La ha cuidado con amor.

Cuando se mira el aliño
Con que un alma se formó,
Se nota que con cariño,
Segundo padre del niño,
El maestro le educó.

Y en premio de los favores
Que presta el uno a las flores
Y el otro a la juventud,
Halla el jardinero olores
Y el maestro gratitud.

Si al padre el alma no olvida,
Al maestro agradecida
Debe recordar también;
Si al uno debe la vida,
Debe al otro el vivir bien.

Feliz serás, si en el suelo
Hacia Dios un grande anhelo
Dentro de tu alma se encierra:
Quien virtud siembra en la tierra
Cosechará allá en el cielo.

Sea del bien siempre amiga
Tu alma para que consiga
Alcanzar una corona,
Del Dios que al bueno perdona,
Del Dios que al malo castiga.

Busque el necio en sus desvelos
Lo que poco ha de durar,
Los bienes que han de pasar
Cual las nubes en los cielos,
Cual las ondas en la mar.

Nosotros sólo buscamos
El bien que por siempre dura,
Y si en la vida lloramos,
Los destellos contemplamos
De la divina hermosura.

Tras la pena aterradora
Brilla la celeste luz
¡Busca, niñez pensadora,
El cielo que da al que llora
Aquel que murió en la cruz!

Guadalajara, julio 7 de 1874.

Sin Ti

Las flores lucen en el verde prado,
Los astros brillan en el cielo azul,
Y en nuestras almas el amor palpita
Flor, estrella, pasión, todo eres tú.
El cierzo mata las fragantes flores,
Las sombras cubren la celeste luz,
Muere el amor cuando el olvido empieza...
¿A qué vivir cuando me faltes tú?

Guadalajara, julio 8 de 1874.

Lontananza

¡Adiós! -cuando en la noche solitaria
Arranques a tu piano dulcemente
Vagas y soñadoras armonías,
Deja que vuelva a tu intranquila mente
El recuerdo feliz de aquellos días...
Y, después, cuando el frío de los años
Hiele nuestros fogosos corazones,
Cuando, llenos de tedio y desengaños,
Miremos alejarse a las pasiones,
Quizás nos hallaremos en la tierra,
Y, entonces, recordando
De nuestro amor antiguo los reflejos,
Los dos nos quedaremos suspirando
Al mirarlos tan lejos.

Guadalajara, julio 9 de 1874.

LASCIATE OGNI SPERANZA!

La dicha de los cielos tuve en poco
Cuando en sus ojos el amor brillaba.
¡Cuál me adora! pensé; yo estaba loco:
¡Ya era de otro su amor, ya no me amaba!

Cuando te miro, conmovido pienso
En que el suspiro que tu pecho lanza
Es para el que amas con afán inmenso,
Y en que es mi amor, amor sin esperanza.

Esa sonrisa que formó mi encanto,
Mi tesoro más grande en este mundo,
Para mí sé que no es, y vierto llanto;
Mas no de envidia, de dolor profundo.

De tu voz la inefable melodía,
Eco dulce de acentos de la altura,
Ahora ya no trae al alma mía
Un raudal de dulcísima ternura.

Al oir aquel canto he suspirado;
Recuerdo que en un tiempo fue mi orgullo.
Como el viento sus notas se ha llevado,
Llevóse así el olvido al amor tuyo.

Desengaño cruel yo presentía,
Dudaba de ese amor que era mi anhelo,
¡Y, empero, es horrorosa mi agonía
Cuando me miro desterrar del cielo!

Te veo ya con el dolor sin nombre
Con que, al verse arrojado de improviso
Del Edén para siempre, el primer hombre
Volvía la mirada al Paraíso.

Y siento arder dentro del alma mía
Una gota del llanto, amargo, eterno,
Que derramó Luzbel cuando caía
Del cielo para hundirse en el infierno.

El saber que mi amor das al olvido
Abre en mi corazón una honda herida;
¡Ay, la más dolorosa que he sufrido
En el rudo combate de la vida!

Hoy he mirado mi desdicha cierta.
¡Cuánto sufro! tal vez es preferible
No amar nunca, tener el alma muerta,
A amar sin esperanza un imposible.

Al ver morir tu amor, ¡cuánto he llorado!
He sentido en el alma el mismo duelo
De una madre que mira al hijo amado
Tornarse en ángel, y volar al cielo.

¡Ya no me amas! tu amor que era mi gloria
Contemplo con dolor desvanecido;
Ya en tu alma va tomando mi memoria
Los pálidos colores del olvido.

¡Tu amor los que esas flores ha durado!
Pienso llorando al ver las que me diste.
¡La flor me dio perfumes... se ha secado!
¡Tu amor me dio placeres... ya no existe!

¡Cuán triste es recordar un bien perdido!
¡Cuán solo se halla aquel que amor no alcanza!
¡Más cruel que la muerte es el olvido!
¡Y es horrible adorar sin esperanza!

Guadalajara, julio 17 de 1874.

ROMEO DIONESI

Dios te envió a la tierra impía,
Con tu voz de dulce arrullo;
Viniste, y desde ese día
En la celeste armonía
Falta un canto y es el tuyo.

Puso el Señor en tu mente
Algo de su inmensidad;
Brillar se ven en tu frente
La gracia del inocente
Del genio la majestad.

Tu voz los dolores calma,
Y del artista la palma
Te ofrecemos con cariño;
De un ángel tienes el alma
Dentro de un cuerpo de niño.

De luz sin duda un destello
Dios puso en ti, como un sello,
Porque en ti, niño, se encierra
Algo de grande y de bello
Que no se encuentra en la tierra.

No hay un solo corazón
Que su fogosa ovación
Entusiasta no te mande,
Al verte con emoción
¡Tan pequeño y ya tan grande!

Dios quiso que en este suelo
Probaras el desconsuelo
Que a los mortales aterra:
Te dormiste allá en el cielo
Y despertaste en la tierra.

¿Por qué hay en tu dulce canto
Algo que hace verter llanto?
¿Por qué tu acento es tan triste?
¿Que, recuerdas el encanto
De ese cielo que perdiste?

¿Acaso las galas bellas,
Como en un éxtasis ves,
De las regiones aquellas
En donde son las estrellas
Polvo que huellan los pies?

A la bóveda azulada
Quisiera tu alma inspirada
Elevar su vuelo blando;
Pero la miras llorando
A la tierra encadenada.

Te dio la naturaleza
Las gracias de la belleza;
La gloria, el genio y el arte
Prestáronte su grandeza,
¿Cómo, pues, verte y no amarte?

¡Con qué expresión ideal,
Con qué gracia sin igual,
Brilla en tu faz animada
Tu risa de ángel, bañada
Por el fulgor celestial!

Flores de rara hermosura
En premio a tu donosura
Te han dado nuestros vergeles;
¡Cuán bien están los laureles
En una frente tan pura!

Tu porvenir es fecundo,
Sigue, niño sin segundo,
Sigue de la gloria en pos;
¡Te da sus lauros el mundo,
Te da sus sonrisas Dios!

Guadalajara, agosto 10 de 1874.

Lo que es Amar

Una niña a su madre dijo un día:
¿Lo que es amar me quieres definir?
Y respondió la madre: -¡Ay! hija mía,
¡Amar es morir!

Cuando estuvo la niña enamorada
Tan intenso placer llegó a sentir,
Que decía: -Mi madre está engañada,
¡Amar es vivir!

Los separó la suerte en sus rigores,
Y el amante muy pronto la olvidó;
Él la dicha buscó en nuevos amores;
La niña murió.

Y exclamaba llorando en su agonía:
-¿Si no puedo olvidar, a qué vivir?
Mi madre aquella vez razón tenía:
Amar es morir.

Guadalajara, diciembre 21 de 1874.

A la Distinguida Artista Emilia Leonardi

Más allá del magnífico océano,
Del Atlántico mar de inmensas olas,
Un pueblo está, de nuestro pueblo hermano,
El pueblo del ingenio castellano,
El pueblo de las glorias españolas.

La nación que en Lepanto y en Pavía
Tremolaba su enseña victoriosa,
A cuyo aspecto, humilde y silenciosa,
La tierra de pavor se estremecía.

Si un mundo conquistó su fuerte acero,
También llevó la luz por todas partes;
Que ese pueblo galante y caballero,
Si un lauro tuvo ensangrentado y fiero,
También tuvo los lauros de las artes.

A países ignotos y apartados,
Do realizó magníficas conquistas,
Las victorias llevó de sus soldados
Y el genio sin igual de sus artistas.

Y fulguran los triunfos españoles
En la historia del arte omnipotente
Del genio con la luz, más refulgente
Que el resplandor soberbio de los soles.

Si allá en España hay entusiasmo ardiente,
Aquí también admiración se siente,
Emilia encantadora, al contemplarte;
Aquí seguimos tan glorioso ejemplo;
Si al arte elevan en Europa un templo,
En México también se adora el arte.

En esa España donde el genio mora
Naciste con la luz de la belleza,
Y muestras en tu frente seductora
Del talento y el arte la grandeza.

Con tu sublime acento
Nos haces olvidar el sufrimiento;
Nuestra alma que te escucha conmovida
Siente al punto calmarse sus enojos;
Disipas las tinieblas de la vida
Con la luz poderosa de tus ojos.

Al contemplar tu angélica mirada,
Tu frente, tu sonrisa enamorada,
El alma se enternece;
Mas cuando escucha tu sublime canto
Comprende de los cielos el encanto,
Y entonces se fascina, y enloquece,
Y anhela en inefable sentimiento
¡Que nunca cese tu divino acento!

Guadalajara, febrero 11 de 1875.

En la Tumba de Espiridión Carreón

¡Adiós! Tú ya dejaste ese camino
Por las espinas del dolor cubierto.
Siempre fue venturoso tu destino,
Más feliz que nosotros, tú ya has muerto.

Hoy quiere Dios que al corazón taladre
El dolor de mirar que ya partiste:
De la muerte en los brazos te dormiste,
Como un niño en los brazos de su madre.

Ya te hallas de las penas al abrigo.
Y, empero, los pesares nos devoran,
Y sentimos la ausencia del amigo:
¡Siempre son egoístas los que lloran!

Perdemos un hermano cada día,
Que la muerte nos roba en su fiereza,
Y nos queda en el alma ya sombría
Un recuerdo perenne de tristeza.

Hoy que venimos con incierta planta
Los últimos adioses a ofrecerte,
Henchida de tristeza mi alma advierte
Que profana este sitio cuando canta:
Son mis cantos mezquinos y me espanta
Esa inmensa grandeza de la muerte.

¿Qué podría deciros
Si sólo sé llorar en mi amargura?
¿No es acaso, decid, más elocuente
Postrarse ante una tumba de rodillas,
Y dejar que humedezcan lentamente

Lágrimas de tristeza las mejillas?
¡Y no sé por qué lloro al verte muerto!
¿Se llora acaso si halla el peregrino,
Que perece de sed en un desierto,
El oasis al fin de su camino?

*

Todo lo que era bello reflejaba
Aquel alma de artista, de poeta,
Empuñando su pluma o su paleta
En sus sueños de gloria se extasiaba.

Mas las almas sedientas de armonía
De gloria, de esplendor y de belleza,
No pueden habitar, en su grandeza,
Esta tierra tan baja y tan impía.

En el mundo no sacian ese anhelo,
Y por eso el Señor Omnipotente
Les da para calmar la sed ardiente
La espléndida grandeza de su cielo.

¡Hermano, duerme en paz en tu sepulcro!
En mi alma nunca espero que sucumba
La memoria de aquellos que ya pierdo,
¡Lo que es la siempreviva en una tumba
Es en los corazones el recuerdo!

Guadalajara, abril 13 de 1875.

5 de Mayo

Henchida el alma de entusiasmo ardiente
Ahora una vez más hemos venido
A celebrar la gloria refulgente
Que deberá flotar eternamente
Sobre el abismo inmenso del olvido.

La Francia figuróse en su locura
Ser la Roma del siglo diecinueve,
Y como nada al invasor espanta
Cuando su vil codicia le conmueve,
A conquistar a México se atreve,
Y le profana con inmunda planta.

Esos grandes soldados
Se llamaban del mundo los primeros,
Y los pueblos huían aterrados
Al mirar el fulgor de sus aceros.

¡Y contra esa falange de leones,
Llamada en todas partes la invencible,
Lucharon nuestras míseras legiones!
Y vio la diferencia el mundo entero
Entre esclavos armados
Y ciudadanos libres, que primero
Quieren morir que verse encadenados.

Débil en armas, fuerte en libertades,
Levantóse soberbio en su osadía
El mexicano pueblo,
Y el amor a la patria, ese amor santo,
Hizo triunfar a aquel en quien ardía
Y romper en el rostro de la Francia
Las innobles cadenas con que un día
Atarle pretendiera en su arrogancia.

Vencer al débil, sucumbir al fuerte,
Atónito vio el mundo en ese instante:
¡La lucha del gigante con el niño
En que el niño inmortal venció al gigante!

Las inmensas falanges que luchaban
El estruendo terrible remedaban
Con que retumban iracundos mares;
Y en el campo de muerte el humo denso,
Subiendo hacia el azul, era el incienso
Que había de la Patria en los altares.

Con el fragor de la batalla goza,
A sus contrarios llena de pavura,
Y se eleva terrible una figura,
¡La figura inmortal de Zaragoza!

La tremenda batalla no le aterra;
Tiemblan los galos al oir su nombre:
Aquel héroe fue el rayo de la guerra,
Un alma de titán en cuerpo de hombre.

¡Ese guerrero poderoso, lleno
Del sacrosanto ardor del patriotismo,
Sintió bajar a su gigante seno
Algo como el aliento de Dios mismo!

Resplandeció en su frente la aureola
Que el Dios de los ejércitos potente
Sólo ha dado a los seres elegidos:
¡Los que ese rayo llevan en la frente
Nunca nacieron para ser vencidos!

En medio del silbar de la metralla,
Irguiéndose en su indómita fiereza,
Se mostraba radiante de grandeza,
Cual si fuera el señor de la batalla.

Rodó a sus plantas el francés vencido,
Y, ornando al vencedor de excelsa gloria,
Sonreía orgullosa la Victoria
Al coronar a su hijo más querido.

¡El soberbio invasor no presentía
La vergüenza fatal que le esperaba;
Allí el sol de Marengo no lucía,
En Puebla el sol de Waterloo brillaba!

Era el Cinco de Mayo, Francia fuerte,
Cuando ofuscóse el sol de tu grandeza,
Y la gloria sublime de vencerte
Al pueblo mexicano cupo en suerte.

Al hundirse tu gloria en un abismo
Decir osaste en tu soberbia audacia
Que sólo te vencía la desgracia:
¡Mientes! ¡Quien te venció fue el heroísmo!

Anáhuac escribió con resplandores
Esa fecha imponente
Cuya gloria inmortal jamás se agota,
En ese libro donde brilla todo;
Francia, vencida, la grabó con lodo
En la página vil de la derrota.

Si la Europa altanera
Palideció de espanto ante la Francia,
En México se tiene la arrogancia
De sucumbir al pie de la bandera.

De Alemania los rápidos bridones
Arrollaron del franco las legiones
Cuando llegó de la expiación el día;
La Francia de pavor se estremecía,
Y escuchaba el rugir de los cañones
Como el toque fatal de su agonía.
Los soberbios magnates
Que sembraron al mundo de metralla,
Y soberanos de la tierra fueron,
En medio del horror de la batalla
¡Ay! ¡ni morir supieron!

Esos príncipes, antes tan altivos,
No hicieron ya de su valor alarde,

Dejaron los combates, fugitivos,
¡Cubiertos de vergüenza; pero vivos!
¡Sí, vivos! ... ¡con la vida del cobarde!

La Alemania terrible los destroza,
Y en esa corte hundida en la verguenza
No hay un guerrero que al germano venza;
¡Ay! ¡la Francia no tuvo un Zaragoza!

¡Y tú, México, pueblo de valientes!
De altiva libertad el himno cantas,
Y, de tu enseña espléndida a la sombra,
Con viles invasores no te espantas:
¡Ojalá siempre mires a tus plantas
Enemigas banderas por alfombra!

Y si acaso el destino en su misterio
Tiene escrito que México sucumba,
¡Hallemos todos, al luchar, la tumba;
Sea la patria inmenso cementerio!

Y al mirar que ese pueblo se deshace,
De Libertad muriendo por la idea,
De Dios la mano escribirá: "¡Aquí yace
Un pueblo de héroes mil, bendito sea!"

Si un día el Norte en su ambicioso anhelo
Osa invadir nuestro querido suelo,
Quiere talar nuestras regiones bellas,
Y hacer que flote en nuestro limpio cielo
El soberbio pendón de las estrellas,
¡Volemos entusiastas al combate!
¡Mexicanos patriotas, y juremos
Oponer a sus bravos batallones,
Ya que muros potentes no tenemos,
Una muralla fiel de corazones;
Y a sus fieros insultos contestemos
Con el ronco tronar de los cañones!

¡Antes que ver a México humillado
El Supremo Hacedor dejarnos quiera

Morir junto a un girón ensangrentado
De la adorada tricolor bandera!
¡Oh Patria, si en cadenas has de verte,
Que estallando tus hórridos volcanes
Siembren doquier desolación y muerte!...
Cubriendo todo de quemante lava,
En medio de tremendas erupciones
Te borren de la faz de las naciones;
¡Antes hundirte que mirarte esclava!

Guadalajara, mayo 5 de 1875.

Presentimiento

Ese incierto ruido
Que escucha el corazón y no el oído,
Que algo solemne y grande nos advierte,
¿No es el rumor acaso
De las alas del ángel de la muerte?
Esa atmósfera vaga de tristeza,
Esos presentimientos
De un mundo de misterio y de grandeza
Y esos mil pensamientos
Que con su peso abruman mi cabeza;
Ese tenaz recuerdo de los seres
Que ya dejaron para siempre el suelo,
¿No es todo algún aviso
Que nos envía el cielo?
¿No será que Dios quiso
Decirnos que está cerca la partida
De algún alma querida
Que al fin va a descansar al paraíso
De los rudos combates de la vida?

Guadalajara, Agosto 8 de 1875.

En la Muerte de la Srita. María Rosas

Mañana, en esa hora
En que tímida el alba perlas llora,
Y es su llanto rocío transparente,
De las cándidas flores embeleso,
Cuando llega a su cáliz dulcemente
Y despertar las hace con un beso;

Mañana cuando pálida la aurora
Melancólica brille en el Oriente;
Cuando en la tierra busque
A la flor más hermosa y exquisita
De cuantas flores con amor despierta,
A su beso de luz la flor, marchita,
Ya no despertará, porque está muerta...

Tan joven y morir ¡dulce María!
Brilló un instante en nuestro bajo suelo;
Mas el mundo esa flor no merecía
Y fue a alegrar con su perfume al cielo.

Cuando yo te miraba,
Tan pura con tu plácida belleza,
En tu frente encontraba
No sé qué augusta celestial grandeza.

Algo que me anunciaba
Que pronto nuestro mundo dejarías,
Porque tu alma anhelaba
De otro mundo mejor las alegrías.

¡Y fue verdad! En la estación hermosa
Del vivir, cuando el ángel de la dicha,

Coronando tu sien de mirto y rosa,
Te brindaba su plácido consuelo
Y te mostraba sus radiantes galas,
Vino la muerte y te llevó en sus alas
Hacia tu patria primitiva, el cielo.

Tu pobre madre con amarga pena
Te vio morir, y en su dolor profundo,
Cuando murió su cándida azucena
Contempló, sin tu amor, desierto el mundo.

¡El ángel de tu guarda aquí en el suelo
Contempló sollozando tu agonía,
Y lloraron los ángeles del cielo,
Y aun la muerte lloró cuando te hería!
Pero sólo lloraron
Al mirar de tu cuerpo los dolores,
Y cuando ya morir te contemplaron
En sus brazos al cielo te llevaron,
Coronando tu frente de fulgores.

*

Mañana en esa hora
Que tanta calma misteriosa encierra,
Cuando bañe la aurora nuestro suelo,
Una flor menos besará en la tierra,
Y un ángel más alumbrará en el cielo.

Guadalajara, octubre 6 de 1875.

Balada Bretona

A pobre casa llegó
Alborozado un marino,
Y pidió un vaso de vino,
A la mujer que allí vio.

Lloró al verle la mujer,
Y él dijo: -"¿Por qué lloráis?"
-¡A un esposo os semejáis
Que la mar me hizo perder!

-Que tenéis un hijo sé;
¿Cómo ahora os miro dos?
-Cuando al muerto llevó Dios,
Yo con otro me casé.

El marino que la oyó,
Su inmensa pena callando,
Vació su vaso llorando
Y llorando se alejó.

No pudiendo soportar
Las tormentas de la suerte,
Fue a que le dieran la muerte
Las tormentas de la mar.

Guadalajara, octubre 9 de 1875.

La Esperanza

A mi querido amigo Luis G. Palomar

Que mire el corazón indiferente
Morir a la esperanza engañadora;
¿A que mirar de lejos un torrente
Si no apaga la sed que nos devora?

Esos necios placeres de la vida
Jamás mitigan la ansiedad del alma;
El que muere de sed nunca la calma
Con una gota de agua corrompida.

¡Cuán triste huella deja lo pasado;
Cada día más flores deshojadas,
Cada día más dichas agotadas!
¡Ay! arrancan los días voladores
Al alma dichas y hojas a las flores.

¡Morir sin ser feliz, cuando a millares
Placeres la esperanza nos ofrece,
Es morir cual marino que perece
De sed sobre las ondas de los mares.

¡Cuántos deseos de ventura encierra
El corazón del hombre,
Y de la dicha ansiada, aquí en la tierra,
Sólo ha podido conocer el nombre!
Cuando llega a lograr por su fortuna
Eso que llaman dicha los mortales,
Con los goces posibles no se aviene,
A deseos estériles se entrega,
¡Y siempre pide lo que no se obtiene
Y siempre espera lo que nunca llega!

Y jamás se contenta en su locura
Con el placer falaz de los humanos
Que esconde allá en su seno los dolores,
Cual manzana de espléndidos colores
Que oculta en su interior viles gusanos.

Tras la dicha se lanza
Y cuando la halla, le parece poca
Y anhela lo que mira en lontananza;
Y es porque siempre encuentra su alma loca
Más bella que el recuerdo la esperanza.

Y cuando aquello que anhelaba toca
En vez de disminuir, crece su anhelo
Y, en su delirio de ambición maldito,
Es limitado y quiere lo infinito,
Es insecto en la tierra y quiere el cielo.

El humano desea eternamente,
Y sus mismos deseos le castigan;
Nunca puede saciar su anhelo ardiente,
Nunca, empero, sus ansias se mitigan.
Su ilusión miserable nunca alcanza
A mitigar los males de la suerte;
¡Le dan como una dicha la esperanza
Y él, necio, en un tormento la convierte!
¿Por qué suspira en incesante anhelo,
Por qué pide imposibles y no piensa
Que sólo calmará su sed inmensa
El manantial purísimo del cielo?

Guadalajara, noviembre 2 de 1875.

En la Muerte de Lola Castillo y Rivera De Vallarta

¿Lloráis? ¿Por qué llorar si un cuerpo muere?
¿Por qué llorar la libertad de un alma,
Si Dios al fin compadecido quiere
Que deje de sufrir y halle la calma?

¡Lloráis al despediros, porque deja
De la vida los mares borrascosos,
Para llegar al puerto deseado
Do la esperan ansiosos
Aquellos que en la vida la han amado.
Que allí la precedieron
Y entraron al alcázar azulado
Porque en el seno del Señor murieron!

Sabéis que su alma goza eterna dicha
En la morada del Señor, radiante,
Y llorar no debéis por ese cuerpo,
Hermosa joya que guardó un diamante.

*

Tal dice la razón; mas ¿cuándo un padre
Puede mirar sin llanto en las pupilas,
Sin que su corazón se haga pedazos,
Morir al ser de amor, que, en las tranquilas
Horas de la niñez, llevó en sus brazos,
Al ser a quien le dio su propia vida,
A quien alienta la mitad de su alma?
¡Ah! ¡no es posible conservar la calma
Dando a un hijo la eterna despedida!

Si en medio de la pena
De esa partida que os llenó de duelo,
De lágrimas sentís el alma llena,
¡Llorad... llorad... el llanto es un consuelo!

*

Murió Lola tan joven y tan bella,
Amada con cariño tan profundo,
Que es preciso creer que en este mundo
No pueden habitar seres como ella.

Y por eso el Señor compadecido
No quiso que sufriera en este suelo;
La libró de los males de la suerte;
Para hacerla feliz, dijo a la muerte
Que con sus alas la llevara al cielo.

*

En esa hora misteriosa y triste
En que se rompen los mortales lazos,
Y el alma el traje de los cielos viste
Para volar de un ángel en los brazos,
Ella sólo sintió dejar la vida
Porque daba la eterna despedida
A aquellos que de su alma eran pedazos.

Teniendo en Dios sus pensamientos fijos,
No lloraba por ella, que su anhelo
Iba a ver realizarse allá en el cielo:
¡Lloraba por sus padres, por sus hijos!

Lloraba por aquellos que seguían
Buscando ese ideal que no se alcanza,
Y a su inmenso dolor no sucumbían
Porque Dios les dejaba la esperanza.

Sentía lo que siente la paloma
Que arrebatada por el buitre fiero
De su propia desdicha no se queja,

Y exhala su lamento más sentido,
Porque, al morir, abandonados deja
Sus pobres pequeñuelos en el nido.

Y lloraba también en su hondo duelo
Porque supo muy bien que al morir ella
Moría de sus padres el consuelo.
Pero Lola, tan buena aquí en el mundo,
No los podrá olvidar, ¡los quiso tanto!
Y cuando lloren con dolor profundo
Vendrá del cielo y calmará su llanto.

Guadalajara, mayo 27 de 1876.

A La Patria

A mi amigo José G. Carl

¡Sí, la lucha es tremenda!
Por todas partes el cañón retumba,
Y, entre el ronco fragor de la contienda,
Bajan nuestros hermanos a la tumba.

¡Patria, mi pobre patria,
Cuanto más desgraciada más querida!
¡Si vieras cuánto lloro con tu pena,
Si vieras cuánto sufro al verte hundida
En el mal a que el hado te condena!

En los días de júbilo nos viste
Celebrar un recuerdo que adoramos;
Tenemos hoy el corazón muy triste,
Sufrimos como tú; ¡pero aquí estamos!

Un alma varonil nunca se abate
Ni en medio de las penas se amilana;
Si vemos los horrores del combate,
Un corazón en nuestro pecho late
Animado de fuerza soberana.

Los tiempos son de lucha;
México arde en el fuego de la guerra;
Pero en un corazón que no se aterra,
Si es mucha la aflicción, la fuerza es mucha.

Infeliz patria mía,
Hoy devorada por desdicha acerba,
Al verte hundida en bárbara agonía,
Me aflige tu dolor; mas no me enerva.

Es, empero, tan triste
Ver el horrible mal que así te hiere,
Que sufro a veces el dolor inmenso
Del que mira a su madre que se muere.

¡Esta región tan plácida y serena
Alberga un pueblo mísero; y espanta
En hermoso país tamaña pena,
Tanta belleza y desventura tanta!

¿De qué te sirven tus celajes de oro,
Tu cielo azul, y tus inmensos ríos,
Y de tus aves el divino coro,
Y tus bosques hermosos y sombríos,
Si el humo de contienda fraticida
Empaña las bellezas de tu cielo,
Si de tus aves el cantar se olvida,
Si de tus ríos la veloz corriente
Con la sangre de hermanos va teñida,
Y cadáveres mil al mar hoy lanza,
Si resuena en tus bosques sordamente
El horrible fragor de la matanza?

Hundidos en terrible desconsuelo,
¿Qué nos queda después de tanto duelo?...
Nos queda algo sublime... ¡la esperanza!

¡Yo tengo fe, yo espero;
Yo no vengo con ánimo menguado
A lamentar tus hondos padeceres;
Yo no vengo a llorar acongojado
Como lloran los niños, las mujeres!

¡Al que osare venir, sin fe ni aliento,
Al hacer aquí de su dolor alarde,
Que le ahogue su mísero lamento,
Que un rayo le destroce por cobarde!

Patria, vengo a decirte que no llores,
Vengo a evocar tus muertas alegrías,
A pedirte que olvides tus dolores
Y recuerdes las glorias de otros días.

Hay un recuerdo santo
Que hace volver al corazón la calma,
Que disipa las sombras de esta noche,
Y las sombras densísimas del alma.

Olvida tu presente,
Y de tus penas la terrible historia;
Recuerda llena de entusiasmo ardiente
Aquel pasado de suprema gloria.

No llores afligida
Rotas al ver tus esplendentes galas,
Y vuélvete, con ánimo esforzado,
En alas del recuerdo a lo pasado,
Y al porvenir de la esperanza en alas.
¡Noche de bendición, tú que miraste
De nuestros héroes la sin par grandeza,
Si nuestra redención tú contemplaste
No tengas hoy ni sombras ni tristeza;
Ostenta ahora tus radiantes galas;
Que brillen más hermosos en la altura
Con rutilante luz tus astros de oro;
Que arrulle el manantial; que en la espesura
Lancen las aves cántico sonoro;
Que huyan los genios del dolor sombríos;
Que la voz poderosa de los mares
Y el cadencioso acento de los ríos,
Entonen hoy magníficos cantares!

¡Noche, noche divina,
Un recuerdo sublime te ilumina
Con sus luces espléndidas y bellas;
Hoy para mí no tienes densa sombra,
Y pienso, al ver tus fúlgidas estrellas,
Que a nuestros héroes servirán de alfombra!

*

Venerables caudillos
No turbéis vuestra calma allá en el cielo,
No miréis de la patria la agonía;

Vedla cual la forjara vuestro anhelo,
Vedla como la haremos algún día.

Si hoy adversa fortuna nos impide
Realizar vuestro ensueño sacrosanto;
Si hoy horrible contienda nos divide
Muy pronto cesará nuestro quebranto.

Yacemos hoy en malestar profundo;
Pero no maldigáis a vuestros hijos
Que serán, siempre en vuestra huella fijos,
Dignos de vuestras glorias y del mundo.

No, no temáis que nuestra pena impía
Nos arroje por fin en un abismo;
El dolor dura un día
Y en cambio es inmortal el patriotismo.

Si al contemplar el mal que nos devora
Osa alguno con mísera creencia
Renegar de la santa independencia
Cuyo recuerdo nos inspira ahora,
Le veo como a pérfido enemigo,
Y en nombre de la patria le desprecio,
Y en nombre de la patria le maldigo.

Hemos de ser dichosos, aunque ahora
Suframos horrorosos desengaños,
Si tenemos la fuerza salvadora
Que hizo brillar de libertad la aurora
Tras una noche de trescientos años.

Patria, patria, recuerda:
Tu sueño de tres siglos acababa,
Y al terminar tu horrible pesadilla
Viste al sol sin poniente de Castilla
Que por la vez primera se ocultaba.

Sé grande como entonces;
Abandona tus lides criminales;
Que callen ya los homicidas bronces.

Tus héroes inmortales,
Los que por ti gozosos sucumbían,
Sufren tanto al mirar tu horrible duelo,
Que si llorar pudieran en el cielo,
¡Cuánto, cuánto al mirarte llorarían!

*

Eres independiente.
Ya no maldigas con rencor profundo
A la nación cuyo poder ingente
Supo abarcar la redondez del mundo.

Los tiempos han cambiado:
El monstruo del rencor es hoy odiado,
El ángel de la paz ha aparecido;
Hoy tener debe un pueblo levantado
Sólo palabras de amistad y olvido.

Desparecen ahora,
Del astro del progreso a los fulgores,
La apoteosis feroz de la matanza,
La herencia criminal de los rencores,
La horrible tradición de la venganza.

Hoy México y España son dos pueblos
Hermanos, y es forzoso
Que, ya extinguido su rencor profundo,
Los dos el himno del progreso canten,
Es forzoso que altivos se levanten
A ser los dos admiración del mundo.

¡Patria, patria querida,
La discordia feroz quedará muerta,
Y la paz bendecida
Pronto, muy pronto llamará a tu puerta!

No pienses en la pena que hoy te espanta,
Olvida tu tristísimo presente;
Recuerda tu pasado refulgente,
Saluda al porvenir que se levanta.

Mas ¡ay! si algunos de tus hijos quieren
Perpetuar el rencor y la matanza,
Mantener en tu seno horrible guerra,
Quitarte aun la esperanza,
Y en este frenesí que nos aterra
Dejar las leyes y el derecho rotos,
¡Que rugiendo tus grandes terremotos
Te hundan en los abismos de la tierra!

Prefiero tus ciudades ver hundidas
A mirarte en el mal encenagada;
¡Antes nación borrada,
Que nación de malvados fraticidas!

Guadalajara, septiembre 15 de1876.

Lo que dice una Calavera

Fui también bella y querida;
Mas ya la ilusión perdí:
Hoy, horrorosa y temida,
Me estoy riendo de la vida
Y me estoy riendo de ti.
¡Mira, pobre soñador,
Que vas tras una mujer
Buscando su necio amor,
En esto para el placer
Y en esto para el dolor!
Risa de veras inspira
Ver las farsas de la suerte;
¡Ay! entre tanta mentira,
Si bien la cosa se mira,
No hay más verdad que la muerte.

Guadalajara, noviembre 2 de 1876.

ALEJAMIENTO

Cuando contemplo con mirada fría
Ese mundo, del cual me ha separado
El rudo golpe de la suerte impía,
Cuando miro tranquilo y sosegado
Que allá a lo lejos la discordia brama,
Me siento con la ausencia resignado.
Allá la turba envilecida aclama
El éxito fugaz de la victoria,
Y a sus propios tiranos héroes llama.
A solio augusto se elevó la escoria
Y entrega su vandálica proeza.
A la musa implacable de la historia.
¿En dónde están la gloria y la grandeza
Con que en un tiempo levantó la frente
La patria, llena de gentil belleza?
¿En dónde aquel valor omnipotente
Que en el valle, en el campo, en la montaña
Supo vencer a la enemiga gente?
Lo que antes era encina, es débil caña,
Y el pueblo adormecido no despierta
Ante el recuerdo de la antigua hazaña.
La multitud, envilecida y yerta
Con la infame opresión no se conmueve,
Y está la luz de la esperanza muerta.
El yugo nadie a sacudir se atreve
Mirándose con mísera apatía
El triunfo vergonzoso de la plebe.
La patria se debate en agonía,
Y en vano con acento moribundo
Consuelo pide a su desgracia impía.
Sus hijos, presa de dolor profundo,
Se resignan cobardes con la suerte,
Para baldón y escándalo del mundo.
¿Por qué se disipó la antigua gloria,

Por qué no pudo el pueblo, antes tan fuerte,
Conquistar el honor con la victoria,
O borrar la deshonra con la muerte?

Guadalajara, noviembre 27 de 1876.

Narciso Serra

Murió legando al mundo su memoria;
Mas su alma fue por el pesar herida,
Y, si vida de glorias fue su vida,
Historia de dolores es su historia.

Brillan sobre su losa mortuoria
Los rayos de su fama esclarecida;
Su existencia mortal quedó extinguida;
Mas empieza la vida de su gloria.

Libre su mente al cielo se elevaba;
Pero su cuerpo se quedó insensible,
Y presa fue de padecer profundo.

Compensación el cielo le guardaba:
Si encadenó su cuerpo un mal terrible
Él con su genio encadenaba al mundo.

Guadalajara, diciembre 1o. de 1876.

DANTE ALIGHIERI

¡Es el Dante! ¡Magnífica figura!
Con su faz inspirada de profeta;
La corona de espinas del poeta
Sobre su frente olímpica fulgura.

La sombría Edad Media
Dio a luz ese titán terrible y tierno;
La "Divina Comedia"
Es de su gloria pedestal eterno;

Y entre las sombras de la edad pasada
Resplandece su imagen inspirada,
Por los rojos fulgores del infierno
Y los rayos del cielo iluminada.

Si fue llevado por el gran mantuano
Al reino del dolor sin esperanza;
Guiado por su numen soberano
También su genio a comprender alcanza
Ese otro infierno: -¡el corazón humano!

Guadalajara, diciembre 2 de 1876.

ROUGET DE L´ISLE

Cuando un mundo caduco y miserable
Al peso de sus crímenes caía,
Fue tu cantar el himno formidable
De un mundo que nacía.

Cual hórrido estampido
De volcán que revienta,
Como el ronco fragor de la tormenta
O el estruendo del mar enfurecido,
Así surgió tu cántico potente
De la revolución y la matanza.
Como el rayo se lanza
De la nube rugiente.

Nuestro mundo jamás en las edades
Con más ímpetu vióse sacudido;
Jamás humano cántico se ha oído
En medio de más recias tempestades.

La fe de la victoria
Inspiró tu candente poesía;
La musa de la gloria
Tu bélica armonía.

Hasta que del abismo en lo profundo
El globo se derrumbe hecho pavesa,
Será tu himno triunfal "La Marsellesa",
El canto de los libres en el mundo.

Guadalajara, diciembre 5 de 1876.

El Tasso

Alma gigante para el bien nacida,
Y en la grandeza del dolor templada,
Por los rayos del genio circuida,
Por los males del mundo aniquilada.

Aun del amor la senda encantadora
Regaste con el llanto de tus ojos;
Llevó regia diadema tu Eleonora,
Tú, corona de abrojos.

Cuando honrabas a Europa con tu nombre,
Entre dementes tu señor te hundía:
¡Un hospital de locos para el hombre
Cuyo genio en el mundo no cabía!

Viviste perseguido;
Mas tu noble grandeza el orbe aclama,
¡Al poeta inmortal, amor y fama!
¡Al poderoso vil, desdén y olvido!

Un pontífice rey quiso tu frente
Del poeta ceñir con la corona;
Pero el Dios que a los buenos galardona
Te guardaba un laurel más refulgente.

No quiso que tu gloria soberana
Mancharas con los lauros terrenales;
Y sólo coronó la pompa humana
Tus despojos mortales.

Ornó el laurel tu caja mortuoria;
Fue a buscar mejor premio tu alma inmensa.
¡Tan sólo Dios comprende y recompensa
La verdadera gloria!

Guadalajara, diciembre 6 de 1876.

NAPOLEÓN

Libre se alzó la multitud esclava
Sus hierros seculares sacudiendo,
Y el volcán de su cólera tremendo
Todo arrolló con su candente lava

Nunca jamás atónita la tierra
Miró más espantoso cataclismo;
Leyes, tronos, altares,
Al choque de las iras populares,
Se hundieron de repente en un abismo.

Súbito apareciste,
De yo no sé qué cielo despeñado,
Y a ese pueblo que había derribado
Todo un mundo moral, tu esclavo hiciste.

Si un amor infinito
Te consagró la Francia electrizada,
Se estrellaba en tu base de granito
El odio de la Europa sojuzgada.

¡Nadie, nadie cual tú, sol de victoria!
En ti todo lo augusto se condensa,
¡Qué decir de tu gloria,
Si estás cubriendo con tu sombra inmensa
Los grandes horizontes de la historia!

Pero es humo la gloria de la vida,
Toda humana grandeza al fin sucumbe,
¡Y caíste!... ¡La tierra estremecida
Sólo a ver volverá tan gran caída
Cuando el sol de los cielos se derrumbe!

Guadalajara, diciembre 7 de 1876.

Núñez de Arce

Bayardo de las letras,
Tú, sin tacha y sin miedo,
Haces vibrar tu poesía airada,
Brillante y acerada
Cual hoja de Toledo.

Al ver la patria gloria derruida
Tu corazón electrizado late;
Despiertan a la España adormecida
Tus "Gritos del Combate".

Después del grande acento de Quintana,
No ha exhalado la musa castellana
Poesía más ruda y más tremenda
Que la que inspira a tu alma de gigante,
En el inmenso horror de la contienda,
La musa apocalíptica del Dante.

¡Es tan bella la augusta poesía
Que brota de tu genio estremecido,
Artística, severa, refulgente,
Cual si la hubiera en mármol esculpido
De Miguel Ángel el cincel potente!

Guadalajara, diciembre 7 de 1876.

Napoleón III

Se elevaron los dos del cataclismo,
Alzándose a cumplir su regio ensueño,
Napoleón el Grande de un abismo,
Y del polvo el Pequeño.

Pretendió con hipócrita asechanza
Dos veces al destino hurtar un trono,
Venciéronle el desprecio y el encono;
Pero ese hombre tenía una esperanza.

Y cuando al fin un día,
Con un nombre magnífico encubierto,
De sangre y lodo un trono se amasaba,
Su imperio deslumbrante disfrazaba
Con la suprema púrpura de un muerto.

Ese audaz formidable
Cual César a la Europa se imponía,
Y la tonante voz se obedecía
De un titán deleznable.

Osado quiso dominarlo todo
Con el ronco tronar de los cañones;
Más vencidas un día sus legiones
Se hundió en su impuro pedestal de lodo.

Sucumbió sin ajena sacudida;
No derribó la Europa enfurecida
Con recio choque su imperial trofeo,
¡Dejóle Dios al Grande la caída
Y el hundimiento le quedó al pigmeo!

Guadalajara, diciembre 7 de 1876.

ENTONCES...

Allá en los tranquilos días
De mi placentera infancia,
Cuando cobijaba un ángel
Mi corazón con sus alas,
Hallé mi primer amor
En una casita blanca.
Y fue mi ilusión primera,
Y la amé como se ama
En esa edad en que trinan
Ruiseñores en el alma.
De su lado me apartó
Más tarde la suerte airada;
La niña no sé por qué
Se fue poniendo muy pálida,
En marfil el alabastro
Trocóse en su linda cara,
Y después, después... un día,
Cuando la tarde espiraba,
Voló un ángel a la hermosa
Región de la eterna calma.
Pasados algunos años
Torné a la desierta casa,
Y pude por fin regar
Su sepulcro con mis lágrimas,
En recuerdo ya tornado
Lo que antes fuera esperanza.
Ahora ya de aquel ángel
No queda en la tierra nada,
Si no es su cuerpo en la tumba.
Y su recuerdo en mi alma.

Guadalajara, diciembre 9 de 1876.

LLORAR

Desde el nacer hasta el morir sufrimos
Tan sólo llanto nuestra vida encierra;
Si en un valle de lágrimas vivimos,
¿Cómo no hallar dolor sobre la tierra?
Si sentimos profundo desconsuelo
Y en la tierra la dicha no se alcanza,
Fijemos las miradas en el cielo:
Bello es morir, la muerte es la esperanza.

Guadalajara, enero 9 de 1877.

DOS ERRORES

-Si muriera, ¿llorarías
En mi tumba? - ¡Y sin consuelo!
-¿Y nunca me olvidarías?
-¡Sería eterno mi duelo!
¿Y si muero yo? - Mi llanto
Dejar correr no podré,
Pues te quiero tanto, tanto,
Que si mueres, moriré.
¡Ilusiones de inocente!
Los dos sufren un error:
¡No se llora eternamente,
Ni se muere por amor!

Guadalajara, enero 9 de 1877

Ayer y Hoy

Cuando te amé con ciega idolatría,
Y amaba la existencia con delirio,
Dije, al verte luchar con tu martirio:
"¡Por verte a ti vivir, yo moriría!"
Hoy que ya te aborrece el alma mía
Y miro la existencia con espanto,
Te digo, en mi terrible desencanto:
"¡Por verte a ti morir, yo viviría!"

Guadalajara, febrero 28 de 1877.

Al Maestro Miguel Meneses

Tú siempre vas por la existencia impía,
Buscando gloria con la mente inquieta,
Y tu alma generosa se extasía
Con los sueños de artista y de poeta.
En vano pides la divina calma
Que en un mundo como éste no se encierra,
Y van regando por la ingrata tierra
Notas tu genio y lágrimas tu alma.
Yo, que con lauros fúlgidos del arte
Tu egregia frente entusiasmado ciño,
En mis versos humildes quiero darte
Prenda de admiración y de cariño.
Un mismo fuego el alma nos enciende;
¡Cuán bien los dos a comprendernos vamos,
Y es tan hermoso a aquel que nos comprende
Oír hablar de aquello que adoramos!
Debemos olvidar penas sombrías,
¡Es tan bello olvidarlas!
Bendigamos las dulces melodías,
Hacerlas sabes tú, yo sé admirarlas.
Cuando agobiado de tristeza sientes
En el alma delirios celestiales,
Viertes tu llanto en lágrimas ardientes,
O lo exhalas en notas inmortales.
Teniendo el corazón pedazos hecho,
Cruzando por la tierra tristemente,
Con un mundo de sueños en la mente
Y un mundo de dolores en el pecho,
Lloras tu doloroso desencanto
En notas con que el alma se extasía.
¡Las lágrimas, del cuerpo son el llanto:
Pero el llanto del alma es la armonía!
A veces el artista sonriendo

Deja salir de su alma desolada
Un himno lleno de gozoso encanto,
Como sale de lóbrega enramada
Alegre de los pájaros el canto;
Pero no exhala el grito delirante
Con que el vulgo risueño se extasía;
No es la explosión brillante
De un alma ardiente que gozar ansía:
Suele hallar en la pena sollozante
Más voluptuosidad que en la alegría.
En esas notas de ventura llenas
Poner no puede estrepitosa risa;
Que su pálida musa tiene apenas
Melancólica y vaga una sonrisa.
Ríe, y le extraña su cantar riente;
Prefiere melancólica belleza.
¡El genio, eternamente,
Es hijo del dolor y la tristeza!

Hay en el triste mundo una esperanza
Que endulza los dolores de la vida,
Y tras ella se lanza
El alma, sin cesar, enardecida:
La esperanza de amar, de ser dichosos,
Teniendo siempre la existencia unida
A la del ser que amamos ardorosos;
Pero yo que no tengo
Ilusiones de amor sobre la tierra,
Yo que abatido en mi tristeza vengo
A vivir en un mundo que me aterra,
Y que anhelando vivo
Yo no sé qué imposible bienandanza,
En mi hastío fatal sólo concibo
De morir la esperanza.
Mas cuando absorto escucho
Alguna de tus gratas melodías,
De célicas tristezas impregnada,
Melancólica y dulce como el canto
De un ave que se muere abandonada,
Que al corazón que sufre dice tanto;
Al punto olvido mi hondo desconsuelo,

Y en la noche de mi alma luce el día,
Y al eco de tu blanda melodía
En mi mente se forma todo un cielo
Inundado de luz, de rayos de oro,
Y aromas dulces de divinas flores,
En donde ángeles mil alzan en coro
Sus cánticos de amor arrulladores,
Que pueblan los espacios de armonía,
Y que cambian del alma los dolores
En una celestial melancolía.
Y en los espacios, antes tan desiertos,
Resplandecen radiantes las estrellas,
Y los recuerdos tristes pasan muertos,
Y vivas van las esperanzas bellas.
Y el alma llenan de sin par consuelo,
En delirios magníficos sin nombre,
Himnos del mundo y cánticos del cielo,
Sueños del niño y éxtasis del hombre.
Y en medio de divinas venturanzas,
No sé si son tan dulces sentimientos
De un mundo que ha pasado, remembranzas,
O de otro que vendrá, presentimientos;
Dejo a mi corazón que se extasíe,
Y en sus delirios sobrehumanos mira
De la esperanza al ángel que sonríe,
Al ángel del recuerdo que suspira.

Es del arte el poder tan verdadero,
Su magia celestial a tanto alcanza,
Que yo que nada en la existencia espero,
Me siento enloquecido de esperanza.
Y crece la magnífica belleza,
Divina, esplendorosa, indefinible,
Y miro de los cielos la grandeza,
A contemplar llegando lo imposible,
Y cuando el alma férvida se siente
Morir de dicha y se estremece ansiosa,
Una figura ve, resplandeciente,
Que es de ese cielo la ignorada diosa.
Es la santa visión que sólo veo
Cuando el alma se aparta de la tierra,

Es el ser que forjara mi deseo,
El ideal que mi ventura encierra.
Es de mis tempestades dulce calma,
Única estrella de mi cielo umbrío,
Única rosa del jardín del alma,
Única diosa del altar vacío.
Es el único ser que me adivina,
Que hace llegar su célica mirada
Hasta el fondo de mi alma, y la ilumina,
Como alumbra un abismo la alborada.
Es la que sólo miro reverente
En los delirios de éxtasis risueño,
Es del alma sedienta única fuente.
Es la luz de mis sombras, es... ¡un sueño!

Todas esas dulzuras celestiales
Me embargan al poder de la armonía,
Y abandono el infierno de los males
Para llegar a un cielo de alegría;
Y en medio de ese cielo esplendoroso
Miro cruzar con seductoras galas
Una blanca visión, ser vaporoso,
Soñado arcángel de fulgentes alas.
Y como es el amar una alegría,
Y como es el morir dichosa suerte,
Esa hermosa visión que me extasía
No sé si es el amor o si es la muerte.

Pero pronto concluye
La armonía que causa mi delirio,
Tan fugaz como grato;
Gozo con una dicha que no existe;
Y vuelve tras el júbilo el martirio.
¡Cuán dulce el sueño, el despertar cuán triste!

Dime, artista, si puede la armonía
Trocar la desventura que me oprime
En una celestial melancolía,
¿Cómo no he de admirar tu arte sublime?
Si tu genio magnífico y fecundo
Me llega a conmover con tal encanto,

Me hace olvidar a nuestro ingrato mundo
De otros mundos mejores con el canto;
Si puede tu ardorosa fantasía
De la mente seguir todos los giros,
Y del piano expresar en la armonía
Voces, y ayes, y risas, y suspiros;
Si los lauros espléndidos del arte
Con tanta profusión te dio la suerte,
Artista, con placer debo admirarte,
Amigo, con ardor debo quererte.

¡Es triste tu misión; mas siempre espera!
El alba llega tras la noche oscura,
Tras el afán la gloria reverbera,
Viene tras la desdicha la ventura.
Un alma soñadora que se lanza
A buscar en el arte esa grandeza
Que nunca el hombre sin dolor alcanza,
Ve a un lado de la gloria la tristeza;
Mas también a otro lado la esperanza.

Exhala siempre tu armonioso canto;
El alma al escucharte se extasía,
Y en su dulce embriaguez llorar ansía...
Las lágrimas, del cuerpo son el llanto;
Pero el llanto del alma es la armonía.

Guadalajara, mayo de 1877.

En una Escuela Sostenida por Obreros

Noble inspiración os trajo,
A impulsos de una creencia,
A ensalzar la inteligencia,
¡Cuán hermoso es el trabajo
Rindiendo culto a la ciencia!

¡Cuán digno de noble palma
Es el levantado afán
Con que los obreros dan,
Para hallar el pan del alma,
Un pedazo de su pan!

Se enseña aquí con anhelo
La religión de consuelo
Que, con inmenso cariño,
Transmite la madre al niño
En esa edad que es un cielo;

Y no la ciencia insolente
Que, atea e indiferente,
Nos hace dudar sin calma,
Que pone frío en el alma
Y tinieblas en la mente;

Que con delirante empeño.
En un insensato ensueño,
Marcha del orgullo en pos,
Y del hombre tan pequeño
Pretende formar un Dios;

No es esa ciencia altanera,
Soberbia al par que mezquina,
Que sufre porque no espera,

No es la formidable hoguera
Que abrasa más que ilumina.

Es la verdadera ciencia
Que tiene de Dios conciencia
Y, en su elevada misión,
Alumbra la inteligencia
Y levanta el corazón.

Todo ante el hombre se humilla
Cuando el bien quiere emprender,
Cada escuela, aunque sencilla,
Es una estrella que brilla
En el cielo del saber.

Vuestra misión es muy bella:
Tenéis una escuela ya;
Ciudad con empeño de ella,
Y si ahora es una estrella,
Un sol mañana será.

Guadalajara, agosto 9 de 1877.

A A. S.

Bajo el límpido azul de nuestro cielo
Aspiraste las auras de la vida;
Hijo eres de esta tierra tan querida,
Por eso tu victoria es nuestro anhelo.
A compensar ahora tu desvelo
Viene entusiasta, de emoción henchida,
La multitud, que en ti ve, conmovida,
Una esperanza más para este suelo.
Sigue, sigue adelante; que la gloria
Un galardón hermoso te previene,
Y te arrulla en sus brazos la esperanza.
¡Sufre y lucha en la vida transitoria;
Que nunca lauro sin sufrir se obtiene
Y nunca gloria sin luchar se alcanza!

Guadalajara, octubre 7 de 1877.

A la Eminente Trágica María Rodríguez

La entusiasmada multitud se afana
Por que tu triunfo inolvidable sea,
Y con tu inmenso genio se recrea,
Astro fulgente de la escena hispana.
Tu inspiración se cierne soberana,
Y tu olímpica frente centellea
Con la gloria sublime de Medea
Y los lauros magníficos de Adriana.
Universal aplauso te saluda,
Y en esta noche espléndida recibe
Cariño la mujer, lauro la artista.
Cumple con tu misión gloriosa y ruda;
¡Jamás el genio sin dolores vive
Y nunca el triunfo sin luchar conquista!

Guadalajara, diciembre 16 de 1877.

Las Siete Palabras

¡Qué terribles ardores
Sobre la árida cumbre del Calvario
Derramaban del sol los resplandores!
Aquel lugar, poco antes solitario,
Inundaba la gente
Que de lejos venía
Absorta a contemplar prodigios tales,
Porque nunca creyó que moriría
El Señor inmortal por los mortales.

¡Y era cierto! - el Señor, compadecido
Del hombre al ver la miserable suerte,
Quiso morir por él y redimirle,
Quiso darle la vida con su muerte.

Un día Dios con poderoso acento
Sacó la creación del negro caos,
Dio a los hombres la vida
Y les dijo: -"creced, multiplicaos".

El Hacedor entonces fue muy grande,
Sí, pero fue más grande en aquel día
En que murió para salvar al hombre
Del caos del error en que yacía.

El Señor al crearle
Dio a su cuerpo la vida transitoria,
Después, cuando murió para salvarle,
A su alma dio la vida de la gloria.

El tiempo en su carrera
Tronos, pueblos, costumbres arrebata,
Como arrastran las aguas del torrente
El débil junco en rápida corriente;

Y el tiempo en sus tremendas tempestades
Para desvanecer es impotente
Ese drama imponente
Que atónitas admiran las edades.

¡En vano, en vano estréllase rugiente
El mar tempestuoso del pasado
Del Calvario en la cumbre ensangrentada:
Por los rayos del cielo iluminada
Allí está del Ungido la figura,
Que diecinueve siglos en su vuelo
No han podido ofuscar, y que, en la altura
Del consagrado Gólgota, fulgura,
Como fulgura el sol allá en el cielo.

*

En una cruz espira,
Por redimir al pecador inmundo,
Aquel Ser que en su ira
Podría deshacer el vasto mundo.

Y deja que sus miembros despedacen,
Y, en vez de castigar al delincuente,
Dice a su Padre con la voz doliente:
"¡Perdónalos, no saben lo que hacen!"

Y tocó su piedad inextinguible
El corazón de Dimas, el bandido
Que a su lado moría
Como Él en una cruz, y arrepentido
"¡Perdón! ¡Perdón!" -decía.

Siempre el Señor perdona
Al que tiene fe intensa;
El único pecado
Que el Hacedor jamás ha perdonado
Es el dudar de su bondad inmensa.

"Acuérdate de mi, -díjole Dimas-,
Cuando estés en tu reino";

Y el Señor contestó: -*"En verdad te digo*
Que hoy en mi reino te hallarás conmigo".

Al pie de aquella cruz en que espiraba
El Redentor del mundo,
María triste llanto derramaba.
Al verle moribundo
Su corazón sentía traspasado,
¡Ay! -y lloró con el dolor profundo
Con que sólo las madres han llorado.

La pena que sufrió con santa calma
A cualquiera otra madre mataría;
Pero tuvo María
En su inmenso dolor inmensa el alma.

Allí el apóstol Juan también gemía
Lleno de amarga pena;
El Señor vio a su madre y al apóstol
Con su mirada límpida y serena,
Y, antes de alzar el vuelo hacia su Padre,
Con dulce acento dijo:
"¡Mujer, ve aquí a tu hijo!
¡Hijo, ve aquí a tu madre!"

En la cumbre del Gólgota sangriento
Esperaba el Señor la muerte fiera,
Y sentía tan grande sufrimiento
Como nunca en el mundo se sintiera.

Su divina cabeza se inclinaba,
Cual se inclinan las flores en el prado
Si el cielo no les manda su rocío;
A su Padre volvióse acongojado
Y con honda aflicción dijo: -*"¡Dios mío!*
¡Dios mío! - ¿por qué me has desamparado?"

Y el divino Señor desfallecía
Al peso de su horrible sufrimiento,
Y la muerte cruel, ¡ay! no venía
A poner fin al bárbaro tormento.

Sed horrible sentía, y no halló nada
Que calmarla pudiera,
A no ser que bebiera
Su sangre con sus lágrimas mezclada.

Seca estaba su boca
Por el martirio luengo,
Su voz ya moribunda y apagada,
Y murmuró: *"¡Sed tengo!"*

Al fin el Padre quiso
Darle tras los tormentos el reposo:
Cerráronse los ojos que brillaban
Con mengua de ese sol esplendoroso.

La voz a cuyo acento
Salieron de la nada
Los mundos a millares, apagada
Pronuncia apenas lánguido lamento.

Ríndese al fin a su dolor profundo.
Al suelo inclina el rostro ensangrentado,
Y dice con acento moribundo:
"¡Todo está consumado!"

Ya muere, redimiendo soberano
A la tierra deicida,
El Salvador que al miserable humano
Dio dos veces la vida.

Por fin concluye su martirio horrendo,
Y el Redentor al entregar el alma
Al Padre dice con divina calma:
"¡En tus manos mi espíritu encomiendo!"

Guadalajara, viernes santo de 1878.

La Última Noche

A José López Portillo y Rojas

Ningún rumor en la ciudad se oía,
Todo enlutaba de la noche el velo:
El silencio y la sombra, -¡qué armonía
Con almas que lloraban sin consuelo!

¡De cuántos desgarrados corazones
Hondo lamento de dolor brotaba!
Hasta el viento rasando los balcones,
Parece que sus quejas exhalaba.

Por un cirio amarillo de repente
Una gota de cera iba rodando;
Parecía una lágrima candente
Por pálida mejilla resbalando.

Un extraño contraste se veía
Junto al cuerpo bellísimo sin alma:
Todos lloraban, y ella sonreía,
Ellos en el dolor, y ella en la calma.

Sus ojos, para el mundo ya cerrados,
Para un mundo mejor tenía abiertos,
Y en ellos se miraban retratados
Los goces celestiales de los muertos.

Ya lágrimas amargas no podían
Turbar la limpidez de su mirada;
Y sus ojos con éxtasis veían
El resplandor de la eternal morada.

Si asomaba a los párpados el llanto
Al contemplar su pálida belleza,
No era esa angustia que destroza tanto,
Era melancolía y no tristeza.

Es la amarga tristeza noche umbría
Sin estrellas, sin luces y sin calma;
Pero es la celestial melancolía
Un tranquilo crepúsculo del alma.

Y, ya olvidada del dolor que aterra,
Creía el alma en éxtasis profundo,
Que, suspensa la vida de la tierra,
Vivía con la vida de otro mundo.

Y voces celestiales a lo lejos
Hablaban de reposo y bienandanza,
Y verse parecían los reflejos
De la infinita luz de la esperanza.

Y se pensaba por extraña suerte
Oir una armonía seductora;
Tal vez cantan las almas a la muerte
Como cantan las aves a la aurora.

Parecían salir del aposento,
Cual la que vio Jacob, santas escalas,
Y dulces resonaban en el viento
Acentos de ángel y rumores de alas.

Tanta unción en su faz resplandecía
Que, al verla, nadie la creyera inerte;
Su actitud soñadora parecía
Un éxtasis divino y no la muerte.

Tendida muellemente sobre el lecho,
Que no tenía forma funeraria,
Con las manos unidas sobre el pecho,
Parecía elevar una plegaria.

Como lleva la brújula el marino
Al recorrer el mar alborotado,
Para surcar el piélago divino
Ella llevaba al Dios crucificado.

Al comenzar su viaje hacia la altura
Al amparo de Cristo se acogía,
Y entre sus manos de sin par blancura
Brillar un crucifijo se veía.

Los resplandores del blandón inciertos,
Fingían en su rostro, fugitivos,
Júbilo por los goces de los muertos,
Tristeza por las penas de los vivos.

¡Última noche que la hermosa muerta
Pasaba en ese hogar de que fue encanto;
Se iba, y dejaba en la mansión desierta,
Sólo un recuerdo de perpetuo llanto!

Se iba, y dejaba a sus pequeños hijos
De sus besos de amor sin el consuelo;
Y ellos, por siempre en su recuerdo fijos,
Sólo han de conocerla allá en el cielo.

Acaso era ilusión; pero a medida
Que en las alas del tiempo se acercaba
La hora de la eterna despedida,
Más doliente su rostro se mostraba.

¿Por qué ya al separarla el nuevo día
De los que fueron luz de su existencia,
Tan triste su expresión aparecía?
¿También los muertos llorarán la ausencia?

Disipada por fin la noche oscura,
Ese sol que da vida a cuanto existe
Vino a alumbrar su tétrica hermosura.
¡Cuán alegre la aurora, ella cuán triste!

Despertó la ciudad a los albores,
Volviendo a sus pesares y a sus gozos:
Afuera, de la vida los rumores,
Adentro, de la muerte los sollozos.

¡Y todo despertó con nueva vida
Cuando en oriente el sol lució risueño,
Y ella tan sólo, pálida y dormida,
No despertó de su tranquilo sueño!

Los que inerte llorando la veían
Soñaban con la eterna venturanza;
Todos algo sublime poseían:
¡Ella los cielos, ellos la esperanza!

Guadalajara, julio 4 de 1878.

ACELERACIÓN
(VALS DE STRAUSS)

A José López Portillo y Rojas

Era noche de llanto y de tristeza;
En su fúnebre lecho la vi inerte;
No podía olvidar esa belleza,
Melancólica y dulce de la muerte.
Desdeñaba en mi pena a la insensata
Multitud, que contenta se reía;
Y el rumor de la alegre serenata
A mis oídos plácido venía.
Indiferente y frío
Seguí cruzando con doliente calma;
Y me sacaron de éxtasis sombrío,
Las notas que cayeron cual rocío
En las flores marchitas de mi alma.
Eran de Strauss, mágico que vive
Creando de armonías un tesoro,
De ese poeta músico que escribe
Con pardas brumas y con rayos de oro.
Es un extraño vals, triste y alegre,
Que a un tiempo llora y ríe,
Que me recuerda, en su variado encanto,
Una mujer hermosa que sonríe
Con los ojos bañados por el llanto.
Tiene notas veloces como el vuelo
De un ser a los espacios infinitos;
Viaje de un alma que al llegar al cielo
Es recibida con alegres gritos.
Vago turbión de notas desatadas,
Veloces, sutilísimas, ligeras,
Cual las de ángeles rápidas bandadas,
Que triunfantes recorren las esferas.
Yo pensaba en el alma refulgente
Que acababa de alzar su vuelo blando,
Y la veía en mi delirio ardiente

Por los cielos cruzar, rauda volando.
Y las notas de Strauss semejaban,
Ligeras y argentinas,
Ecos perdidos que hasta mí llegaban
De misteriosas músicas divinas.
Y del alma los ojos
Bañados por la luz de la esperanza,
Veían en su anhelo
Un grupo luminoso en lontananza
Rápidamente levantarse al cielo.
Si un alma pura vuela
Al reino de la paz y la alegría,
Va dejando en su tránsito una estela
De perfume, de luz y de armonía.
Mas las notas alegres y sonoras
En tristes se trocaron con presteza,
Y las oí sonar desgarradoras,
Como un hondo gemido de tristeza.
Aquellas notas raudas y tranquilas
Presto se hicieron lentas y dolientes,
Como en las antes plácidas pupilas
Brotan de pronto lágrimas ardientes.
Sonaron dolorosas en mi oído
Cual postrer ¡ay! que el moribundo lanza,
Como el último adiós de un ser querido,
O el eco de un dolor sin esperanza.
Si las notas primeras me fingían
La llegada triunfal de un alma al cielo,
Las últimas los ayes parecían
De los que la lloraban en el suelo.
Y al mágico poder de la armonía,
Llena el alma de angustia y de cariño,
Desbordada sentí mi pena impía,
Y me quedé llorando como un niño.
Desvanecida mi visión tan pura,
Otra vez en su lecho la vi inerte;
De nuevo me agobió con su amargura
La inmensa pesadumbre de la muerte.
¡Murió! Cuando en mis horas de tristeza
Gozo de mis recuerdos con la calma.
Viene su melancólica belleza

A conmoverme en lo íntimo del alma.
  Recordar esas notas me extasía
Y vierto el lloro que consuela tanto,
¡Bendito el que ha creado la armonía,
Y bendito el Señor que nos dio el llanto!

Guadalajara, julio 7 de 1878.

TRAICIÓN

Ella le engañó traidora
Cuando él la amó con delirio;
Él sucumbió a su martirio,
Y ella finge que le llora.

Mas si una corona deja
De su víctima en la tumba,
Algo en sus oídos zumba
Como el rumor de una queja.

Y, de horror estremecida,
No sabe si ese lamento
Será sollozo del viento
O queja de alma vendida.

Guadalajara, julio 11 de 1878.

El Alma y la Flor

En la tumba de su encanto
Él lloraba en honda pena,
Y allí plantó una azucena
Que iba a regar con su llanto.

Y algo quizás de ella había
En la flor que allí se alzaba;
Porque cuando él la besaba
Esa flor palidecía.

Guadalajara, julio 12 de 1878.

Las Dos Muertes

Cuando sus padres murieron,
Presa de dolor profundo
Las dos huérfanas se vieron
Sin amparo en este mundo.

Víctimas de dura suerte
Fueron un día a caer,
Una en brazos de la muerte
Y otra en brazos del placer.

¡Pobre alma, del mal cautiva,
Cuánta compasión despierta!
Lloré por la hermana viva
Más que por la hermana muerta.

Guadalajara, julio 13 de 1878.

¡SOLO!

Cuando a la guerra marchaba
Enamorado el doncel,
Su triste llanto enjugaba
Una niña junto a él.

Cuando años después tornó,
De amor buscando el encanto,
Junto a una tumba lloró,...
Y nadie enjugó su llanto.

Guadalajara, julio 15 de 1878.

AMOR FUNESTO

Cedió la niña tan pura
Al blando imperio de amor,
Y alegró la sombra oscura
De un beso el dulce rumor.

Su ángel de guarda, llorando,
Vio de amor el grato exceso,
Y voló, la faz tornando,
Al escuchar aquel beso.

Donde el pudor se deshace
Allí comienza el pesar,
¡Maldito el amor que hace
A los ángeles llorar!

Guadalajara, julio 16 de 1878.

HUÉRFANO

El niño apenas nació
Cuando, por negra fortuna,
Y dejándole en la cuna,
Su pobre madre murió.

Y en la alta noche sombría
Escucha el niño dormido
Un dulce canto, venido
De la celeste armonía.

Y llegando dulcemente
Blanco fantasma le toca,
Y deja un beso en su boca
Y una lágrima en su frente.

Guadalajara, julio 19 de 1878.

¡POBRE PADRE!

A su hija crió afanoso,
Mas creciendo se casó.
Y, por amor a su esposo,
Su amor al padre olvidó.

Del pobre viejo la herida
Es tan honda que le mata,
¡Ella es feliz, y le olvida;
Y él pide a Dios por la ingrata!

Guadalajara, julio 21 de 1878.

El Hijo del Soldado (Histórico)

¡El toque de marcha! Los fuertes guerreros
Partían al campo la muerte a buscar,
Las armas brillaban: relámpagos fieros
Que el rayo más tarde debían lanzar.

Las músicas todas con ruda armonía
Alegres tocaban un himno marcial,
En tanto un soldado llorando veía
Morir a su esposa en un hospital.

Con voz balbuciente un niño pequeño,
"Mamá, ¡no te duermas!" decía al llorar,
¡Qué horrible para ella ese último sueño!
¡Partir a otro mundo y a su hijo dejar!

Al dar los clarines el toque postrero
La muerte implacable su frente tocó,
Y en una mirada su adiós postrimero
A su hijo y su esposo la mártir mandó.

¡Partir era fuerza! Terrible amargura:
¡Dejar a la muerta! ¿del niño qué hacer?
¿Llevar al combate la débil criatura
O sola dejarla sin pan perecer?

Los ojos aquellos que vieron con calma
Cien veces la muerte, nublaba el dolor,
¡Partir era fuerza!... pero una noble alma
Mujer, si no ángel, allí envió el Señor.

Al niño dio un beso, y dijo al soldado
De lágrimas santas regada la faz,
¡Si hoy pierde una madre, ya otra ha encontrado,
No es huérfano el niño; soldado, ve en paz!

Guadalajara, julio 22 de 1878.

A Mariano Coronado

Al oir una plácida armonía,
De mis dolores la conciencia pierdo;
Un sueño delicioso me extasía;
No sé si es la ilusión o es el recuerdo.

Y esa dulce embriaguez arrobadora,
Esa ansia indefinible de lo bello,
Si en la noche del alma no es la aurora,
Es, al menos, un fúlgido destello.

En mis horas de loca fantasía
Extrañas cosas la ilusión figura;
No sé el ver de ese modo a la armonía
Si es adivinación o si es locura.

Miro los esplendores de la altura
Bajar, rasgando de la sombra el velo;
Siento vibrar la nota desprendida
Del reino de la paz y del consuelo;
Y aspiro aquella esencia bendecida
De las flores que brotan en el cielo...

¡Quizás en la mansión de gloria extrema,
En sólo una belleza se resume
La hermosura suprema
De la luz, la armonía y el perfume!

El alma se extasía;
Oye en recogimiento silencioso
Aquel himno sublime y misterioso
Que en sus sueños Pitágoras oía.

¡Ángel de la esperanza!
¿Por ventura no son las ilusiones,

Notas de tus dulcísimas canciones,
Preludios de la eterna venturanza?

La armoniosa corriente
Mis ilusiones lleva al éter vago,
Cual lleva el arroyuelo transparente
Fragantes flores al risueño lago.

En la lucha, en la calma,
La expresión musical siempre se ansía,
Si es una flor el alma,
Su aroma es la armonía.

El artista sublime
Que, en su pesar, abandonado gime,
No siempre llora su profunda pena
Con lágrimas de sangre desolado:
¡Es tan triste llorar abandonado
Teniendo el alma de amargura llena!
Sino que exhala su hondo desconsuelo
En el canto divino que le inspira
El genio arrobador que le dio el cielo,
Y es ese canto que dolor respira
A su inmenso pesar grato consuelo.

¡Siempre, Armonía, los dolores calmas,
Hablas al corazón y a los sentidos;
Que, si el amor es música en las almas,
La música es amor en los sonidos!

Guadalajara, julio 24 de 1878.

Visión

Tendida en su lecho la vi estremecido;
Su sueño postrero por fin ya dormía;
Yo estaba abrumado, sintiendo en mi oído
Sonar de la muerte la extraña armonía.

Sentía el misterio de un mundo ignorado;
¡Qué lúgubres sones! - ¡qué ignotos acentos!
Crugió mi cerebro; miré deslumbrado
De pálidos cirios fulgores sangrientos.

Un humo, una nube, ¡quién sabe! algo oscuro,
Flotando en los aires, formó sombra densa;
Latía en el seno del caos impuro
No sé yo qué vida fantástica, inmensa.

En fondo de brumas los cirios brillaban
Cual astros siniestros de un cielo sombrío;
Cruzando callados mil seres volaban,
Sentí de sus alas el lúgubre frío.

Por fuerza secreta sentíme arrastrado
Flotando en las ondas de un piélago hirviente;
Tendí en torno mío la vista espantado,
Y vi un mar de sombras, inmenso, rugiente.

Era un océano; tenía oleadas;
Cual barca, sobre ellas, bogaba aquel lecho,
Llevando a la muerta; sus manos cruzadas
Tenían al Cristo unido a su pecho.

Rugió la tormenta; la sombra insondable
Vibró sacudida por viento iracundo;
Con áspero estruendo brilló formidable
Un lívido rayo, con luz de otro mundo.

Sentíme espirante; la tromba pasando
Consigo llevóme, rendido e inerte;
La sombra me ahogaba; sentí, respirando,
Llenarse mi pecho con auras de muerte.

Lancé un alarido, mi voz dolorida
De aullidos de fiera fue extraño remedo;
Sonando en la muerte la voz de la vida
Llegó a mis oídos. De mí tuve miedo.

Y vi que millares de muertos despojos
Pasaban zumbando, con eco doliente;
Horribles cual nunca miraron los ojos,
Horribles cual nunca fingiera la mente.

Un velo pesado mi alma envolvía;
Un frío espantoso minaba mis huesos;
Los yertos fantasmas, con ruda alegría,
Helaban mi frente con hórridos besos...

De pronto un silencio solemne, profundo,
Reinó en ese caos, confuso, flotante,
Creí, al ver la calma de aquel muerto mundo,
Volar en el centro de tumba gigante.

Después una dulce lejana armonía
Sonó como un himno de santo consuelo:
La luz de la altura bañó el alma mía,
Y allá en lontananza de pronto vi el cielo.

Los negros fantasmas sus trajes cambiaron
Por túnicas blancas, aéreas, lucientes,
Sus rostros, ya hermosos, de luz se inundaron,
Celestes diademas ciñeron sus frentes.

Cual grupo encantado de estrellas errantes,
Pasaban brillando las plácidas almas;
Volar las veía, felices, triunfantes
Alzando a los cielos mil fúlgidas palmas.

Y entre ellas la muerta volaba gozosa
Envuelta en los pliegues de cándido velo,
Y en éxtasis blando me vio cariñosa,
Con dulce sonrisa mostrándome el cielo...

Y, súbito, un himno de amor y esperanza
Sonó con augusta celeste armonía;
De mundos perdidos allá en lontananza
Llegar a mi oído las notas sentía.

Llenaba el espacio con himno sonoro
Del grande universo la voz sobrehumana,
Y ardiente, sublime, vibraba aquel coro,
Alzando a los cielos magnífico hosanna.

Y al son de esos santos cantares del cielo,
Las alma radiosas a Dios se elevaban;
Yo ya no podía seguir aquel vuelo;
Los ecos del canto ya apenas vibraban.

Y todo aquel mundo luciente, armonioso,
Entró a las regiones de eterna belleza;
Y yo, abandonado, quedé silencioso,
Sufriendo en la vida mi horrible tristeza.

Las cosas del mundo de nuevo mirando,
La inmensa agonía sentí de mi suerte,
Vi en calma el cadáver. De envidia llorando,
Grité: "¡Dios piadoso! ¡la muerte! ¡la muerte!"

Guadalajara, julio 25 de 1878.

En la Distribución de Premios del Hospicio de Guadalajara

Una vez más resuena la voz mía,
Mas me falta la fuerza sobrehumana
Con que cantó en un día,
En nuestra rica lengua castellana,
La poderosa musa de Quintana,
Exhalando torrentes de armonía.

¡Oh, si ahora a mi mente
Mandara el alto Dios algún destello
De su luz refulgente,
De inspiración henchida el alma mía,
Elevándose al cielo, lanzaría
Un cántico magnífico y valiente,
Digno del Hacedor Omnipotente,
Digno de la sublime poesía!

Hoy conmovido canto
Todo lo que en la tierra hay de más bello,
Todo lo que en la tierra hay de más santo:
¡La caridad! - virtud la más sublime
Que nos ha dado el Creador fecundo,
El consuelo más grande del que gime,
¡Oh, y hay tantos que lloran en el mundo!

Al huérfano infeliz que llanto vierte,
Y a quien dolores ásperos devoran,
Dice: -"si un padre te robó la muerte,
Yo soy madre de todos los que lloran."
Exclama al ver a la infeliz doncella
Que gime sola en tétrico quebranto:
"Si llorar en el mundo fue tu estrella,
Yo borraré de tu dolor la huella,

Y yo en sonrisa trocaré tu llanto;
Ya nunca llorarás sin un amigo,
Yo endulzaré tu mísera existencia;
Tienes un cuerpo, le daré un abrigo,
Tienes un alma, le daré la ciencia."

Dice luego al mendigo:
"Yo calmaré tu sed, si estás sediento,
Si tienes hambre te daré el sustento,
Si triste lloras, lloraré contigo."

Si una madre inhumana
A su hijo ha abandonado,
La caridad recíbele en su seno:
¡Si ha perdido una madre, otra ha encontrado!

Hay un ser que en la tierra
Por consolar al infeliz se afana,
Que hacia todo el que sufre amor encierra,
Y a quien la caridad llama su hermana;
Ser que al que nace con cariño auxilia,
Como auxilia también al moribundo;
La humanidad entera es su familia,
Y su patria es el mundo.
Hacer el bien es su esperanza sola,
Fija en el cielo su mirada ardiente;
¡Respetadla! que lleva refulgente
De la virtud la espléndida aureola.

¿Tanta grandeza, beneficio tanto,
Han de perderse acaso estérilmente?
Los que debéis la vida, el adelanto,
A esa virtud sublime, omnipotente,
¿Olvidaréis acaso lo que ha hecho?
¡Si hay noble corazón en vuestro pecho,
Tejed coronas, y ceñid su frente!

Darle debéis la merecida palma,
Ofrecedle una digna recompensa,
Sintiendo siempre rebosar vuestra alma
De gratitud inmensa.

Progresad, y cumplid el grande anhelo
Del que la vida os da; no pierda en vano
Su trabajo continuo, su desvelo.
¡Marchad, siempre marchad, siempre adelante,
Que dignos de laurel la gloria os crea!
Y si al fin quiere el cielo
Que la corona en vuestra sien se vea,
Conservad de este asilo la memoria,
¡Si él vida os dio, vosotros dadle gloria!

Si al fin ser grandes conseguís, entonces
No olvidéis, no, tan generosos hechos;
Su memoria guardad en vuestros pechos,
En duro mármol y en soberbios bronces.

¡Al que deje morir, indiferente,
Ese recuerdo sacrosanto y bello,
La ingratitud con su terrible sello
Le marcará la miserable frente!

Guadalajara, octubre 15 de 1878.

¡Noche Buena!

¡La noche buena se viene
La noche buena se va!
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.
(Cantar Español)

¡Noche buena! ¡qué alegría,
El Dios-hombre va a nacer!
¡En los aires, qué armonía!
¡En las almas, qué placer!
Hoy se olvidan amarguras,
Hoy el pesar se destierra.
¡Gloria a Dios en las alturas,
Y paz al hombre en la tierra!
¡Cómo suenan las campanas
Con alborozado acento;
Cómo las gentes ufanas
Van rebosando contento!
¡Cuál la alegre multitud
Se agita en loca embriaguez!
Hoy ríe la juventud
Y sonríe la vejez.
No haya tristeza; ¡a gozar!
Hoy se olvida el mal profundo:
¡Y es tan hermoso olvidar
Los dolores de este mundo!
¡Venga el goce encantador!
Hoy el reír nos precisa,
Antes que venga el dolor
A borrar nuestra sonrisa.
¡Noche buena!
¡Y, empero, hay gente intranquila
Que se halla de angustia llena,

Con el llanto en la pupila
Y en el corazón la pena!

*

En la casa ¡qué alegría,
Qué inusitado derroche!
¡Cómo se goza a porfía
Con la cena de esta noche!
Goces divinos encierra
Esa fiesta familiar;
Que no hay placer en la tierra
Como el placer del hogar.
Los desamparados seres,
Sin amor ni pan, sollozan;
En cambio, otros, mil placeres
En su hogar tranquilos gozan.
De la mesa alrededor
La familia está reunida,
¡Qué cuadro tan seductor!
¿Dónde hay dicha más cumplida?
Nada esa fiesta acibara;
¡Qué alegría tan sincera!
Si así la vida pasara
¡Cuán triste la muerte fuera!
¡Cómo se alegran los niños
Y cuál sus padres se engríen!
¡Cómo se cambian cariños!
¡Cuánto gozan, cuánto ríen!
¡Noche buena!
¡Y, empero, hay gente intranquila
Que se halla de angustia llena,
Con el llanto en la pupila
Y en el corazón la pena!

*

En tanto el huérfano aislado,
Presa del dolor impío,
En la calle abandonado
Se muere de hambre y de frío.

Y su madre allá en la altura
Vierte lágrimas de duelo,
¡Cuál no será su amargura
Si llora en el mismo cielo!
¡Y resuenan las campanas
Con alegre algarabía,
Y se oyen sonar lejanas,
Voces de loca alegría!
Cruza la gente la calle
En rápido movimiento,
Y deja que libre estalle
El volcán de su contento.
Entre tanto el moribundo
En horrible soledad,
Da su despedida al mundo
Y avanza a la eternidad.
Y ve que está confundida,
Por una irónica suerte,
Con el placer de la vida
La tristeza de la muerte.
¡Noche buena!
¡Y, empero, hay gente intranquila
Que se halla de angustia llena,
Con el llanto en la pupila
Y en el corazón la pena

*

Mas si el mundo se extasía,
¡Cuánto ser, en su quebranto,
La bulliciosa alegría
Mira al través de su llanto!
Y en una amargura intensa
Del mundo el amor no alcanza,
Envuelto en la sombra densa
De un dolor sin esperanza.
Sólo Dios cura la herida
De todos los que le imploran;
A los que ríen descuida,
Y consuela a los que lloran.
Es noche buena y hay fiesta;

Empero, hay, si bien se advierte,
Una noche mejor que ésta
Y es la noche de la muerte.
¡Pero fin las quejas den!
Es la ley universal:
Unos gozan con su bien,
Y otros sufren con su mal.
No haya pena ni reproche,
¡Qué gran cosa es el olvido!
¡Es noche buena esta noche
Y a gozar hemos venido!
¡Noche buena!
¡Que no haya gente intranquila,
Que se halle de angustia llena,
Con el llanto en la pupila
Y en el corazón la pena!

Guadalajara, diciembre 24 de 1878.

A R. C.

La muchedumbre tu talento aclama
Y ahora encuentra por doquier tu vista
Admiración a la inspirada artista,
Simpatía a la dama.
El genio que en tu frente centellea
Te dio, para que fueras nuestro encanto,
La luz deslumbradora de la idea,
De la pasión el fuego sacrosanto.
¿Quién que llega a mirarte, no te admira,
Si el genio que tu espíritu atesora,
Te concedió la gracia encantadora
De ofuscar la verdad con la mentira?
Cuando pierdes la calma
Y te agitan las lágrimas o el gozo,
¡Cómo ilumina tu sonrisa el alma,
Cómo la entenebrece tu sollozo!
¡Bendito sea el arte omnipotente
Que así sabe mover los corazones!
¡Dichosa tú que llevas en la mente
Un mundo de risueñas creaciones!
El pueblo que te admira conmovido,
Lamenta en su amargura un mal intenso,
Pero le olvida, y se alza estremecido
Ante tu genio inmenso.
Hundido en sus dolores
¿Qué te puede ofrecer como memoria?
Sólo pondrá del corazón las flores
En el altar de tu suprema gloria.
Es humilde la ofrenda
Que hoy se consagra a quien se quiere tanto;
Pero ¿qué mejor prenda
Del corazón, que el llanto?
La honda emoción que causas con tu acento,
Tu soberano mérito pregona;

¡Las lágrimas que arranca tu talento,
Los diamantes serán de tu corona!

Guadalajara, enero 22 de 1879.

En la Representación del Drama ¡o Locura o Santidad!

El mundo, de yerros foco,
Al honrado tiene en poco,
Y llama al que puede tanto,
Tratándole mal, un loco,
Tratándole bien, un santo.

Infamias no cometer,
Rendir tributo al deber,
Ser mártir de la lealtad
Y la honra no perder,
¿Es acaso santidad?

Inmolar nuestra ventura
En las aras del honor,
Y tener un alma pura
Fuerte y noble en el dolor,
¿Es acaso una locura?

¡Nadie creyera en verdad
Que un día llegara a ser,
En un mundo de maldad,
El cumplir con el deber
O locura o santidad!

Guadalajara, enero 30 de 1879.

A M. R.

¡Oye! el aplauso resuena,
El himno de tu victoria!
De placer tu alma se llena
Con la ovación de la escena
Y el éxtasis de la gloria.

Bullen en tu mente inquieta
Del genio las creaciones,
Y escuchas la voz secreta
Que llena de inspiraciones
Al artista y al poeta.

Te da el arte la victoria
Que eterna fama te augura,
Y unes en tu frente pura
Los laureles de la gloria
A la flor de la hermosura.

Te dio la naturaleza
La gracia y la gentileza,
El numen y el sentimiento;
Si es una flor tu belleza,
Su perfume es tu talento.

Cuando tú cantas, María,
Hay en tu voz seductora
Ayes de melancolía,
Trinos del ave canora,
Todo un mundo de armonía.

Joven eres, y las almas
Ya tu talento conquista,
¡Tiende al futuro la vista,
Y mira las nobles palmas
Que el mundo ofrece al artista!

Guadalajara, febrero 19 de 1879.

¡La Última Rosa!
(Cuadro de M. Compte - Calix)

A José Villa Gordoa

Perdió el rosal sus flores y botones
Y se marchitan lánguidas sus hojas,
Cual se marchita el alma en sus congojas,
Cuando en ella no nacen ilusiones.

Sólo queda una flor, la más hermosa,
Pero también la más desventurada;
Que siempre va el dolor tras la belleza.
Por una mano pérfida arrancada,
Y luego en el estanque abandonada,
La pobre flor a sumergirse empieza.

Todavía las bellas mariposas,
Que en épocas mejores
Junto a ella volaban afanosas
Dándole con placer besos de amores,
La siguen atraídas
Por los dulces perfumes y colores
Que en un tiempo formaron su embeleso,
Y viéndola morir, entristecidas,
Van a dar a la flor su último beso.

Dos jóvenes la ven con triste calma
Y expresión angustiosa,
Cual presintiendo que también el alma
Tiene su última rosa.

Un mismo doloroso pensamiento
Entristece a las dos, y se han unido
Dos almas en un mismo pensamiento,
Como se unen dos aves en un nido.

Radiante la miraron a la aurora
De su pura beldad hacer alarde:
Al lago la arrojó mano traidora,
Y muerta la miraron a la tarde.

La flor agonizante
Ve que las mariposas todavía
La acarician volando cariñosas;
Así de alma que halla en agonía
Las ilusiones son las mariposas.

Cuando por fin la dicha se consume,
Un último favor siempre se alcanza;
A las flores les queda su perfume,
A las almas les queda la Esperanza.

En la dulce estación de los amores
Se gozan de la vida las dulzuras;
Hay en la planta flores
Y en el alma venturas.

Mas pasando la edad que nos encanta,
Llegan las horas de dolor sombrías,
Y entonces ya no hay rosas en la planta
Ni en el alma alegrías.

¡Cuando lleguen los hondos sinsabores,
Cuando, pasada la estación dichosa,
Mueran del corazón todas las flores,
La Esperanza será la última rosa!

Guadalajara, marzo 19 de 1879.

MATER DOLOROSA

De tu historia de lágrimas me acuerdo,
Y llena de dolor mi alma se lanza
A buscar en las sombras del recuerdo
Un poco de consuelo y de esperanza.

¿Podrás dejar con su dolor al triste,
Podrá haber pena de que no te apiades,
Tú, que tanto has llorado y sufriste
El más grande dolor de las edades?

Deja caer, ¡oh Madre del quebranto!
Calmando de mi pena el paroxismo,
En mi pecho una gota de tu llanto,
Como un rayo de luz en un abismo

Abandonada a tu dolor, probaste
Penas que no resiste la criatura;
Quisiste sufrir más y realizaste
Un milagro de amor en tu amargura.

Era un amor inmenso el que latía
En tu doliente corazón marchito;
Que para soportar tanta agonía
Preciso era un amor santo, infinito.

Tu calma diste por la paz del mundo;
Sembró el mundo de abrojos tu camino:
¡De la humana maldad ejemplo inmundo,
Sublime prueba del amor divino!

Te arrancaron al hijo que adorabas,
Con terrible dolor tu pecho hiriendo;
Y, empero, por los hombres tú llorabas,
Para su crimen compasión pidiendo.

Con el amor al odio respondía
Tu corazón henchido de grandeza;
En tu perdón, angelical María,
Lo humano acaba y lo divino empieza.

En tu pecho tan débil se estrellaron,
Sin vencerte, los grandes sinsabores:
Y nunca los mortales contemplaron
Ni terneza mayor, ni más dolores.

Junto a la cruz, postrada de rodillas,
Llegar sentiste en tu amargura extrema,
Ese llanto que abrasa las mejillas,
Ese dolor que las entrañas quema.

¡Llorabas! y tus lágrimas de duelo
Eco de angustia por doquier tenían;
Sollozaban los ángeles del cielo
Y de dolor las piedras se partían.

Alumbraban tu rostro dulce y tierno,
Más pura haciendo tu sin par belleza,
Un rayo celestial, tu amor materno,
Una santa aureola, tu tristeza.

No han hecho que se olvide tu agonía
Del mundo los terribles vendavales;
Tras diecinueve siglos, todavía
Resuenan tus sollozos inmortales.

Y bendecimos tu dolor de hinojos,
Y te rinden, en santas expansiones,
Su tributo de lágrimas los ojos,
Su tributo de amor los corazones.

Por tu inmensa bondad el cielo alcanza
La miserable turba pecadora;
¡Tu llanto es el perdón y la esperanza,
Tus lágrimas redimen... llora, llora!

Guadalajara, viernes santo de 1879.

¡PERDÓNAME!

Juntos crecimos; en tu amor profundo
Pensaste unir tu ensueño con mi ensueño;
Mas se truncó tu porvenir risueño
Y quedaste, sin fe, sola en el mundo.
A los mandatos del dolor sumisa,
Lloraste la amargura de tu suerte;
Y como yo no supe comprenderte
Tu llanto entonces excitó mi risa.
Cediste al mal, desamparada y sola;
El ángel del candor tendió su vuelo,
Manchada al ver tu cándida aureola,
Y sollozando se perdió en el cielo.
Cuando ahogaste tu inmenso desencanto
En los goces impuros de la orgía,
Me horrorizó tu lúgubre alegría;
Tu risa entonces excitó mi llanto.

Guadalajara, septiembre 27 de 1879.

¡ACUÉRDATE!

Cuando al volver de la brillante fiesta,
Embriagada de luz y de armonía,
Resuena en tus oídos todavía
El eco delicioso de la orquesta,
¿No escuchas en tu alcoba silenciosa,
Esos vagos murmullos que levanta
Los genios de la noche misteriosa
Que parece que lloran cuando cantan?
¡Piensa en mí! ¡Piensa en mí! ¡Vuelve al pasado!
Hoy ya ni amor ni gratitud te pido;
Mas los dos nos quisimos demasiado
Para poder lanzarnos al olvido.
Convierte a lo pasado tu mirada,
¿Acaso no es un goce
Para los corazones destrozados,
De la noche vagar en el misterio,
Buscando en un oculto cementerio
Las tumbas de los seres adorados?
¡Lancémonos entonces
Del pasado a la noche tenebrosa,
Donde la dicha humana se derrumba!
Nuestros dos corazones son la tumba
Donde ya muerto nuestro amor reposa.
Cuando mires su tumba, conmovida,
Piensa que tu crueldad le dio la muerte;
Tú bien sabes cuán honda fue la herida,
No temas que despierte.
Volviendo a ese pasado que te espanta,
Has de sentir, acaso con enojos,
Algo como una lágrima en tus ojos,
Y algo como un sollozo en tu garganta.
Hay horas de letal melancolía
En que ningún tormento nos devora,
Y, empero, no gozamos dulce calma;

En que llora de pronto nuestra alma,
Sin que sepa ella misma por qué llora.
  Cuando inclines doliente la cabeza
Sintiendo, a pesar tuyo, que te envuelve
La sombra de una lánguida tristeza,
Es el recuerdo de mi amor que vuelve.
  Tu instinto de mujer nunca te engaña,
Y muy bien has sabido
Que, aunque eres hoy a mi cariño extraña,
Nadie cual yo te quise te ha querido.
  Al ver nuestra pasión desvanecida
Dime ¿no es cierto que te sientes triste?
¡Debe ser tan hermoso en esta vida
Sentirse amada como tú lo fuiste!
  ¿Por qué quiso la suerte
Que por siempre nos haya dividido
Un velo más espeso que el olvido
Y un abismo más grande que la muerte?
  ¡Del amor extinguidos los reflejos,
Hoy estamos tan lejos en la vida,
Que ni cuando la muerte nos divida
Estaremos más lejos!
  No arrojes mi recuerdo con orgullo:
¿A qué ser insensible,
Si se levanta entre mi amor y el tuyo,
Cual muralla de fuego, el imposible?
  ¡Piensa en mí! ¡Piensa en mí! ¡No temas nada!
Existe entre los dos un hondo abismo,
Nuestra historia se encuentra terminada,
Y morimos los dos a un tiempo mismo.
  Aquellas horas de placer y gloria
Cayeron del pasado en lo profundo...
¡Todo acabó! Del corazón la historia
No se forma dos veces en el mundo.

Atotonilco, diciembre 31 de 1879.

El Final de Lucía

A Manuel Álvarez del Castillo

La noche, Edgardo, avanza;
Todo lo envuelve tenebroso velo;
Como muere la luz allá en el cielo
Así muere en tu pecho la esperanza.
¡Cuánta inmensa emoción tu vida encierra!
Que en el mundo te guiaran fue tu suerte
Las tres grandes deidades de la tierra:
¡Amor, Dolor y Muerte!
Despedazado por tu mal sin nombre
Buscas en tu dolor un cementerio.
¡Haces bien! De la tumba en el misterio
Su postrera ilusión encuentra el hombre.
Tu amor nació maldito;
No tienes que esperar en este suelo;
Aquel alma adorada tiende el vuelo,
En tranquila ascensión, al infinito.
Resonando lejana
Entre las sombras de la noche oscura,
Da la tétrica voz de una campana
El toque de agonía a su ventura.
Huye lejos del mundo que indiscreto
Ríe si tu esperanza se derrumba;
Los hombres te abandonan; a la tumba
De la dicha pregúntale el secreto.
Si en la noche del alma no hay aurora,
Si el anhelado bien nunca se alcanza,
Ve el alma herida que el pesar devora,
Al lado de la muerte, la esperanza.
De aquella frente que dejó abatida
La tempestad deshecha de la suerte,
Sólo puede curar la horrible herida,
Helado y triste, el beso de la muerte.

*

Estás solo, la sombra te rodea,
El llanto es una lluvia bienhechora
Para un alma marchita; no hay quien vea
Tu sublime locura... ¡llora, llora!
Se rinde tu alma de dolor transida;
Mucho tiempo luchó; pero la asusta
Ese pesar intenso;
¡Y tu debilidad casi es augusta!
¿No son acaso en la mundana vida
Pequeño el hombre y el dolor inmenso?
¡Pobre mortal que triunfador te nombras
Y errando siempre vas, a la ventura,
Y lloras, de la vida entre las sombras,
Como un niño perdido en noche oscura!
¡Llora, llora! no exhales los gemidos
Con que el vulgo denota su quebranto;
Haz que broten dulcísimos sonidos
Empapados en gotas de tu llanto.
En tus manos triunfantes
Eleva del dolor la augusta palma:
Las gotas de tu llanto son diamantes
Que forman la diadema de tu alma.
¡Llora! y expresa con sentido acento
Del alma destrozada los pesares;
¡Llora! y que sea un himno tu lamento,
Exhala tu dolor en tus cantares.
Al romperse la lira,
Su armonioso lamento nos encanta;
Así al romperse del dolor al peso
El corazón, como la lira, canta.
En las noches del alma, la armonía
Con su célica luz las nieblas dora,
Como ilumina la floresta umbría
La dulce luz de la rosada aurora.
La armonía es la voz de la amargura;
Su tierno arrullo los dolores calma:
¿No son nuestros suspiros, por ventura,
Blandas notas de músicas del alma?

La idea luminosa de la mente,
Del corazón el levantado anhelo,
¿No son ecos que vienen dulcemente
De la divina música del cielo?

*

Edgardo, cuando vienen tus querellas
De infinitos dolores impregnadas
Mi pecho a conmover, tristes y bellas,
Creo mirar las notas agrupadas
A mi lado pasar en vuelo blando,
Como ángeles dolientes que en bandadas
Se levantan al cielo sollozando.
Hay rastros luminosos en el coro
Que exhalan suspirantes en su vuelo...
¿Por acaso serán gotas del lloro
Que derraman los ángeles del cielo?
Y las notas suaves
Cruzando van la inmensidad del viento,
Como los grupos de lucientes aves
Que encantan los espacios con su acento.
Para un alma que siente
Del éxtasis la magia poderosa,
La luz es armoniosa,
La armonía es luciente.
¡Qué inmensa poesía
Brota de tus lamento inmortales!
¡Bendito tu dolor que hace que exhales
Del pecho esos torrentes de armonía!
El eco de ese canto desprendido
De un mundo lleno de divinas galas,
Hace vibrar el alma que suspira,
Como vibran las cuerdas de una lira
Cuando un ángel las roza con sus alas.

*

Todo en calma reposa,
La luna te contempla cariñosa,
Pálida de dolor allá en el cielo;

Parece que sus rayos de consuelo
Dan un beso de paz a cada fosa.
  Edgardo, no te asombre
Si extrañas voces a tu oído vienen:
Cuando todo enmudece para el hombre,
Un acento para él las tumbas tienen.
  ¡Escucha ese murmullo cadencioso!
Como brota el perfume de las flores,
Así brota en fantásticos rumores
De las tumbas un himno misterioso.
  Cuando el hombre es feliz, y todo alcanza,
Jamás oye esa dulce melodía;
Mas cuando sufre tétrica agonía
Esa voz viene a hablarle de esperanza.
  Solo no estás entre despojos yertos,
Te rodean mil sombras cariñosas
Y te habla de dulzuras misteriosas
La tierna voz de idolatrados muertos.
Si este mundo abandona la que te ama,
Si por doquier te cerca lo terrible,
Tu vida es imposible,
Busca la paz... la tumba te reclama.
  Si sólo desconsuelos
Tu herido pecho encierra,
Tu espíritu desprende de la tierra:
¡Oye las confidencias de los cielos!
Y mira destacarse en la espesura
El cándido ropaje de la muerte,
Que viene en tu amargura
Sus plácidos consuelos a ofrecerte.
Viene a darte la calma que codicias,
En su regazo a reclinar tu frente,
Y a adormecer tu corazón doliente
Con sus frías caricias.
Su sonrisa sublime
Viene a calmar tus hórridos enojos;
Y disipa la sombra que te oprime
La blanda luz de sus tranquilos ojos.
  ¡Mas déjala que llegue!
Que si a buscarla tu locura avanza,
Harás que despedace tu esperanza,

Y que a la eterna luz tus ojos ciegue.
Pide a Dios que su santa mensajera
Disipe la locura que te ofusca:
¡La muerte es el placer del que la espera,
Y el eterno dolor del que la busca!

*

Mas ¿qué rumor resuena en lontananza?
¡Se oyen pasos! escucha...
¡Con la desgracia lucha
Tu postrera esperanza!
El coro quejumbroso que resuena
Con austera tristísima armonía,
Es poema de sombra y agonía,
Y de inmensa emoción los aires llena.
Tiembla, Edgardo... ¡interroga!
Al fin va a decidirse de tu suerte.
¡Ay! la duda te ahoga,
¡Y es la duda más triste que la muerte!
Vacilan... ¡han hablado!
¡Ah! Lucía! ¡Lucía!...
¡Edgardo, es tarde ya, la suerte impía
Al eterno dolor te ha condenado!
Llegaste de tu pena al paroxismo,
Y ya consuelo tu dolor no alcanza;
Al fin rodaste en el tremendo abismo
De las almas que pierden la esperanza.
Ha muerto para siempre tu ventura,
Triunfó el gigante que dolor se nombra,
Tu alma se despedaza entre la sombra
Y quema tu cerebro la locura.
No tiene voces la palabra humana
Con qué expresar esa amargura ignota;
Mas pone la armonía soberana
Un mundo de dolor en cada nota.
¡Edgardo, llora, exhala tu agonía
En cántico magnífico sin nombre,
Y lanza con inmensa poesía
Himnos de arcángel y sollozos de hombre,
Y, enmudeciendo la palabra fría,
Que tu canto inmortal al mundo asombre,
Armonía, Armonía!...

Atotonilco, febrero de 1880.

Sin Esperanza

Encadenado a la aflicción me veo,
Me son la dicha y la ilusión extrañas;
El dolor, como el buitre a Prometeo,
Me roe eternamente las entrañas.

Yo cruzo lentamente por la vida,
Sufriendo mi horroroso desencanto;
Tengo el alma de lágrimas henchida
Y no me queda ni el placer del llanto.

Yo sé hasta dónde la desdicha alcanza;
He caído del cielo en un instante;
Yo sé cómo se pierde la esperanza;
Yo vengo del infierno como el Dante.

Tepic, noviembre 2 de 1880.

TRISTEZA

Si un instante de dicha no tenemos
Y son nuestras angustias infinitas,
Al pensil del pasado tornaremos
A contemplar las flores ya marchitas.

¡Triste de aquel que lamentando vive
Las horas de ventura que han volado!
¡Ni vuelve el mar las ondas que recibe,
Ni vuelve sus instantes el pasado!

Cuando en el alma yacen ateridas
Las flores marchitadas por el frío,
Las lágrimas son gotas de rocío
Del cáliz de los ángeles caídas.

Tepic, noviembre 4 de 1880.

Mi Ángel

Hace ya mucho tiempo no sentía,
En medio de mis sueños,
Inundarse de luz el alma mía
Con los fulgores de éxtasis risueños.

Mi pobre corazón, antes tan yerto,
Fascinado ha latido;
Te miro y sueño cuando estoy despierto
Y sueño verte cuando estoy dormido.

¡Cómo huyen al verte mis enojos!
Tu solo aspecto mis dolores calma,
Y disipa las sombras de mi alma
La dulce luz de tus radiantes ojos.

Escucho celestiales armonías
Cuando mi voz te nombra,
Y, en ti pensando, exclamo cual Tobías:
¡Hay un ángel en medio de mi sombra!

Tepic, diciembre 31 de 1880.

VANITAS VANITATUM

Observo a un rey: la corte deslumbrante
A sus plantas prostérnase rendida,
Y al solo acento de su voz tonante
Se doblega la tierra estremecida.
Pero esconde su alma
¡Cuánto inmenso dolor, cuántos enojos!
Le veo a solas, sin amor, sin calma,
Inundados de lágrimas los ojos.
Vivo, llorando está; después su nombre
El juguete será de las edades;
El rey padece la aflicción del hombre:
¡El trono... vanidad de vanidades!

Miro un héroe: la voz de los cañones
Es un himno a su triunfo soberano,
Y son doquier sus bélicas legiones
El terror y el asombro del humano.
Luto, llanto, ruinas
Las huellas son de su corcel sangriento,
Y el callado tenaz remordimiento
Le rasga el corazón con sus espinas.
En su combate con el mal profundo,
Nunca puede ser suya la victoria;
Vence el pesar al vencedor del mundo:
¡Es un sueño el placer, humo la gloria!
Admiro a un gran poeta:
Ceñida de laurel está su frente;
La multitud, al par que le respete,
Rinde a su genio adoración ferviente.
Pero la ingratitud y la perfidia
Marchitan sus amores, y los pierde,
Y el diente envenenado de la envidia
Sin compasión le muerde.
¡Cuánto le cuesta su gloriosa palma!

Al ver su desventura se creyera
Que la suerte le dio más grande el alma
Para que más sufriera.
¡Dolor, tú no perdonas!
No evita nadie del pesar la herida,
Con lágrimas se riegan las coronas
Y son nubes las glorias de la vida.

Contemplo a un monje: en su callado asilo
No estallan las tormentas de la suerte;
Busca la paz en el lugar tranquilo
Que separa la vida de la muerte.
Y, empero, sufre; en la morada umbría
No logra que sus ansias se mitiguen,
Y horribles tentaciones le persiguen,
Cual hambrienta jauría.
Su alma está por los males devorada,
El cuerpo le desgarra su cilicio,
Y queda, aunque triunfante en el suplicio,
Aun más que el cuerpo, el alma destrozada.
Mas todo el que en la fosa se derrumba,
Si en Dios espera, alcanzará consuelo:
¡Sólo halla el hombre, en su constante duelo,
Un lugar de reposo, y es la tumba,
Otro de recompensa, y es el cielo!

Tepic, enero 9 de 1881.

Contraste

Llena de juventud y de hermosura,
Una tarde la vi en el cementerio,
¡Cuánta vida, exclamé, cuánta esperanza
En un lugar de muerte y de recuerdo!

Tepic, enero 31 de 1881.

Mala Venganza

Desde la infancia se amaron
Él y ella, con fe constante;
Mas de cólera un instante
Los apartó, y se olvidaron.
Queriendo vengarse ansioso
De la que ingrata creía,
A otra que no le quería
Él dio la mano de esposo.
Al herirla, se mató,
Por darle a ella un mal rato,
Él, en su loco arrebato,
Su vida entera amargó.

Tepic, enero 31 de 1881.

Perdón y Olvido

Por delirio febril arrebatados
Los dos la misma dicha hemos sentido,
Y bebimos los dos embelesados
Un poco de las aguas del olvido.

Después, en esas horas de atonía
Que siguen a las horas de terneza,
Por yo no sé qué extraña fantasía,
Me hablaste de tus tiempos de pureza,
De esa edad inocente
En que tu alma infantil no conocía
Más besos que los besos que imprimía
Tu pobre madre en tu tranquila frente.

Y al mirar ya tan lejos
Aquellas horas de celeste calma,
De una lágrima pura los reflejos
Disiparon las sombras de tu alma.

Estás de muerte herida, y no lo ignoras,
Rauda corre la sangre por tus venas,
Tus pálidas mejillas seductoras
Sus rosas han trocado en azucenas.

Piensas, al ver la tumba ya cercana,
En tus primeros años virginales,
¿No recuerda el ocaso a la mañana,
No son los dos crepúsculos iguales?

Cuando mire tus pálidos despojos,
Yo que supe quererte,
Cuando contemple tus radiantes ojos
Velados por la sombra de la muerte:
Yo cerraré tus párpados abiertos,

Tu último sueño quedaré velando,
Y elevaré por tu alma, sollozando,
Las tristes oraciones de los muertos.

¡Adiós, pobre extraviada!
El dolor purifica, y tú has sufrido;
Lleva en tu hermosa frente deshonrada
El beso del perdón y del olvido.

Tepic, febrero 12 de 1881.

¿PERDONARTE?

Ahora es imposible
Que mi hermoso pasado reconstruya,
Y ya jamás como antes nos veremos;
Aunque juntos los dos nos encontremos
Ya nunca mi alma se unirá a la tuya.

Cuando en el mundo con ardor se quiere
Y ese inmenso cariño se deshace
Es para siempre ya; que, cuando muere,
Un amor verdadero no renace.

La pasión extinguióse en nuestros senos;
Tuya la culpa fue; todo ha pasado.
¡Mira, si yo te hubiera amado menos
Ya te habría mil veces perdonado!

Tepic, febrero 28 de 1881.

En que diálogos de ángeles oímos;
Entrecortadas, plácidas, inciertas,
Nos hablan de celestes embelesos;
Son voz acaso de las dichas muertas
Que calman nuestros males con sus besos.
¿En qué pensaba al exhalar su canto?
Las gotas de su llanto,
Que las ebúrneas teclas inundaban,
Como expresión de sus ignotas penas,
Las gotas de rocío semejaban
En el cáliz de blancas azucenas.
Al suspirar su cántico, bebía
El cáliz del dolor hasta las heces...
Llorar al exhalar una armonía
Es llorar por dos veces.
¡Pobre alma desterrada!
Tan sólo yo en la tierra
El secreto conozco de tu llanto,
Sólo yo sé la pena que se encierra
En las notas dolientes de tu canto.
Llora ese mal que el alma te destroza;
Una muerta ilusión jamás renace,
El ángel del dolor también solloza
Cuando llorar te hace.
Yo tu amigo me llamo,
Quiero llorar contigo tu amargura;
¿No sabes tú que amo
Más aún tu dolor que tu hermosura?
Yo adivino a través de tu sonrisa
De tu gran corazón la pena inmensa,
Yo comprendo la historia que, indecisa,
En tus mudos sollozos se condensa.
¿Acaso tú no sientes
Con cuánto amor mi corazón te nombra?
Somos de tu alma solos confidentes
La noche, la armonía, y yo en la sombra.
¿No sientes que hay un alma que te envía
Cariñosos consuelos
En la luz, el aroma y la armonía,
No sientes que, del céfiro en los giros,
Responden a tus notas mis suspiros?

En que diálogos de ángeles oímos;
Entrecortadas, plácidas, inciertas,
Nos hablan de celestes embelesos;
Son voz acaso de las dichas muertas
Que calman nuestros males con sus besos.
¿En qué pensaba al exhalar su canto?
Las gotas de su llanto,
Que las ebúrneas teclas inundaban,
Como expresión de sus ignotas penas,
Las gotas de rocío semejaban
En el cáliz de blancas azucenas.
Al suspirar su cántico, bebía
El cáliz del dolor hasta las heces...
Llorar al exhalar una armonía
Es llorar por dos veces.
¡Pobre alma desterrada!
Tan sólo yo en la tierra
El secreto conozco de tu llanto,
Sólo yo sé la pena que se encierra
En las notas dolientes de tu canto.
Llora ese mal que el alma te destroza;
Una muerta ilusión jamás renace,
El ángel del dolor también solloza
Cuando llorar te hace.
Yo tu amigo me llamo,
Quiero llorar contigo tu amargura;
¿No sabes tú que amo
Más aún tu dolor que tu hermosura?
Yo adivino a través de tu sonrisa
De tu gran corazón la pena inmensa,
Yo comprendo la historia que, indecisa,
En tus mudos sollozos se condensa.
¿Acaso tú no sientes
Con cuánto amor mi corazón te nombra?
Somos de tu alma solos confidentes
La noche, la armonía, y yo en la sombra.
¿No sientes que hay un alma que te envía
Cariñosos consuelos
En la luz, el aroma y la armonía,
No sientes que, del céfiro en los giros,
Responden a tus notas mis suspiros?

.....

.....

Al fin envuelve a tu dolor profundo
La majestad augusta del silencio;
Adiós, adiós, tu pena reverencio
¡Dichosos los que lloran en el mundo!
Su apacible fulgor veló la luna,
Los últimos acordes resonaron,
Siguió reinando silenciosa calma,
Y tristes enlutaron
Las sombras a la tierra y a mi alma.
Mas después brillará, de encantos llena,
De esperanza la luz consoladora,
¿No tienen, tras la noche y tras la pena,
Cielo y alma una aurora?

Tepic, abril 5 de 1881.

Mes de María

¡Qué inmensa poesía
Brotaba de esa adoración tan pura;
Quizás, al contemplarla, allá en la altura,
La Virgen dulcemente sonreía!

Lo más hermoso y cándido, la infancia,
Hasta las gradas del altar llegando,
Le daba de sus flores la fragancia,
Por la emoción temblando.

Y aquellos infantiles corazones,
Más puros que las flores que ofrecían,
Elevaban sus castas oraciones
Que cual santos perfumes ascendían.

Nunca, en callado vuelo,
Han subido hacia el cielo
Plegarias más augustas y sencillas
Que la que eleva en su inocente anhelo
La niña pequeñuela de rodillas.

Su corazón tan puro
Es un botón de rosa no entreabierto
Que, después, hecho flor, con honda herida
Las recias tempestades de la vida
Harán rodar despedazado y yerto.

Pero aún es un botón, -¡cuánta inocencia,
Qué celeste candor, qué aroma blando
Está siempre exhalando
En el primer albor de la existencia!

¡Oh, Virgen! No permitas
Que si hoy gozan con santas ilusiones,

Destrozadas después por las pasiones
A ti vengan llorando, ya marchitas.

Recuerda que en sus épocas mejores
Te ofrecieron, henchidas de ternura,
El plácido perfume de sus flores
Y de sus almas la fragancia pura.

Tepic, mayo 9 de 1881.

Aparición

Dieciséis años sólo
Has visto deslizarse en blando vuelo,
No te afligen la pena y el olvido.
Dime ¿te acuerdas mucho de ese cielo
De donde hace tan poco que has venido?
¡Tan joven, tan esbelta!
Yo sólo con mirarte soy dichoso
Y me transporta goce misterioso
Viendo tu mano que el cabello aliña,
Mirando destacarse en vaporoso
Contorno blando tu perfil de niña.
He sentido durante muchos años
Huir de mí la bienhechora calma,
¡Si vieras cuántos hondos desengaños
Me han desgarrado el alma!
¡Si vieras cuán inmenso
Es el afecto que en mi pecho abrigo;
Todas mis ilusiones las condenso
En soñarme contigo!
He acabado mi historia en esta vida,
Mi pobre corazón está desierto,
Y me envuelve la sombra maldecida
De un amor que ya ha muerto.
Pero al verte renace mi esperanza,
Siento que resucito,
Y contemplo la luz, en lontananza,
De un amor infinito...

Tepic, mayo 15 de 1881.

A Antonieta Antonietti

Mañana, cuando partas de este suelo,
Donde tantos ardientes corazones
Han comprendido tu sublime anhelo
Rindiéndote fogosas ovaciones,
Mañana, que te alejes
En pos de ese ideal siempre soñado,
Artista, es necesario que nos dejes
Algo de tu alma, en eso que los hombres
Recuerdos han llamado.

Melancólica y dulce soñadora,
Tú vagas derramando
En las almas henchidas de dolores
El rocío de plácidos consuelos,
Como viene el rocío de los cielos
A reanimar las marchitadas flores.

Tus ojos celestiales nos revelan
En su mirar profundo
El genio de tu patria portentosa,
Que ora en el infortunio, ora gloriosa,
Con páginas de luz la historia llena,
Y es la perpetua admiración del mundo.

Todo lo más hermoso
Que encierra la expresión, alma del arte,
Resplandece en tu diáfana belleza;
Tienes una aureola de tristeza
Y es imposible verte sin amarte.

Al resonar tu acento apasionado
Escucha el alma que tu genio adora,
Vagos sollozos de ángel desterrado
Que al acordarse de los cielos llora.

Dulce Melancolía,
¿No son esos tus cantos melodiosos,
No es cierto que tus notas sollozantes
De ese fogoso corazón se exhalan
En cascadas de fúlgidos diamantes?

Guadalajara, agosto 15 de 1881.

Tu Retrato

He visto tu retrato y he llorado,
¡Es tan dulce tu pálida belleza!
¡Encierra para ti tanta tristeza
En sus negros instantes el pasado!

Sufro al soñar tu porvenir oscuro,
Presintiendo la inmensa desventura,
¡Encierra para ti tanta amargura
En sus negros instantes el futuro!

Tepic, diciembre 4 de 1881.

Tan Bella

¡Tan bella, tan amada,
Y sujeta del mundo a los rigores,
Pobre azucena mía, marchitada
Por el rudo huracán de los dolores!

Te vi llena de júbilo, hechicera
Con tu gracia infinita,
Pronto pasó tu hermosa primavera,
Llegó el invierno y te dejó marchita.

¡Si vieras cuántas lágrimas me arranca,
En hondo desconsuelo,
Ver a mi pobre flor, mi flor tan blanca,
Rodando deshojada por el suelo!

Tepic, abril 5 de 1882.

ORGULLO

En la dicha, en el duelo,
Te busco siempre con ardor profundo;
Eres mi último sueño en este mundo,
Y tus bondades son mi único anhelo.

Me paso la existencia en anhelarlas;
Mas, con todo, prefiero, al perseguirlas,
Al orgullo inefable de alcanzarlas,
El orgullo mayor de no pedirlas.

Tepic, abril 6 de 1882.

Eugenio Sue

¡Tú no eras el apóstol del derecho!
Te inspiraban tan sólo, ardiendo en ira,
Ese reptil mortífero, el despecho,
Y esa musa del fango, la mentira.

Eso que en su demencia
Tu pluma audaz a defender se atreve,
No es ya la libertad, es la licencia,
No es el pueblo, es la plebe.

Si el bien no comprendías,
Pensando en tu infortunio me estremezco;
Infeliz, no esperabas, no creías
¡Cuánto te compadezco!

Entre las galas de tu ingenio ardiente
Se desliza callada esa serpiente
Que la duda se nombra;
Tus obras, donde luce un falso brillo,
Como el árbol fatal del manzanillo
Dan muerte con su sombra.

Sólo quisiste, en tu amargura inmensa,
Odiar y maldecir eternamente;
No pidas la aureola refulgente
Que del bien a los genios recompensa.

Cantor del populacho, ya te ha dado
Grandes riquezas y te aplaude en coro,
Ya disfrutaste en abundancia el oro,
¡Deja en paz a la gloria, estás pagado!

Tepic, abril 16 de 1882.

Miguel Ángel

Era esa edad que a nuestra mente asombra
Con su esfuerzo titánico y bravío,
Cuando un genio se alzó de entre la sombra,
Rudo, grande, sombrío.

Al choque de su mano
Surgieron de la piedra, portentosas,
Creaciones sublimes y grandiosas,
Admiración perpetua del humano.

Alzó la voluntad de su alma dura,
En audaz invasión del infinito,
La cúpula gigante de granito,
Como un himno del arte hacia la altura.

Amó el titán, brotaron de su boca,
De amor a impulsos, cantos inmortales,
Como al herir Moisés la dura roca
Surgieron cristalinos manantiales.

Adivinó su genio
El final juicio en éxtasis profundo,
Y su augusto pincel, por Dios guiado,
Con rudo esfuerzo le dejó trazado
Para terror y admiración del mundo.

¡Dante de la pintura!
En vano, en vano aspira a celebrarte
La humana lira en impotente anhelo;
Pues si un cielo es el arte,
Tú eres su sol, y, sin segundo, brillas,
Y los siglos están, al contemplarte,
Ante tu genio augusto de rodillas.

Tepic, abril 17 de 1882.

SHAKESPEARE

De la cima del genio,
Con tu mirada de águila atrevida,
La humanidad entera contemplaste:
Cada uno de los ecos de la vida,
En intuición sublime, adivinaste.

En la extensión del Océano pienso
Al contemplar tu genio omnipotente,
Profundo como el mar, como él inmenso
Y como él, imponente;
Como él, tienes tormentas desatadas
Y arrullos musicales;
En él bullen las olas agitadas,
En ti los pensamientos colosales.

Terribles o risueños,
Palpitan en tus obras prodigiosas,
Fosfóricos destellos, las ideas,
Los ensueños, espumas vagarosas.

La luz esplendorosa de la altura,
Como en el mar, en tu alma se refleja,
Como él alzas tu voz majestuosa
Que sabe ser cadencia misteriosa,
Canto, murmullo, queja.

El mar en sus regiones
Produce monstruos, como perlas cría;
Así horribles o hermosas creaciones
Engendra tu gigante poesía.

¡Los rayos de los cielos,
De otro vate jamás han alumbrado
Con más vivo fulgor la mente inquieta,
Eres, después de Dios, -dice el poeta,-
El que más ha creado!

Tepic, abril 20 de 1882.

SOÑANDO

Soñé que habías muerto,
Te vi transfigurada por la aurora
De una vida inmortal, y el alma mía
Pudo al fin perdonarte tu falsía:
La muerte es una grande redentora.

¡Con cuánto amor, en sueños,
En tu sepulcro derramaba flores,
Las flores del perdón y del olvido;
Al fin la muerte nos había unido,
Renacieron al fin nuestros amores!

¡Cuán dulce era aquel llanto que vertía,
Mi postrimera despedida al darte!
Ha mucho tiempo que llorar quería;
Pero, viviendo tú, yo no podía
Ni llorar por tu amor ni perdonarte.

Hoy has muerto, las cosas de la tierra
Para ti han terminado;
Los afectos que acaban con la vida,
Al morir tú, también han espirado.

Esos seres que miran con espanto
El otro mundo incierto,
Te consagran la ofrenda de su llanto
Y han creído perderte porque has muerto.
Todos esos pequeños corazones
No ven la luminosa lontananza,
Y no pueden volar a las regiones
Donde habitan la muerte y la esperanza.

¡Pobre niña! ¿No es cierto
Que olvidarme por siempre no podías?

Era preciso amarnos y ya has muerto,
Y digo adiós a las angustias mías.
Cuando viva cruzabas por el mundo
No quise que llegara hasta tu alma
De mi eterno abandono el ¡ay! profundo,
Por no turbar tu calma.

No sé si a veces en tus horas tristes
A nuestro amor pasado te volvías;
Pero hoy que ya no existes,
¿Verdad que me amas como en otros días?

Tepic, abril 21 de 1882.

Aromas

Mientras la lumbre ardiente
Dura en el incensario, el humo denso
Del perfumado incienso
Se levanta a la altura lentamente;
Pero si al fin el fuego se consume,
Al punto mismo extínguese el perfume.

Mientras amor al corazón enciende,
La poesía, aroma de idealismo,
En purísimas nubes se desprende,
Llegando al cielo mismo;
Mas cuando el fuego del amor se agota,
El aroma del alma ya no brota.

Tepic, abril 22 de 1882.

DESTELLOS

Sólo cuando las sombras de la noche
Ennegrecen los mares agitados,
Se ven brillar de las rugientes olas
Los fúlgidos reflejos azulados.

Sólo en las sombras del dolor profundo,
En medio de las luchas incesantes,
Brillan en este mundo
Del genio los reflejos deslumbrantes.

Tepic, abril 24 de 1882.

REDENCIÓN

Sufriste las tormentas de la suerte
Pero, como del arca la paloma,
Ya tu hija del cielo ha descendido
La paz de la virtud a devolverte,
Y el trabajo tu vida ha bendecido.
Tu callada expiación nadie respeta;
¿Por qué el mundo te insulta, por qué olvida
Las palabras augustas del poeta:
Nunca insultéis a la mujer caída?
Si, como Margarita, vas al templo,
Buscando con el alma destrozada
Algún consuelo en tus horribles luchas,
¿La voz de Mefistófeles no escuchas
Gritándote que estás ya condenada?
¡No lo creas! La mancha del pecado
Con lágrimas se lava; reza y llora;
Alza al cielo tu rostro acongojado:
¡El Señor perdonó a la pecadora!

Guadalajara, mayo 15 de 1882.

Recuerdos de un Ave

Idolatraba un pájaro a una estrella;
Un día la perdió por desventura,
Y, eclipsado el fulgor, lejos de ella,
Vivió llorando entre la sombra oscura.

El ave errante, sin hallar un nido,
Cantó las penas que al que sufre espantan.
Poetas y aves que el dolor ha herido,
Cantando lloran y llorando cantan.

Y una vez lamentando su desvelo,
En medio del pesar que la consume,
Aspiró, como un plácido consuelo,
De una flor el dulcísimo perfume.

Sintiendo una emoción inmensa y pura,
Buscó a la flor para soñar con ella;
Grata halló de su esencia la dulzura,
Y vio con gran placer que era muy bella.

La flor era tan tierna como hermosa
Y, como el ave con primor cantaba,
Sintieron que una historia deliciosa
Para los dos entonces comenzaba.

Cuando el ave y la flor se conocieron
Un extraño embeleso disfrutaron;
Poco a poco los dos se comprendieron,
¡Tanto se comprendieron que se amaron!

Hallaron en juntarse un dulce encanto
Y así vivieron en celeste calma:
¡Perfumes y gorjeos dicen tanto
Para dos que se quieren con el alma!

¿Y la estrella? -diréis- ¿el ave acaso
Pudo olvidar de amor tan tierna historia?
¿Aquel astro extinguióse, y de su paso
No quedó ni una pálida memoria?

¡Insondable misterio! -¿Quién lo sabe?
¿Cuándo el amor acaba y cuándo empieza?
Pero siendo feliz aquella ave
Cantaba a veces con mortal tristeza.

Acaso vislumbraba allá a lo lejos
En un éxtasis triste, indefinido,
De su cándida estrella los reflejos
Brillando entre las sombras del olvido.

En sus cantares de repente había
Una vaga inflexión arrobadora,
Aquella dolorosa melodía
Con que en las almas el recuerdo llora.

Mas la flor exhalaba sus olores
Y el ave desechaba sus tristezas,
Y, embriagados de sueños seductores,
Amábanse, diciendo mil ternezas.

¿Cuánto tiempo pasó? -Suelen hallarse
En las cosas de amor tales engaños,
Que la duda es difícil de aclararse:
Fueron días quizás, o tal vez años.

Un día el ave, que a sentir empieza
Una vaga inquietud desconocida,
Mira llegar, llorando de tristeza,
Esas dudas que amargan nuestra vida.

Siente necesidad de alzar el vuelo,
Las alas bate con gentil audacia,
Y se lanza, atrevida, por el cielo:
¡Tan sólo aquella inmensidad la sacia!

Dejó su vida tan feliz y bella
Por marcharse a buscar extrañas lides;
Y, asombrada, de pronto vio una estrella
Que en su luz le decía: ¡no me olvides!

Era su misma estrella fulgurante
Que, dichosa otra vez, miró a su lado,
Diciéndole en sus rayos siempre amante:
¡No me olvides, yo nunca te he olvidado!

¡Cuán raras son las cosas de este mundo!
Un eterno misterio nos agita...
El abismo del tiempo tan profundo
Suele volver aquello que nos quita.

Más que nunca la estrella amaba al ave,
Y el ave más que nunca la amó a ella,
¿Cómo aquello pasó? -Nadie lo sabe,
Y lo ignoran también ave y estrella.

Nada de lo pasado preguntaron,
Y su olvido fue un sueño pasajero,
Simplemente de nuevo se adoraron,
¡Nunca muere un amor que es verdadero!

¿Y aquella flor? -diréis- ¿el ave acaso
Pudo olvidar de amor tan tierna historia?
¿Al alzarse la estrella de su ocaso,
De la flor no quedó ni una memoria?

¡Insondable misterio! -¿Quién lo sabe?
¿Cuándo el amor acaba y cuándo empieza?
¡Ay! aun siendo feliz la pobre ave
Sintió remordimientos y tristeza.

¿Su amor inagotable castigaron?
Por saber tal misterio en vano lucho:
¡A unos perdonan porque mucho amaron,
Y a otros castigan porque amaron mucho!

¿Era mala aquella ave, era inconstante,
Era falsa, tal vez, o desalmada?
No; mas siendo tan buena y tan amante,
Era, sencillamente, desgraciada.

Lo que es para los otros un encanto
Era para la triste una tortura:
Hay seres que nacieron para el llanto
Y es inútil que busquen la ventura.

El ave, amada con pasión fogosa
Por su radiante bienhechora estrella,
No pudiendo vivir y ser dichosa,
Ya tan sólo anheló morir por ella.

Mas ¿por qué no vivir, si todos viven,
Al hallar un amor, sin pena alguna?
Hay seres que la dicha no conciben
Y no pueden creer en su fortuna.

¿Y a quién el ave amó? ¡Ya estaba escrito!
Adorar a la estrella era su suerte
Con un amor angélico, infinito;
Mas, pensando en la flor, pensó en la muerte.

Para siempre sintiéndose ya unida
Al astro que brillaba en su camino,
Hizo un esfuerzo y se quedó en la vida,
Pidiendo sus favores al destino.

La pobre estrella tanto la quería
Que hasta pudo calmar su genio inquieto,
El ave sólo para amar vivía.
¿Y pensaba en la flor? es un secreto.

Hacia la inmensa bóveda azulada
Un día el ave se lanzó contenta,
Y, de luz y de ensueños embriagada,
No sintió que rugía la tormenta.

Y en esa augusta soledad del cielo
Olvidó al mundo tétrico y sombrío,
Sintiendo audaz, al elevar su vuelo,
La sublime locura del vacío.

Soñó mirar las celestiales galas;
Pero de pronto, con furor que aterra,
El huracán la arrebató en sus alas...
Y muerta la arrojó sobre la tierra.

Aquella ave sufrió, por suerte dura,
Cuanta desdicha en la existencia cabe...
¡Cómo hay seres que nacen sin ventura!
¡Pobre flor, pobre estrella, pobre ave!

Tepic, junio 6 de 1882.

DESALIENTO

El ángel celestial de la esperanza
Tendió las alas, se perdió en la altura,
Mirando por doquier en lontananza
La sombra de una inmensa desventura.

Hoy digo adiós a la ilusión postrera
Que con su beso acarició mi frente.
¡Todo pasó! Despierto de repente...
¿A qué debe vivir el que no espera?

¡Cuánta melancolía
Causa el ver seca ya la flor tan blanca!
La vida de las flores dura un día...
¡Pero más triste llanto nos arranca
Ver marchito un botón que aun no se abría!

Tepic, junio 13 de 1882.

El Ataúd

¿Por qué turba la calma de la noche
Del martillo el monótono compás?
-Es que un hombre murió, y el carpintero
Está haciendo la caja funeral.

¿Un ataúd al muerto? ¡pues entonces
Ven, carpintero, y dime, por piedad,
Si hacer puedes la caja en que repose
Mi pobre corazón que ha muerto ya!

Tepic, agosto 2 de 1882.

SAFO

A Francisco N. Ramos

Junto al inmenso mar está sentada;
Se pierde en lo infinito su mirada.
Con su penar a solas,
No quiere ni esperanza ni consuelo;
Sólo responde a su gemir de duelo
La sublime armonía de las olas.

Para siempre perdió su augusta calma,
Al rudo golpe del dolor profundo,
Ya no puede vivir, le oprime el alma
La invencible nostalgia de otro mundo.

Abrumada de tedio y de pesares,
De la fe no conoce los consuelos,
Y su mirada inclina hacia los mares...
¿Por qué no la levanta hacia los cielos?

La Grecia portentosa,
Radiante de hermosura y poesía,
Se refleja en su mente; mas no llega
A la pobre alma ciega
La fulgurante luz que el cielo envía.

Duda, y sufre torturas ignoradas,
Y se agitan violentos
En ella los terribles pensamientos,
Como en el mar las ondas irritadas.

Sobre la roca erguida
La belleza imponente y poderosa,
Entona con su lira prodigiosa,
Como el cisne, la eterna despedida.

Cae, a impulsos del mal, rendida, inerte,
Y se pierden, al son de sus cantares,
Su cuerpo en la gran tumba de los mares,
Su alma en la sombra inmensa de la muerte.

Tepic, agosto 6 de 1882.

En la Solemne Distribución de Premios de las Escuelas Parroquiales

¿Qué alegre multitud enternecida
A recibir el premio se adelanta?
Es la niñez, la aurora de la vida.
¡Salud al porvenir que se levanta!
Hoy brilla de los niños en las frentes
La fe radiosa de las almas puras;
No hay en ellos ni sombras ni amarguras,
Ellos tienen la luz: son inocentes.
Y la Iglesia, cual madre bondadosa,
Les da en su seno protección y abrigo,
Diciendo, como Cristo, cariñosa:
¡Dejad que la niñez venga conmigo!
Hoy un doble placer nuestra alma gusta,
Una doble grandeza nos encanta;
Que si la Iglesia es santa,
La inocencia es augusta.

*

Niñez pura y serena,
Hoy llamas a las puertas de la vida
De paz y de candor el alma llena,
Hoy que la sed de ciencia te devora,
No bebas de la linfa engañadora
Que el fondo de las almas envenena;
Que contra los pesares no te escuda,
Y no calma tu sed abrasadora,
Que ni enseña al que duda
Ni consuela al que llora.
No empañe de tu mente los fulgores
Ese turbio raudal emponzoñado
Reflejo del arcángel despeñado,

Ciencia de vanidades y de errores,
Altanera ala vez y dolorosa,
Que está de hiel y de soberbia henchida,
¡Cual Luzbel orgullosa,
Cual Luzbel maldecida!
  Sin ese orgullo que, con sed impura,
Entre sombras y lágrimas camina,
Iluminada por la luz divina
Deja el fango, levántate a la altura.
  La Iglesia te señala aquella senda
Que nos conduce a la verdad y al cielo,
Y te enseña la ciencia bendecida
Que, a la par, es la luz y es el consuelo;
Que nos da siempre en el dolor ayuda
Y cual sol de bondad sus rayos lanza;
No la ciencia del odio y de la duda,
La ciencia del amor y la esperanza.

*

¡Para el que estudie con afán profundo,
Para el que viva de virtudes lleno,
Sus diademas de gloria el cielo envíe!
¡Cuando premian al niño porque es bueno,
El ángel de su guarda le sonríe!
  Hoy que ufano sus premios atesora,
Cumple de los que le aman el anhelo,
Su pobre madre de contento llora,
Le bendice el Señor allá en el cielo,
Le da la Iglesia bienestar seguro,
Y, como quiere a la inocencia tanto,
Protege a la niñez, que es lo más puro,
En el nombre de Dios, que es lo más santo.

*

  Niños, vosotros sois alba luciente
De tranquilos fulgores,
Sol que despunta entre matices rojos,
Y nosotros, crepúsculo doliente;
Vosotros sois la luz y sois las flores

Y nosotros la sombra y los abrojos.
Nosotros, que gimiendo hemos mirado
Nuestra niñez perderse en lontananza,
Nosotros que ya somos el pasado,
Saludamos ahora a la esperanza.

*

Debéis llevar ¡oh niños inocentes!
Para alcanzar las celestiales palmas,
Besos de vuestras madres en las frentes,
Bendiciones de Dios en vuestras almas.
Si entra de vuestro pecho en el Santuario
El mal que inunda el llanto las mejillas,
Invocad, prosternados de rodillas,
A la Madre que llora en el Calvario.
Niñez, ten fe y espera;
Del mundo en los horribles desconsuelos
Sólo la Religión vuelve la calma,
Y disipa las sombras de nuestra alma
Con la luz fulgurante de los cielos.
Ama ardiente al Eterno con fe pura,
Que en Él tan sólo la verdad se encierra;
A tus hermanos quiere con ternura,
La envidia y el rencor de ti destierra,
Y, en éxtasis de amor, siempre murmura:
¡Gloria a Dios en la altura,
Paz al hombre en la tierra!

Tepic, agosto 17 de 1882.

LA VENTANA

LEYENDA HISTÓRICA EN TRES CANTOS

CANTO I

Siento a veces venir a la memoria,
Dulces recuerdos de la edad temprana,
Las gratas remembranzas de una historia
Unida íntimamente a una ventana.
Una alegría triste,
Pensando en esa historia el alma siente:
Bello es soñar con lo que ya no existe
Y que en nosotros vive eternamente.

No me explico por qué; pero constante
Siempre esta idea por mi mente pasa:
Lo que los ojos son en el semblante
Parecen las ventanas en la casa.
Si la suerte a una casa me conduce
En donde las ventanas no han abierto,
Tal clausura el efecto me produce
De los cerrados párpados de un muerto.
Sabiendo esa ilusión, nadie se admire
De que alce a una ventana tierno canto,
De que por ella con dolor suspire:
¡Es un recuerdo que me dice tanto!

Era una solitaria callejuela
De tristeza impregnada y de misterio,
Que en su silencio y soledad tenía
Una tranquilidad que parecía
La calma sin igual de un cementerio.

Cuando yo atravesaba
De esa calle los ámbitos desiertos,
En aquellos paseos clandestinos,
En sus casas hallaba a los vecinos
Mudos, como en sus nichos a los muertos.
Esa calma sin par me complacía
Y a menudo la calle recorría,
Mirándola con ojos avizores,
Cuando con gran sorpresa una mañana
Acerté a divisar una ventana
Adornada con pájaros y flores.
Con infantil curiosidad llegando
Puse en olvido pensamientos graves,
La ventana mirando
Con lindas flores y preciosas aves.
Jamás en la desierta callejuela
Llegué a mirar un cuadro tan hermoso;
En las otras ventanas nunca había
Rastro alguno de ornato y de belleza;
Sólo el sello cruel de esa pobreza
Sin fe, sin ilusión, desnuda y fría.
Era una novedad halagadora
El adorno gentil de aquella casa
Que revelaba esa pobreza, escasa
De oro, mas no de gracia encantadora.
En un adorno tan sencillo y bello
Tal candidez había y tal pureza,
Que en él hallé de la inocencia el sello.
Al mirar tanta gracia en la pobreza
De una mujer la mano vi en aquello.
Tan sólo una mujer llenar podría
De encantos una calle árida y fea,
Poblar la soledad que la rodea,
De gracia, de pureza y de armonía.

Llegando a la ventana diligente
Una mirada deslicé indiscreta;
Era un cuartito blanco y sonriente,
El sueño de una artista o de un poeta,
El nido de una virgen inocente.
Una mansión tan cándida y tan bella,

Tal llena de hermosura y poesía,
Que Fausto otra mejor no buscaría
Para alojar a Margarita en ella.
Aun hoy en mi memoria la contemplo,
Salvando de los tiempos el abismo;
Porque la vi con el respeto mismo
Con que se mira un templo.

De los muebles allí la gentileza
Era extremada, y, en rincón oscuro,
Sencillo y pobre, pero blanco y puro,
Un lecho vi de cándida limpieza.
Ni la sombra de impuro pensamiento
Cruzó al mirarle por la mente mía;
De quién era ese lecho no sabía
Sino por un fugaz presentimiento,
Y ya con gran respeto le veía
Ostentando su limpia refulgencia.
Siempre el pudor entre el misterio asoma-;
Se adivina quizás que la inocencia
Tiene, como las flores, un aroma.

En sitio preferente, que mostraba
Que un uso continuado de él se hacía,
Un bastidor probaba
Que allí para el trabajo se vivía.

De las cosas de abajo,
Lo que más enternece el alma mía
Es la santa armonía
Que ofrecen la inocencia y el trabajo.
¡Dichosas las criaturas consagradas
Al culto de un deber que han respetado!
¡Cómo adoro las manos delicadas
Que piden al trabajo un pan honrado!

Vi ropas de mujer junto a aquel lecho,
Pobres también; pero de encanto llenas;
Y aspiré en el cuartito, satisfecho,
Como un vago perfume de azucenas.
Todo era allí risueño;

De aquella habitación limpia y graciosa
Salía el no sé qué desconocido
Que nos anuncia una mujer hermosa.
Yo, que en éxtasis dulces me adormía,
Pensaba conmovido,
Siendo tan bello el nido,
¡Cuán bella ser el ave debería!

¡Cuánto se complacía la mirada
Al ver esa mansión embellecida
Por una mano de hada,
Mansión de paz y de contento henchida!
¡Bendita la pobreza resignada,
Alegre en las miserias de la vida!

Aquella habitación era el espejo
Donde las gracias se pintaban de ella;
Todo era allí de su beldad reflejo,
¡Y es tan dulce el reflejo de una bella!

Si mucho, a la verdad, me complacía
Aquella habitación limpia y galana,
Siguiendo siempre mi pueril manía,
Al fin me decidí por la ventana,
Que más bella a mi gusto parecía.
Trepaba una gentil enredadera
Por la parte exterior en sueltos lazos,
Cual si a estrechar a la ventana fuera,
Como amante feliz, entre sus brazos.
Era una embriagadora madreselva
Que esparcía en aquellas soledades
Ese agreste perfume de la selva
Que es tan grato aspirar en las ciudades.

Tenía en la ventana colocadas
La dueña de ese nido de primores
Algunas de sus plantas adoradas,
Que la hacían soñar con sus olores.
Allí, esbelto y gallardo,
Pálido y oloroso,
Cual del alma recuerdo vagaroso,

En su tallo gentil se alzaba un nardo.
Arrogante y graciosa,
De vívido color y de hechicero
Perfume, levantábase la rosa,
Risueña imagen del amor primero.
Henchida de gentil melancolía,
Lamentando quizás un mal de amores,
La cándida gardenia allí esparcía
El más dulce de todos los olores.
Impregnada de célicas dulzuras,
Encarnación del sueño de un poeta,
Tímida se ocultaba la violeta,
La favorita de las almas puras.
Viviendo en la pureza y en la calma,
En esas cuatro plantas que tenía,
La dueña de la casa poseía
Un fiel trasunto del jardín de su alma.

En sus jaulas sencillas, pero bellas,
Embriagados tal vez con tanto aroma,
Lloraban sus dulcísimas querellas
Un canario, un zenzontle, una paloma.
Poblaban el recinto solitario
La paloma de tiernas elegías,
El zenzontle de gratas melodías,
De suavísimos trinos el canario.
A veces, de lucir con el anhelo,
Los alados artistas modulaban
Un divino terceto, y semejaban
Eco dulce de música del cielo.

Yo, lleno de sorpresa y encantado,
Gocé con emoción tanta belleza;
Mi pecho respiraba alborozado
Ese santo perfume de pureza.
Mas mi curiosidad aún no saciada,
Después de contemplar el paraíso,
Ansió mirar una hermosura nueva;
La idea me asaltó de que es preciso
Que en todo paraíso haya una Eva.
¡Inútil afanar! En aquel día,

Y en otros muchos, se miró frustrada
Mi gran curiosidad, y más crecía,
Cuanto más empeñosa, más burlada.

Mirando que de día nunca pude
Hallar a esa deidad tan misteriosa,
Objeto de mis dulces ilusiones,
Fui a buscarla en la noche tenebrosa,
Que al fin es más propicia a las visiones.
Al acercarme con ardiente anhelo,
De pronto me detuve conmovido,
Porque sentí llegar hasta mi oído
Un cántico sin duda desprendido
De la armonía plácida del cielo.
Al escuchar ese divino canto,
Más mi deseo abrasador crecía;
La aventura tenía
Con eso un nuevo irresistible encanto,
Pues para el alma mía
Lo mejor en el mundo, y lo más santo,
Son, sin duda, el amor y la armonía.
Yo concedo a los dos iguales palmas,
Y me inspiran las mismas ilusiones,
La música, armonía de los sones,
Y el amor, armonía de las almas.

Llegué rápidamente,
Con la curiosidad más encendida,
A la ventana objeto de mi empeño,
Y con tristeza la encontré cerrada;
Pensaba ver la imagen de mi sueño,
Y, con pena lo digo, no vi nada.
Cerradas las dos hojas con cuidado
Mirar al interior no se podía;
El misterio no había terminado,
Prolongábase el sueño todavía.
Y a fe que era preciso
Soñar con ese cántico escapado
De la divina esfera;
Si de ese misterioso paraíso
A la Eva no había contemplado,
Logré escuchar al ruiseñor siquiera.

Y después, en mis horas de alegría,
Y después, en mis horas de tristeza,
Olvidar el misterio no podía
De aquella melancólica belleza
Que velada en la sombra aparecía.

LA VENTANA

Canto II

Como siempre guardaba en la memoria
Esos dulces recuerdos palpitantes,
De mi incógnito amor supe la historia,
A fuerza de pesquisas incesantes.

Es historia de lágrimas y penas;
Si llorando nació, creció con llanto,
Es ley constante que las almas buenas
Dolientes lloren en el mundo tanto.

Su padre era soldado, y a la guerra
Un día se partió, y abandonadas
Hija y madre quedaron en la tierra,
Al llanto y la miseria condenadas.

Cuando la niña plácida jugando
Sentía, estremecida de repente,
Que, cual gotas de fuego, iban rodando
Dos lágrimas amargas por su frente.

Era su pobre madre que lloraba
Por el querido ser que estaba lejos,
Y en su hija sollozando contemplaba
Del amor de su esposo los reflejos.

Y pasaban un día y otro día
De eterna espera y de dolor sin tasa,
Y el ausente adorado no venía
A alegrar con su voz aquella casa.

Y como en este mundo no abandona
La ilusión al que júbilos espera,
¡Si viniera!... pensaba la matrona,
Y decía la hija: ¡si viniera...!

Como creció la niña en el quebranto,
Se fue haciendo solemne su belleza,
Y la adornaba, cual doliente encanto,
Una eterna aureola de tristeza.

Por fin, tras tantas horas de amargura,
Llegó una hora llena de contento,
Y hubo como un destello de ventura
En la noche sin fin de aquel tormento.

Soñó la pobre madre que el ausente
Feliz tornaba a los amantes brazos,
Y en la explosión de su cariño ardiente
Las llenaba de besos y de abrazos.

Y las dos en su amor interpretaban
El grato sueño locas de alegría,
Y ellas que tanto de dolor lloraban,
Al fin lloraron de placer un día.

Y las dos contemplaban en su gozo
Un porvenir de júbilo, risueño:
Un sueño las llenaba de alborozo...
Y su dulce ilusión sólo era un sueño.

Y como siempre que el placer existe
Cantar, al corazón complace tanto,
Tras mucho tiempo de silencio triste
Se oyó en la casa resonar un canto.

Las dos hicieron de su dicha alarde
Como en días mejores sonrieron,
Hasta que al fin al declinar la tarde
Una carta de pronto recibieron.

Su sueño placentero recordando,
La madre la leyó con gran presteza,
Y a su hija luego la alargó lanzando
Desgarrador gemido de tristeza.

Leyó la niña con dolor profundo
Que eterno iba a ser ya su desconsuelo
Porque el ser que esperaban en el mundo,
Oraba ya por ellas en el cielo.

En sangrienta batalla quedó inerte,
Y, mirando sus miembros destrozados,
Lloraba el infeliz, más que la muerte,
La ausencia de los seres adorados.

Parece que la suerte con encono
En los que más padecen más se fija:
Murió el padre gimiendo en su abandono
No por él, por su esposa y por su hija.

Murió, víctima oscura de la guerra,
Sin que nadie los ojos le cerrara,
Y su cuerpo arrojaron bajo tierra
Sin que una cruz su tumba señalara.

Pobre alma mártir ascendió a la altura,
Y ellas quedaron a sufrir mil duelos,
Y, mirando su horrible desventura,
Él también suspiraba allá en los cielos.

Derramaron las dos amargo llanto
Cuando la triste nueva recibieron;
Pero lloró la madre tanto, tanto,
Que ya nunca la luz sus ojos vieron.

¡Ay! Jamás la desdicha sola llega,
Y, ya perdidos bienestar y calma,
En el mundo quedó la pobre ciega
Con sombras en los ojos y en el alma.

Su vida fue de llanto y agonía;
Mas, ablandada al fin la dura suerte,
Llegó la aurora del eterno día
Tras las densas tinieblas de la muerte.

¿Y la niña? La niña sin ventura
Más sola, más llorosa y más severa,
Vegetaba en el valle de amargura
En esa edad que llaman primavera.

Quedó sin esperanza ni consuelo
Llorando su terrible desencanto.
¡Adelante, adelante! ¿No hay un cielo
Do los ángeles secan nuestro llanto?

Entonces, ofreciéndole una anciana
El ser como otra madre para ella,
La infeliz aceptó de buena gana:
Era tan inocente como bella.

¡Ay! no era caridad santa y bendita
Lo que guiaba a la vieja miserable;
Al ampararla hipócrita medita
Yo no sé qué proyecto formidable.

Como tan hechicera la veía,
Pensó su infame corazón de lodo:
"¿No es esta joven rica mercancía
Para ese mundo en que se vende todo?

Es bella, y la hermosura bien se paga,
Es pura, y tiene un precio la pureza,
La juventud al comprador halaga:
Mi único porvenir es su belleza".

La acoge tiernamente, y el consuelo
Trata de darle en su dolor profundo.
¡Qué sentirá la madre allá en el cielo
Al ver quién la remplaza en este mundo!

Y pasaban los días y pasaban,
Llenos de pesadumbre o de atonía,
Y en su rápido paso acrecentaban
La fatal hermosura de María.

Y como el tiempo al fin siempre consuela
La niña fue sintiendo lentamente,
En medio del pesar que la desvela,
Accesos de consuelo intermitente.

Que fuese muy feliz no era posible,
Como siempre el recuerdo la devora;
Mas siente en vez de su dolor terrible
Una melancolía arrobadora.

A veces se dibuja una sonrisa
En su boca, porque oye en lontananza
En los tenues rumores de la brisa
Unos vagos murmullos de esperanza.

A veces se embelesa, aunque se asombra
Porque mira olvidando sus querellas,
En medio de la vida, esa gran sombra,
Brillar las ilusiones como estrellas.

Y siente, llena de emoción ignota,
En éxtasis extraños, seductores,
Que de su alma la armonía brota
De unos desconocidos ruiseñores.

¿Y será que sus padres un consuelo
Le mandan de la altura donde moran,
O que bajan los ángeles del cielo
A hacer soñar un poco a los que lloran?

No sé; pero en su frente se refleja
Una nueva hermosura irrestistible;
El ángel de los sueños siempre deja
Al besarla una huella indefinible.

Y más ese reflejo la embellece
Y son sus atractivos más radiantes,
Y más el ansia de la vieja crece
Por explotar la mina de diamantes.

Con prudente codicia bien la trata,
Porque comprende su maldad impía
Que más bella la hará la vida grata
Y venderá mejor su mercancía.

¡Cuán dulce era aquel ser de Dios querido!
Al mirarla tan pura, tan hermosa,
Se habría una pantera conmovido;
Mas no tuvo piedad la vieja odiosa.

Desechar sentimientos tan villanos
No pudieron las gracias hechiceras:
¿Por qué tendrán a veces los humanos
Crueldades que no tienen las panteras?

Y la niña, dichosa en su ignorancia,
Sueños disfruta en éxtasis profundo,
Como el ciego que aspira la fragancia
De una flor y no ve al gusano inmundo.

Bendice a Dios y con afán trabaja,
Por los que han muerto reza con empeño,
Y, entre las sombras de la noche, baja
Un ángel a mezclarse con su sueño.

Adquiere plantas, anhelando olores,
En sus limpias macetas las coloca,
Y al ver abiertas ya todas las flores
Se siente a punto de volverse loca.

Su ambición colosal no se detiene,
Poseer unos pájaros ansía,
Y, a costa de mil penas, al fin tiene
Tres aves que le cantan a porfía.

Como es buena, es modesta en sus deseos,
El trabajo le da la paz del alma,
Y entre sueños, perfumes y gorjeos
Pasa la vida en deliciosa calma.

De sus padres la aflige la memoria;
Pero la anciana, con lenguaje tierno
Le recuerda que habitan en la gloria
Y que por ella ruegan al Eterno.

Se resigna a ser huérfana, pensando
En que ellos gozan la eternal ventura;
Si con ella no están, están alzando
Por ella sus plegarias en la altura.

Es la resignación dicha cumplida
Para el que otra mejor aquí no alcanza,
Y además ella tiene en esta vida
Una inmensa fortuna, la esperanza.

Los bienes de la tierra no recibe;
Mas nada necesita, y mucho espera;
Así que no se queja, y en paz vive,
Buena siempre, y también siempre hechicera.

¡Ay! la asecha en la sombra la serpiente
Y un día, al contemplarla arrobadora,
Dijo la vil anciana alegremente
Con sonrisa infernal: ¡llegó la hora!

LA VENTANA

Canto III

La vieja, esa ave inmunda de rapiña,
Buscaba diligente
Un libertino de alma delincuente
Que comprara la honra de la niña,
Pagándola en un precio conveniente.

Ángel de la pureza,
¿No sientes resbalar por tus mejillas
Lágrimas de tristeza,
Al mirarla vender en su vileza
Lo que adorar debiera de rodillas?

Habría sido la pesquisa ociosa
Si aquella infame anciana
Buscado hubiera un alma luminosa,
Llena de amor y caridad cristiana,
Un ser que, puesto en Dios el pensamiento,
Alargara la mano al que perece,
Y diera, sonriéndose, al hambriento
Ese pan que alimenta y no envilece
Pero buscaba un ser degenerado
Que supiera ensañarse en los que gimen
Y halló muy pronto su ideal soñado:
¿No es la miseria cómplice del crimen?

¿Por qué si es la virtud hermosa y buena,
Hay quien pierda con gozo cuerpo y alma
Por llenar a los ángeles de pena
Conquistando del mal la odiosa palma?

¿No es cierto que está llena de amargura
La senda que recorre la inocencia,
Y que sólo se sufre la existencia
Levantando los ojos a la altura?

La vieja encuentra un hombre
De edad madura, impuro y crapuloso,
Que es imposible que ame,
Pero busca el amor libidinoso
Y con el oro compra generoso
Ese derecho vil de ser infame.
Ella sabe halagarlo, inteligente,
Prometiéndole espléndidas delicias,
Él paga esa vileza regiamente,
Y se avienen. ¡Consorcio de inmundicias!
Aquel pacto de infamia están haciendo
Sin lanzarse a sí mismos ni un reproche,
Y por fin se despiden, repitiendo,
Con sonrisa halagüeña: "¡hasta la noche!"

La sombra por doquier envuelve al mundo
Como un inmenso paño funerario;
Es el silencio lúgubre y profundo,
Toque de ánimas lanza el campanario.
Del triste bronce al escuchar la queja
Piensa María en los despojos yertos
De aquellos seres que la muerte aleja,
Y murmura: "¡recemos por los muertos!"
Y se estremece de pavor la vieja.
En éxtasis de horror y de misterio
Siente que, en ella la mirada fija,
Se alza la madre allá en el cementerio
Para pedirle cuentas de su hija.
Reza la niña con acentos tiernos
Y es su oración un cántico inefable;
Reza también la vieja miserable
Con ronca voz que alegra a los infiernos.

Alimentos frugales
Luego van a tomar las dos, pensando
La una en sus ensueños celestiales,

La otra en su traición aterradora,
Y, en momento fatal, la mano aleve
Vierte en el agua que la niña bebe
Un frasquillo de láudano, traidora.
Y no tembló al verterle; pero tiembla
Y da diente con diente
Cuando la pobre niña el vaso toma...
Nada sospecha... bebe lentamente...
Al fin venció el reptil a la paloma.

¿Por qué el ángel de guarda
No aplasta ese reptil con ceño adusto?
¿La compasión divina por qué tarda?
¡Quién sabe...! ¡Dios es justo!

Luego María siente
Una sombra pasar por su mirada,
Quiere moverse, hablar, inútilmente...
Por un sopor extraño dominada,
Perdiendo los sentidos de repente
Se reclina en la mesa, aletargada.

Con ansia indefinible
Su verdugo la ve quedar rendida,
Y sigue contemplándola en seguida
Con la expresión de una esperanza horrible.
Y logra levantarla con trabajo
Y la lleva a su lecho en su porfía;
Que imprimir un beso en su faz bella...
¡Y con gozo terrible, detrás de ella,
Judas, entre la sombra, sonreía!
La vieja, en rededor, con sobresalto,
A nadie ve, la calma la rodea...
¡Y, empero, allá en lo alto, allá en lo alto,
La divina mirada centellea!

Las horas pasan, tristes, silenciosas,
Ni una luz en la tierra y en el cielo,
Y la noche sus alas tenebrosas
Bate en la inmensidad con mudo vuelo.
La sonora campana

Da las diez: a su lúgubre tañido
Presurosa levántase la anciana
Y espera con el pecho estremecido.
Su cómplice infernal tardar no puede,
Segura es su venida,
Es preciso acabar, y que no quede
Incompleta la hazaña maldecida.

Con el oído atento a los rumores,
A cada instante su impaciencia crece,
Duda, teme, se asombra,
La soledad la espanta, y se estremece
Con la silueta de su misma sombra.
Y siente angustia inmensa,
Frío sudor la baña;
En esas horas de amargura intensa
Sólo el remordimiento la acompaña.
Y crece su demencia de repente,
La aterran espantosas fantasías,
Y comienza a escuchar voces sombrías
Que en su conciencia rugen sordamente.
En vano, en vano quiere orar su boca,
No encuentra amparo que su mal mitigue,
Y entonces siente que, si sola sigue,
El infinito horror la vuelve loca.
Y aunque la aterra ver en ese instante
A la que vende en su traidor intento,
Huyendo de sí misma, palpitante,
Se lanza de la niña al aposento.
Llega y, al verla, de pavor delira,
Raya en locura su tremendo susto...
La bujía cayó, la luz espira,
Sombra, misterio, horror... nada se mira...
Quién sabe... ¡Dios es justo!

Suenan las doce, y, cuando muere apenas
El eco de las tristes campanadas,
Se oye en las calles solas y serenas,
El cercano rumor de unas pisadas.
Por fin, entre las brumas se divisa
Un bulto más visible a cada instante...

Verle permite ya luz indecisa:
¡Él es, el comprador, paso adelante!
Al llegar a la puerta
Se detiene, temblando de esperanza,
La empuja, se halla abierta,
Y conmovido avanza.
En ningún aposento
Mira luz y sonríe dulcemente,
Y a gozar ya se apresta;
Le reciben allí discretamente,
¡Será alegre la fiesta!
Avanza en la tiniebla, espera en vano
Que alguien venga a alumbrarle en su camino,
O al menos le conduzca de la mano
Hasta el punto final de su destino.
Impaciencia al fin siente,
Y acaba por sentir cierta pavura,
Al ver que le rodean solamente
Hondo silencio y lóbrega negrura.
El espanto le aqueja con violencia;
Que si en el alma el crimen aparece,
Más lúgubre en la sombra resplandece
El lívido fulgor de la conciencia.
Y siente flaquear, desfallecido,
Sus sentidos escasos,
Y tiembla al no escuchar ningún ruido,
Y tiembla al eco de sus propios pasos.
Aquella extraña situación le espanta;
Dudar ya no queriendo, luz enciende,
Y con incierta planta
En busca del misterio el viaje emprende.
Avanza, más y más amedrentado,
Ve a la vieja en el suelo desplomada,
Y, al tocarla azorado,
La encuentra desmayada.
Ve en su lecho a María
Que, bella como nunca,
Radiante de hermosura aparecía.
Presta de anhelo vago,
A besarla en la frente llega impío;
Pero, en vez de gozar inmenso halago,

En ella de las tumbas siente el frío.
Cuán bella estaba; pero inmóvil, yerta...
Al mirarla otra vez, horrorizado,
Siente arder su cerebro fascinado...
¡La niña estaba muerta!
Sí, muerta, libertada
De la humana maldad, por siempre pura;
¡Con qué santa hermosura
Resplandece su frente inmaculada!
Cuando un alma en que el crimen se refleja
Quiso hundirla en el fango de la vida,
Más piadoso el veneno que la vieja
Le dio la libertad apetecida.
Cuando pensó mancharla
Aquel hombre, en su impúdico destino,
Con majestad inmensa a consagrarla
Augusto el beso de la muerte vino.
¡Atrás, no la toquéis! La tuvo enferma
La nostalgia de un mundo más risueño.
¡Silencio, basta ya, dejad que duerma
Y que alegren los ángeles su sueño!

***

Mucho tiempo ha pasado, y todavía
Aparece flotando en mi memoria,
Radiante de sublime poesía,
La infeliz heroína de mi historia.
Recuerdo cual la vi, por la ventana,
En su lecho de muerte: parecía,
Soñando con gentil melancolía,
Rosa marchita en su primer mañana.

¿Y al comprador infame? En él despierta,
Al mirar el castigo, un santo anhelo;
Porque sintió que el cielo
Le hablaba por la boca de la muerta.
Entra a un convento; en soledad y olvido
Doliente deja que sus años corran,
Y a Dios pide perdón arrepentido:
El llanto y la oración todo lo borran.

Pierde la anciana el juicio,
Y nunca cesa su horroroso espanto,
Y no le queda en su fatal suplicio
Ni el consuelo dulcísimo del llanto.
Cuando quiere calmar sus aflicciones
Orando, ve fantasmas sepulcrales...
Siente que a sus blasfemas oraciones
Responden risotadas infernales.

Y María en el cielo, hunde su alma
En un piélago inmenso de ventura;
Sus manos llevan la gloriosa palma
Con que Dios recompensa la amargura.
Vuelve a hallar de sus padres los amores,
Ya el temor de perderlos no la aterra;
Se asoma algunas veces a la tierra
Y se estremece al ver tantos dolores.

Lágrimas no me arranca su recuerdo,
La miro luminosa en lontananza,
Y, cuando algunas veces la fe pierdo,
Pensando en ella, pienso en la esperanza.

Si, por una ventana, supe un día
Esa historia que siempre me extasía
Y que mi mente en recordar se ufana,
¿Cómo olvidar podría
En mis sueños de luz esa ventana?

Tepic, octubre de 1882.

¡VEN!

¡Ven al templo conmigo! Aquí se alcanza
Un consuelo del alma a los pesares;
Ven conmigo a verter en los altares
El llanto del amor y la esperanza.

Aquí se hallan los plácidos consuelos
Del Ser aquel que en tus dolores nombras;
Aquí estamos más cerca de los cielos
Y veremos a Dios entre las sombras.

El templo está desierto;
Nada se mueve en el sagrado asilo;
Nada humano hay en él, sino algún muerto
Que en oscuro rincón duerme tranquilo.

Recostado en su tumba solitaria
Para él no existen los terrenos lazos,
Y, cruzados los brazos,
Eleva de la muerte la plegaria.

En la sombra se pierden las cornisas;
Apenas un altar la luz alumbra,
De la Madre de Dios en la penumbra
Las formas se dibujan indecisas.

La Virgen, allí está, de los Dolores;
¡Cómo enluta el pesar su rostro tierno!
Triste y sola, sus hondos sinsabores
Está llorando en su dolor eterno...

El mundo es enemigo
De los seres que lloran y se aman;
Déjale, y ven conmigo;
La noche y el silencio nos reclaman.

Yo quiero que me sigas;
Si el frío beso de las sombras sientes,
Nada temas, las sombras son amigas
De las almas dolientes.

Aquí el que sufre alcanza
Un remedio del hado a la fiereza;
Que si el mundo nos habla de tristeza,
Este asilo nos habla de esperanza.

Busquemos un refugio
En la sombra del templo soberano
A ese verdugo que dolor se nombra;
Hasta que, al fin, asidos de la mano,
Los dos entremos en la eterna sombra.

Tepic, enero 20 de 1883.

BELLINI

Músico del dolor y la tristeza,
En mis horas sin dichas y sin calma,
Siento tus himnos de sin par belleza
Vibrar en lo más íntimo de mi alma.

Si de otros genios el saber profundo
Interpreta del cosmos la armonía,
Traduces, sólo tú, la poesía
Del alma, ese otro mundo.

¡A ti lauros del cielo! a ti que eres
El amigo de todos los que lloran,
Que bendicen sus hondos padeceres
Al escuchar tus cánticos que adoran.

Nos haces con tus notas sollozantes
Amar de la tristeza el dulce encanto,
Y las gotas de llanto
Conviertes en diamantes.

¡Pobre alma sin ventura!
¿No es cierto que se encuentra ya saciada
Aquella ansia sublime de la altura
Que respira tu música angustiada?

Di: ¿no has reconocido,
Hoy que en el cielo existes,
Al ángel soñador que en otros días,
Inundando de luz tus horas tristes,
Inspiraba tus santas melodías?
¡Duerme en paz! -Se cumplió tu grande anhelo;
Tus cantos eternizan tu memoria,
Y hoy arrullan el sueño de tu gloria
Las arpas de los ángeles del cielo.

Tepic, enero 21 de 1883.

GUADALUPE

Vivías arrobada, y siempre triste,
En un éxtasis lúgubre y profundo;
Mirabas sobre todo cuanto existe
Como un lívido velo de otro mundo.

Jamás bañó con su esplendor el gozo
Tu frente coronada con espinas;
Brillaba, como flor entre ruinas,
Tu sonrisa, más triste que un sollozo.

¿Amaste? ¿Hubo algún hombre que pudiera
Atraer tu mirada soñadora,
Saciar aquella sed abrasadora
Que absorbía tu vida toda entera?

No lo creo; tu amor era infinito,
Necesitabas algo sobrehumano
Que pudiera sentir lo que sentías,
Y que diera a tu amor en recompensa
Algo tan grande como aquella inmensa
Ansia de amor por la que tú morías.

¡Cómo pudiera el hombre tan pequeño
Fijar sobre su ser degenerado
Tu mirada de arcángel despeñado
Que se hundía en el mundo del ensueño?

¿Cómo tu alma vidente comprendía
Cuántas bellezas lo creado encierra,
Y en qué cielos de augusta poesía
Vivías, olvidada de la tierra!

Ignotas melodías compusiste,
Versos pensabas que jamás dijiste,

Y guardaste del alma en lo más hondo,
Con el pudor de un genio aislado y triste,
Aquellos pensamientos fulgurantes,
Cual perlas de los mares en el fondo,
O bajo tierra espléndidos diamantes.

Reflejaba tu pecho estremecido
Las bellezas del múltiple universo,
Cual cristal que, según la luz le ha herido,
Reflejos lanza de color diverso.

¡Cuán pálida en la vida apareciste,
Cómo era noble tu orfandad suprema!
Te coronaba, cual fatal diadema,
Esa augusta grandeza de lo triste.

Las almas sin ventura que soñaban,
Aunque tú silenciosa y abstraída
Cruzabas por el mundo, adivinaban
De tu gran corazón la inmensa herida
Y tus mudos suspiros escuchaban.

¡Y nunca te quejaste!
Si al vegetar entre miseria y lodo
A veces tu valor desfallecía,
En la sombra la muerte sonreía
Y su sonrisa te animaba a todo.

¡Cuán sublime grandeza es necesaria
Para que pueda un alma solitaria
Soportar con valor todo tormento,
Y cómo fue forzoso que Dios mismo
Hiciera santo y bello el sufrimiento
Para poder sufrir con heroísmo!

Aunque abrojos hallabas por alfombra
Callaste siempre tu amargura intensa,
Y tu dolor se confundió en la sombra...
Felizmente Dios sabe y recompensa.

Quizá el mundo te odiaba; no podía
Comprender tu grandeza, indiferente;
¿No odia acaso en estúpida porfía
Lo pequeño a lo grande, eternamente?

Pero tú no anhelabas
Ni su odio ni su amor, y navegabas
Del mar humano en las rugientes olas,
Tranquila en las tormentas y en las calmas,
Sola estuviste aquí... Las grandes almas
Siempre atraviesan por la vida solas.

No sentías, absorta en tu plegaria,
Del mundo los rencores y los duelos:
¿Qué importan a la cumbre solitaria,
Si alza en la inmensidad su frente pura,
Perdida entre las nubes de los cielos,
Los pasos del gusano en la llanura?

La enfermedad un día
Hirió tu pobre cuerpo demacrado;
Al fin en tu horizonte desolado
La divina piedad resplandecía.

Tú que nunca en el mundo sonreíste,
Al ver brillar tu aurora en lontananza
En el alma sentiste
Una explosión de luz y de esperanza.

¡Qué vida fue la tuya, -qué poema
De páginas sublimes y sencillas!
Al abatir tu frente, alba y suprema,
Se desplomó la Muerte de rodillas.

Recuerda desde el cielo en que resides
Que en este mundo me encontré contigo:
De los muertos yo soy el fiel amigo
Y no te olvido nunca; -¡no me olvides!

Por fin para ti brilla
El deslumbrante mundo del ensueño;

Fue tu existir inmensa pesadilla;
Pero ha sido la muerte tu gran sueño.

¡Duerma en paz, duerma en paz, llena tu alma
Con la infinita vida luminosa
De los mundos que surcan el vacío!
Y, en tanto, quedará sobre tu fosa,
Como una flor, el pensamiento mío.

Tepic, junio 17 de 1883.

A los Niños

Si la suerte en su inconstancia
Nos abruma de tristeza;
Venid, con vuestra fragancia,
Con vuestra gentil belleza,
¡Oh, recuerdos de la infancia!

En esa edad apacible
El niño juzga increíble
Que la dicha se evapore,
Y le parece imposible
Que en la existencia se llore.

¡No hay aún en esa edad
De celeste vaguedad
En él ni gloria ni amor;
Pero tiene algo mejor,
Tiene la felicidad!

Nada entonces le desvela,
Y es la más dulce delicia,
La que más el niño anhela,
Cuando vuelve de la escuela,
De su madre una caricia.

Ella, con su amor tan santo,
Exclama al besarle: "di,
¿Me quieres mucho, mi encanto?
Y él dice: "¡te quiero tanto
Como me quieres tú a mí!"

Pero el niño dice mal;
Grande es su afecto y profundo;
Mas no al de la madre igual,
Que no hay amor en el mundo
Como el amor maternal.

Siempre de su dicha en pos
La madre dice ante Dios,
El pensamiento en él fijo:
"¡Que sea feliz mi hijo:
Lloraré yo por los dos!"

¡Al niño, por su fortuna,
Con cuánto amor se resguarda!
Dos almas junto a su cuna
Oran: su madre es la una
Y otra el ángel de su guarda.

Pasan tus días de prisa
Entre el placer y la risa;
Tienes, niño, en dulce calma,
En la boca la sonrisa
Y el cielo dentro del alma.

Hoy que empieza tu existencia
Lleva la luz de la ciencia
A tu inexperta razón;
Mas no pierdas la inocencia,
Que es la luz del corazón.

Haz buen uso de la vida;
Para saber, la constancia
Al trabajo ha de ir unida:
La ciencia es perla escondida
En el mar de la ignorancia.

Pero, con orgullo impío,
La ciencia sin la virtud
Puede, cual revuelto río,
Arrastrar en su extravío
A la incauta juventud.

¡Ay del que al fin de sus días,
Con amarguras tardías,
Mira, lleno de zozobras,
Que tiene de buenas obras
Las viles manos vacías!

Es preciso consolar.
¡Ay de aquel que al contemplar
Al pobre hermano afligido,
De sus ojos no ha sentido
Una lágrima brotar!

¡Cuán feliz es el que alcanza
A vencerse, y no se lanza
En alas de una pasión!
La más hermosa venganza
Ha sido siempre el perdón.

Niño, si tu alma se encona
Y el odio sembrando vas,
De Dios perdón no hallarás:
Al que a otro no perdona
Dios no perdona jamás.

Quien bien obra en este suelo,
Y de saber tiene anhelo
Y hacia Dios amor profundo,
Un sabio será en el mundo,
Será un ángel en el cielo.

Si el alma no llega a roer
Un tormento abrumador,
Pensad que un día el Señor,
Con su inmenso padecer,
Santo y bello hizo al dolor.

Y cuando sintáis que os quema
El alma una angustia extrema,
Pedid consuelo al Maestro,
En ese augusto poema,
Que se llama el Padre Nuestro.

Sufriendo el premio se alcanza;
Al cielo el alma se lanza,
Desde esta senda de espinas,
Con sus dos alas divinas:
La creencia y la esperanza.

¡Aceptemos el quebranto
Que al cielo nos hace ir;
Bendito sea el sufrir
Si al través de nuestro llanto
Vemos a Dios sonreír!

Tepic, julio 1o.-de 1883.

En la Lucha

¡Mi amor no se doblega ante la suerte;
Es amor que se yergue ante el peligro,
El dolor y la muerte,
Más sublime, más trágico y más fuerte!

¡Mi amor en el combate se acrecienta,
Como esas olas que en la mar violenta
Más grandes y soberbias se levantan
Cuando el furor del huracán revienta,
Y el himno rudo de la lucha cantan
Y adquieren más vigor con la tormenta!

Tepic, septiembre 18 de 1883.

Peregrinación

Mi alma es la paloma solitaria
Que el huracán arrebató del nido,
Y mi canto es la tímida plegaria
Que llega suspirando hasta tu oído.

Siempre vuelo hacia ti, y a veces cruzo
Atmósferas de luz, celajes de oro;
Pero, pensando en ti, todo lo dejo
Y, aun en los goces del celeste coro,
Como me faltas tú, triste me quejo.

A veces paso en inmortal porfía
Del hondo mar sobre los grandes senos,
O en medio de relámpagos y truenos
Cruzo por ti la inmensidad sombría.

Aunque la negra tempestad retumbe,
Si voy buscando de tu amor las galas,
¿Qué me importa que el viento me derrumbe,
O el fuego celestial queme mis alas?

En verde campo o mar enfurecido,
En cielo azul o nube tormentosa,
En dicha inmensa o formidable duelo,
Quiero contigo estar por siempre unido,
¡Que un mismo sol alumbre nuestro cielo,
O rompa un mismo rayo nuestro nido!

Tepic, septiembre 19 de 1883.

En el Álbum de la Srita. Emilia Otten

De sueños y misterios vive el alma,
Mi existencia en la sombra pasará,
Entre un sueño que nunca se realiza
Y un misterio que nunca se sabrá...

Tepic, septiembre 28 de 1884.

Lágrimas

Son lágrimas mis versos,
Son lágrimas, y ansío
Que tengan como ellas
Fluidez, tristeza, brillo...

Tepic, septiembre 28 de 1884.

En un Panteón

Ni una flor, ni una flor mi mano alcanza;
Cansado de los males de la suerte,
Voy a buscar la eterna bienandanza
En los tristes jardines de la muerte,
Donde nace la flor de la esperanza.

Tepic, septiembre 29 de 1884.

Tú

La noche sombría, la mar agitada,
Y, empero, una estrella brillando en lo azul...
La sombra es mi suerte, la mar es mi vida,
Lo azul es mi ensueño, la estrella eres tú.

San Blas, abril 9 de 1887.

AISLAMIENTO

Del sol mi pasión tiene la intensidad ardiente,
Del mar la abrumadora solemne inmensidad;
¡Pero ellos están solos! También como ellos siente
Mi amor el aislamiento, la eterna soledad.

San Blas, abril 10 de 1887.

TU AMOR Y EL MÍO

Cuando miro las ondas azuladas
Del mar en la magnífica extensión
Rodar tranquilas con arrullo blando,
Pienso en tu amor.

Cuando miro esas olas irritarse,
Trocar su azul en lúgubre color,
Rodar furiosas con terrible estruendo,
Pienso en mi amor.

San Blas, abril 13 de 1887.

En la Playa

Cuando la noche oscura
Tiende su manto por cielo y mar,
Vago destello de tu hermosura
Mi triste sueño viene a alumbrar.

Mi corazón no deja
Ni un solo instante su inmenso amor,
Y mi alma ansiosa tu ser refleja,
Como el océano refleja al sol.

Tepic, julio 6 de 1887.

Al Señor de la Misericordia

Cuando acaban las dichas de la tierra
Y el alma, llena de mortal quebranto,
Vive entre mares de penoso llanto
En perpetuo sufrir y eterna guerra;
  Cuando el bien mundanal sus puertas cierra
Las suyas abre el cielo sacrosanto,
Y el alma encuentra en el refugio santo
La dulce calma que el pesar destierra.
  ¡Dios de bondad, con lágrimas te imploran
Los que en tu amor ardientes perseveran
Y en ti tienen los ojos siempre fijos!
  Tú nunca has desoído a los que lloran;
De tu misericordia todo esperan;
¡Señor, Señor, piedad para tus hijos!

Tepic, agosto 7 de 1887.

A Rosa

¡Bienvenida, la dulce mensajera!
Tu voz celeste los dolores calma;
Es tu canto la hermosa primavera
Que hace brotar las flores en el alma.
Bienvenida, la alondra cuyo acento
Disipa la amargura aterradora,
Y en la noche fatal del sufrimiento
Hacer nacer la aurora.
En seductor acuerdo
Une tu voz, que a lo sublime alcanza,
A los dulces sollozos del recuerdo,
El himno celestial de la esperanza.
Murieron ya mis ilusiones bellas,
Astros del alma, sin dejar ni huellas,
Y de mi corazón las flores santas
El mundo marchitó con sus querellas;
Mas, si no tengo ya flores ni estrellas,
Mi corazón arrojaré a tus plantas.

Tepic, enero 25 de 1888.

A Juan de Dios Peza

Souviens toi de la Poesie, comme d´una peine lointaine
Manuel Álvarez del Castillo

¡Oh, poeta, oh hermano, es hoy preciso
Recordar la celeste poesía,
Esa patria lejana
De todos los que sienten, paraíso
En el desierto de la vida humana!

Mientras allá en la patria esplendorosa
Suena el himno triunfal que me extasía,
Llegar dejando a mi alma dolorosa
Un eco de su augusta melodía,
Aquí, en las playas del dolor desiertas,
Alza mi corazón desesperado,
Para llorar sus ilusiones muertas,
El himno funeral del desterrado.

¡Salve, patria feliz, los que te aman
Besan tu huella y tu recuerdo adoran,
Siempre en sus horas de dolor te llaman
Y en sus momentos de placer te lloran!

¡Salve, noble inspirado,
Intérprete del genio y la tristeza,
Los laureles que México te ha dado
Son los que más subliman la grandeza!
Tú cantas lo que es alto y lo que es bueno,
Tus versos son, al par, himnos y arrullos,
Sollozos y cariños,
La gloria de los héroes hermoseas
Y embelleces la gracia de los niños.
Quizá la musa con su mano blanca

En remover se goza
Esa herida que lágrimas arranca
Y que tu inmenso corazón destroza,
Porque sabe que el canto del que gime
Es mejor para el mundo y para el cielo:
¡Es hermoso expresar un grande anhelo,
Y expresarle con lágrimas, sublime!
Y brotan de tu herida, seductores,
Tus versos adorados, y hay en ellos
La santa voluntad de los dolores
Y del amor los mágicos destellos.
Y por eso te admiro,
Recordando tus blandas elegías,
Y tan lejos mirándote, suspiro
Por unir con tus lágrimas las mías.
En ti dos altas glorias se condensan,
Y tu frente decoran
El preciado laurel de los que piensan,
La corona de luz de los que lloran.
Con el pecho marchito y desgarrado
Mi tributo de lágrimas te envío:
¡Gloria, noble inspirado,
Salud, mártir, salud, hermano mío!

Tepic, febrero 23 de 1888.

Mi Estrèlla

Sobre mí un cielo de tul
La infancia alegre tendía,
Y en él un astro lucía...
Era mi estrellita azul.

De su luz la dulce huella
Me guiaba en este suelo;
Todas las dichas del cielo
Me venían de mi estrella.

Cuando oscura nube errante
Me velaba su fulgor,
Su garra hincaba el dolor
En mi pecho palpitante.

Reflejaba mi alegría
Con espléndida belleza,
Y en mis horas de tristeza
Mustia y pálida lucía.

Si en los astros su destino
Tienen los humanos seres,
Mi estrellita azul, tú eres
La antorcha de mi camino.

En mi niñez placentera,
En mi juventud sombría,
Siempre, siempre, estrella mía,
Has brillado en mi carrera.

De la muerte en el capuz,
Cuán feliz seré en mi fosa,
Si sobre ella cariñosa
Brilla tu querida luz.

Si tus tibios resplandores
Me bañan cuando sucumba,
Aun la noche de la tumba
Tendrá para mí esplendores.

A mi alma intranquila das
Luz con tu fulgor risueño,
Mi estrellita azul, mi sueño,
¡Ay, no te extingas jamás!

Tepic, marzo 24 de 1888.

El Rosal

El rosal que en mi sepulcro
Solitario se ha de alzar,
Dará pocas, tristes flores;
¡Cuánta espina en él habrá!

¡Cuánta espina, cuán escasas
Mustias flores sin olor!
¡Cómo no, si las raíces
Saldrán de mi corazón!

Tepic, marzo 26 de 1888.

En el Álbum de la Srita. Eva Castaños

Eres bella, eres buena; en ti florece
La gracia de una eterna primavera,
Deja, si mi cantar no te entristece,
Que te salude un ave pasajera.

Hoy que la suerte quiso
Permitirme que pise el suelo amado,
En este álbum, rincón del paraíso,
Mi oscuro nombre quedará grabado.

Mañana que me aleje,
Para nunca tornar al patrio nido,
Y que triste me queje
Al mirar que me cubre el negro olvido,
Cuando sientas que el tedio o los enojos
Te llenan de mortal melancolía,
Con las dulces estrellas de tus ojos
Ilumina esta página sombría.

Si vivo en tu recuerdo un solo instante
Me sentiré dichoso y consolado,
Y, aunque habite en el suelo más distante,
No seré un desterrado.

Guadalajara, mayo 3 de 1888.

¡MISERABLE!

Me amabas en tus años juveniles,
Hoy que, cediendo a tus instintos viles,
A mi desgracia, con placer, ayudas.
Te aplauden admirados los reptiles
Y te sonríe Judas.

México, junio 18 de 1888.

OLVIDAR...

Ya por fin he comprendido,
Con desencanto profundo,
Que de las cosas del mundo
Lo mejor es el olvido.

México, junio 30 de 1888.

En la Tumba de Juárez

¡Sombra augusta, perdón!, vengo a ofrecerte,
-Tributo humilde a quien alcanza tantos-,
El canto más solemne de mis cantos,
Porque es el del recuerdo y de la muerte.

¡Qué majestad callada
Hay en tu sueño de suprema gloria!
Aquí respira el alma emancipada
El ambiente sereno de la historia.
Tu fama durará. Los que han luchado,
Cuál tú, nos legan inmortal ejemplo;
Ante la luz que irradia de ese templo,
El olvido se aleja avergonzado.

¡Cómo eclipsóse de la patria el gozo
Al transponer tu espíritu pujante
Los términos del mundo, y qué sollozo,
Lanzó del pueblo el corazón gigante!
La Guerra, que enconada
Cubría de cadáveres el suelo,
Sobre tu fosa, con profundo duelo,
Muda, colgó su enrojecida espada.

¡Si a veces me parece
Cuando, tendida sobre el mármol yerto,
Tu imagen a mis ojos aparece,
Que, contigo, también la patria ha muerto!
Mas si en el pueblo que salvaste un día
Un aliento esforzado se revela,
Es que tu inmenso espíritu nos guía,
Tu cuerpo duerme; pero tu alma vela.

Ante tu augusta imagen,
De México recuerdo y esperanza,

Tan sólo nobles sentimientos viven:
Los grandes como tú jamás conciben
Ni el odio vil, ni la feroz venganza.
Dejemos las pasiones que a porfía
A muertas glorias sin piedad inquietan.
¡Tumbas de Miramón y de Mejía,
Todas las almas nobles os respetan!
¡Sombras de los que fueron,
Ya vuestros vencedores os escudan;
En el campo de honor os combatieron;
Hoy, que dormís tranquilas, os saludan!
Si turbaren de Juárez el reposo
Con mezquinos insultos los villanos,
-Pequeño es el rencor, la gloria es grande-,
¡No esperéis que esa tumba lo demande:
El rayo nunca llega a los gusanos!

¡Duerme en paz! tus amigos te rodean,
Los vencidos de ayer, son hoy hermanos,
Sus glorias con tus glorias centellean,
Y os estrecháis con efusión las manos.
Si se vuelve a encender México entero
Y si otra vez la guerra nos destroza,
Aumentarán el brillo de tu lampo
Con su abnegado corazón, Guerrero,
Con su espada triunfante, Zaragoza,
Con su firmeza de titán, Ocampo.

De tu sueño magnífico despierta
Si extranjera cohorte
Hollando tu país viene a ofenderte,
Sombra sublime, alerta.
Como en Paso del Norte,
Condúcenos al triunfo... o a la muerte.

Mas no querrán los cielos que la guerra
De nuevo muestre su terrible ceño.
¡Paz, honor, libertad para la tierra
Que con inmenso amor guarda tu sueño!

¡La envidia rueda ante tus plantas muda,
Tu grandeza, inmortal, la historia dice:
De Cuauhtémoc la sombra te saluda,
Y la mano de Hidalgo te bendice!

México, 18 de julio de 1888.

Nuestro Amor

Me dices, con la faz de pudor roja:
-Quiero verte lejano,
Porque la Virgen pienso que se enoja
Cuando te estrecho con amor la mano.

-No lo creas: la Virgen nos conoce,
Sonríe al ver nuestro inocente anhelo,
Sabe que de este amor el dulce goce
Es tan puro y tan grande como el cielo.

Nacido allá en la infancia
Nuestro inmortal cariño,
Aún conserva la célica fragancia
De la pasión angelical de un niño.

Esperamos, amándonos, la muerte,
Crece con el dolor la resistencia,
Y arrostramos, con ánimo atrevido,
Todas las tempestades de la suerte,
Todas las amarguras de la ausencia
Y todas las tinieblas del olvido.

México, julio 23 de 1888.

Sin Tempestades

Ave triste que anuncia la tormenta,
¡Mira! pasó la tempestad sombría;...
Ya para siempre el huracán se ausenta,
Arrulla el mar y resplandece el día.

Ya no temo la sombra funeraria;
No puede haber tormentas en mi cielo,
¡Adiós, adiós, errante procelaria,
Ya nunca más contemplaré tu vuelo!

México, julio 26 de 1888.

Flores Marchitas

¡Mis pobres flores! ¡Las quiero tanto!
Son un recuerdo de inmenso amor.
Ya están marchitas; mi inútil llanto
Darles no puede luz ni calor.

Mas no del todo pierdo mis flores;
En mí dejaron su vida ya:
En mis ensueños hay sus colores,
En mis recuerdos su aroma está.

México, julio 31 de 1888.

En el Álbum de la Srita. Susana Argüelles

Como se escucha la nocturna queja
Del ave errante que dejó su nido,
Oye el canto sentido
De un alma que se aleja
A perderse en las sombras del olvido.

Ojalá que los duelos
Nunca dejen en ti su triste huella...
¡Adiós; quieran los cielos
Que seas tan feliz como eres bella!

México, agosto 2 de 1888.

Al Partir

Hoy que de aquí ya me alejo,
Llorando al abandonarte,
Quisiera en dichas dejarte
Lo que en recuerdos te dejo.

Quizá destruya mis glorias
La suerte con sus mudanzas,
¡Tuviera yo de esperanzas -
Lo que tengo de memorias!

México, agosto 3 de 1888.

Lo más Triste

Lo más triste en el mundo siempre ha sido
Buscar lo inaccesible, ir tras lo incierto,
Amar lo que aún no nace o lo que ha muerto,
Vivir de amor y perecer de olvido...

Mochitiltic, agosto 10 de 1888.

En el Monte

Está exhalando Naturaleza
Su penetrante melancolía,
Vibrar haciendo con su belleza
Todas las cuerdas del alma mía.

¡Santos recuerdos del bien querido,
Flotar os veo doquiera hoy!
¡Cuánto he pensado, cuánto he sentido,
Cuán dulcemente llorando estoy!

Ceboruco, agosto 11 de 1888.

SIEMPRE SOLO

¡Haz como otros que se alejan
Del que un tiempo tú quisiste!
Le abandonan... de él se quejan...
¡Haz como esos que le dejan
Siempre solo, siempre triste!

Él no es malo; pero tiene
La suprema desventura:
Lo que anhela nunca obtiene;
Con el mundo no se aviene;
Siente el ansia de la altura.

Él no quiere que tú exhales
Ni un suspiro por su suerte;
Son sus penas y sus males
Mensajeros celestiales
De las dichas de la muerte.

Halla espinas por alfombras;
Sus venturas ve perdidas;
Y se vela con las sombras,
Y se encanta, si le nombras;
Y se calla, si le olvidas...

Tú sonríes; él es grave;
Triste se halla; tú, contenta...
La paloma nunca sabe
Ir unida con el ave
Que reclama la tormenta.

¡Si partieras sus dolores
Mucho menos sufriría!...
Mas no es justo que tú llores:
Tú mereces dichas, flores;
Él abrojos y agonía.

Si tú vieras lo más hondo
De aquel alma, sin temerla...
Si allí entraras... te respondo
Que hallarías en el fondo
De esos mares una perla.

No hay en su alma dolorida
Baja envidia ni vil dolo;
Mas tú deja, precavida,
Que él camine por la vida
Siempre triste, siempre solo.

Siempre solo. Si perece,
¿Qué hay en eso que te asombre?
Su desdicha compadece;
Mas si hacerlo te entristece
Ni aun te acuerdes de su nombre.

Tepic, noviembre 2 de 1888.

TEMPESTADES

Ave triste que anuncia la tormenta,
Mira. Tornó con ímpetu iracundo
Hórrida tempestad, la luz se ausenta,
Se irrita el mar y se conmueve el mundo.

Será eterna la sombra funeraria;
Jamás tendré bonanzas en mi suerte.
¡Ave fatal, doliente procelaria,
Ya nunca, nunca, dejaré de verte!

Tepic, diciembre 31 de 1888.

LO QUE DICEN LAS OLAS

En las ondas la luna reverbera,
Medita y sueña el alma dolorida...
Solitario, vagando en la ribera,
Interrogo a la mar estremecida:
Una ola me dice: "¡Espera! ¡Espera!"
Y me dice otra ola: "¡Olvida! ¡Olvida!"

¿Tornará la radiante primavera?
¿Mortal invierno acabará mi vida?
Flotando en su dolor, mar sin ribera,
¿Qué hará, sola en el mundo, el alma herida?
Una ola me dice: "¡Olvida! ¡Olvida!"
Y me dice otra ola: "¡Espera! ¡Espera!"

San Blas, abril 26 de 1889.

Ante el Mar

El cielo está purísimo y risueño,
Mueven las palmas sus esbeltas frondas,
Y, al canto sollozante de las ondas,
Entro al mundo infinito del ensueño.

Anhelo mis tristezas referirte,
Inmenso mar, y tu amistad reclamo;
Quiero dormir en tu profunda sirte.
¡Inmenso mar, yo te amo!

Cuando te irritas, tu furor asusta;
Te calmas, y produce tu alegría,
No júbilo risueño, sino augusta,
Honda melancolía.

Hoy que estamos a solas
Apagarás mi sed de poesía.
Amargas cual mi llanto son tus olas,
Y tu tristeza hermana de la mía.

Sublime y muda majestad ostenta
El sol, que moribundo se derrumba,
Como César herido, en la sangrienta
Púrpura de Occidente, inmensa tumba.

Esas ondas que lanzan
Centelleos rojizos, me parecen
Corazones que están ensangrentados
Por las zarzas del mundo, y resplandecen
Con los destellos del dolor sagrados.

Allá en el horizonte, allá muy lejos
Despide el sol poniente
Los últimos purísimos reflejos.

Para llegar al disco incandescente,
Preciso es recorrer la mar sañuda,
Domar al viento y al turbión rugiente, ...
¡Inmenso batallar, victoria ruda!

La verdad es un sol que lejos brilla;
Para llegar a su fulgor fecundo
Es preciso cruzar en frágil quilla,
Con deshecha borrasca, el mar del mundo.

El escollo destroza
Y devora el abismo. Los villanos
Sucumben con mortal abatimiento,
Libres se alzan los seres soberanos.
¿Qué importan a las águilas del viento
Abismos y pantanos?

Al infinito alcanza
Y del vórtice horrendo triunfar sabe
Con sus alas el ave;
El hombre con la fe, con la esperanza.

Padecer es triunfar. El que se abate
No alcanza lauros de suprema gloria.
Si dice el fiero mar: "soy el combate",
Contesta el cielo azul: "¡yo, la victoria!"

Cruza el hombre la tierra gemebundo.
Al ver el mar, como el dolor inmenso,
Que el Señor le ha formado, a veces pienso,
Con los ríos de lágrimas del mundo.

Cuando la furia de los vientos crece,
El mar con la tormenta se agiganta,...
Sufrir es ascender: la lucha es santa.
La calma es dulce; pero no enaltece;
Y rudo es el pesar; pero levanta.
Cada altura es un Gólgota. Reviste
El humano dolor formas divinas.
Lo grande es siempre triste;
La corona mejor es la de espinas.

Las olas y las almas se destrozan
En los escollos del pesar impío.
Hay seres tristes que en su pena gozan,
La fe ilumina su dolor sombrío.
Esas olas no saben y sollozan,
Y yo, que sé, sonrío.

San Blas, abril 27 de 1889.

ALTIVEZ

Cuando recibe la palmera el viento,
Si la besa, se inclina con amor;
Mas, si la dobla, se alza con fiereza...
Así también soy yo.

Tepic, mayo 6 de 1889.

A una Ausente

Hoy que flores te ofrecen por alfombra,
Deja que, en nombre del ayer amado,
Una mano, saliendo de la sombra,
Te dé las madreselvas del pasado.

En medio de ese coro de alabanzas
Que vibra sin cesar en tus oídos,
¿Cómo un murmullo a distinguir no alcanzas,
Acentos que te fueron tan queridos?

Recuerda los encantos de otros días;
La memoria feliz de años mejores
Tiene, como la música, armonías
Y perfumes también, como las flores.

Aunque otra vez nos separó la suerte,
Acoge mi recuerdo sin enojos,
Ya que nunca han dejado de ofrecerte
Amor el alma y lágrimas los ojos.

No llores al pensar en lo que ha sido,
Y goza un poco del ayer distante;
De mí aparta el sudario del olvido
Y vuélveme a la vida un solo instante.

¿Cómo veré del alma los abrojos
Hechos flores, si tú no me despides?
Déjame verme en tus radiantes ojos
Por un momento... aunque después me olvides.

A la sombra otra vez me iré contento
Si lágrimas de amor tu rostro bañan,
Solo estaré; mas no en el aislamiento:
Tu nombre y mis ensueños me acompañan.

¿Mis versos te entristecen? No los mires.
¿Mis flores te hacen mal? Deja mis flores.
Yo nunca quiero que por mí suspires,
Ni que al pensar en el pasado llores.

Aunque mi amor por estallar se afana,
Una frase no más decirte pido,
Y es la de ayer, la de hoy, la de mañana:
Que nadie cual te quiero te ha querido.

¡Adiós, adiós! el porvenir te espera,
Serás dichosa y vivirás en calma.
Hoy que lejos estás, ¡cómo quisiera
Cual te mando un recuerdo, enviarte el alma!

Tepic, mayo 13 de 1889.

En Alas del Dolor

Al cruzar de la vida los abrojos
Siempre he buscado lo que al cielo sube.
Si tienen muchas lágrimas mis ojos
No tiene mi conciencia ni una nube.

Instintos viles y pasiones malas
A mi tranquilo corazón no atraen;
Siento, al subir de mi deber en alas,
Una inmensa piedad por los que caen.

A mí no llegan ya las placenteras
Notas de serenata en coro alado;
Sólo vibran en mi alma las severas
Armonías del órgano sagrado.

Y, traspasado de dolor intenso,
Del mundo al ver el incesante dolo,
Como San Agustín sufro un inmenso
Deseo de llorar y verme solo.

Yo nunca rindo a la venganza culto,
Juzgo todo con ánimo clemente,
Y mientras más villano es el insulto
Más honda compasión mi pecho siente.

La vil calumnia y la cobarde envidia
Siempre al fin en el fango se han hundido:
Más grande es la piedad que la perfidia
Y triunfa de la cólera el olvido.

Yo que río si mi alma se destroza
Y ahogo los arranques de la ira,
Sufro al mirar un niño que solloza
Y lloro al ver un hombre que suspira.

No niego al adversario un beneficio
Y siente mi alma, en su tristeza adusta,
Un varonil amor al sacrificio
Y un odio austero a la victoria injusta.

Tepic, mayo 13 de 1889.

RECUERDOS

I

¿Será al fin cierto que el amor existe,
Será verdad su plácido consuelo?
Y que ¿podremos en la tierra triste
Hallar por el amor algo del cielo?

Que no hay amor me dices
Con esos labios rojos;
Mas si ellos dicen *no*, los contradices
Con la muda elocuencia de los ojos.

II

Si amores nuestros pechos atesoran,
Sin decírmelo tú, mi dicha labras.
Cuando hay dos corazones que se adoran,
¿Acaso han menester de las palabras?

III

Cuando, solo y doliente, en noche umbría
Siento de pronto plácido embeleso,
¿No sabes tú lo que es? Es, vida mía,
Que se unen nuestras almas en un beso.

IV

La vaga melodía
Que en mi oído resuena,

Es para el alma mía
Grata como placer, triste cual pena.

Nuevos dolores, al oírla, auguro;
Que trae al corazón con su sonido,
Tristes recuerdos del amor perdido,
Tristes presagios del amor futuro.

V

Lo que es para las flores
La dulce primavera,
Fuiste tú para mí, niña hechicera.
Si la estación florida
Les presta nueva vida
Y les vuelve sus vívidos colores,
A más ¡oh niña! tu poder alcanza:
Mi corazón volviste a los amores,
Y le diste otra vida, la esperanza.

VI

¡No sé por qué más bello encuentro al mundo,
¡No sé por qué más bueno encuentro a Dios!
¿Por qué soy tan feliz? ¡Ah, lo comprendo!
¡He sentido el amor!

VII

Vi cruzar dos palomas por el viento,
Juntas, llenas de amor, iban las dos;
Me vi en el mundo solitario, y tuve
Envidia de su amor.

¿Por qué estoy yo tan solo y juntas ellas?
Dije; y tu dulce acento murmuró:
¿Buscas un alma hermana de la tuya?
¡Tu alma hermana soy yo!

VIII

Dicen que amar es vivir
Aquellos que ya han amado;
Mas debieron haber dicho
Cómo arranca el amor llanto.
Es cierto, amar es vivir;
Pero ¡ay! es vivir llorando.

IX

Cuando yo iba, niña bella,
A declararte mi amor,
Vagos presagios de muerte
Sentía mi corazón.
Tú dirás que me engañaron
Supuesto que vivo estoy;
Pero a mi el presentimiento
Nunca, nunca me engaño:
Desde el día en que insensible
Olvidaste tú mi amor,
Aunque ves que vivo y río,
Tengo muerto el corazón.

X

¡Ingrata! porque yo te amaba tanto
Quieres que tus desdenes sufra necio.
No te amo ya! soberbio me levanto,
Y te vuelvo desprecio por desprecio.

XI

Cuando en la triste pradera
Las flores mustias están,
Y acaba la primavera,
Las golondrinas se van.

Otra vez el campo adornan
De primavera las galas,
Y las golondrinas tornan,
Dichas trayendo en sus alas.

Cuando dejan las pasiones
En el pecho sólo espinas,
Del alma las ilusiones
Se van, cual las golondrinas.

Y en vano la antigua calma
Anhelamos con afán;
Las golondrinas del alma
Nunca, nunca volverán.

XII

¡Cual nos encantan las ilusiones
De amor y gloria que abriga el alma,
Que son tan puras como el rocío,
Y cual perfume son regaladas,
Y son tan blancas como la espuma,
Y tan suaves como las auras!

Mas si como ellos tienen encantos,
Pronto como ellos también acaban;
Que esos encantos sólo un momento
Duran, y luego por siempre pasan,
Como el rocío, como el perfume,
Como la espuma, como las auras.

XIII

Como nadie conoce mis dolores
Me dicen que no tengo corazón,
¡Ay! el que no le tiene nunca llora;
¡Y estoy llorando yo!

XIV

Yo quiero almas infames y altaneras
Antes que almas infames y serviles;
Se puede perdonar a las panteras;
Pero no a los reptiles.

Sin amor y sin odio al fin me quedo;
Mas no esperes perdón del alma mía;
Yo todo, todo perdonarte puedo,
Menos la hipocresía.

XV

Si a otro ser con el alma se ha querido
Y se encuentra el amor ya satisfecho,
Cuando se borra la pasión del pecho
La tumba del amor es el olvido.

Mas, si de una pasión avergonzada,
Trueca el alma su amor en menosprecio,
Cuando el ser adorado se degrada
La tumba del amor es el desprecio.

XVI

¡Mírame fijamente!
¿Por qué tiemblas así, por qué te humillas?
Pálida de dolor tengo la frente,
Tú, rojas de vergüenza las mejillas.

Ni siquiera mereces mis rencores,
Y yo prefiero, aunque el pesar me venza,
La noble palidez de los dolores
Al candente rubor de la vergüenza.

XVII

La culpa cuya mancha en ti se mira
Es de aquellas que nunca se redimen,
Que lástima producen y no ira.
¡Tal vez te hubiera perdonado un crimen;
Pero no te perdono una mentira!

XVIII

Me alejé de su lado
Llorando como un niño,
Y en la inmensa explosión de mi cariño
Rugí desesperado,
Cual Lucifer del cielo despeñado.
En medio de mi afán, quiso el destino,
Ese eterno burlón, darme la enmienda;
De mis ojos quitó la espesa venda,
Y vi que era mi amor un desatino.

Viendo con la razón ya despejada
Que el melodrama aquel era muy soso,
Sentí el alma de pronto alborozada,
Y jamás a dolor más espantoso
Ha seguido más recia carcajada.

XIX

Perdida ya mi dulce bienandanza
Y atado para siempre al sufrimiento,
¿A qué pedir en lánguido lamento
Un mentido placer que no se alcanza?

Mi alma a un abismo de dolor se lanza
A veces con terrible desaliento,
Y en el inmenso horror de mi tormento
Ha llegado a cansarme aun la esperanza.

Más vale hundirse en lúgubre marasmo
Que ver ansioso al corazón ardiente
Esperar anhelando una quimera.

¿No es acaso un estúpido sarcasmo
Esperar, esperar eternamente,
Para nunca alcanzar lo que se espera?

XX

Dios con palabra de consuelo llena
Siempre un inmenso amor ha perdonado;
Dijo a la pecadora Magdalena:
"Te perdono, ve en paz, mucho has amado"

Y la mujer, ese átomo mezquino,
Contra el que más ha amado más se encona.
¡Y la vil criatura no perdona
Lo que perdona el Hacedor divino!

XXI

Sé que me olvidas, que jamás me nombras,
Que, mientras sufro vives en el gozo,
Y mi triste lamento es el sollozo
De un alma que agoniza entra las sombras.

Mirando que mi dicha se derrumba,
Espero; resignado y dolorido,
Que me envuelvan las sombras de la tumba
Como me envuelven ya las del olvido.

XXII

El miedo se demuestra
Con voces suplicantes;
En irritados gritos
Desfógase el furor;

Se expresa la amargura
En notas sollozantes;
Amor se manifiesta
Con besos palpitantes;
Exhálase el dolor.

Cuán triste es el callado
Tenaz remordimiento,
Que, al par que pena, causa
Vergüenza al corazón;
Que, cual gusano impuro,
Corroe el pensamiento;
Que en su amargura inmensa
No exhala ni un lamento:
Y que desprecio inspira
En vez de compasión.

XXIII

Entregado a merced de mi destino
Indiferente sigo mi camino,
Pájaro errante que su nido no halla,
Flor marchita que arrastra el torbellino,
Ola que va sin encontrar la playa...

XXIV

Nos amamos; ninguno lo decía,
Porque se alzaba entre mi amor y el tuyo
La montaña de nieve del orgullo,
Que el sol de la pasión fundir debía.

Al fin nos olvidamos;
Ni te conmuevo ya, ni me conmueves.
El sol de amor ha muerto, y nos hallamos
En la región de las perpetuas nieves.

XXV

¡Ni lágrimas, ni risas,
Ni sentimiento... el corazón vacío!
Nada a alegrarme ni a afligirme alcanza;
Ya muertos el recuerdo y la esperanza
Sólo vegeto en indolente hastío.

Aquel cariño ardiente,
Que iluminó las sombras de mi mente,
Y fue motivo de placer un día,
En olvido se trueca;
Murió en mi corazón como la planta
Que por falta de riego quedó seca.

XXVI

Como en cielo negrísimo sin calma
Suele lucir relámpago violento,
Brilla a veces la dicha de un momento
En la noche infinita de mi alma.

Mas así como luego que se extingue
La luz de ese relámpago radiante
Nos causa más pavor la noche umbría;
Así tras de la dicha de un instante
Se acrecienta el dolor del alma mía.

XXVII

Llega a veces en medio del tormento
Esa esperanza que el mortal prefiere,
Cual llega al hombre que asfixiado muere
La salvadora ráfaga del viento.

Bien sé que esa esperanza me presenta
Tan sólo una imposible bienandanza;
Y, empero esa mentira me contenta:
¡Es tan dulce mentira la esperanza!

XXVIII

Quiero que eternamente mi recuerdo
En tu alma palpite;
No me ames... aborréceme si quieres;
Pero nunca me olvides.

XXIX

Quizás el alma, del cuerpo desprendida
Allá en el cielo olvidará su encono.
No sé lo que he de hacer en otra vida:
Pero en esta ¡por Dios! no te perdono.

XXX

¡Ya venciste, dolor! ¡mis dichas pierdo!
Pero no a todo tu poder alcanza;
¡Tú pudiste robarme la esperanza;
Mas robarme no puedes el recuerdo!

XXXI

Cuando miro las flores en el suelo,
Cuando miro los astros en la altura,
La misteriosa voz de la natura
Me habla del más allá; pienso en el cielo;
Y en que, borradas del dolor las huellas,
De una vida mejor a los albores,
Mi cuerpo irá a perderse entre las flores,
Mi alma entre las estrellas.

XXXII

Con la base perdida entre nubes
La montaña se eleva a lo lejos;
Mas sobre ellas la cumbre se mira,
Cercana a los cielos.

Así envuelven a mi alma cual nubes
El afán, la tristeza, el recuerdo;
Mas sobre ellos está la esperanza,
Cercana a los cielos.

XXXIII

¡Los elementos en guerra,
Yo hundido en siniestra calma,
¡Todo oscuro! ¡Ver me aterra
Tiniebla horrible en la tierra,
Tiniebla horrible en el alma!

Mañana el alba encendida
Espléndida luz dará;
Mas no habrá luz en mi vida;
Que la esperanza perdida
Ya nunca más brillará.

XXXIV

Viéndola en mi delirio harto inocente,
Llena de un esplendor nunca igualado,
Preguntaba, de dicha enajenado:
¿Cómo puedo no amarla eternamente?

Pude al fin conocer a la inconstante,
Contemplé mi ideal desvanecido,
Y ahora me pregunto sorprendido:
¿Cómo pude quererla un solo instante?

XXXV

Nos amábamos mucho. ¿Lo recuerdas?
Nos separó la suerte; y se encontraban
Muy lejos nuestros cuerpos,
Muy cerca nuestras almas.

Después volviste, y en infausto día
Nuestro amor acabóse; y hoy se hallan
Muy cerca nuestros cuerpos,
Muy lejos nuestras almas.

XXXVI

Renace en mí la bienhechora calma
Con la divina luz que tú destellas;
Y brillan los recuerdos en mi alma
Cual brillan en la noche las estrellas.

XXXVII

Entre las sombras de la noche oscura,
Cuando al cuerpo el espíritu abandona,
Yo siento que mi alma te perdona
Y que vuelve a adorarte con locura.

Unir nuestro destino
Aquí tal vez el mundo nos impida,
Y cada cual irá por su camino
Al término postrero de la vida.

Mas siento que, del mundo desligadas,
Nuestras dos almas cumplirán su anhelo,
Que, si aquí se apartaron indignadas,
Se unirán, adorándose, en el cielo.

XXXVIII

En mi barca la muerte me guía,
La tumba es el puerto, la vida es el mar.
¡Boga, boga, remera sombría!
¡Ay! ¿cuándo en el puerto podré reposar?

XXXIX

Por una extraña suerte
Odio y amor en mí se han confundido;
Como debo despierto aborrecerte
Te idolatro dormido.

Olvidarte no puedo,
Mi ser en vano por odiarte lucha,
Y te hablo de mi amor, quedo, tan quedo,
Que ni mi propio corazón me escucha.

XL

Me amabas, y las rimas cadenciosas
Salían dulcemente de mi alma,
Como brotan, corriendo entre las flores,
Del manantial las cristalinas aguas.

Me olvidaste, y mi ruda poesía
En ardiente explosión surgió indignada,
Como brota con ímpetu tremendo
De encendido volcán hirviente lava.

XLI

Dulce preludio de la armonía
Que eleva el ángel allá en la altura,
Botón fragante que será un día
La flor hermosa de la ventura.
De almas sombrías yo soy la estrella,
Yo soy la dicha que aún no se alcanza,
Y que por eso se ve más bella:
¡Soy la esperanza!

Vago perfume de rosa yerta,
Eco de un himno que ya ha cesado,
Último beso de dicha muerta,
Flor en la tumba de lo pasado.

De la memoria soy el latido,
De muertos días la luz no pierdo,
Soy el reflejo del bien querido:
¡Soy el recuerdo!

Flor incolora, mas sin espinas,
Cielo sin rayos, pero sin nieblas,
Aguas sin ondas, mas cristalinas,
Noche sin astros, mas sin tinieblas.
Soy la ceniza de los amores,
Dulce beleño del pecho herido,
Soy la mortaja de los dolores:
¡Soy el olvido!

XLII

Yo grande te adoré... pequeña fuiste
Perdonar la caída es poco amar.
Tú para mí ya has muerto, y te amé tanto
Que nunca, nunca te he de perdonar.

XLIII

A solas en mi pecho se levantan
Los dormidos recuerdos de tu amor,
Cual pudieran los muertos levantarse,
En su callado y triste panteón.

¿Por qué si nuestra historia ha terminado
Si tú me olvidas, te recuerdo yo?
¡No mereces mis lágrimas, y, empero,
En llanto se deshace el corazón!

Como la cruz los mártires buscaban,
Recordándote, busco la aflicción.
Te quise tanto, que amo mi martirio
Porque de ti me viene mi dolor.

XLIV

¡Boguemos! la noche es oscura;
Estalla furiosa borrasca;
Avanza en un mar formidable,
Perdida en las sombras, la barca.

¡Boguemos! ¡la lucha es hermosa!
No quiero una estúpida calma.
¡Luz, luz! que los rayos tronando
Disipen la sombra pesada.

¿Qué importa que el fuego destruya,
Si alumbra su fúlgida llama?
¡El rayo prefiero a la sombra,
Prefiero el dolor a la nada!

XLV

Ya que ahora me entregas al olvido,
Cuando al fin mires mis despojos yertos,
Que vengas junto a mí, por Dios te pido;
Nadie estará celoso de los muertos.

Ven a mi fosa cuando yo sucumba;
Llora un poco por mí: ¡te quise tanto!
¡Crecen tan bien las flores de una tumba
Cuando las riega cariñoso llanto!

XLVI

Fue tan horrible el desengaño impío
Que tengo el corazón despedazado;
Pero con tanta gracia fui burlado
Que de mi propia candidez me río.

Con la extraña inquietud que me devora
No sé qué hacer en mi delirio ciego,
Si morir de una risa abrumadora,
O deshacerme en lágrimas de fuego.

XLVII

Recuerda que en tus horas de amargura,
Cuando yo supe que llorabas tanto,
A costa de una inmensa desventura
Compré el derecho de enjugar tu llanto.
Cuando ufana tu dicha sonreía
No te pedí ni bienestar ni calma;
Jamás el esplendor de tu alegría
Iluminó las sombras de mi alma.

Yo nunca hasta tu luz subí a buscarte;
Mas cuando a mi tiniebla tú bajabas,
Siempre encontraste un corazón amigo,
Al que en premio de amarte sólo dabas
El dulce gozo de sufrir contigo.

XLVIII

La vieja catedral cubre la nieve,
Cual inmenso sudario,
Y, empero, allá en el fondo del santuario,
La ferviente oración tiende su vuelo,
Y las olas de mística armonía
Se remontan al cielo.

Así a mi corazón entristecido
Ahora cubre el hielo de tu olvido;
Pero en su fondo, como en otros días,
Resuenan celestiales armonías
Y es un himno de amor cada latido.

XLIX

En esas horas de éxtasis incierto,
En que oye el alma santas armonías,
Yo no sé si dormido o si despierto,
Te vuelvo a ver como en aquellos días.

CUENTOS

La estatua del apóstol (Leyenda)

A Manuel Gutiérrez Nájera

I

Era el noble Gaetano Ghiberti uno de los más rudos condottieri de su época. Avezado desde edad temprana a esos recios combates que presenció por tanto tiempo la infeliz Italia, era para él la guerra indispensable ejercicio y profesión forzosa. Partidario de uno de los príncipes que más combatían al Santo Padre, habíase acostumbrado el viejo batallador a dejar en el más completo olvido las prácticas religiosas, que, además, nunca fueron por él cuidadosamente atendidas. Curábase más de su luciente espada que de empolvado crucifijo, y, al par que le llamaban fuertemente la atención los brillantes arneses de los guerreros, causábanle desdén profundo los sombríos hábitos de los frailes. La Madonna misma, que tan incontrastable influencia ejerce sobre todos los italianos, era vista con la más glaca indiferencia por aquel indolente anciano.

A pesar de lo dicho, no era nuestro hombre aficionado a combatir las creencias que en aquellos tiempos dominaban tan poderosamente los corazones. Ignorante en todo, menos en el manejo de las armas, no gustaba de mezclarse en discusiones, y acaso su indiferencia procedía más bien de la rudeza de sus hábitos de soldado, que de natural repugnancia hacia las cosas divinas. Honrado, franco, leal y valeroso, era inmejorable como guerrero; pero tenía una hija, y como padre no era por cierto el más brillante dechado de domésticas virtudes.

Gaetano era viudo. Laura, su esposa, había muerto cuando la niña Marietta contaba apenas cinco años de edad. Entregado el viejo a sus eternas campañas, aunque amaba a su hija con todo su corazón, no pudo educarla cuidadosamente, y, aun cuando a ello se hubiera consagrado con ahínco, ni su ignorancia profunda, ni su abominable incredulidad le hubiera hecho a propósito para formar el alma de esa niña, que bajó como un rayo de sol a iluminar la sombría tristeza de su casa solitaria.

La pobre madre, al dejar sobre la frente de la niña el último beso y el postrer suspiro, lloró amargamente por la suerte de la que iba a arrostrar sin defensa alguna las horribles tormentas de la vida.

Tienen las madres una especie de adivinación misteriosa que las hace presentir el destino de sus hijos, y Laura moribunda tembló por la suerte de la infortunada huérfana que

se quedaba en la vida sin que le sirviese ya de amparo el más hondo de los afectos que pueden caber en pecho humano. Laura era religiosa hasta el éxtasis, tenía esa fe inmensa que salva el abismo que divide a la tierra del cielo y esa esperanza infinita que endulza los más crueles sinsabores y levanta el alma desde las miserias del mundo a los goces inefables de la bienaventuranza. Mucho lloró porque la muerte le impedía sembrar en el alma de su hija los gérmenes de la verdad y del bien, y voló a la eternidad, augusta como una santa, y desolada como una mártir. Su último suspiro fue un sollozo, su postrer pensamiento una plegaria.

Marietta era tan niña, que no pudo medir toda la intensidad de su desventura.

Lloró al ver inertes aquellas manos que se estremecían de placer cuando peinaban sus cabellos; lloró al contemplar inmóviles y mudos aquellos labios que besaban su frente con maternal delirio, y que tan dulces palabras le decían al hablarle de las venturas que guarda la Madonna para los niños que son buenos. Creyola dormida; la llamó sollozando durante mucho tiempo; mas cuando vio que no despertaba, que conducían su cuerpo al cementerio, y que la colocaban en una fosa, cubriéndola en seguida con esa tierra que es el olvido, enjugó su llanto y dejó de sollozar; pero cubrió a su alma infantil un velo helado y sombrío, y quedó en su frente, tan blanca y pura, algo como la huella luminosa y triste del postrer beso de su madre muerta.

Gaetano que había visto morir a su esposa, enjugándose con el revés de la áspera mano las lágrimas que a hurtadillas vertía, permaneció algunos meses en su hogar, luchando entre su amor a la huérfana y su natural aventurero, que le impelía como siempre a las peligrosas emociones de la batalla. Por fin, un día llegó a sus oídos el rumor de un reñido combate en que sus compañeros de armas se cubrieron de gloria, y, no pudiendo resistir por más tiempo sus bélicas ansias, enjaezó él mismo su fuerte corcel de guerra, requirió buen trote, triste porque se alejaba de la tumba de su esposa y de la cuna de su hija; pero alentado por la esperanza de ceñir en la campaña los laureles de la victoria.

Vivía Marietta en la ciudad de Orbieto, y creció abandonada a los cuidados servicia-les de mercenaria gente. Su padre aparecía en la casa raras veces; colmaba a la niña de regalos y de caricias, encargaba a su servidumbre que la cuidase con el más exquisito empeño, y partía de nuevo a sus ordinarios lances, que no faltaban por desdicha en aquella época, en que tan dividida traían a Italia con sus continuas turbulencias, los numerosos príncipes que a la sazón reinaban en tan pequeños y revoltosos Estados.

Llegó Marietta a los dieciséis años de su vida. Era blanca, con la pálida blancura del marfil. Su cabellera era una aureola. Tenía ojos azules, grandes y rasgados, con la transparencia de la profundidad del cielo de su patria. Su frente, elevada y tersa, era seguro indicio de un alma inteligente y pura. Su boca, de labios finos y ligeramente descoloridos, parecía recibir, en la calma de la noche, el blando beso de los ángeles que vuelan en la sombra. Sus manos, diáfanas y blancas, tenían la suave morbidez de la carne en la artística belleza del mármol. Su talla, más elevada que pequeña, ostentaba esa adorable ondulación que con nada puede compararse, porque es hermosa con una hermosura única. Tenía dieciséis años, y amaba...

Naturaleza tierna y apasionada, debía amar, porque hay almas que requieren el amor, como los ojos necesitan la luz. Su madre no vivió lo bastante para enseñarla a amar a Dios, exhalando hacia la altura, como un perfume celeste, el sentimiento purísimo de un corazón juvenil, y había ella comenzado por amar la naturaleza, esa buena y noble naturaleza de la Italia que sonríe eternamente bajo el sol esplendoroso que da, en esa tierra privilegiada, belleza a los campos, genio a las almas, amor a los corazones.

Amaba esas bellezas que revelan sus secretos encantos a las almas contemplativas. Del espectáculo de las cosas del mundo, pasaba al de las cosas soñadas, y veía, con Jacob, una escala que comunicaba los cielos y la tierra. Aquella pobre alma que no se nutrió en la poesía de la religión tenía tal fondo de elevada fuerza, que buscaba instintivamente la hermosura divina. ¿Por qué su madre moriría antes de enseñarla a orar?

Acaso en sus sueños de niña cruzaría por su mente la imagen vaporosa de un doncel enamorado; pero nunca había sentido amor hacia algún hombre, cuando un día, en una fiesta campestre, vio a un joven paje de varonil y arrogante belleza. Atracción irresistible la impelía hacia ese joven; deseó ardientemente que se le acercase; y, absorta en sus anhelos y con la cabeza inclinada, sólo despertó a la vida cuando oyó una voz que la invitaba a bailar. Tembló al oírla, su corazón palpitó como si fuera a salírsele del pecho; adivinó que era el paje quien le hablaba, y, cuando alzó los ojos, le vio en efecto a su lado sonriéndole dulcemente. Levantóse la joven a bailar, y animó su lánguida fisonomía el grato embeleso de la mujer, templado empero por el casto rubor de la virgen.

Ludovico era alegre y audaz. La pensativa Marietta, que casi nunca sonreía, regocijóse más de una vez al oir las tiernas frases del galante mancebo. Él, por su parte, aunque harto ducho en amorosos lances, fuese poco a poco rindiendo al blando imperio de la hermosísima joven. Hubo como un gorjeo de pájaros: mil dulces confidencias, mil suaves tristezas, mil radiantes ensueños, fueron el asunto de la conversación entre aquellos dos seres que por vez primera se veían. Como brotaban de la estatua de Memnón sonidos melodiosos cuando lucían los primeros rayos del sol naciente, así surgieron de aquellos corazones, a los primeros fulgores del amor, divinas armonías. Se amaron...

II

El Papa y algunos principales italianos combatían a la sazón con desesperado esfuerzo, defendiendo aquél a la Santa Sede, y empeñados éstos en acrecer sus raquíticos dominios a costa de los Estados Pontificios. Enemigo del Santo Padre era Gaetano, y a su mismo partido pertenecía el paje Ludovico, siguiendo las huellas de los Colonna, sus nobles señores. La victoria que hacía algún tiempo sonreía a éstos, volvióles de pronto la espalda, y en tremenda batalla cerca de los muros de Terni, cedieron al recio empuje de sus encarnizados enemigos, que combatían a las órdenes del feroz César Borgia, después de una lucha espantosa, sostenida con rabioso heroísmo. Del florido ejército que en la mañana desplegaba ufano sus estandartes, marchando orgulloso al son de las trompetas y ata-

bales, no quedaban a la tarde mas que algunos restos, rotos, desordenados, dispersos...

Mientras que en el campo de batalla se amontonaban atropelladamente los más grandes horrores, la vieja ciudad de Orbieto, ignorante de la catástrofe, se vestía su traje de gala para celebrar la fiesta de su santo patrono. Discurrían alegremente por las calles, en ruidosa confusión, los buenos vecinos, y vibraba en el aire el regocijado son de las campanas. Terminados los demás festejos, faltaba aún el más grandioso de todos, la solemnidad religiosa que debería verificarse por la noche en la Catedral. La clase media de Orbieto, adicta de todo corazón al Santo Padre, había trabajado porque hubiese la mayor pompa, y la fiesta prometía ser en efecto portentosa.

A principios del siglo XVI, en que pasa esta historia, aún no acababa de edificarse la catedral de Orbieto, joya del antiguo arte italiano; pero, como durante tres centurias habíase trabajado en su construcción, estaban allí acumulados todos los tesoros que resumen la obra artística de ese dilatado período. El estilo ojival, sombrío hasta cierto punto en naciones de índole más severa, resplandecía allí suavizado por esa vaga voluptuosidad que le comunicó el ardiente clima de la Italia. Son esas viejas catedrales, augustas y majestuosas como la religión católica; pero en sus elegantes rosetones que deslumbran la vista con sus variadas figuras, en sus mil aéreas caladas agujas que se lanzan a los cielos como una perpetua aspiración hacia lo infinito, hay una suprema gracia y una encantadora belleza. Son esos grandes edificios, fuertes e inmutables como la fe que presidió a su constitución; pero también ideales y delicados como la esperanza que nace bajo sus bóvedas inmensas.

Centenares de artistas habían agotado su fe de creyentes y su inspiración de soñadores para embellecer el edificio con creaciones admirables. Y esa falange de inspirados grabó allí para siempre la huella luminosa de su genio. Allí dejó Juan de Pisa sus bajo-relieves prodigiosos; allí Fra´Angélico, el pintor de los ángeles, trazó, en éxtasis de lágrimas, esas figuras radiosas que sonríen eternamente en arrobamientos celestiales. Y en el hueco de los gruesos muros, bajo sombrías arcadas, se creía oír resonar el himno de la muerte, al ver dibujarse sobre oscuro fondo el blanco mármol de las tumbas, la suave silueta de las estatuas yacentes de tantos grandes de la tierra que, a la sombra de la cruz cristiana, dormían allí tranquilos el sueño de la eternidad.

En esa noche la catedral resplandecía, alumbrada por millares de luces. Pequeñas ramas regaban por todas partes el suelo, según la costumbre de la época. Ostentaban los sacerdotes sus más lujosas vestiduras. Los ecos de una incomparable armonía religiosa subían a las altas bóvedas como explosión de ardorosas plegarias. El humo del incienso, semejando girones desprendidos de las nubes, hacía creer que los cielos bajaban a la tierra, para confundirse con ella en una sola e inmensa oración. Todo lo que el culto católico tiene de más esplendente y armonioso proclamaba allí la fe de un pueblo, y la multitud, postrada de rodillas, humillábase reverente ante la excelsa majestad de Dios.

Y Marietta allí estaba. Ella que no creía, esperaba. Ella que no tenía la fe religiosa, poseía en alto grado el sentimiento artístico. Todo aquello era hermoso, y ella lo amaba inconscientemente. Su vista vagaba sorprendida por las mil bellezas del templo: las altas columnillas que, reunidas en gruesos haces, brotaban del pavimento; los arcos esbeltos y

elegantes que se lanzaban a la altura y casi se perdían de vista en el espacio; las vidrieras de brillantísimos colores; los frescos de las paredes: todo cautivaba su ánimo de una manera invencible. La imponente ceremonia religiosa no era muy clara para ella; pero la seducía con irresistible embeleso. Y, además, allí en un rincón, estaba la tumba de su madre, y en todo el templo le parecía encontrar algo de aquella alma idolatrada.

La llevó esa noche a la catedral un sentimiento misterioso del que no pudo darse cuenta: angustia, curiosidad, esperanza, amor, todo se revolvía confusamente en su alma. Absorta en sus mil encontrados pensamientos, fuese lentamente aislando de cuanto la rodeaba; un velo oscuro cubrió poco a poco su vista. Después, ya no oyó la mística armonía; parecióle escuchar allá muy lejos, el terrible estruendo de las armas y los sordos rumores de embravecida lucha. Una angustia mortal heló su cuerpo, sintióse desfallecer. De pronto resonó en su oído, claro y distante, un grito desgarrador que creyó lanzado por su padre. Muda, horrorizada, fuera de sí, volvió en torno los espantados ojos, buscando a Gaetano... Vio el templo iluminado, la multitud arrodillada, en calma como siempre, sin la menor señal de que fuese cierto cuanto ella creyó oir, y que había sido un sueño, quizás una pesadilla.

De repente Marietta, tranquilizada por un instante, se irguió sorprendida, atónita; había visto fijarse sobre ella una mirada extraña, una mirada que revelaba a la vez amor, compasión, tristeza. Y esa mirada no era la de un hombre, no era la de un ser animado, ¡era la mirada de una estatua!

Sí; a pocos pasos de la joven se elevaba como una blanca visión, la estatua de mármol de San Juan, el discípulo amado del Señor. Marietta nunca había visto esa estatua en aquel lugar. Era una figura aérea, ideal, casi luminosa, con una adorable pureza de líneas y una expresión de beatitud celeste. Los paños se plegaban fácilmente, cual si no fueran de dura piedra, y parecía que iban a agitarse al menor soplo de la brisa nocturna. Bajo el mármol del rostro se sentía palpitar la vida. Con una mano sostenía el cáliz del cual sale un dragón, conforme a las tradiciones de la iconografía cristiana, y la otra se elevaba al cielo con la expresión de una esperanza infinita y de una convicción eterna. ¿Era aquella estatua obra del inmortal Juan de Pisa? ¡Quién sabe! Pero era una obra maestra. Aquel mármol parecía labrado por el suave cincel de los ángeles.

¡Y los ojos de la estatua tenían mirada! Se clavaban en Marietta con insistencia, y la veían con una compasión tan honda, con un cariño tan tierno, con una vida tan activa, que la joven se creyó por un momento presa de la locura. Volvióse a otro lado, pensó en su padre y en Ludovico, miró a la multitud que la rodeaba, oyó los cánticos sagrados, vio los risueños frescos de Fra´Angélico; y cuando estuvo del todo recobrada, cuando no había en su mente ni la sombra de una alucinación, tornó tímidamente el rostro hacia la estatua, y de nuevo tembló espantada, de nuevo se agolpó la sangre a su cerebro. El apóstol la veía siempre, con el mismo entrañable afecto, con la misma desgarradora tristeza.

La pobre niña sintió que la vida la abandonaba; perdió la conciencia de lo que hacía, y duró mucho tiempo hundida en un letargo profundo. Cuando recobró la razón, encontróse sola, y casi en la oscuridad. Sintió frío en la frente, y vio que la tenía apoyada en el

mármol de la tumba de su madre, a donde la había conducido su instinto cariñoso. Recordó su delirio, estremecida; quiso rezar entonces, y no pudo acordarse de las oraciones que oyó cuando era niña. La ceremonia había concluido; unos cuantos devotos pertinaces quedaban aún en el templo, y Marietta salió cuando salieron ellos. En la puerta la esperaban, como de costumbre, dos escuderos, y se dirigió rápidamente a su morada.

Entró a su retrete, presa de mortal angustia; aquella niña delicada no podía resistir sin doblegarse los rudos golpes de la suerte; desgarraba sus oídos el grito lastimero de su padre, y quemaba su cerebro la mirada triste y cariñosa de la estatua. Se tendió vestida en su lecho; quiso dormir, y al fin un sopor extraño embargó sus sentidos. Su alma vagaba, como un débil punto luminoso, en medio de tinieblas insondables.

III

Despertaron súbitamente a Marietta fuertes golpes que resonaban en su ventana, en esa ventana por donde hablaba, desde hacía un año, con Ludovico. Se incorporó sobresaltada, y oyó la voz del paje que la llamaba con angustia. Abrió las labradas maderas, y en la oscuridad de la calle, a través de la reja, distinguió la fisonomía del joven, descompuesta por la emoción. Víctima de tantas impresiones sucesivas, la pobre niña apenas alentaba.

-¡Dios mío! Ludovico, ¿qué pasa? -preguntó al fin.

-Nuestros enemigos han sido más felices que nosotros, respondió con voz ronca el paje. Reñimos cruda batalla cerca de Terni, y quedamos vencidos. Nuestro ejército ya no existe; mi traje lleno de fango y de sangre os dice cuál ha sido mi suerte. Mi herida es leve; pero estoy perdido.

Marietta oyó palpitante aquellas palabras, que fueron a clavarse en su corazón como hierros hechos ascua. Una idea espantosa pasó por su mente: pensó en el grito de angustia que había oído en la Catedral, y tembló por Gaetano.

-¿Y mi padre? balbuceó al fin, con inaudito esfuerzo.

-¿Vuestro padre? murmuró Ludovico, con torva fisonomía... ¿Vuestro padre? añadió vacilando... no sé dónde se encuentra.

-¿Pero no le habéis visto en la batalla, no sabéis al menos cuál ha sido su suerte? Decídmelo todo, no temáis que el valor me falte. La incertidumbre me espamta más que la desgracia.

-Ya os he dicho, Marietta, que nada sé; pero no se trata de eso. Oídme bien: estoy perdido, mis nobles señores huyen lejos de sus enemigos triunfantes, que avanzan a rápidas marchas sobre esta ciudad. Dentro de poco mi cabeza no estará muy segura sobre mis hombros. Mis perseguidores se acercan, voy a alejarme. Pero no huiré solo, es preciso que partáis conmigo.

-Partir yo con vos? exclamó Marietta sorprendida. Su alma pura no creía en el mal; pero su pudor exquisito le hacía entrever en aquellas palabras algo que la aterraba.

-Sí, dijo Ludovico; os amo como nunca he amado. Os amo con una pasión avasalladora a la que nada puede amortiguar, ni la derrota, ni el peligro, ni la muerte. Huid conmigo a Francia, tengo allí poderosos parientes que nos darán seguro asilo. Lejos de esta tierra infeliz, destrozada por tantas luchas, en un tranquilo rincón del mundo, viviremos para amarnos en el seno de una felicidad inagotable. Aquí me espera la muerte, allá la dicha. ¿Partiréis conmigo?

-¡No! dijo sencillamente la joven.

-¡Entonces no me amáis, no sabéis amar! añadió Ludovico, con sombrío despecho.

-¡Que no os amo! repuso ella con expresión de suprema nobleza y de tristeza profunda. ¿Tan ciego estáis que no comprendéis que mi pasión es harto pura para arrojarla al lodo, y que os amo demasiado para manchar mi honra, que es la vuestra? ¿Creéis que hay en el mundo un dolor bastante grande para sujetar mi albedrío y quebrantar mi voluntad? Ludovico, las mujeres de mi raza saben comprar a costa de su felicidad el derecho de ser honradas.

-¡No me amáis! replicó Ludovico con ímpetu salvaje. Me habláis de vuestro deber cuando os hablo de mi amor, y traéis a la mente rancios recuerdos de raza, cuando llevo a vuestra alma un mundo de felicidad, y os pido para mí esa dicha que nunca he conocido. La ley suprema de las almas es el amor; nuestro deber más imperioso, el de ser felices. Si no me seguís, Marietta, es porque no me amáis.

-¡Ingrato! murmuró ella, con dolorosa dignidad. ¿No comprendéis que os amo tanto, que en vez de despreciaros os compadezco?

Iba a responder Ludovico, cuando en aquel punto turbó la calma de la noche lejano ruido de armas, y brillaron algunas luces en la extremidad de la calle.

-¡Los soldados de César Borgia! dijo Ludovico, con voz entrecortada. Mis encarnizados enemigos se acercan y es preciso partir. Os lo digo por última vez: ¿huiréis conmigo?

-¡No! respondió la joven, en voz baja; pero llena de resolución. ¡Adiós para siempre!

La turba llegaba; se oía ya cerca el relinchar de los corceles y la luz de las antorchas brillaba a cierta distancia. Un momento más y Ludovico, a quien su traje denunciaba, iba a ser despedazado por la irritada furia de los vencedores. Convulso, delirante, se asió con fuerza a los hierros de la reja, y murmuró con voz que vibraba sordamente:

-¡Desgraciada! ¿será preciso decirte para que me sigas, que no te queda en el mundo más amparo que mi amor? Estás abandonada por todos. ¡Tu padre ha muerto bajos los muros de Terni!

A estas crueles palabras, Marietta quiso hablar, iba a arrojar un grito de angustia, y no pudo. Sintió en el cerebro un extraño crujido; un velo espeso flotó ante sus ojos; levantó ambos brazos, y cayó al suelo con violencia, como una palmera derribada por el rayo.

Ludovico permaneció un momento inmóvil y espantado; pero luego, viendo a sus enemigos a pocos pasos de distancia, alejóse rápidamente, y se perdió en las sombras de la noche.

Un momento después, una turba sangrienta y feroz pasó por aquel sitio. La ruda embriaguez del triunfo brillaba en todos los semblantes; sordas amenazas brotaban de

todos los labios; y aquella masa pavorosa y rugiente, cruzó por la oscuridad de la calle, como cruza una manada de tigres por la soledad de los bosques.

IV

Marietta permaneció desmayada durante muchas horas. Su hermoso cuerpo estaba contraído por una convulsión terrible; su respiración era entrecortada y angustiosa. Después un suave sopor sucedió al espantoso letargo: empezó a tener conciencia de lo que soñaba. La sombra formidable había desaparecido, y vio, en éxtasis delicioso, una mansión hermosísima; pero con una hermosura que nada tenía de terrenal. Y allí, entre los blanquísimos lampos de nube resplandeciente, vio una imagen adorada, vio a su madre. Quiso llegar hasta allá; mas no le fue dado conseguirlo.

-¡Madre mía! dijo en su sueño, con desesperación; ¡soy tan infeliz, padezco tanto!

Una nube de tristeza veló el luminoso rostro de la visión, que se inclinó con cariño sobre Marietta y estampó un beso en su pálida frente; luego, con voz tan dulce como el murmullo de un céfiro del Paraíso, murmuró:

-¡Pobre hija mía! ¡Ama a Dios, y ora!

La joven dormida quiso balbucear una de aquellas oraciones que su madre le decía en la infancia, y no pudo recordarlas. Entonces la celeste imagen empezó a cantar suavemente una plegaria con que antes se adormía Marietta en su cuna, un himno sencillo, pero lleno de una fe inmensa. La melodía era fácil y ligera, impregnada de blanda melancolía, uno de aquellos cantos que encierran toda la creencia de un pueblo, sencillo como la niñez, hermoso como la esperanza.

De pronto la visión se trasformó lentamente. Marietta volvió a ver la Catedral, en todo el esplendor de la imponente ceremonia. Avanzó pausadamente, arrastrada por fuerza misteriosa, hacia la estatua del apóstol San Juan. Estaba allí bañada por los rayos de una luz de otro mundo, con su expresión de arrobadora belleza, de amor inmortal y de creencia avasalladora. Su mirada se fijó en la joven; pero no ya con tristeza profunda. La estatua sonreía, un suave gozo palpitaba en aquel mármol. Cuando Marietta llegó a su lado, los labios del apóstol se entreabrieron, y oyó ella estas palabras, que resonaron, no en su oído, sino en su corazón:

-¡Pobre Marietta! ¡cree y espera!

En la mano que la estatua elevaba al cielo había un pequeño crucifijo que la joven no había visto cuando estuvo realmente en el templo. Aquella mano se bajó lentamente, y puso en la de Marietta el crucifijo. Luego el apóstol, y la Catedral toda se envolvieron en una nube purísima, y desaparecieron. Marietta siguió durmiendo tranquilamente.

Después, oyó a lo lejos un canto triste, pero solemne y majestuoso, y vio avanzar comitiva numerosa, acompañando un féretro coronado de rosas blancas. Era el entierro de una joven. Cuando depositaron en tierra el ataúd, mientras los sacerdotes elevaban los últimos cantos de perdón y de consuelo, Marietta se inclinó sobre la muerta, y vio sus fac-

ciones reproducidas, como si se hubiera asomado a un cristalino arroyo.

Despertó en aquel momento. Creyó que todo había sido un sueño, desde la solemnidad a que asistió en la Catedral, hasta aquel extraño entierro; pero la abierta ventana la hizo pensar en su penosa entrevista con Ludovico, y su corazón se sintió dolorosamente herido al recordar la horrible nueva de la muerte de su padre. ¿Aquel grito angustioso que oyó en el templo, fue lanzado por Gaetano al expirar? ¿Había sido verdad aquel delirio, aquella triste mirada de la estatua? Ludovico venía de la batalla, y él le dijo que su padre había muerto. Luego era esa una horrible realidad. Marietta lloró largo tiempo con una amargura infinita. En medio de su dolor pensó en Dios, y entonces su sueño último le vino vivamente a la memoria. Recordó la plegaria que la adormecía cuando era niña, y que su madre cantó durante su aparición, y la repitió fervorosamente. Al recordar con tanta claridad aquella plegaria, conoció Marietta que un mundo sobrenatural había entrado en comunicación con ella. Sintió frío en la frente, y en el punto en que su madre le dio en sueños un beso, encontró una gota cristalina que era sin duda una lágrima, caída de los ojos de la visión. Conmovida se reclinó en una mesa cercana a su lecho y exhaló un grito de espanto al ver sobre esa misma el mismo crucifijo que el apóstol le había dado durante el sueño.

Recordó entonces la última escena de ese sueño; no dudó que aquel entierro que había visto era el suyo, que aquella muerta que tanto semejaba era ella. Sintió una debilidad extraña, y pensó en la muerte, con la íntima creencia de que muy pronto ya no existiría. Experimentó una imperiosa necesidad de conocer esa religión a que el santo apóstol, que tanto le defendió en vida, la llamaba de tan extraña suerte. Hizo esfuerzos por olvidar a Ludovico, que acaso corría en aquellos momentos grave peligro. Sintió que su vida se agitaba rápidamente, y no quiso morir sin la bendición de un ministro de Dios.

Uno de los escuderos fue a buscar al inmediato convento al anciano y virtuoso padre Francesco, que acudió lleno de alegre sorpresa a aquella casa donde nunca se le había llamado. Creía encontrar a algún gran pecador y halló un ángel próximo a desplegar sus alas. Oyó a la joven en confesión; le habló durante mucho tiempo de ese Dios que la llamaba a su seno. Juntos oraron por el alma del viejo Gaetano, y jamás se unió más santo religioso a más pura doncella, para elevar al Señor, como perfume del alma, una oración más ardorosa.

Encargó la joven que el cuerpo de su padre y el suyo reposasen junto al de su madre en la Catedral, y tendida en un blasonado sillón, viendo los últimos rayos del sol que entraban por la ventana a besar su frente, tranquila esperó a la muerte, que era para ella la felicidad y la apoteosis.

De pronto vino a turbar el solemne silencio que reinaba, una ronca voz que gritó lúgubremente no lejos de allí ¡orad, habitantes de Orbieto, orad, piadosos hermanos, por el alma de Ludovico Ardenti, ahorcado por traidor!

Marietta oyó aquellas palabras, sintió que el último lazo que la ataba a la vida se rompía bruscamente. Perdió la conciencia de las cosas terrenales; oyó una música lejana que sobrepujaba en belleza a cuanto puede soñar la imaginación; y cuando desapareció el pos-

trer rayo del sol poniente que la bañaba con sus resplandores de oro, su alma voló al cielo en medio de divinas y misteriosas armonías.

A la siguiente mañana, estaba su cuerpo tendido en el templo, cubierto de flores que embalsamaban el ambiente, y cuando se alzaron al cielo los cánticos sagrados pidiendo el descanso eterno de la que para siempre dormía, un rayo de sol bajó desde la alta ojiva sobre la estatua del apóstol, que inundada por aquella luz esplendorosa, resplandecía como la imagen viva de la fe. ¡Su mano señalaba al cielo, su rostro irradiaba amor y esperanza, y en sus labios lucía una sublime sonrisa de felicidad suprema!

La República Literaria
Marzo 1887-Marzo 1888.

El Primer Beso
(Leyenda)

Leyenda por Antonio Zaragoza

I

Margarita tenía veinte años. Estaba en ese periodo en que la niña acaba de convertirse en mujer, y unía a los purísimos encantos de la edad primera, la dulce gravedad del sufrimiento, que bañaba su semblante con la luz de una suave melancolía. Ya en su edad temprana había sentido esas grandes amarguras que Dios reserva para los seres escogidos. El sufrimiento es el puente por donde llegan las almas a la dicha suprema.

Nacida en el seno de una familia opulenta, había visto a la miseria cernerse más tarde sobre su hogar infortunado. A la antigua animación, a la amable sociedad de mejores días, sucedieron en breve la tristeza y el abandono. Aquella familia, altiva en su desgracia, resignóse al dolor; pero no al desprecio, y fueron sus días una serie de inmensas amarguras. Dejaron la ciudad para vivir en apartada aldea. El pobre padre, que habitó durante mucho tiempo espléndida morada, vióse postrado en su miserable jergón por una de esas enfermedades que nunca perdonan. El hombre fue el primero en sucumbir. La madre y la hija, más débiles, tuvieron sin embargo mayor fuerza para resistir el dolor, y sobrevivieron. A veces, en las grandes luchas de la vida, tienen esos tiernos corazones una energía que no pueden quebrantar las penas más aterradoras; y es que Dios les ha dejado en su debilidad dos fuerzas incontrastables: la resignación y la esperanza.

La madre de Margarita lloró mucho la pérdida del que había sido por tantos años su compañero cariñoso. La idea de la separación la aterraba, sentía el ardiente deseo de que la muerte la uniera con su esposo, y, no obstante, pidió a Dios que le alargase la vida; no podía morir; tenía una hija, y era preciso que la pobre huérfana no quedara desamparada en el mundo.

¡Cuántas veces en esa hora tristísima de la tarde en que el sol se oculta en lontananza, las dos mujeres lloraban abrazadas, y se hundían en el abismo sin fondo de su desgarradora tristeza! ¡Lloraba aquella anciana de cabellos emblanquecidos por el infortunio, y lloraba aquella niña sin ventura, calcinando con su ardoroso llanto las flores primeras de su juventud sombría!

Una labor penosa ocupada durante el día todo su tiempo. Entonces disfrutaban esa especie de dicha que se llama olvido. Esperaban con ansia que sonase la hora del trabajo

y veían con tristeza que las sombras de la noche viniesen a poner punto a sus ordinarias tareas. De vuelta en su pobre hogar, rezaban fervorosamente por el alma adorada del que yacía en la tumba. Después, solas enteramente, porque no gustaban de reuniones, entregábanse a sus dolorosos recuerdos. A veces, guiadas ambas por noble impulso, fingíanse alegres, hablaban con volubilidad de sus ensueños, de sus ilusiones. Ocultaban su dolor con la máscara del alborozo, y resonaba en la tristeza de la pobre casa, una conversación regocijada, como resuena en la soledad de un cementerio el dulce trino de las aves. Entonces aquellos hermosos cuadros de imposible bienandanza hacían más horrible su desgracia presente, y la desdichada anciana, enjugando a hurtadillas sus lágrimas, decía con voz entrecortada: -"¡Si todavía podemos esperar! Vamos, hija mía, es preciso que nunca lloremos."- Y Margarita, ahogada por el llanto, que en vano quería reprimir, le contestaba: -"¡Si yo nunca lloro, si aún podemos ser muy felices!"

Otras veces la anciana, sintiéndose oprimida por incurable amargura, exclamaba: -"Margarita, hoy me siento contenta; cántame aquella balada que tanto me embelesa." La joven cantaba con voz melodiosa; pero con el eco de un dolor sin esperanza. ¡Cuán bella resonaba su voz en medio de la calma de la noche! El mérito del arte más elevado se unía a los encantos de un timbre argentino y de una expresión fascinadora. Entregada al éxtasis de la música, la joven dejaba que su alma se elevara al cielo sobre las alas de aquellas notas angelicales. Dejaba que la ola armoniosa arrastrara sus tristes pensamientos, como arrastra un límpido arroyuelo las flores marchitas.

La madre lloraba en silencio y secaba sus lágrimas con presteza, murmurando: -"¡Que no sepa mi hija que he llorado!" Y al mismo tiempo Margarita se volvía de espaldas para enjugar su llanto, diciendo: -"¡Que no sepa mi madre que he llorado!" ¡Santo misterio de los amores puros! ¡Impulso delicado de corazones generosos!

Una tarde en que la triste anciana había salido sola, no regresó a la hora acostumbrada. Esperábala Margarita, con angustia a cada momento más abrumadora, y su madre no volvía. Cuando ya había anochecido y la joven ansiosa iba a salir para buscarla, se presentó la anciana en la casa, apoyada en el brazo de un gallardo mozo, que saludó al entrar con la más exquisita cortesía. La madre estaba muy pálida y tenía en el rostro las huellas de un mal profundo.

La joven llena de inquietud le dijo:

-Madre, ¿qué tienes?- has tardado mucho, y en tu semblante se nota un hondo sufrimiento.

-Tranquilízate, hija -murmuró la anciana- creo que ya todo habrá pasado. Rezaba como de costumbre en la iglesia, cuando fui presa de una debilidad extraña; pero tan extremada que sentí que la vida me abandonaba. Vértigo espantoso turbó mi cerebro, y permanecí algún tiempo sin sentido. Recobrada al fin, salí trabajosamente, y no sé si mis fuerzas me habrían permitido llegar hasta aquí. Felizmente me encontré al salir de la iglesia a este joven, quien me preguntó con la mayor deferencia si estaba enferma, insistió políticamente en acompañarme, lo que en el alma le agradezco.

-En alto grado me complace, señora -dijo el joven-, haber prestado a ud. ese ligero servicio; ninguna gratitud merezco, y menos cuando estoy suficientemente compensado

con el placer de haber conocido a esta hermosa señorita, que es sin duda alguna hija de usted.

Después de breve pausa, continuó el joven:

-Me llamo Federico Arjona; soy estudiante de medicina; he venido a pasar los tres meses de vacaciones, y bendigo a mi fortuna por haberme deparado el día mismo de mi llegada, la singular complacencia de conocer a ustedes. Si mi escasa ciencia en el arte de curar es útil a la señora, me consagraré en cuerpo y alma a aliviar sus males, y si los servicios de un amigo son gratos a ustedes, me dedicaré desde hoy a merecer ese honroso título.

-La cortesía de usted -respondió la madre de Margarita- le hace acreedor a nuestra estimación y a nuestro cariño, y si la compañía de unas pobres mujeres abandonadas no asusta a usted, esta casa está completamente a sus órdenes.

Inclinóse Federico y cambió con la anciana alguna frases de urbanidad. Margarita nada decía. Los más encantadores pensamientos bullían en su alma; asaltábala el negro presentimiento de que su madre estuviese gravemente enferma; la idea de una nueva desgracia la espantaba; y, empero, la presencia de aquel joven le causaba una emoción de que no podía darse cuenta. La fisonomía abierta y simpática de Federico, parecíale seguro indicio de un corazón generoso. El haber acompañado a su madre enferma, se le figuraba una acción inspirada por la más exquisita delicadeza de sentimientos. No se imaginaba que la cortesía hiciese servicios que ella creía propios solamente de la bondad. Además, aquella voz vibraba tan agradablemente en sus oídos no acostumbrados al eco de sus galanterías, que ella se sentía impulsada hacia Arjona por fuerza irresistible y misteriosa. Su turbación era extremada y apenas pudo balbucear algunas palabras de gratitud cuando el joven se retiró, no sin haber prometido que volvería a informarse del estado de la enferma.

Aquella noche, mientras que la infeliz anciana, presa de penoso insomnio, se debatía en su lecho, Margarita dormía tranquilamente, y, por vez primera, alegraron su sueño radiantes fulgores y celestiales armonías.

II

Volvió Federico a visitar repetidas veces aquella casa. La suave belleza de la joven le había impresionado hondamente, a pesar de que su carácter no era de suyo inclinado a románticas tristezas. La salud de la anciana decaía visiblemente desde el día en que Arjona la había acompañado. Pronto le fue preciso permanecer en el lecho, y conoció que se moría. Llenábase de pesadumbre, no por ella, que al fin iba a realizar el ensueño de su viudez, sino por la pobre Margarita, cuya alma entenebrecida ya por infinitas amarguras, iba a sufrir en breve el más grande dolor de la existencia.

Arjona le prestó en aquellos días tristísimos los servicios más eficaces como facultativo y como amigo. La anciana le quería ya entrañablemente, y Margarita, la pobre alma opaca, le amaba con delirio. La joven, destrozada por el dolor, que jamás había sentido

antes, a pesar de su juventud, abrirse su corazón a las blandas, voluptuosidades del amor, amó cuando su suerte era más infortunada que nunca, y su pasión nació cuando moría su madre. La dulce armonía del amor vibraba en su oído cuando sus ojos vertían abrasadoras lágrimas. Aquella noble mujer tenía un corazón inmenso. Su naciente amor a Federico, en nada amenguaba el cariño apasionado que a la anciana tenía. El amor y el dolor llenaban su alma, y a las dos deidades rendía a la par fervoroso culto.

Nunca habían hablado de su cariño los dos jóvenes. Una noche en que la anciana había logrado dormirse tranquilamente, Federico y Margarita, sentados en una extremidad del aposento, conversaban en voz baja, y eso los obligaba a juntar sus sillas.

La extensa habitación se hallaba en una semioscuridad que en vano trataban de disipar los rayos vacilantes de una veladora que ardía en la mesa de noche, junto a la cama de la enferma. Sobre esa mesa se veía una imagen de la Virgen de los Dolores, en que resplandecía la sublime tristeza de aquel corazón despedazado por tantas desventuras. En el extremo opuesto había una gran ventana por la cual entraban los rayos melancólicos de la luna. Esa ventana daba al campo, y, a través de las rejas, llegaban a los jóvenes los penetrantes olores de la pradera. Un silencio solemne reinaba en la campiña adornada con las galas de una vegetación exuberante. Mil y mil flores embalsamaban con su perfume el céfiro nocturno. La luna iluminaba blandamente aquella extensión desierta; blancos girones de nubes cruzaban por el cielo, como almas desprendidas del mundo, que vagaran en el espacio impulsadas por un amor indefinible; oíanse esos variados rumores de la soledad, que nadie sabe de donde vienen. Las estrellas brillaban en la inmensidad azul, como lágrimas luminosas del ángel de la tristeza.

¡Qué noche! en el blando vuelo de la brisa se creía sentir el levísimo beso de seres invisibles. En el suave murmullo que se alzaba de la pradera parecía oírse rumor lejano de alas desplegadas, ecos perdidos de dulcísimas palabras, notas desprendidas de músicas celestiales. En la pálida luz de la luna semejaban bullir en confusión incesante, millares de genios misteriosos, aéreos, transparentes, ideales. ¿Tiene la noche el poder de fascinarnos hasta hacernos creer que algo celeste nos circuye, o se acorta en sus calladas horas la distancia que separa a la tierra del cielo? -¡Quién sabe! pero en la calma melancólica de esos instantes tan hermosos, se siente el cuerpo más ligero; los sentidos, más despiertos, experimentan extrañas sensaciones incomprensibles, y el alma se siente con alas para volar triunfante por los espacios infinitos. Así como los rayos del sol hacen brotar de los pantanos vapores transparentes y puros, los rayos de la luna hacen brotar de las almas, encerradas en la impura cárcel del cuerpo, elevados y nobles pensamientos.

Margarita y Federico hundían su mirada en aquella inmensidad fascinadora. Seguían hablando en voz baja, y había en sus palabras el eco de una emoción encantadora y nueva. Brotaban de sus corazones, como de la extensa campiña, perfumes deliciosos, y surgían de sus almas, como del cielo inmensurable, arrobadoras armonías. Sentían el encanto de la noche; la voz de la naturaleza resonaba con íntima simpatía en aquellos seres apasionados.

A pocos pasos de distancia la anciana, tan cerca ya de la eternidad, acaso veía en su

profundo sueño las grandes recompensas que el cielo guarda para las almas purificadas por el sufrimiento. ¡Ellos estaban despiertos y, empero, soñaban! Soñaban en mil cosas dulcísimas y extrañas; sentían la vida del cielo. Hablaban, y tenían sus palabras eco de inefable ternura. Callaban, y sus almas seguían su mudo diálogo. Había tanta elevación y pureza en aquellos dos corazones, que acaso los invisibles genios de la noche, volando cariñosamente en torno suyo, recogían sus palabras para llevar a la altura la candorosa expresión de tantos votos apasionados.

Federico, audaz y enérgico hasta entonces; sentíase subyugado por el irresistible encanto de la joven, y su alma varonil se plegaba ante aquella alma delicada. El amor los dotaba de una misma pureza de sentimientos, de idénticas aspiraciones, de iguales ensueños. En esa noche sus dos almas unidas en un propio éxtasis, sentían la necesidad imperiosísima de fundirse en una sola, y pedían al par a la esperanza que les diese sus alas para cruzar en callado vuelo la inmensidad inexplorada. Su ser crecía, se dilataba, se esparcía en los átomos luminosos, cediendo a la atracción de la altura. Cuando sus almas se impregnaron de esa pasión poderosa que la noche exhalaba a torrentes, cuando sus corazones palpitaron con la vida que latía en la naturaleza toda, sus voces se extinguieron, porque el lenguaje no tenía ya palabras para traducir aquellos arrobamientos, corrieron de sus ojos lágrimas de felicidad, y, después de mucho tiempo, Federico oprimió dulcemente la mano de Margarita, y con una voz en que vibraba su inmensa pasión, le dijo muy quedo: -"¿Me amas?" Y ella, ruborizada, con la irradiación de un amor infinito, le contestó suavemente, pero tan bajo que no pudieron oírla ni los ángeles de la noche: -"Te quiero con todo mi corazón."

Ellos callaron; pero surgió de la espesura el canto armonioso de las aves que despertaban; llenó el espacio el perfume de las flores que abrían sus broches; una explosión de luz disipó las últimas sombras de la noche; el himno universal de la naturaleza, en que se confundían todas las bellezas terrenales, resonó como un hosanna majestuoso. Era la aurora; la tierra, como si fuese un corazón inmenso, palpitó con una vida poderosa, y el sol resplandeció en el Oriente.

III

Margarita despertó de sus ensueños de amor con la gravedad del estado en que se hallaba su madre pocos días después. La anciana se moría sin remedio; en vano la ciencia y el cariño agotaban sus recursos. Así como en otro tiempo la desgracia había asido aquel pobre ser para torturarle con mil dolores, así la felicidad se apoderaba después de aquella mártir para llevarla a las dulzuras del cielo.

La anciana sonreía ante el espectáculo de su apoteosis; pero lloraba por su hija. Recibió todos los auxilios de la religión; hubo en torno de su lecho esa atmósfera de santidad y de pureza en que envuelven a las almas buenas la creencia y la esperanza. No hablaba ya; se despidió de su hija con una mirada más expresiva que las palabras, y cuan-

do Margarita le decía sollozando: -"Madre, pídele a Dios que me reúna muy pronto contigo!"- le estrechó la mano tiernamente, dio un beso al crucifijo, y exhaló el último aliento. Una majestad incomparable brilló en su rostro. Aquellos labios que nunca sonrieron con los placeres de la vida, se dilataban con la augusta sonrisa de la felicidad eterna.

Margarita cerró sus ojos, besó su frente, y oró fervorosamente toda la noche, llorando con una amargura sin consuelo. La aurora, que pocos días antes había alumbrado su dicha colmada, alumbró entonces su horrible desventura.

Federico cumplió hasta lo último con sus deberes de amistad hacia la anciana. Acompañó a Margarita en su honda tristeza. Quiso de pronto consolarla con palabras de cariño; pero cuando comprendió que para los grandes dolores no hay más consuelo que la esperanza, no dijo ya nada y unió silenciosamente sus lágrimas a las de la huérfana.

La joven estuvo durante mucho tiempo aniquilada por el infortunio. Casi insensible a los cuidados de la vida, sólo tenía conciencia para sufrir. Su amor estaba como amortiguado por aquel rudo golpe, aunque ardía en el fondo de su corazón con pertinaz violencia. Había la soledad de Margarita puesto límite a las frecuentes visitas de Federico, pues ni el decoro autorizaba tanta familiaridad ni la joven quería apartarse un punto de sus dolorosas ideas.

A medida que los días pasaban el amor de Margarita crecía con ímpetu indomable, y mientras el tiempo daba consuelos a su desdicha la pasión añadía incentivos a su cariño. Y, ¡cosa extraña! en Federico no sucedía lo mismo. Comprendió que aquella mujer estaba herida para siempre por el dolor, y mal se avenía él, joven y lleno de esperanzas, con un amor que parecía tener sus raíces en una tumba y que estaba oscurecido por la sombra de la muerte. Era comunicativo y franco, y, pasado el primer deslumbramiento de cariño, notó que era ella silenciosa y reconcentrada. Él, que antes la amó sin reflexión, preguntábase entonces si sería capaz de hacerla feliz, y, sobre todo, si Margarita podría asegurarle una felicidad perdurable. Creíase lleno de abnegación y estaba rebosando egoísmo. Achaque antiguo ha sido en naturalezas flacas y egoístas el buscar en ajenas causas disculpas para la propia falta.

Federico no era malo; pero tenía la desgracia de no poseer un gran corazón. Ante las leyes sociales no cometía ningún delito; mas era un gran reo ante las leyes del amor. Tenía un tesoro en aquella mujer y agotaba su mente en buscar razones para huir de ese tesoro que él no supo comprender. Siempre han purgado los seres egoístas, por impensados caminos, su ciega obstinación, y han sido los primeros en labrar su propia desventura.

Él, que veía antes con terror acercarse el fin de las vacaciones, lo esperaba entonces con secreta impaciencia. ¡Pobre Margarita!

Ella lo amaba siempre. Le amaba del mismo modo, porque cuando la pasión llega a su plenitud, ni consiente grados ni experimenta variaciones. Aquella alma reconcentrada y triste se dilataba en un amor supremo. Esos seres superiores no aman más que una vez; pero aman para siempre.

Es el amor, por lo general, fuente fecunda de dulcísimas venturas; empero, cuando tiene su asiento en almas tan apasionadas como la de Margarita, conduce a los dos más

opuestos extremos: o proporciona dicha inmensurable o acarrea dolor eterno. La joven estaba predestinada al sufrimiento, y fue infeliz hasta en el amor, que se considera como la más grande de las dichas humanas.

Federico continuaba hablándole de su cariño, y, ella, que tan claro veía en otras cosas, tenía en ese respecto tupida venda sobre los ojos. El amor es una inmensa hoguera, y más ciegan que alumbran sus rayos esplendorosos. Margarita creía, porque quería creer, porque necesitaba creer.

Veíanse a intervalos, y la joven temblaba espantada al pensar que Federico tendría en breve que dejarla. Disfrutaba con ansia dolorosa esos últimos instantes de dicha, concentrando en ellos su vida, como si quisiera suplir a la duración con la intensidad, y conmover al tiempo con la profundidad de su pasión.

Llegó por fin la víspera de la partida de Federico. Esperóle ella en la ventana por donde había visto tan inefables bellezas aquella noche inolvidable. No brillaba la luna con espléndidos fulgores; medio oculta entre las nubes esparcía apenas melancólica y tenue claridad. Un silencio imponente reinaba en la pradera. El cielo casi blanco y la luna velada tenían una palidez siniestra. Soplaba fría y desagradable brisa. Margarita lloraba, Federico estaba conmovido.

-¡Mañana!- dijo ella con voz entrecortada.

-¡Mañana!- contestó él lacónicamente.

Mañana -añadió Margarita- habrá entre nosotros mucho espacio, mañana, que no me verás ya, el olvido comenzará a ofuscar mi recuerdo en tu corazón. Nací predestinada a hondas tristezas; ha sido el dolor compañero inseparable de mi vida; he aprendido a sufrir y, empero, yo que me he resignado a tantas amarguras, conozco que no podría resignarme a tu olvido. La muerte del cuerpo me halaga; mas la muerte del alma me horroriza, y tu olvido sería la muerte para mi alma.

-Pero -respondió Federico-, ¿cómo puedes pensar en que te olvide? -¿no eres acaso la encarnación de las más bellas ilusiones de mi juventud? A pesar del tiempo, a pesar de la distancia, tu recuerdo vivirá en el fondo de mi alma, y tu nombre es una melodía que encantará eternamente mis oídos y mi corazón. En el lugar más hondo de mi pecho, allí donde tiene su nido todo lo casto, lo ideal, lo elevado, mientras me quede un soplo de vida palpitará tu imagen.

-¡Si fuera eso cierto! -añadió ella con una melancolía profunda,- si no me has de olvidar, la ausencia no es mal tan grave. La separación de los cuerpos en nada aleja a las almas. Nuestros pensamientos cruzarán el espacio y mantendrán nuestros seres en comunicación constante. Pero tú, cuando te encuentres lejos de mí, vas a olvidarme; lo sé, lo siento, casi lo veo. Estoy tan acostumbrada a las penas, que la dicha es para mí cosa extraña y casi inverosímil. En medio de mi tristeza vino tu amor a embelesarme; y mi mal destino fue vencido; pero quiere ahora su venganza; trabajo por mi desventura, y, créeme, mi mal destino es omnipotente. Tan unida está mi suerte con la tuya que a veces creo que así como decides de mi felicidad vas también a decidir de mi vida. Hay momentos en que pienso que voy a morir a tus manos, y me estremezco de dicha, porque tu amor, abrién-

dome las puertas del cielo, es para mí la ilusión suprema. La muerte es la más grande de las venturas, y la muerte me vendrá de tu mano. Esta idea me enloquece.

La joven hablaba con tan rara agitación, con ademán tan sombrío, que Federico, con ser poco asustadizo, se estremeció a pesar suyo.

-Cálmate, Margarita -exclamó con acento cariñoso- esa agitación hace mal a tu cuerpo y a tu espíritu. Desecha delirios tan extraños y no turbes con infundados temores nuestra última entrevista. Antes que atentar a tu vida haría yo mil veces pedazos mi propio corazón. Tu ventura es para mí más necesaria que la misma mía. Te amo y te amaré toda mi vida. En vez de darte la muerte, que es la eterna sombra, te daré la felicidad, que es la luz infinita. El que ama cree, créeme, y no te dejes dominar por vanas alucinaciones.

-Te amo tanto -dijo Margarita con acento profundo-, te amo tanto que te creo. Si a pesar de eso me olvidas, no temas por mí; no sufriré mucho tiempo; tu olvido me hará también dichosa, porque tu olvido me matará...

Federico se esforzó en calmarla, apuró toda su elocuencia para convencerla, derramó a torrentes en sus palabras ardor, cariño, esperanza. Y ella, que tanto deseaba dejarse convencer, acabó por creer cuanto oía, y fue nuevamente feliz; pero feliz en su última entrevista, feliz un momento para llorar mucho tiempo después.

-¡Dame un beso! -dijo él apasionadamente.

-Hoy no -contestó Margarita-, cuando volvamos a vernos. Sea cualquiera nuestra suerte, te juro que no moriré sin darte un beso.

Fingía Federico amor profundo; y en vez de avergonzarse de su falsía, creíala necesaria e inspirada por la bondad más pura. Hallábase grande y digno de elogio. Era de esos seres que por no arrepentirse de sus faltas se divierten honradamente en hacer la apoteosis de sus errores.

Hablaron mucho tiempo. Ella estaba tranquila, creía, esperaba. Formaron mil proyectos para el año siguiente en que debía Federico volver a la aldea a pasar sus vacaciones. Partió éste al fin, y cuando el sol llenó de luz a la tierra, el dolor llenó de sombras el alma de Margarita.

IV

Federico se sintió feliz en la ciudad al recobrar su vida intelectual. Era sobresaliente en sus estudios y daba con su saber títulos de gloria a la Universidad. Estudió con ahínco y buscó en la ciencia sus ordinarias distracciones. Era un poco materialista; doblegábase ante esa debilidad de algunos médicos, que, asombrados por la perfección de la máquina humana, niegan el alma porque no la sienten palpitar bajo su escalpelo. Flaqueza ordinaria de los que se proponen creer solamente en las cosas que se pesan y se miden. No era ese espíritu investigador y frío, capaz de comprender la ideal grandeza del amor, y sucedió lo que era de esperarse: Federico olvidó completamente a Margarita, y revistió como siempre su mala acción con los caracteres de la lealtad y la conveniencia.

La pobre joven esperó un año entero entre lágrimas y suspiros. Llegó la época de las vacaciones, y palpitó su corazón lleno de ansiedad. Pasó un día y otro día, y Federico no vino. Ella sabía sufrir y sabía esperar. Pensó que alguna causa insuperable le habría impedido volver. No quiso creer en su traición; las almas grandes no conciben el olvido.

Pasó otro año, tornó el tiempo de las vacaciones, y Federico, entregado a sus ideas de ambición y de estudio, no pensó en ir a ver a Margarita. "No soy digno de su amor - decía,- que me olvide y ame a otro que la comprenda. Mi deber es no volver a verla." ¡Eterno egoísta! ¡Creía que quien ama puede olvidar! Casi merecía Federico que se le llamara, como Santa Teresa al diablo: "ese infeliz que no puede amar."

Llegó la época en que debía recibirse de médico. Terminado uno de sus exámenes postreros, reunióse con sus compañeros en una sala del hospital en que estudiaban prácticamente, para celebrar con alegres libaciones tan próspero acontecimiento. El entusiasmo llegó al último límite; lo que fue al principio bulliciosa alegría, convirtióse después en embriaguez desenfrenada. Los vasos, sostenidos por manos vacilantes, se rompían con estrépito; oleadas de vino caían sobre el mantel. Las sillas rodaban por el suelo. Los estudiantes, ébrios ya, gritaban todos a un tiempo, queriendo cada uno de ellos apoderarse exclusivamente del derecho de hablar; se abrazaban, se tuteaban, jurábanse amistad eterna.

A medida que el día espiraba, el cielo, antes tan limpio, se cargaba de negros nubarrones, y rugía el trueno, y brillaban los relámpagos. Pronto la noche, sombría y espantosa, cubrió el mundo como un inmenso paño mortuorio. La lluvia cayó a torrentes; los rayos, con aterrador estruendo, hendieron el espacio; los elementos enfurecidos amenazaron destruir la tierra.

Empero, los brindis continuaron. El carácter ligero en unos, y en los más el miedo de retroceder, hicieron que la orgía continuase. Un estudiante se levantó trabajosamente y dijo con voz ahogada: "Amigos: se ha brindado por el amor y por la dicha. Yo quiero templar mi alma en ese formidable espectáculo de la tempestad desencadenada, y brindo por la muerte, que es el olvido de los cuerpos, y por el olvido, que es la muerte de las almas."

Aquel lúgubre brindis produjo un efecto siniestro. Aun los más aturdidos de los alegres jóvenes sintieron que un frío glacial corría por sus venas al oir esas palabras pronunciadas cuando la tempestad redoblaba su fuerza. Federico recordó su traición y tembló hasta la médula de los huesos. Un dolor agudo traspasó su corazón, sintió un frío de muerte por todo su cuerpo, parecióle oir en lontananza algo como el estertor de la agonía; pensó en Margarita, que acaso moriría abandonada. -¿No le había dicho ella también que el olvido era la muerte?

Extraño vértigo embargó sus sentidos; ideas de aniquilamiento turbaron su cerebro. Él, tan audaz, tan incrédulo, sintióse presa de un pavor invencible.

En aquel momento, en medio del fragor de la tormenta, se oyó no muy lejos el lúgubre son de una campana. Ese tañido significaba que alguien acababa de morir en el hospital.

Federico sintió que su razón se ofuscaba; delirante, fuera de sí, se puso en pie, empuñó una gran copa, y, vaciando de un trago su contenido, gritó roncamente:

-¡Por la muerte y por el olvido!

Todos se levantaron para secundar su brindis. En aquel momento un rayo cayó a poca distancia. Relámpago deslumbrador iluminó los lívidos rostros de los estudiantes y un trueno espantoso hizo temblar el edificio hasta sus cimientos.

V

La reunión terminó; el espanto fue superior a la embriaguez, y todos se retiraron. Federico quedó solo en su cuarto, y procuró dominar su terrible emoción recordando que en breve debería sufrir su último examen, y que le era preciso verificar algunas observaciones sobre un cadáver para escribir su tesis. Haciendo un esfuerzo salió del aposento y se dirigió al anfiteatro.

La tempestad aún no cesaba. El relámpago, iluminando aquellos inmensos y oscuros corredores, hacía ver a Federico extrañas figuras lívidas, aéreas, vagarosas. Avanzaba con una bujía en la mano; la sombra de su cuerpo y el ruido de sus pasos le hacían estremecer creyendo que alguien le seguía. Entró al anfiteatro; tres o cuatro cadáveres ostentaban sobre las mesas sus formas rígidas y aterradoras. Por primera vez en su vida, Federico tuvo miedo a los muertos. No obstante, tenía necesidad de estudiar la región del corazón y avanzó hacia la mesa en que de ordinario practicaba sus operaciones. Como había encargado, estaba sobre ella un cuerpo cubierto enteramente por un blanco lienzo. Federico tuvo miedo de ver el rostro; tembló al pensar en aquellos ojos, abiertos, dilatados, sin mirada, y sólo descubrió el pecho del cadáver. Era el de una mujer, blanca, de piel fina; pero demacrada por el sufrimiento o la enfermedad.

Empuñó el cuchillo, y, reuniendo todo su valor, hizo una profunda incisión en el pecho. -Un grito horroroso, un grito de dolor, de agonía, de desesperación, resonó lúgubremente en el anfiteatro. Aquel cuerpo rígido se enderezó con violencia, su rostro quedó descubierto, y Federico reconoció a Margarita, a Margarita, que habiéndole ido a buscar a la ciudad, cayó enferma, marchó al hospital, y, por la indolencia que suele reinar en esos establecimientos, fue colocada en la plancha como un cadáver cuando sólo un paroxismo la hacía parecer muerta.

La herida la hizo volver en sí, y tuvo fuerzas para incorporarse. Cuando vio ante ella a Federico con el cuchillo ensangrentado en la mano, le reconoció, aunque su aspecto casi nada tenía de humano, porque el terror le había aniquilado.

-Federico: -dijo ella con voz ahogada,- mis presentimientos no me engañaron; muero a tus manos. -¡Dame un beso!

El estudiante inmóvil, fuera de sí, sentía en el cerebro un martilleo horrible; nubes de sangre velaron sus ojos, temblor espantoso sacudió su cuerpo.

Margarita le echó los brazos al cuello; hizo un esfuerzo supremo, colocó sus labios

sobre la frente de Federico, y le dio un beso: el primero, el último, el único. Después una oleada de sangre brotó de su pecho; exhaló un suspiro, y cayó de la mesa estrechando fuertemente con los brazos al estudiante, que rodó por tierra, enlazado a aquel cuerpo helado e inerte.

Y al estruendo del rayo, al resplandor del relámpago el alma de Margarita se lanzó a las sombras de la eternidad, y la de Federico se hundió en los abismos sin fondo de la locura...

La República Literaria. Año III. Tomo III. Marzo 1887- Marzo 1888. Guadalajara.

La Plegaria de la Muerta (1)

I

La luna bañaba el extenso patio, dibujando en el suelo la sombra de los macizos pilares que sostenían aquellos grandes corredores. Sólo interrumpían el silencio el blando murmullo de los árboles y el tenue rumor de la fuente, que parecía el eco lejano de confusas palabras pronunciadas por genios misteriosos. Reinaba una calma profunda; ninguno de los ruidos profanos venía a turbar el imponente reposo. Aquello era un claustro.

Parece que la paz de los corazones se refleja en cierto modo sobre los edificios. Muestran los conventos una serenidad inalterable, como tienen sus moradores una paz infinita. Es el claustro un asilo que se halla entre la vida y la muerte, seguro puerto para las tempestades de la existencia, y a su seno se acogen las almas heridas que, cansadas de las mudanzas de la suerte, buscan en el mundo el único amor que no varía, el amor divino. El claustro es el vestíbulo de la eternidad.

¡Cuán alta poesía hay en ese sacrificio por el cual nos hundimos vivos en una tumba! El claustro es el cementerio de las almas en su puerta dejamos, como en la del sepulcro, los dolores y las alegrías que formaban nuestra existencia, y envueltos en el sudario del olvido esperamos tranquilos la muerte del cuerpo, para lanzarnos a la eternidad ceñidos con la austera aureola del holocausto.

Y todo ese carácter sombrío y majestuoso se retrataba en el edificio en la noche de que hablamos. La luna, única confidente de tantas almas opacas, veía desde el cielo aquel seguro misterio que sólo ella podía contemplar.

De pronto vibró con timbre suave y melancólico la campana que llamaba a los maitines. Aquellos sones resonaban claramente en la calma del claustro. Al antiguo silencio había sucedido el rumor de algunas puertas que se abrían y de pasos que se acercaban. Aparècieron en los ambulatorios las monjas, vestidas con sus trajes cenicientos, sus blancas tocas y sus negros velos.

Y cuando las doce de la noche sonaron lentamente, la comunidad se puso en marcha hacia la iglesia, con paso reposado, como una pavorosa comitiva de espectros.

Era un espectáculo extraño y hondamente conmovedor el que presentaban aquellas mujeres, abandonando a media noche su sueño para elevar a Dios el himno de la oración. Pasaban tranquilas y silenciosas, pasaban al parecer indiferentes, y, empero, acaso en todos aquellos corazones había ardido con fuerza irresistible la pasión que todo lo avasalla. ¡Cuántos dolores, cuántas desesperaciones, cuántos remordimientos no habrían destroza-

(1) Tradición del convento de Capuchinas de Guadalajara.

do algunos de esos seres, hasta empujarlos a la lóbrega morada donde tiene su asiento la eterna penitencia! Y en otras almas, ¡qué inmensa aspiración hacia Dios, qué invencible anhelo de ascetismo no fueron necesarios para entregarlas perpetuamente a la oscura cárcel de un convento!

Las monjas entraron a coro, y pronto llenó los ámbitos del templo la majestuosa armonía del cántico sagrado. Era una explosión de amor y de misticismo, era algo puro, ardoroso y santo, que se desprendía de la tierra para llevar al Eterno el himno de adoración de sus criaturas. En algunas voces se distinguían el cansancio y la tristeza de la ancianidad; en otras un timbre argentino y sonoro denunciaba un tesoro de juventud, que se marchitaba en las sombras del misterio.

La imponente calma de la media noche, la débil claridad del templo, la austeridad de las imágenes de santos que apenas se dibujaban sobre sus pedestales, todo contribuía a revestir de una profunda poesía aquella adoración ferviente.

Repentinamente, de en medio de las voces que entonaban la plegaria, se destacó una voz de un timbre poderoso; mas de una expresión tan doliente, de una tristeza tan desgarradora, que las monjas al oírla sintieron que el corazón se les oprimía con dolorosa angustia. Siguieron cantando; pero la voz aquella dominaba a todas las demás, y resonaba sonora y vibrante, como el eco indefinible de un mundo desconocido.

Era un canto extraño; a las veces vibraba dulcemente con la expresión de una inefable esperanza; otras se elevaba al cielo con ideal alegría, como el himno reverente de un ángel; de pronto retumbaba sordamente con el eco de una desesperación abrumadora; luego se iba dulcificando y entristeciendo hasta sonar lúgubre y funeral como el canto del genio de la muerte. Aquella voz tenía una belleza aterradora.

Sorpresa, angustia, temor, esperanza, todo eso sentían las monjas; y arrastradas por aquella voz, cantaban también con unción profunda y exhalaban en la plegaria todo el ardor y toda la fe de sus almas creyentes. Nunca había subido al cielo, en olas de armonía, una oración más fervorosa.

Concluido el rezo, las monjas salieron del coro, y se dirigieron en fantástica procesión a sus celdas. Cuando todas hubieron desaparecido, cuando el silencio volvió a reinar en el convento, la hermana tornera se presentó en la celda de la superiora, lívida, trémula, con la expresión de un espanto irresistible.

-Madre abadesa, exclamó con voz entrecortada, algo terrible pasa en el convento.

-¿Por qué lo decís, hermana? preguntó la abadesa, tratando de conservar su gravedad.

-Lo digo, porque las religiosas del convento somos treinta, como sabéis perfectamente, y esta noche, al salir del coro, las he contado y he visto que había treinta y una.

La tornera dijo estas últimas palabras en voz baja, y con tal expresión de terror, que la abadesa sintió, a pesar suyo, correr por sus venas un ligero frío.

-Hermana, replicó, procurando dominar su emoción, el sueño os agobia, y no habéis contado bien. ¿De dónde podía venir esa nueva religiosa? Retiraos a vuestra celda y pedid a Dios que os tranquilice.

-No me he engañado, dijo la tornera moviendo lentamente la cabeza, las conté muy

bien, y además de las quince parejas que de ordinario formamos, he visto una monja solitaria. ¿No recordáis aquella voz que tàn extraña y pavorosamente vibró en el coro? Yo estuve junto a la hermana que cantaba, y como se mantuvo rebujada cuidadosamente, no acerté a conocerla; pero cuando pasó junto a mí sentí un frío parecido al del mármol de los sepulcros, y, creedme, había en su voz cuando cantaba, algo que no es de este mundo.

A pesar de su energía no pudo reprimir la abadesa un temblor convulsivo al oir aquella afirmación tan explícita, a la que revestía de mayor gravedad lo avanzado de la hora. Al natural temor que le inspiraba lo fantástico de la impensada aventura, se unía la sospecha de que acaso aquella monja fuese algún ser de carne y hueso, que se hubiera introducido al convento con aviesos y desconocidos fines.

No quiso, empero, alarmar a la comunidad a semejante hora, y haciendo lo posible por tranquilizar a la tornera, le ordenó que se retirase. Obedeció la pobre monja y se encaminó a su celda, presa de un vago temor que no le era dado reprimir. Cruzó temblando los desiertos ambulatorios y tendióse en su áspero lecho; pero no pudo dormir, y estuvo en aquel penoso insomnio con el oído atento a los mil rumores de la noche, sin que nada viniese a turbar la tranquilidad del claustro.

II

Cuando los rayos de la aurora iluminaron el convento, la comunidad se alzó del lecho y se entregó a sus ordinarias distribuciones. La abadesa, inquieta por la extraña revelación de la tornera, procuró capciosamente interrogar a las monjas acerca de la intrusa hermana; pero ninguna había notado nada, y aunque el canto de la víspera las había sorprendido, no creían necesaria la intervención de lo sobrenatural para explicar el caso, y no estaban dominadas en manera alguna por el espanto.

No dijo nada la abadesa de lo que tanto la preocupaba, y encargó a la tornera que imitase su reserva. Ninguna de las monjas adivinó que el misterio se cernía sobre el convento.

La superiora cuidó de contar el número de las religiosas, no una sino repetidas veces, y notó con singular complacencia que eran treinta como siempre. La luz del día y la tranquilidad que se disfrutaba, le volvieron completamente la calma, y aun vino una ligera sonrisa a animar su ascética fisonomía, al pensar en el miedo que, a pesar suyo, sintió la noche anterior.

La tornera, como buena subordinada, tranquilizóse también en parte al ver la serenidad de la superiora; y nadie pensaba en apariciones, cuando, al mediar la noche, dirigiéronse las monjas a la iglesia para celebrar los maitines.

Apenas empezó el canto, las monjas todas, y muy especialmente las dos que habían barruntado algún misterio, temblaron hasta la médula de los huesos. La misma voz de la noche anterior vibró angustiosa, con la propia singular entonación, con idénticas variadas inflexiones. Cantó primero con una expresión de inefable ternura; pero, cuando los mai-

tines acababan, retumbó pavorosamente bajo las bóvedas del templo, como un eco perdido de la eternidad sombría.

La abadesa se acercó a la que cantaba, y no la perdió de vista. En esa vez no pudo permanecer tranquila ninguna de las monjas; todas sentían la opresión de un arcano temible. La abadesa y la tornera salieron antes que las demás, y la primera, que no apartaba los ojos de la tapada, se instaló en la puerta del coro; empezó a contar a las monjas a medida que ante ella desfilaban, y, al llegar a la última, aquella mujer que había nutrido su espíritu y fortalecido su corazón en el ascetismo, no pudo menos que lanzar un grito de horror.

¡Había contado treinta y una!

Siguió entonces la abadesa a la extraña monja, haciendo seña a las demás de que la dejasen sola. Avanzó la desconocida por los oscuros ambulatorios en que no penetraba la luz de la luna, y siguió adelante hasta llegar al lugar en que se encontraba el cementerio. La abadesa, llena de terror, no había podido pronunciar una sola palabra, y avanzaba maquinalmente como atraída por irresistible fuerza. Al llegar a las primeras tumbas, hizo la señal de la cruz, invocó a Dios, y avanzó resueltamente hacia la extraña religiosa. En aquel momento la luna ocultó sus rayos, reinó densa sombra bajo los frondosos árboles del cementerio, y cuando un instante después lucieron de nuevo los plateados fulgores, la abadesa se encontró sola, enteramente sola entre las tumbas, y cayó de rodillas invocando a Dios.

III

Llenóse de espanto la comunidad al oir la narración que hizo la superiora de aquellos extraños acontecimientos. Las monjas se dirigieron temblando a sus celdas, y el sueño no batió aquella noche sus alas sobre la mansión de las vírgenes del Señor.

A la mañana siguiente, a pesar de que los claros resplandores del sol alegraban el claustro, no había tranquilidad en las almas. Todas las monjas se agruparon alrededor de la abadesa, quien con reposada voz y ademán majestuoso les dijo:

-¡Orad, hermanas mías, orad! El misterio de la eternidad nos rodea, y la muerte está en medio de nosotras.

Pasóse el día en la oración, y todas esperaban con miedo la hora de los maitines. Llegada ésta, se repitió la misma imponente y temerosa escena. El espanto de las monjas llegó a su colmo, y, en vez de cantar, las asustadas religiosas rezaban con voz ahogada por el miedo. Sólo la nueva monja, encubierta como siempre, elevaba su plegaria con la unción profunda de un alma creyente.

La abadesa la esperó en la puerta y la siguió como la víspera. Apenas se alejaron algunos pasos, cuando, reuniendo todas sus fuerzas, le dijo:

-Si pertenecéis al convento, decidme quién sois, y obedeced a vuestra abadesa; si no sois de este mundo, ¡decídmelo, en el santo nombre de Dios!

La encubierta alargó la mano, tomó una de las de la monja como para guiarla, y empe-

zó a andar en la misma dirección de la víspera. La abadesa sintió que un frío mortal corría por sus venas; la mano que asía la suya tenía una frialdad que con nada pudiera compararse.

Llegada a las tumbas, la desconocida se detuvo; la abadesa, apelando a todo su valor, apartó con mano temblorosa el velo que ocultaba a la monja, la vio con fijeza, y lanzó un grito, un alarido, que resonó lúgubremente en medio de la noche.

¡Aquel hábito sombrío sólo envolvía un cadáver!

Iba la espantada monja a caer sin sentido, agobiada por un horror inmenso, cuando la muerta, con voz augusta y triste, pronunció estas palabras.

-¡En el nombre de Dios, oídme!

A esta sagrada invocación, la abadesa se recobró, y recordando sus deberes de cristiana, se dispuso a escuchar.

-Fui yo frívola y vana en mi juventud, dijo la muerta con voz en que palpitaba un infinito remordimiento, y agoté en mundanos deleites la savia de mis años mejores. Yo que había hecho nacer el amor en tantos corazones, que destrocé más tarde con mi sangrienta burla, sentíme un día herida por un amor irresistible, y sufrí como nunca había sufrido, porque mi amor jamás obtuvo correspondencia. El hombre que supo avasallarme, iba a desposarse con otra mujer, cuando súbitamente le arrancó la muerte del seno de aquella felicidad incomparable. Impío regocijo inundó mi corazón al saberlo, porque preferí verle muerto a contemplarle feliz al lado de mi rival aborrecida. Empero, cuando le contemplé inerte y frío en la flor de sus juveniles años, cuando vi a su joven prometida llorar su eterno abandono, el dolor desgarró mi pecho. Yo que nunca lloraba, disfruté por vez primera el purísimo consuelo del llanto. Lloré mucho, y cuando abandoné aquella casa, sentí que una voz secreta me llamaba a la santa paz del convento. Sufrí mi soledad durante algunos meses, hasta que un día vine a caer desalentada y dolorida a las puertas de este sagrado asilo. Estuve tranquila algún tiempo; pero después, a la hora de los maitines, érame del todo imposible alzar una plegaria, porque el recuerdo de aquel hombre estaba grabado en mi cerebro con caracteres de fuego. Tan luego como llegábamos al coro, me olvidaba de todo, y embebida en mi idea constante, daba a las hermanas el mal ejemplo de mi punible indiferencia. El amor a un hombre era en mí más vivo que el amor divino. Conocía mi pecado, y no obstante, me fascinaba el recuerdo de mi único amor en este mundo. Al fin me sorprendió la muerte, y fui condenada para purgar mi falta, a volver al coro a media noche, y elevar con la fe de un alma arrepentida, la plegaria que descuidé en otro tiempo. Debía durar mi penitencia en la tierra hasta que una abadesa tuviese bastante valor para hablarme, concediéndome su perdón y orando con toda la comunidad por el eterno descanso de mi alma. Ya lo sabéis todo; tened piedad de mí; perdonadme, y orad por mi reposo.

La abadesa, que había oído como en un éxtasis aquella voz de otro mundo, cayó de rodillas y oró durante mundo tiempo. Cuando levantó la cabeza, la muerta había desaparecido.

Dirigióse entonces a las demás religiosas y les dijo:

-Hermanas, un gran dolor reclama nuestro auxilio, un alma arrepentida pide nuestras oraciones. Que los cilicios destrocen nuestras carnes, que la disciplina ensangriente nues-

tros cuerpos, que nuestras plegarias laven las culpas de un alma que llora desolada sus pecados!

Noche de penitencia y de oración fue aquella, y fuélo igualmente todo el siguiente día. La súplica se elevó a Dios como el incienso, de aquellas almas puras.

Cuando llegó la hora de los maitines, las monjas se dirigieron a la iglesia lentamente. Comenzó el cántico sagrado, y de pronto resonó límpida y serena la voz de aquel ser purificado por el arrepentimiento. No había ya en ella un eco de angustia suprema ni de sombría tristeza. Era un himno de amor y de esperanza, un cántico de felicidad y de gratitud, como jamás han escuchado oídos humanos. Las monjas cantaban con arrobamiento, y la ola de armonía se elevaba triunfante al cielo. La luz suavísima y misteriosa de la altura inundó el templo, se oyó lejana música de los ángeles, y la monja muerta quedó envuelta por una nube blanquísima que fue ascendiendo lentamente, y rasgando las bóvedas de la iglesia, se perdió en el espacio inmenso.

Las monjas arrodilladas oraron desde el fondo del alma, y suaves lágrimas de fe y de esperanza corrieron por sus mejillas, porque les había sido dado contemplar un destello de la infinita bienaventuranza.

Guadalajara, 1879.

La República Literaria. Año III. Tomo IV. Marzo1888- Marzo 1889. Guadalajara.

DOLORES
(Vals de Waldteufel)

A Manuel M. González

Habían ya dado las once de la noche y el extenso jardín de la Plaza Principal estaba desierto. Penetré perezosamente en aquel espacio solitario, vagué un poco por las callecillas que embalsamaba el olor de las gardenias, y cediendo a la blanda voluptuosidad de aquella hora, me senté en una banca, dejando que mi alma se perdiera en el limbo misterioso de los ensueños. Había luna; pero no lanzaba torrentes de claridad, sino una suave media luz que impregnaba a todas las cosas de una poesía infinita. Vibraban los acordes de un piano, añadiendo nuevo indefinible encanto a la honda emoción que la noche producía. ¿Qué cosa mejor que la música para acompañar al espíritu en su vuelo por los espacios sobrenaturales?

El piano resonaba a impulsos de manos maestras. A la ejecución maravillosa se unía algo mejor, la expresión de no sé qué extraños sentimientos. Las notas tenían una magia desconocida y exhalaban no sólo los rumores de la noche, sino los efluvios candentes de un corazón apasionado. Aquella música no resonaba únicamente, aquella música vivía, sentía, lloraba. Hay veces en que las mezquinas cosas de la tierra reciben una vida misteriosa y nueva, como si por el éter impalpable viniesen a nuestro mundo átomos de una naturaleza superior, penetrando en las cosas terrenas, enalteciéndolas y transfigurándolas. Al mismo tiempo el alma servida por órganos más perfectos, ensancha su potencia, se dilata, se purifica, como respirando en más alta atmósfera. Y eso sentía yo en aquella noche, porque mis sentidos habían alcanzado una intensidad de percepción maravillosa y sorprendían en el seno de la naturaleza mil bellezas inefables. La luz, las flores, la armonía, se me revelaban como por vez primera, y aquella inmersión en las cosas del cielo, aquella iniciación sobrehumana en tan profundas arcanas emociones, era un goce que casi me causaba sufrimientos.

El ser invisible que tañía el piano comenzó de pronto a interpretar algo que tenía para mí recuerdos indelebles: *Dolores*, ese vals extraño y poderoso, llamarada meridional que brota de la niebla germánica. Con la tensión que sufrían mis nervios, aquella música me produjo un efecto indecible. Hirvió en mi ser la muerta juventud, como la ardiente lava de un volcán, se alzó inmenso y encantado, de entre el polvo, el derrumbado mundo de mis sueños; y recuerdos, anhelos y esperanzas poblaron en portentosa muchedumbre aquel mundo inmenso. Conmovido hasta lo íntimo del alma, y animado por la soledad, iba a dejar que se desbordaran mis ansias en un sollozo, cuando un sus-

piro, casi un gemido, ronco y desesperado, sonó muy cerca de mí. Busqué, lleno de sorpresa, al que había exhalado tal lamento y, en la extremidad opuesta de la banca que yo ocupaba, y medio perdido en la sombra de una enorme enredadera, vi el bulto confuso de un hombre. Tan contrariado como sorprendido, pues no tenía idea alguna de que hubiese alguien en aquel sitio cuando a él llegué, iba a alejarme apresuradamente pero aquel personaje misterioso lanzó no ya una queja, sino un verdadero rugido, con tan desesperada entonación, que no pude menos de excitar mi interés y de hacer que me acercara al quejumbroso.

-Perdóneme usted, le dije, ¿está usted enfermo?

Nada contestó de pronto; pero se levantó de su asiento y, avanzando al espacio iluminado por la luna, me vio fijamente por algunos momentos; en seguida me contestó, con tono seco pero cortés:

-Agradezco a usted su atención. No siento ninguna enfermedad en el cuerpo; pero es natural que ese vals me cause emoción insufrible.

No pude menos que fijarme en quien se explicaba de tan extraña suerte. Era un hombre de cierta edad, moreno, con ese tipo netamente español que no deja lugar a dudas; tenía espesa y negra barba, ojos árabes de mirada sombría y apasionada, voz vibrante y como fatigada. Su traje no ofrecía nada notable y mi muda inspección no me ilustró en manera alguna.

Podía aquel hombre ser un demente, un misántropo acorralado por la decepción y la miseria, un viudo inconsolable, un banquero en estado de quiebra, un actor sin contrato, un inventor sin descubrimiento, un militar dado de baja, o quizá algo peor, un caballero de industria, un policía secreto o un ser no comprendido. Evidentemente podría ser todo aquello; pero lo que yo deseaba ya ardientemente, no era saber lo que aquel hombre podría ser, sino lo que era en realidad. Por fortuna, se adelantó él a mis preguntas, exclamando con voz dolorida:

-Parece increíble que historia semejante haya encontrado en la música fórmula tan acertada y tan elocuente. ¡Después de tantos años como han pasado, aún sufro y lloro al escucharla!

Tales palabras me dejaron absortos. ¿Sería aquel caballero uno de esos melómanos furibundos capaces de apuñalear a quien no aplauda como ellos el cuarto acto de *Los Hugonotes*? ¿Sería un apóstol de la escuela de Wagner? De todas maneras, era sin duda un tipo digno de estudio, y, sentándome resueltamente a su lado, exclamé, dando a mi voz el tono de suficiencia que debe caracterizar al *dilettante*, y, sobre todo, al pensador:

-Comprendo que usted sufra y llore al escuchar esa música tan dramáticamente humana. Es atributo de las bellas artes, y en particular de la música, el animar con poderosa vida esas creaciones de la imaginación.

-¿Qué dice usted de creaciones imaginarias? repuso mi interlocutor con descompuestos ademanes. Pues qué, ¿cree usted que la historia de Dolores es una pura fantasía, invención ruin de algún desocupado?

En vez de indignarme por la inconveniente animación de aquel desconocido, puse

en prensa mi memoria tratando de recordar una de esas deliciosas mentiras que nos cuenta Manuel Gutiérrez Nájera en sus crónicas, y en la cual hace a su antojo la historia de ese vals, pintándonos a una joven rubia que baila muerta, o poco menos, como las *willis*. Recordéla, mal o bien, y se la conté a aquel hombre equívoco, el cual la acogió con manifiestas señales de ira, diciéndome:

-Gutiérrez Nájera se ha burlado de usted, y usted pretende burlarse de mí. No hay tal joven rubia ni tal enfermedad de pecho, ni tal enamorado soso. ¿Está usted creyendo que una andaluza como Dolores tenía cabellos de oro, y que le habría yo de permitir que muriera tranquilamente en una tertulia? La sangre árabe no perdona. Nosotros matamos por amar mucho.

¡Dios mío! ¡aquel hombre era un loco de atar, y árabe por añadidura, y asesino por más señas! ¿Sería algún abencerraje? Pero no; el señor de Chateaubriand nos habló hace tiempo del último de ellos, quien en su calidad de postrero, debe de haber cuidado de no dejar descendientes. Como un loco hace ciento, me sentí yo mismo animado de febril excitación y dije a aquel personaje:

-Y qué, ¿pretende usted, a su vez, burlarse de mí, haciéndome creer que conoció a la Dolores Waldteufel? En último caso, deme usted pormenores y quizás acabaré por creérselo.

Mi hombre, sin escucharme, lloraba en silencio. Por fin, como hablando consigo mismo, dijo con voz entrecortada por el dolor:

-¡Pluguiera Dios que nunca la hubiera conocido! La vi, y viéndola me fue preciso amarla, y amándola no podía esperar más que la inmensa ventura o la desesperación infinita. La tierra no nos bastaba: ¡o el cielo o el infierno! Al fin, como Otelo, tuve que matarla para poder, después, amarla mucho.

¡Cielos! ¡aquel caballero había leído a Shakespeare! Seguí oyendo con creciente estupor, a aquel asesino tan versado en la bella literatura.

-Dolores era mi prometida. Nos amábamos con todo el alma. Cuando iba yo a cumplir veinte años, y me disponía a pedir su mano, mi padre, hombre de condición recia y de voluntad indomable, decidió que marchase yo a América a buscar una fortuna para casarme a mi regreso. Lloré a lágrima viva y supliqué de hinojos a mi padre que no aplazara mi felicidad sujetándome a tan dura prueba. Todo fue inútil, me despedí de Dolores en medio de sollozos y de juramentos de amor eterno. Cinco años estuve en América sufriendo como un mártir; pero esperando siempre, porque para los grandes amores el tiempo no corre jamás. Cuando lleno de dicha, alcanzando mi fin, me aprestaba para tornar a España, recibí una carta en que mi amada, dando por ciertos los calumniosos falsísimos rumores de algún malqueriente, me condenaba a la desesperación y al olvido. En vano le escribí repetidas cartas tratando de justificarme; en vano le envié los más tristes lamentos de mi alma en frases en que palpitaba la verdad y el amor. Pasaron otros cinco años, sin que yo pensase tornar a mi patria, porque aquella ingrata no se apiadaba de mí. Por fin, un día recibí carta suya en que reconocía su error diciendo que me amaba más que nunca; pero pidiéndome por Dios que nunca más volviese a

España. Misterio singular era aquel y, perdida la calma, espoleado por el amor y la duda, volé a mi tierra natal. Llegué clandestinamente, y ahí supe la horrible verdad. Su familia poderosa y dominadora, había resuelto casarla con otro, y este rival era... ¡mi propio padre! Este hombre entrado en años, pero de pasiones ardentísimas, había concebido por mi prometida uno de esos amores formidables que no reconocen valladar ni consienten freno. El mismo amor fraternal* quedó aniquilado ante la pasión tan salvaje, y mi propio padre fraguó mi desdicha. La familia de Dolores apoyó tan inicua trama, y propuso a mi amada en un perentorio término, algunos de estos dos suplicios: o casarse con mi padre o profesar en un convento. Eligió ella lo último; pero diose mi padre tan buena maña, y tanto le ayudaron los padres de ella, que a fuerza de culpables manejos acabaron por hacer que Dolores me aborreciese y, cediendo al ímpetu de su carácter altivo, me escribiera aquella carta. Después, temerosa de atraer la maldición de sus padres, no consentía en el matrimonio y de condenarse si entraba en el claustro sin vocación, había ido cediendo poco a poco, desalentada y decaída, a la idea de casarse con mi padre. Durante ese tiempo estuvo recibiendo las cartas en que yo trataba de justificarme; y nunca sufrió ningún corazón en este mundo más rudos combates que los que destruyeron a aquella infortunada. Acabó por creerme y perdonarme; pero para poner fin a situación tan espantosa y para que yo no supiese nunca que mi padre era el enemigo de mi dicha, me escribió diciéndome que me amaba, aunque exigiéndome por lo más sagrado que nunca volviera a España. ¡Ay! en vano quería atajar una pasión tan desesperada como la mía y oponer barreras ante los pasos de un trágico destino... Torné a su lado y lo supe todo. Mis diez años de ausencia, de angustia y de desesperación, nada fueron comparados con el tiempo en que sufrió mi alma el horror de escuchar aquella historia. Cuando repuesto un poco de tan grande sacudida, tuve fuerzas bastantes, me eché a los pies de mi padre rogándole que tuviese piedad de mí; pero toda mi pasión se estrelló ante el bronce de aquel pecho inexorable. Corrí ante los padres de ella a impetrar su compasión; ¡mas qué, que no me oyesen si* el propio autor de mis días me condenaba a inmensa desventura! Después de que la tempestad del dolor cayó en toda su intensidad sobre mi alma, quedé inerte, rendido y sin fuerzas para sufrir, ni aun para arrastrar la vida. Sentí morir todo lo que daba aliento y rotos los lazos que me unían al mundo, y, tomando por resignación lo que no era más que impotencia, formé el designio de tornar a América para siempre. Así lo dije en un billete a Dolores, y por la noche, la víspera del día fijado para mi marcha, fui a decirle adiós. Ese grande error decidió de mi suerte y de la suya. Nos vimos a solas en un balcón de su casa que daba al Guadalquivir, en el mismo sitio que presenció nuestras horas de inmenso júbilo pasado y nuestra inolvidable anterior despedida. Me le acerqué lleno de abatimiento, de atonía, de lúgubre tristeza; mas la impotencia que creí resignación, comenzó a desaparecer a impulsos de mi amor, que renacía gigante, infinito, avasallador. Las fuerzas de mi alma resucitaron más grandes, más activas que nunca, y toda esa pasión inconmensurable que se desborda en olas de fuego y de luz sobre los mundos, penetrando en mi corazón me inundó en éxtasis formidables. Leí en los ojos de Dolores un amor inextinguible, un

amor como el mío, y olvidé todo, la tierra y el cielo, para no pensar, para sentir solamente aquella pasión mortal. Recordé mi vida entera consagrada a aquella mujer, y reconcentré todos esos años de impetuoso cariño en la irradiación de un momento de amor. No pensé ya en irme, no pensé en evitar el matrimonio, me anegué en amor más que humano, más grande que el tiempo y el espacio, y luego, sintiendo que ella estaba animada por mi propia alma y que se había unido a mí para siempre, saqué lentamente un puñal, y con una alegría delirante, que me hacía morir de dolor, se lo clavé tres veces en el corazón. Me envió toda su alma en una mirada de amor y de gratitud; la sostuve en mis brazos, mientras la sangre corría a torrentes de su pecho, y los rayos de la luna brillaban sobre la luciente empuñadura de mi puñal, clavado en aquel corazón que me amó tanto...

Así concluyó su historia aquel hombre extraño, y quedé sin fuerzas ni aun para verle, porque me causaba a un tiempo horror y lástima. Cuando me volví hacia el sitio que él ocupaba, no hallé a nadie. Estaba yo enteramente solo en la gran plaza, la luna lucía dulcemente y a lo lejos se extinguían los últimos acordes de *Dolores.*

Yo estaba aturdido, calenturiento. ¿Había soñado? ¿Me había contado alguien aquella terrible tragedia, o tiene la armonía el poder de contar en sus notas sollozantes historias como ésa a las almas soñadoras?

La República Literaria. Año IV. Tomo V. Marzo 1889-Marzo 1890. Guadalajara.

El Verdugo

Drama en Tres Actos y en Verso

POR

D. Francisco Arroyo de Anda

Y

D. Antonio Zaragoza

(Argumento de H. de Balzac)

PRÓLOGO

Nuestra anémica literatura no produce más que un lirismo estéril, calcado sobre las prehistóricas quejas de amor de los poetas candorosos de todas las edades. Afortunadamente hemos dejado en paz a las zagalas y a los pastorcillos, y hablamos menos de Cleri, Filis y de sus palomitas, lunares y hoyuelos; pero todavía fatigamos los aires con nuestras querellas desconsoladas, pintando con hipérboles altisonantes, nuestros vulgares amores, y acabando siempre por clamar a la muerte, como si no le tuviésemos un miedo de chiquillos. La senda trillada tiene singular encanto para los espíritus apocados; solamente los animosos se lanzan por caminos inexplorados, en busca de novedades.

Mi querido amigo el Sr. D. Francisco Arroyo de Anda, autor de "*EL VERDUGO*" es un literato que forma excepción en la numerosa banda de los literatos jaliscienses. Todos cuantos en esta tierra hemos manifestado amor a la poesía, nos hemos dejado llevar de la rutina, produciendo nada más que coplas y endechas más o menos malas. Las obras de largo aliento nos han inspirado pereza, y a ellas hemos preferido los suspirillos románticos, que fácilmente se improvisan y pronto terminan.

Cábele al Sr. Arroyo la gloria de haber sido el primero que en la presente época, ha acometido la loable empresa de abrir nuevos horizontes a nuestra actividad literaria, dedicándose a la producción de obras dramáticas. Aún se recuerda en Guadalajara la espontánea y calurosa ovación de que fue objeto, cuando el estreno de su primer drama D. BELTRÁN DE LA CUEVA. Ese estreno fue un verdadero triunfo, y auguró la más brillante carrera al poeta que comenzaba por darse a conocer con ensayos semejantes a obras acabadas.

El drama cuya publicación ahora empieza, es asímismo una de las primeras producciones de su joven autor. Su argumento está tomado de una novelita de Balzac, que tiene el mismo título, la cual fue dedicada a Martínez de la Rosa. Acaso el dramatismo de esta pieza sea demasiado fuerte en el fondo; pero esto es culpa de Balzac, que a manera de Víctor Hugo, ha exagerado el carácter español hasta la barbarie, bajo pretexto de pintarlo grande y altivo. No dudo ni por un momento, que los lectores encontrarán muchas bellezas que admirar en esta obra, reconociendo en el Sr. Arroyo, incontestables dotes para elevarse a la altura de los notables dramaturgos. El Sr. Arroyo ha contado para llevar a efecto esta obra, con la amistosa e ilustrada colaboración del Sr. D. Antonio Zaragoza, tan ventajosamente conocido en la república de las letras. Débense, en efecto, al inspirado numen del Sr. Zaragoza, algunas escenas de este drama, las cuales formar deben nuevos y preciados timbres de su elevado talento y vena poética. Justo es que el público junte con ocasión de la publicación presente, los nombres de Arroyo y Zaragoza, ya que estos

dos poetas andan por el mundo tan estrechamente ligados por vínculos de antiguo y profundo afecto. ¡Que sea la gloria de los dos, o de ambos el menosprecio!

Ojalá el ejemplo de estos mis amigos, sirva de estímulo a nuestra juventud estudiosa para dedicarse a este linaje de trabajos, que son más serios y más dignos de inteligencias elevadas. Ojalá este drama sea acogido con aplauso por el público, como de todo corazón lo deseo. Su autor sabe muy bien, que si de mí dependiera, obtendría con esta publicación, un triunfo tan ruidoso, como el que obtuvo en Roma el Petrarca.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

PERSONAJES

EL MARQUÉS DE MENDA. / EL GENERAL GAUTHIER.
LA MARQUESA. / VÍCTOR.
CLARA. / UN AYUDANTE.
JUAN. / UN PAISANO.

PAISANOS ESPAÑOLES, SOLDADOS FRANCESES ETC.

ACTO PRIMERO

La escena pasa en el terraplén del castillo de Menda. A la derecha del espectador, la puerta de entrada al terraplén, la cual se comunica con el castillo. Al fondo, la parte superior de los edificios de la ciudad. A la izquierda varias elevaciones que sirven de puntos de observación, y bajo de los cuales se supone que existe un hondo valle. Se oye música de baile.

España, 1808.

ESCENA I

VÍCTOR Y EL AYUDANTE

VÍCTOR (*Aparte.*)

Está la ciudad tranquila
y la noche está serena;
a la quietud de la tumba
esta soledad semeja.
Ellos, tristes, abatidos,
a merced de suerte adversa,
nada tienen que esperar
siendo de nosotros presa.
En sus muros y en sus torres
nuestro pabellón flamea,
y a nuestros pies se hallan rotas
las españolas banderas.
Sus victorias decantadas,
sus hazañas y proezas,

todas han palidecido
ante las hazañas nuestras.
Su bravura sin ejemplo,
su hidalguía y gentileza,
sucumbieron ante el brillo
de las águilas francesas.

AYUD. (*Aparte.*)

El comandante está loco,
habla solo y se pasea,
cual si de razón y juicio
ni un solo adarme tuviera.

VÍCTOR (*Aparte.*)

Es cierto que el amor patrio
hoy satisfecho se encuentra
pues las glorias de la Francia
han pasado la barrera,
que oponen siempre obstinadas
las naciones extranjeras.
Pero ¡ah! Si gloria se obtiene
con las armas y la guerra,
es tan inmenso su brillo
cual tristes sus consecuencias.

AYUD. (*Aparte.*)

De no hablar, por vida mía,
ya la boca se me seca;
me dan más ganas de hablar
después que tocan la queda.

(A Víctor.)

Comandante, estáis cansado,
dad reposo a vuestras piernas,
y en vuestro lugar yo haré
la pesada centinela.

VÍCTOR.

No, amigo mío; la noche
está tan hermosa y fresca,
que a meditar me convida
y su encanto me enajena.

AYUD.

Bien puede ser, pero encuentro
en vuestro semblante, muestras
que nunca había encontrado
de desazón y tristeza.
¿No estáis cubierto de gloria
cuál lo está la Francia entera?
¿No premió vuestros servicios
el general con largueza?

VÍCTOR. Todo es cierto, y orgulloso
y satisfecho debiera
estar con estas insignias
que ufano mi pecho ostenta;
pero más quisiera hallarme
muerto al pie de mi bandera,
que sostener esta lucha
que así mi pecho atormenta.
Satisfecho está mi orgullo,
erguida está mi cabeza;
pero el pobre corazón
triste, abatido se encuentra.
Luché como buen soldado,
pero por mi suerte negra,
yo soy de los opresores,
de los oprimidos ella.

AYUD. ¡Otra vez! Mi comandante,
desechad esas ideas
que cuadran mejor en boca
de lacrimoso poeta.
No podrán menos, si siguen,
que empañar vuestra carrera;
arrancadlas de raíz,
y antes que os maten, que mueran.

VÍCTOR. ¡Si la quiero como un loco!

AYUD. ¡Es española esa bella!

VÍCTOR. ¡La España también es grande!

AYUD. Mas Francia en España impera,
y aunque igual en el color
es la sangre de las venas,
no podrán nunca mezclarse
la española y la francesa.

VÍCTOR. Al terminar la campaña
yo pediré mi licencia.

AYUD. ¿Y entraréis en son de paz,
con sonrisa placentera,
aquí, donde poco antes
entrásteis en son de guerra?

VICTOR. ¡Dices bien! mis ilusiones,
y mi esperanza, que mueran;
pero sálvese ante todo
el honor de la bandera.

AYUD. Bien, muy bien, mi comandante;
tenéis ardor y conciencia;
sentís, pero razonáis,
y vuestra razón es buena.
Dejadme entretanto oir
la música de esa fiesta;
y puesto que no queréis
que yo haga la centinela,
permitid que un rato vaya
al salón.

VÍCTOR. Tienes licencia. (*Vase el ayudante*)

ESCENA II

VÍCTOR.

VÍCTOR Él ha dicho la verdad:
debo olvidar este amor,
que al quebrantar mi valor
pone a prueba mi lealtad.
He de ser siempre soldado;
a mi patria he de servir,
y por ella he de morir
cual valiente y esforzado.
De un militar el deber,
nunca, en verdad, se concilia,
con la paz de la familia
y el amor de la mujer.
Con su espléndida hermosura
de donde la luz destella,
y sólo con verme, ella
supo rendir mi bravura.
De la fortuna la ola
eclipsó pronto mi sol:
vencí al soldado español,
mas me venció la española.
Ahora mismo, en el festín,
me miró triste, hechicera,
y tuve un sueño que era
una ventura sin fin.
Tal vez como yo me ama,
tal vez lucha como yo,

entre el amor que sintió
y el deber que la reclama.
Su padre, el viejo marqués,
me prodiga amistad suma;
con sus obsequios me abruma;
es caballero y cortés.
Clara tan bella y sensible,
él tan noble y tan honrado...
el general anda errado:
la traición es imposible.
Y si algo hubiera de cierto,
si levantamiento hubiera,
antes de que yo perdiera
mi posición, fuera muerto.
Lo primero es el deber,
y después es el amor:
no mancillaré mi honor
por amar a una mujer.

Mira al mal
dando la espalda
al Marqués que llega

ESCENA III

VÍCTOR, EL MARQUÉS, DESPUÉS EL AYUDANTE.

MARQUÉS (*Ap.*)

Ya estoy aquí; la hora llega.
Es necesario observar
y el toque de alarma dar;
mi espada nunca se niega
por noble causa a lidiar.
Más que el brillo de la Francia
que opaca la luz del día,
hoy podrá nuestra hidalguía;
triunfará de su arrogancia
la española bizarría.
Ellos nos han dominado,
sufrimos bajo su yugo,
pero la hora ha llegado;
será víctima el verdugo,
y el opresor, castigado.
Contra la extranjera saña,
su ambición y su fiereza,
está la voz de la España,
está su antigua nobleza

que nunca su lustre empaña.
El comandante está allí; — Da algunos pasos y ve a Víctor
preciso es disimular.
El Marqués. ¡Es singular!

VÍCTOR.
Volviéndose y aparte

MARQUÉS. ¿Qué hacéis, comandante, aquí?
VÍCTOR. Estoy contemplando el mar — Con indiferencia
MARQUÉS. (*Ap.*) ¡Ah! que nos auxilie el cielo.
(*A él*) ¿Y habéis descubierto?
VÍCTOR. Nada;
está la mar tan calmada,
que parece estar de duelo
cual mujer abandonada.
MARQUÉS. (*Ap.*) Pronto verás, pobre loco,
cual se agitarán sus olas.
(*A él*) Decid, ¿no os gustan un poco
las costumbres españolas?
VÍCTOR. Sí, Marqués.
MARQUÉS. (*Ap.*) ¡Yo me sofoco!
pero a observar he venido
y sólo quiero quedar.
¿Por qué al baile no habéis ido?
VÍCTOR. Por más que lo haya querido
aquí me es preciso estar.
Es el deber del soldado
obedecer la consigna
y tener celo y cuidado:
y pues aquí me han mandado,
mi voluntad se resigna.
MARQUÉS. Sois joven y haréis carrera;
mas mirad que no hay temores;
duerme la ciudad entera,
lanzó ya su voz postrera
y callaron sus rumores.
VICTOR. Aunque duro me parece,
voy la verdad a deciros:
seguridad todo ofrece,
mas la traición se enfurece...
MARQUÉS. ¿Y tengo calma de oíros?
¿Teméis una rebelión,
cuando vuestras ataduras

no dejan fuerza ni acción
al pueblo, y el corazón
siente vuestras mordeduras?
Comandante, os aseguro
que no hay nada que temer,
aunque a la verdad, os juro
que no existe fuerte muro,
que no hay humano poder,
que impidan al pueblo unido
marchar contra su opresor;
pues es más fuerte el vencido,
que en la desgracia ha aprendido
la santa ley del honor.

VÍCTOR. Os suplico moderéis
vuestro tono.

MARQUÉS. Aunque me deis
pena en decíroslo, espero,
comandante, que sabréis
que yo soy aquí el primero.
Mi amistad os he ofrecido.

VÍCTOR. Mucho me habéis obsequiado.

MARQUÉS. Es porque nunca he sabido
que un corazón bien nacido
insultara al desgraciado.
Nunca debierais decir
que hay en España traición.
¡Si estalla la rebelión!...
no es rebelarse el cumplir
un deber.

AYUD. (*Entrando*) ¡Condenación!

ESCENA IV

VÍCTOR, MARQUÉS Y AYUDANTE.

Víctor y Ayudante solos. El Marqués mirando el mar.

VÍCTOR. ¿Qué pasa?

AYUD. Mi comandante,
lo dicho, dicho se está.
Me parece que va pronto
la rebelión a estallar.

VÍCTOR. ¿Tú lo sabes?

AYUD. Lo supongo.
VÍCTOR. Vamos, explícalo ya.
AYUD. Se decía en varios grupos
del salón, y nada más.
VÍCTOR. ¿Pero cómo se expresaban
que pudiste averiguar...?
AYUD. Entré en el salón del baile
con aire serio y formal,
y me senté en un rincón
para desde allí observar,
pues comprendí que un francés,
en esta tierra en que al pan
llaman pan, y al vino, vino...
VÍCTOR. ¡Hasta cuándo acabarás!
AYUD. De ningún modo debían
con españolas bailar.
Mi entrada fue sin ruido;
me senté, y ¡voto a Satán!
Nadie hizo caso del baile
por solo cuchichear.
Noté que algo se tramaba,
y algo muy serio y formal.
Se hablaba de guarnición,
de ingleses, y de algo más;
de Su Majestad Fernando,
de unos buques por llegar;
y de pronto perdí el hilo,
porque, ¡digo la verdad!
para oír tantos enredos
preciso es no respirar.
Llegaron unos paisanos,
diez, poco menos, o más,
uno tras de otro, y llegaron
con intermitencia igual:
¡Si parecía que todos
marchaban a buen compás!
a poco el marqués salió;
según veo, vino acá,
y por cierto que en la sala
ya le quieren ver llegar.
Después dije: te pillé,

¡oh enredo de Satanás!
Pues cerca de mí empezaron
dos personajes a hablar.
Escuché... pocas palabras,
o ningunas, digo más,
pues muy luego preludió
la música alegre vals,
y tres o cuatro parejas
se pusieron a bailar.

VÍCTOR. Sin embargo está tranquila
a nuestros pies la ciudad.

AYUD. También el mar se halla quieto
poco antes del huracán.

MARQUÉS. (*Ap.*) Sin duda ya saben algo,
preciso es alerta estar;
agitados e intranquilos
se encuentran; ¿qué se dirán?

AYUD. Recordad esos temores
que ha tenido el general.
Yo, por mi fe os aseguro
que estando en vuestro lugar
al salón del baile iría
para descubrir el plan.

MARQUÉS. (*Ap.*) ¡Ah! los cielos nos protegen.
Nuestra es la victoria ya.
Llegó la hora: los buques
aparecen en la mar.

VÍCTOR. Tal vez razón no te falte.
Tú mi puesto ocuparás,
mientras que voy al salón
el movimiento a observar.

MARQUÉS. (*Ap.*) Ya las luces mis parciales
con presteza encenderán,
y el pabellón castellano
donde quiera flameará.

VÍCTOR. (*Al Marq.*) Marqués, si lo permitís
iremos al baile ya,
pues las noticias que tengo
me hacen muy tranquilo estar.

MARQUÉS.
Con ironía y tomando el brazo a Víctor. Decís muy bien, comandante.
La Francia y la España, están

ligadas con fuerte lazo
De la más firme amistad.

VÍCTOR (*Ap.*) ¡Vencerá nuestro valor!
MARQUÉS (*Ap.*) Dios a España salvará. (*Vanse*)

ESCENA V

EL AYUDANTE

Quizá sea tiempo aún
de contener la borrasca
que destructora y terrible
tantas vidas amenaza.
A mi pobre comandante
yo le cuidaré la espalda;
como él es tan confiado
le pierde su confianza;
él se ha dejado engañar
con zalameras miradas
y con finas cortesías
con que la hechicera Clara,
y el marqués, su altivo padre,
su fidelidad compraban.
Pero él es valiente y noble,
y hoy que en peligro, la Francia
se encuentra en esta región
de perder sus glorias tantas,
espero que estará listo,
y al turbión que se levanta
bien pronto sofocará
su valentía bizarra. (*Pausa*)
Está la noche tan bella,
que a no sospechar, dudara
de que acaso pronto vamos
a entrar en ruda batalla.
Un perfume delicioso
el aire entero embalsama
y las estrellas brillantes
son del firmamento gala.
La ciudad en el reposo
del sueño, sumida se halla:

está lánguida y hermosa
como dormida sultana.
Del silencio de esta noche
sólo interrumpen la calma,
la música del festín,
mis inquietudes y ansias.
Con razón el comandante
hace poco meditaba,
pues nada en verdad se presta
para que medite el alma,
como el silencio, la luna,
esa bóveda azulada,
y la mar que se descubre
como lámina de plata. (*Pausa*)
¿Mas... qué descubro a lo lejos?
¡Cielos!, mi vista me engaña,
o son buques que a la costa
prestos dirigen su marcha.
Ahora más fuerte que nunca
mis inquietudes estallan;
pero no hay que vacilar:
el comandante ignoraba
como yo, aunque lo temía
de estos buques la llegada.
Son buques ingleses, son
de la ciudad la esperanza,
los que pretenden salvar
de nuestro poder a España.
¡Víctimas de la traición
hemos sido, por mi alma!
¡Contra ellos se ha de volver
su formidable amenaza!
¡No se ha luchado sin tregua,
y ganado mil campañas,
para que pierda en un día
nuestra idolatrada Francia,
las que han ceñido su frente
de la gloria hermosas palmas!...
Corramos luego a avisar
y demos la voz de alarma,
que al fin habrá muchos brazos

Ya acercándose poco a poco, hasta que llega al sitio desde donde se descubre el mar, y hace un movimiento de sorpresa.

que empeñen ruda batalla
cuando resuene en el aire
el grito de ¡viva Francia!

Va a salir cuando llega Víctor agitado.

ESCENA VI

El Ayudante y Víctor

VÍCTOR. Bajemos a la ciudad;
tus temores eran ciertos.

AYUD. Por mis padres que están muertos,
¡Mi comandante, mirad! (*Al mar.*)

VÍCTOR. ¡Traición, los buques ingleses!
Nunca el general se engaña

AYUD. Vienen a salvar a España
y a arrojar a los franceses.
¿Y vuestro noble marqués?

VÍCTOR. Él es quien manda y ordena;
y aunque decirlo me apena,
jefe de traidores es.
Estando ya prevenida
por tus sospechas mi alma,
recobré mi fría calma
para empeñar la partida.
Llegué al salón, y un momento
me bastó, pues cada frente,
denunciaba claramente
su agitado pensamiento:
El marqués iba y venía;
ya de mí no hacía caso;
yo seguía cada paso
y de todos caso hacía.
La agitación y el misterio
con que aquella gente hablaba,
me hicieron creer que estaba
la Francia en peligro serio.
Vamos a salvar me dije,
a nuestra Francia querida,
que entre el honor y la vida
mi voluntad pronto elige.
¡Ah! pero esos buques son

presagio de trance duro,
porque darán de seguro
pábulo a la rebelión.

AYUD. Ganemos pronto la puerta;
ya no hay tiempo que perder.
¡Ah! ¡ved mil luces arder!
¡Ya la ciudad se despierta!
La calma en que se encontraba
era tan sólo aparente;
el peligro es inminente;
ya la traición preparaba.

VÍCTOR. Aunque hay mucho que temer,
creces mi valor recibe
ante el peligro.

(*Voz dentro.*) ¿Quién vive?

VÍCTOR. Cumplamos nuestro deber.

AYUD. Pocos hay en el castillo:
bajemos a la ciudad
por refuerzos, o en verdad
nos pasarán a cuchillo.

VÍCTOR. Vamos, vamos al instante
y demos la voz de alerta.

AYUD. Ved que se cierra la puerta
del castillo, comandante.

VÍCTOR. Bajar por aquí es mejor,
y así pronto volveremos
al combate, y hallaremos
triunfo o muerte con honor.

Se dirigen a la puerta del terraplén y viendo cerrada la del castillo cambian de resolución y se proponen bajar por los peñascos.

AYUD. El descenso es peligroso:
este valle es muy profundo.

VÍCTOR. Pero todo en este mundo
lo vence el hombre animoso.

AYUD. Comandante, bien teneos
estas peñas al pisar.

VÍCTOR. Comencemos a bajar
al instante.

CLARA. (*Entrando.*) ¡Deteneos!

Se oye una detonación lejana y después otra cerca: gritos y rumores. Comienza a bajar el Ayudante, y dice los dos últimos versos, fuera ya de la vista del público.

ESCENA VII

CLARA Y VÍCTOR.

VÍCTOR.(*Ap.*) ¡Clara, Clara! ¡Dios mío!
Su presencia mi pecho hiere ahora
como el acero frío.
Pero decid ¿qué pretendéis, señora?

(*A ella.*)
CLARA. Una mujer cual yo, nada pretende
de los que emplean su valor y celo,
en oprimir el extranjero suelo
que al fin siempre su honor caro les vende.

VÍCTOR. Tenéis tanta crueldad como hermosura.
Queréis echarme en cara
el cumplir mi deber como soldado,
sin mirar que os he dado mi ternura
y que os he amado con pasión inmensa
aunque fuera mejor que no os amara.

CLARA. ¡Callad! Vuestra pasión es una ofensa.
Vengo a deciros que os halláis perdido,
que han muerto vuestro fieles compañeros;
que el vencedor os busca decidido
y exánime a sus plantas quiere veros.

VÍCTOR. ¡Oh sí! Ya sé que la traición impía
estalló en el castillo, y que ha triunfado;
mas soldados trayendo acelerado,
haré sangrienta la venganza mía.
Corro ya, a la ciudad.

CLARA. ¡Empeño vano!
Si allá fuerais buscando la venganza,
vierais vencido al invasor insano
y sólo encontraríais la matanza.

VÍCTOR. ¡Qué escucho!

CLARA. En la ciudad hemos vencido;
también allí ganamos la partida;
por eso os digo que os halláis perdido.
Ahora, si queréis, salvad la vida.

VÍCTOR. ¡La vida del cobarde! ¡no la quiero!
A vivir sin honor, morir prefiero.

CLARA. Ya no de ese valor hagáis alarde;
con vos tan riguroso ha sido el cielo,
que ni siquiera os deja ese consuelo:

para morir con honra es ya muy tarde.
Aquí os espera muerte ignominiosa;
la turba vencedora, ensangrentada,
os busca cual manada de chacales;
si morir no pudísteis por la espada,
¿a qué morir aquí por los puñales?

VÍCTOR. Voy a luchar, pues mi deber no olvido.

CLARA. Inútil es; ya todo está perdido.

VÍCTOR. Será cual lo decís; pero un soldado
que más su honor aprecia que su vida,
debe salvar su patria bendecida
o morir en la lid como esforzado.
Sé que es difícil contener, violento
el huracán que recio se desata,
mas el peligro mi valor no mata
y ante él más grande mi energía siento.
Es fuerte la ciudad; en una hora
veréis miles de brazos
que se levantan para hacer pedazos
a quien turba la paz. ¡Adiós, señora!

CLARA. Un momento escuchad.

VÍCTOR. ¡Me es imposible!

CLARA. (*Ap.*) Mi corazón a su pesar le ama.

VÍCTOR. La voz sagrada del deber me llama.

CLARA. ¡Váis a haceros matar! ¡Esto es horrible!

VÍCTOR. (*Ap.*) ¡Con qué expresión tan singular me mira!
¡Si me amase! ¡Dios mío! ¡La amo tanto!

(*A ella.*) Decid, ¿por qué vuestra pupila el llanto
parece oscurecer, y vuestro pecho
antes tranquilo, con ardor respira?

CLARA. Me hacéis casi reír, aunque el momento,
es por demás terrible y angustioso;
lejos está de vos mi pensamiento
para haberos de amar.

VÍCTOR. Triste y lloroso
miradme a vuestros pies.

CLARA. (*Con dignidad.*) ¡Atrás, villano!,
que aunque he venido para hablaros, sola,
estáis pisando el suelo castellano,
y atrás, francés, os dice la española.

VÍCTOR. (*Ap.*) ¡Era ilusión nomás, era locura!

CLARA. Vine para deciros: con premura
salvad vuestra existencia,
porque vuestra esperanza está perdida;
y puesto que ganamos la partida
el opresor no encontrará clemencia.
Si queréis insistir en la batalla
insistiréis en vuestra propia muerte:
hoy como siempre doblegó la suerte
al que a los pueblos libres avasalla.
Estáis solo y aislado;
de vuestra guarnición tan formidable,
no hay un solo soldado
que pueda hacer vuestro dominio estable.
La obra de redención ha terminado,
Y sólo os queda por salvar la vida;
la ciudad, que dormida
hace un momento estaba,
en silencio sus planes meditaba,
y para despertar de su letargo
a los buques ingleses esperaba.
Ha poco, entre las olas,
un cañonazo atravesando el viento,
nos anunció con su terrible acento
que estaban los aliados
cerca ya de las playas españolas.

VÍCTOR. Me haré matar antes que llegue el día:
no quiero que del sol los resplandores
me encuentren sin honor.

CLARA. ¡Muerte tardía!
Mañana se diría...

VÍCTOR. Que hice a mi honor espléndidos honores.

CLARA. Dirían al contrario:
¡que comprendiendo tarde
el peligro, entre el ocio y los placeres,
vuestro deber echásteis en olvido,
y de necio valor haciendo alarde,
cuando os vísteis perdido
os hicísteis matar como un cobarde!...
¡Pero pronto marchad! Dentro de poco
tendrá lugar el desembarque. Espero
que esta nuestra entrevista
callaréis cual leal y caballero.

VÍCTOR. Pero dejad que insista...
CLARA. Marchad sin esperanza. (Ap.) (¡Me sofoco!)
VÍCTOR. (*Ap.*) ¡Qué idea! ¡Los ingleses no han llegado!
Si pudiera impedir el desembarque...
¡Qué insensata ilusión! ¡Oh, la esperanza
no está del todo para mí perdida...
Si no puedo volverlos a la vida,
no quedarán al menos sin venganza.
CLARA. Se acerca ya la turba vencedora. — Rumores en el interior.
Marchad.
VÍCTOR. ¡Adiós, señora!
(*Ap.*) En esta hora suprema
yo la fortuna de la Francia invoco,
que aún tengo que esperar: salvar mi honra.
El desembarque de impedir veremos;
yo de mi honor he de lavar la mancha;
me sobran energía y entereza:
Váse por donde el ayudante. — o ha de caer tronchada mi cabeza,
o he de tomar sangrienta la revancha.

ESCENA VIII

CLARA

¡Oh! ¡Que le salve el cielo!
que no le encuentre aquí la luz del día
acongojada y triste, el alma mía
pone en su salvación todo su anhelo.
Siento, a pesar del triunfo, que oprimido
está mi corazón, mi alma angustiada,
y el pecho exhala fúnebre gemido:
si yo, como española, estoy salvada,
él, ¡ay!, como francés, está perdido.
Mi orgullo lucha en vano
en contra de ese amor que es mi desdoro,
pues él puso la mano
sobre la España que es nuestro tesoro;
mas vencerá el orgullo castellano,
y nunca he de decirle que le adoro.
Fuera obra de traidores
consagrar un momento

por rápido que fuese, un pensamiento
al que es jefe de viles opresores.
Sofocado mi amor por siempre sea;
si algo quedare, lo daré al olvido
haciendo por creer que no ha nacido.
Que triunfen la justicia y el derecho,
y llorando en silencio mi querella,
esta pasión me arrancaré del pecho
aunque me arranque el corazón con ella.

Váse por la puerta del terraplén. Se oyen más cerca los gritos de la multitud.

ESCENA IX

EL MARQUÉS, JUAN, Y PAISANOS ARMADOS.

MARQUÉS. (*Dentro.*)
¡Adelante, adelante, compañeros!
borramos ya la vergonzosa afrenta;
por fin triunfamos cual soldados fieros
en la lucha sangrienta.
¡Las glorias españolas nada empaña!
Sólo el jefe está ileso;
sobre él caer hagamos
de la justicia popular el peso.
Él aquí se halla oculto.

TODOS. (*Entrando.*)
¡Viva España!

MARQUÉS. (*Sorprendido.*)
¿Dónde está el comandante?
Él aquí se encontraba
y a la ciudad inquieto vigilaba,
pues temores tenía
y a la mar dirigía
con interés, su vista penetrante.

JUAN.
Pero ya casi al terminar la fiesta,
con vos entrar en el salón le vimos.

PAISANO.
Su pista ya perdimos,
pero ya nada por hacer nos resta.

MARQUÉS.
Sí, le llevé, porque en verdad temía
que si él los buques en la mar veía,
nuestro plan fracasar acaso hiciera;
mas cuando el trueno del cañón se oía
ni de mirarle me cuidé siquiera.
Que estaba aquí supuse
porque en las puertas centinelas puse,
y al llegar he sabido
que por ninguna de ellas ha salido.

JUAN. Sólo un recurso le quedaba, y era
descender por las rocas atrevido.
MARQUÉS. Es bajar esta altura
por demás peligroso,
y aunque él es tan resuelto y animoso
habrá encontrado allí su sepultura.
JUAN. Digna suerte de viles opresores.
MARQUÉS. Tras la gloria corriendo, hallan la muerte,
y en su ambición por conquistar honores
todos ellos tendrán la misma suerte.
El generoso pecho castellano
nunca ha de soportar la tiranía;
si aprisionado se mirase un día
hará correr la sangre del tirano.
Hoy que en campos y hogares
independencia y libertad tenemos,
nuestro triunfo glorioso consagremos
de la patria querida en los altares,
y con fe ciega y con ardor, juremos
ser libres en la tierra y en los mares. (*Pausa*)
(*A Juan.*) Y tú, que pronto de tu padre anciano
heredarás el nombre y la nobleza,
tú, que en tan noble y casi regia cuna
posaste, cuando niño, tu cabeza,
sé digno de la España,
y sé digno también de tus abuelos;
la gloria de los libres no se empaña,
pues que viene su brillo de los cielos.
Tú de mi raza, raza de titanes,
de hechos gloriosos y de nombre ilustre,
del mundo entre los grandes huracanes
conservarás y aumentarás el lustre.
La patria idolatrada
de sus hijos es dueña, y de su vida;
y aunque esto mal a los tiranos cuadre,
si por tus hechos fuese enaltecida,
satisfecha en su tumba esclarecida
reposará la sombra de tu padre.

ESCENA X

DICHOS Y UN PAISANO QUE LLEGA PRECIPITADAMENTE

PAISANO. ¡Señor marqués, señor marqués!
MARQUÉS. ¿Quién llega?
PAISANO. Yo soy, señor, que por mandato vuestro,
una vez terminada la refriega,
estuve a los ingleses esperando
y el desembarque de ellos preparando.
Todo estaba ya entonces concluido,
y de que no llegaran sorprendido,
me dirigí a la playa presuroso...
Dios nos salve, señor, del desastroso
fin que a juzgar por lo que vi presiento.
MARQUÉS. Vamos, tomad aliento
Y contad lo que visteis.
PAISANO. Anheloso
por todas partes extendí la vista,
y aquella luz que de señal debiera
servir a los ingleses
para desembarcar en nuestras costas,
en el punto fijado no se hallaba
y al espacio su brillo no mandaba.
MARQUÉS. ¡Ah! ¡pero eso es horrible!
PAISANO. Y por más que os parezca un imposible,
los buques a lo lejos se veían,
en alta mar, cual aves pasajeras
que su vuelo tendían
otra vez a las playas extranjeras.
¡Mirad, señor! (*Señalando al mar.*)
MARQUÉS. ¡Que nos ayude el cielo!
a nuestras propias fuerzas entregados,
vendrá el francés, si faltan los aliados,
a envilecer al castellano suelo.
Inmediato se encuentra
el cuartel general; si la partida
conducida hasta aquí con tanta gloria,
hoy perdemos al fin, con la victoria
también perder sabremos nuestra vida.
No ceda nuestra indómita arrogancia;
buena o mala, gloriosa es nuestra suerte.
Luchemos con honor. ¡Muera la Francia!
¡Viva la España! ¡Independencia o muerte!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

SALÓN BIEN AMUEBLADO EN EL CASTILLO DE MENDA.

ESCENA I

EL GENERAL, EL AYUDANTE Y OFICIALES FRANCESES

GENERAL. ¡Vive Dios que mi cólera se enciende!
¡Toda la guarnición asesinada!
¡Maldita raza que amistad nos vende
y nuestra sangre vierte alborozada!
¡No haya piedad! Los fieros españoles
son presa de terrible fanatismo
que al crimen los arrastra y la locura;
a la ferocidad llaman bravura,
y a la traición infame, patriotismo.
Mas tengamos paciencia;
hoy calma mi furor una esperanza,
y es, que si fui extremado en la clemencia,
extremado he de ser en la venganza.
Continuad, ayudante.

AYUD. De la fiesta
la gente del castillo disfrutaba,
y el eco delicioso de la orquesta
en medio de la calma resonaba;
pero un presentimiento me decía
que esa tranquilidad era aparente,
y que tramaba la española gente
con pérfida dobles, traición impía.
Di cuenta al comandante
de todos mis temores, y conmigo
se dispuso a saber en el instante
si a traicionarnos iba el enemigo.
Dirigióse al salón rápidamente,
y miró sus sospechas confirmadas;
estaban nuestras tropas descuidadas
y la sublevación era inminente.
A su bandera fiel, cual siempre ha sido,
volvió, confiando en su pujante brazo,

a sostener la lucha decidido,
y escuchamos de pronto un cañonazo.
Cuando íbamos a dar la voz de alerta
a nuestra guarnición desprevenida,
del castillo cerróse la ancha puerta,
y vimos levantarse estremecida
a la enemiga gente, enfurecida,
cual dormido león que se despierta.
Asistimos al baile sin espadas:
¡bien tendieron el lazo los traidores!
y en gentes sorprendidas, desarmadas,
frenéticos saciaron sus rencores.
Ansiosos, a la puerta nos lanzamos
y quisimos correr a la matanza;
mas la puerta cerrada nos hallamos:
y mientras que los nuestros sucumbían,
vimos, ya cerca, en las hirvientes olas,
a los buques ingleses que venían
a hacer triunfar las armas españolas.
Dispuso el comandante al punto mismo,
para salvar la situación tremenda,
de las rocas bajar por el abismo,
buscando en tan horrible cataclismo
algún recurso en la ciudad de Menda.
Ya sucumbido había
toda la guarnición: tomé anhelante
el sendero que a Menda conducía,
y no supe ya más del comandante.

GENERAL. Si a su vez no bajó, se habrá rendido,
apareciendo así más delincuente.

AYUD. Señor, el comandante era valiente:
creed, mejor, que haya sucumbido
ante el furor de la española gente.

GENERAL. Seguid.

AYUD. Cuando sediento de venganza
con dirección a la ciudad corría,
aunque desesperado, hallar creía
en ella, de triunfar una esperanza.
Pero apenas llegué quedé aterrado:
también en la ciudad los españoles
se mostraron traidores y crueles,

realizando también su vil hazaña;
incendiados miré nuestros cuarteles
y degolladas nuestras tropas fieles:
y en las huellas horribles de su saña,
y entre las llamas de sangrienta orgía,
resplandecer siniestra se veía
esa implacable cólera de España.

GENERAL. Basta, basta, ayudante.
¡Todos fueron pasados a cuchillo!...
pero es preciso hallar al comandante
encargado del mando en el castillo.
Yo sé que enamorado
está de una traidora,
y de santos deberes olvidado,
tal vez se encuentra ahora
por su perdido amor desesperado.
Tal vez esos amores
la causa fueron de tamaña afrenta
y de tantos dolores,
(*Irónico.*) y la fatal jornada, tan sangrienta
nació de en medio de amorosas flores...
AYUD. ¿Qué decís vos?
Señor, que ni un momento
vaciló su lealtad... que no es cobarde.
GENERAL. Pardiez que no me tiene muy contento;
ya veremos más tarde.

ESCENA II

DICHOS Y VÍCTOR

VÍCTOR. (*Dentro.*) Hablar al general quiero al instante.
SOLD. (*Id.*) ¿Quién sois?
VÍCTOR. Víctor Marchand.
GENERAL. ¡Él! ¡que entre luego!
AYUD. (*Ap.*) ¡Ya viene! ¡sangre y fuego!
no quisiera yo ser el comandante.
VÍCTOR. (*Entrando.*) Aquí estoy, general.
GENERAL. Venís a tiempo;
vuestro proceso empieza.
¿Qué me traéis?

VÍCTOR. Os traigo mi cabeza.
GENERAL. No esperaba, por Dios, hallaros vivo:
murieron vuestros fieles compañeros,
y muerto a vos también esperé veros.
VÍCTOR. ¡Cierto es: debí morir; culpable he sido;
pero no fue villana cobardía
lo que a huir me obligó, por vida mía!
Sólo para salvaros he vivido.
Ya está la mala suerte conjurada,
y pues debe morir todo culpable,
que ruede mi cabeza ensangrentada.

Movimiento de asombro en los demás.

GENERAL. ¿Nos salvásteis, decís?...
VÍCTOR. No sabéis todo:
la terrible matanza del castillo,
a la llegada preceder debía
de unos buques ingleses.
GENERAL. Lo sabía.
VÍCTOR. A lo lejos los vi desde el terrado.
Innumerables velas se miraban
llegar rápidamente,
y miré nuestra pérdida inminente
si ellos aquí desembarcar lograban.
La insurrección de Menda,
por soldados ingleses apoyada,
triunfar podría, y en la lid tremenda
sería nuestra tropa degollada.
Midiendo la extensión de tal peligro,
corrí a la playa con temor inmenso
de ver llegar a las inglesas naves,
que avanzaban trayendo la derrota
como bandadas de siniestras aves.
Y las miré venir desesperado;
¿pero cómo impedir que se acercaran?...
De pronto un hombre vi que apresurado
sus ramas arrancaba a los zarzales,
encendía una hoguera,
y era sin duda para hacer señales.
Me abalancé sobre él como una fiera
y poniéndole al pecho una pistola,
le dije: haz la señal que se requiera
para que aquellas naves

se vuelvan sin llegar a la ribera.
El hombre, sorprendido,
ni pensó en resistir, amedrentado,
y apagó aquella hoguera, y quedé lleno
de honda angustia esperando el resultado.
Aguardé unos instantes,
trémulo de emoción, calenturiento,
y miré que de pronto
las naves detuviéronse un momento.
Creció entonces mi angustia,
halléme entre el temor y la esperanza;
mas torciendo su rumbo de repente,
se fueron alejando lentamente
perdiéndose por fin en lontananza.
Estábamos salvados;
cierto es que perecieron mis soldados
pero no quedarían sin venganza.
Fue mi primer impulso de alegría;
pero sentí después mortal tristeza:
morir cual mis soldados yo debía;
por eso os he traído mi cabeza.

GENERAL. Si morir no pudísteis, comandante,
al menos fue muy útil vuestra vida;
habéis hecho bastante,
vuestra honra no está comprometida.

(*Ap.*) Sin embargo, es preciso
castigar ese amor que le devora,
y pues a una traidora adorar quiso
que contemple morir a la traidora.

(*A todos.*) Señores, ya sabéis lo que ha pasado:
la ciudad y el castillo
contra la Francia ayer se han levantado:
pero privada de la flota inglesa
la terrible traición ha fracasado,
y tropas aguerridas
ya castillo y ciudad han dominado.
En nombre de la Francia, yo perdono
a la ciudad rebelde, mas es fuerza
que la santa justicia no se tuerza;
y así, juzgando sin pasión ni encono,
a todos los que habitan el castillo,
amos y servidores,

condeno ahora irrevocablemente
a morir en la horca por traidores.
¡Qué horror! ¡y ella también!

VÍCTOR. (*Ap.*)
GENERAL.

Esos malvados
Muy pronto pagarán tantos ultrajes,
y apenas expiarán muriendo ahorcados,
el combatir traidores y menguados
como bárbara tribu de salvajes.

VÍCTOR.

Señor...

GENERAL.

Silencio, cumplo mis deberes,
y a nadie aconsejarme le permito.

VÍCTOR.

¿Mas también morirán esas mujeres?

GENERAL.
(*Ap.*)

Terribles ejemplares necesito.
(Recuerda su pasión; salvarla anhela,
mas la verá morir desesperado,
y por más que como hombre se conduela,
cumplirá su deber como soldado).
Que nos hallamos, recordad, señores,
en país que nos odia con fiereza,
y esparcir el terror necesitamos
el crimen castigando con dureza.
Escuchad, comandante:
a la familia hablad dentro de poco,
y os mando, ¿lo entendéis? que en el instante
su suerte le digáis.

VÍCTOR.

Me vuelvo loco...
Señor...

GENERAL.

¡Callad! Jamás he tolerado
que fuera una orden mía discutida:
decidles que su muerte yo he ordenado:
de ellos me respondéis con vuestra vida.
Si sentís compasión, ved de olvidarla;
el honor militar así lo ordena.

VÍCTOR. (*Ap.*)

¡Y yo mismo a la muerte condenarla!

GENERAL.

Vamos a descansar de la faena.

ESCENA III

VÍCTOR, Y UN SOLDADO A LA PUERTA

VÍCTOR. Clara, tan pura, tan bella,
¡morir en la horca infame!
¿Por qué no quiere mi estrella
que en vez de la sangre de ella
hoy la mía se derrame?
¡Y yo soy quien la ha entregado!
¡Y yo su verdugo he sido!
Por qué si a mi patria osado
salvar ahora he logrado,
salvar a ella no he podido:
Si el general otro fuera
mi vida le ofrecería
al punto; y si más tuviera,
sin vacilar más le diera
por su vida que es la mía.
Mas salvarla es imposible.
Hoy el general, terrible,
quiere horrendos ejemplares,
y aunque es en verdad horrible,
la sangre verter a mares,
más horrible es todavía
ver la sangre derramada
de la hermosa amada mía,
cuya alma es inmaculada
cual la pura luz del día.
¡Morirán! ¡están perdidos!
¡y anunciar yo su sentencia!...
Que sofoque comprimidos
el corazón sus latidos
y su acento la conciencia.
Es su suplicio la muerte,
es la vida mi suplicio...
Cumplamos con alma fuerte,
y pues lo quiere la suerte
consúmese el sacrificio.
Suplica luego, soldado,
a los nobles que has guardado,
que vengan a mi presencia,

que el general me ha mandado
tener una conferencia.
Tú puedes ya retirarte.
De ellos responde mi honor. (*Pausa.*) (*Váse el soldado.*)
Vence el deber al amor
mas mi corazón se parte
estallando de dolor.

ESCENA IV

VÍCTOR, MARQUÉS, MARQUESA, JUAN Y CLARA

VÍCTOR. Entrad, señores.
MARQUÉS. (*Ap. a la familia.*) Con la frente erguida
debemos aquí entrar: es nuestra casa.
Comandante, decid, vuestra grande obra
cerca del general, ¿está cumplida?
Satisfacción muy grande
sin duda habréis tenido
al presentaros ante él haciendo
relato fiel de la gloriosa hazaña.
Sé que teniendo fuerza y poderío,
ya que os faltaba en el combate el brío,
con los pueblos vencidos y humillados,
trémulos de pavor y aniquilados,
os portásteis con mucha gentileza,
y tronchásteis cabeza por cabeza,
por más que la expresión la lengua escalda,
como un traidor que hiere por la espalda.

VÍCTOR. Os engañáis, Marqués; si todo eso
como decís muy bien, ha sucedido
de furor y venganza en el exceso,
ante tantos horrores no he tenido
sino ojos de piedad, y a fe que extraño,
que siendo caballero tan cumplido,
desconozcáis las leyes
del honor militar, a que obligado
estoy como soldado.

MARQUÉS. De muy digno deber hacéis alarde
el deber de oprimir con mano dura
al pueblo, y de sumirle en la amargura,

es propio solamente del cobarde.

VÍCTOR. Marqués, cuando se tiene una bandera
cuando hay que obedecer una consigna,
el soldado por fuerza se resigna
a sufrir el rigor de suerte fiera.
¡Vos no sabéis, señor, cuánto he sufrido
desde que de los vuestros me he vengado!
es cierto que mi honor está salvado,
pero mi corazón está perdido.
Me queda sin embargo algún consuelo,
y es, que en esta sangrienta, atroz jornada,
ni una gota de sangre hizo mi espada
correr en este tan heroico suelo.

JUAN. Por ese solo rasgo, comandante,
conozco de vuestra alma la nobleza;
ya, padre, deponed vuestra fiereza
que yo de su lealtad salgo garante.

CLARA. (*Ap.*) Siendo él tan noble y mi pasión tan pura:
¿por qué ¡Dios mío! estamos condenados
a vivir para siempre separados
por los desmanes de la suerte dura?

VÍCTOR. Pensad, señor, que obligación tenía
de cumplir mi deber, y ya que había
al combate fatal sobrevivido,
no quise ver perdido
mi siempre limpio honor, que si tal fuera
morir una y mil veces prefiriera.

MARQUÉS. Tenéis razón sobrada,
y ya sin sentimiento y sin encono,
comandante, os perdono,
pues más que nadie a la verdad, comprendo
toda la rectitud de un alma honrada:
y yo también quisiera
sufrir el más cruel de los tormentos
que haya inventado la fiereza humana,
antes que ver manchada la bandera
símbolo de la gloria castellana.

VÍCTOR. Y a fe, señor, que por desgracia vuestra,
para en trance tan duro hallar consuelo
ya que con vos se muestra
sin compasión y sin piedad el cielo,

necesitáis traer a la memoria
la hermosa idea del deber cumplido,
y recordar que sólo habéis querido
dar a la España libertad y gloria.
Así os parecerá la injusta suerte
menos dura tal vez, menos airada,
aunque miréis vuestra obra coronada
con los negros crespones de la muerte.

MARQUÉS. ¿De la muerte, decís? En mi conciencia
nada se encuentra digno de reproche.

VÍCTOR. Pero también en la tranquila noche
suele el viento azotar con inclemencia.

MARQUÉS. ¡Hablad, hablad!

VÍCTOR. Estoy comisionado,
pues la suerte jamás me fue propicia
para daros funesta la noticia...

MARQUÉS. ¿A qué, decid, he sido condenado?

VÍCTOR. Que escuchéis sólo mis palabras quiero.

MARQUÉS. Son mis hijos, hablad: esta es mi esposa.

JUAN. Hablad, que nunca tiembla un caballero.

CLARA. Yo también soy resuelta y animosa.

MARQUESA. Cuando están en peligro
las prendas más queridas de mi alma,
cuando acaso su vida
se las quiere arrancar, con fría calma
¿queréis que me retire,
para que acerbo su dolor no mire?

MARQUÉS. Cuando os dije que eran
mis hijos y mi esposa,
quise decir que todos eran dignos
del valor que mis padres me legaran,
pues para su fortuna quiso el cielo,
que en castellano suelo
por primera ocasión la luz miraran.

VÍCTOR. ¡Dignos sois, españoles,
de vuestra celebrada nombradía!
De España la hidalguía,
manifestada en corazones tales,
sin el brillo de luchas colosales
deslumbra cual la luz del claro día.
Triste noticia que deciros tengo;

pero antes, permitidme, castellano,
que con ardor estreche vuestra mano:
os la pide un soldado de Marengo.

MARQUÉS. Sois un hombre de honor.

VÍCTOR. Nunca se humilla (*Se dan la mano.*)
la española altivez ni su arrogancia:
rindan honor las glorias de la Francia
a las antiguas glorias de Castilla. (*Pausa.*)

MARQUÉS. Ya sin temor decidnos mi sentencia.

VÍCTOR. ¿Vuestra sentencia?

MARQUÉS. Sí: ¿por qué os asusta
decirla, si por más que sea injusta
se ha de llevar a cabo sin clemencia?

VÍCTOR. Porque el destino con su fuerte espada,
no sólo a vos, señor marqués, os hiere.

MARQUÉS. No, pues ya sé que en su venganza quiere
ver vuestro jefe a la ciudad diezmada.

VÍCTOR. Al contrario, señor: se ha perdonado
a la ciudad rebelde toda entera,
a condición de que entregada fuera
vuestra familia al general.

MARQUÉS. ¡Malvado!
¿Acaso mi cabeza no es bastante
para saciar sus férvidos rencores?

VÍCTOR. Del castillo también los servidores
sufrirán el castigo.

MARQUÉS. ¡Comandante!
aunque lo que decís es increíble,
vamos, pronto, decid, ¿cuál es la pena?

VÍCTOR. El general a todos os condena
a morir en la horca:

MARQUESA.(*Con exaltación.*) ¡Es imposible!
Antes la luz del sol se extinguiría
sumiendo al mundo en insondable abismo,
que alcanzara a vosotros muerte impía,
pues sois pedazos de mi cuerpo mismo
y reflejos también del alma mía.

JUAN. Madre, es verdad que vuestros hijos somos,
mas también de la patria somos hijos:
nuestra existencia es para vos querida,
mas la patria reclama nuestra vida.

MARQUESA. ¡Y mi Clara también!
CLARA. ¡Madre adorada!
aunque débil mujer, mi pecho es fuerte,
y nunca los horrores de la muerte
me podrán encontrar acobardada.

VÍCTOR. (*Ap.*) Yo mismo su sentencia la he anunciado.
CLARA. (*Ap.*) Mi destino cruel se dulcifica,
pues si él el sacrificio no ha mandado
él es quien la sentencia comunica.

MARQUÉS. Con ánimo esforzado, me resigno
a morir por mi patria, pues soy fuerte;
pero es de un noble caballero indigno
del villano sufrir la innoble muerte.
Dueño es el general de mi cabeza,
pues tiene en arrancarla tanto empeño:
mas nunca, por mi vida, será dueño
de arrojar una mancha en mi nobleza.

VÍCTOR. Vuestro dolor mi pecho despedaza.
MARQUÉS. ¡De indignación terrible me sofoco...!
¡y a la verdad que no podrá tampoco
para siempre extinguir mi noble raza...!
En cuanto a mí, se encuentra ya cumplida
la terrible misión que habéis traído.
Decid al general, que hemos oído
la que ha dictado tan cruel sentencia:
que bien me puede arrebatar la vida,
pues nunca he de acogerme a su clemencia.
Idos ya, comandante, mas espero,
ya que sois tan cumplido caballero,
que otra vez aquí mismo nos veamos:
los que la carga del vivir dejamos,
encargos por hacer siempre tenemos.

VÍCTOR. Aquí dentro de poco nos veremos.

ESCENA V

DICHOS, MENOS VÍCTOR

MARQUÉS. ¡En la horca morir! ¡viven los cielos!
¡Y puedo soportar tamaño ultraje!
¡Qué dirían mis ínclitos abuelos

mirando tal baldón en su linaje!
¿Para qué fue pasar mi vida entera
entre el rudo fragor de la batalla,
y mi pecho exponer a la metralla
defendiendo el honor de mi bandera?
¿Para qué conservé mi inútil vida?
¡Para mirar ahora deshonrada
mi cabeza de canas coronada
en medio de mi estirpe envilecida!
Y mirar extinguirse aquella raza
que los siglos llenó con su renombre.

JUAN. Tal idea mi pecho despedaza.

CLARA. (*Ap.*) ¡Me persigue el recuerdo de aquel hombre!

MARQUÉS. (*A la Marquesa.*) ¡Y a ti, pobre María,
de mi vida la dulce compañera:
cuando hacerte dichosa yo quisiera
te hago hoy participar de mi agonía!
Y mis hijos, retoños juveniles
de esta agobiada encina,
en la flor de sus plácidos abriles,
ven que su sol naciente ya declina.

JUAN. No, padre, no lamentes
la muerte de los hijos adorados;
mejor quieren altivos y valientes
morir con honra que vivir manchados.

CLARA. Débil es la mujer, mas si la llama
del patrio amor en sus entrañas arde,
una española dama
jamás ante el deber huyó cobarde.
Son débiles mis brazos, y no puedo
a viles invasores dar la muerte,
pero yo ante el patíbulo no cedo.
que tengo un alma, cual la vuestra, fuerte.

MARQUESA. ¡Hijos míos...! por Dios, me ahoga el lloro.

MARQUÉS. María, ten valor.

MARQUESA. Me sobra aliento
para sufrir mi mal. Fuera desdoro
que yo no soportara mi tormento;
¿mas cómo ver morir a los que adoro?
Mi raza en aras del deber se inmola
y contemplo la muerte sin espanto:

está llena de orgullo la española...
pero la madre se deshace en llanto.

JUAN. ¡Madre, por compasión...!

MARQUÉS. Cobra tu calma.

CLARA. No agotes mi valor, madre querida.

MARQUESA. ¿Cómo veros morir si sois mi vida,
esposo de mi amor, hijos de mi alma?
¡Decidme, por piedad, que es sueño horrible
que embarga mis sentidos, lo que veo!
¡Dios mío! ¡es imposible, es imposible...!
¡si no pueden morir...! si no le creo.

MARQUÉS. Cálmate y ten tus pensamientos fijos
en tu patria, en tu raza, en tu grandeza.

MARQUESA. ¿Y cómo habláis de patria y de nobleza
a una madre que llora por sus hijos?

MARQUÉS. Mis hijos también son.

MARQUESA. Pero sois hombre;
y aunque pena agudísima os taladre,
pensáis aún en vuestro limpio nombre:
yo sólo pienso en ellos; ¡soy su madre!

MARQUÉS. El honor de una raza esclarecida
en nosotros exige un alma fuerte,
que debe ser, aun en la pena hundida,
mas grande que el dolor y que la muerte.
Ante el altar de la honra, en mi linaje,
siempre se olvidan los paternos lazos;
capaz soy de ofrecerle en homenaje
mi propio corazón hecho pedazos.
Mi pecho se quebranta... al fin soy hombre
como nuestra suerte fiera;
todo puedo sufrir, menos que muera
mi esclarecido nombre.
Yo, el poderoso, noble caballero,
mis odios olvidando y mis rencillas,
pediré, si es preciso de rodillas
la vida de mi Juan, de mi heredero.

MARQUESA. Pero mi hija, ¡mi Clara!

CLARA. ¡Madre mía!
por mí no os aflijáis: muero sin pena;
cuando faltan la paz y la alegría,
morir es descansar, la tumba es buena.

JUAN. ¡Oh! ¡padre! ¿qué decís? ¡me causáis miedo!
cuando todos marcháis al sacrificio,
¿qué yo viva queréis? ¡atroz suplicio!
morir, cuando queráis: vivir, no puedo.

MARQUÉS. Mirando que tu raza ya perece,
que en tantos siglos hacinó su gloria,
¿no aceptas una vida transitoria?
¡Quiere el deber que vivas! ¡obedece!
Cumple con tu misión fuerte y sereno.
Hoy nuestra raza exige tu existencia;
yo, en su nombre, pronuncio tal sentencia:
a vivir te condeno. (*Movimiento en Juan.*)
Ni una palabra más, que no se tuerza
la voluntad de nuestro adverso sino;
¡el deber manda, obedecer es fuerza!...
Dejadme hablar al comandante a solas:
sed dignos de las glorias españolas,
y cúmplase hasta el fin nuestro destino.

Se separan reprimiendo su amargura. Juego de escena.

ESCENA VI

MARQUÉS Y VÍCTOR

VÍCTOR. No sé si demasiado me apresuro.
MARQUÉS. Habéis llegado a tiempo, os lo aseguro.
VÍCTOR. Hablad señor: decid vuestros deseos.
MARQUÉS. Decid al general, que si la suerte,
a los suyos o a él hubiera puesto
en mis terribles vengadoras manos,
hubiera yo borrado con su sangre
el baldón que a mi patria se le infiere,
pues el que ama a su patria siempre quiere
hacer morder el polvo a los tiranos.
Bien hace el general si en sus furores
me da muerte cruel, pues yo en su caso,
sus crímenes expiar le hubiera hecho
en medio de cruelísimos dolores;
mas siempre respetando su derecho,
si era noble su sangre, no le hubiera
hecho sufrir la muerte del villano
aunque otra más innoble mereciera.

No por eso me acojo a su clemencia,
pero con firme decisión declaro,
que no ha de ejecutarse esa sentencia
porque es indigna de mi honor preclaro.
Exijo que a los nobles decapiten:
lo exijo, ¿lo entendéis?, porque es infame
el hacerles morir en una horca:
que hagan caer cabeza por cabeza,
pues nunca miedo nos causó la muerte;
pero en la horca, ¡jamás!, que de esa suerte
manchada quedaría mi nobleza.

VÍCTOR. (*Queriendo salir.*)

Yo al general transmitiré obediente
todas vuestras palabras; diligente.
Vendré pronto a traeros su respuesta.

MARQUÉS.

Aguardad, comandante,
pues tengo otra misión que confiaros.
Hasta aquí solamente ha hablado el hombre
que su nobleza secular concilia
con la muerte a que se halla condenado:
hoy os habla con ánimo esforzado
el que es el heredero de un gran nombre,
el que es el jefe de una gran familia.
No sé si la desgracia o la fortuna,
es de Dios el designio tan profundo
hicieron que al nacer viniera al mundo
en una noble y elevada cuna.
Mis abuelos su vida consagraron
a enaltecer su raza esclarecida,
y en cadena jamás interrumpida
para darle más lustre trabajaron.
En las alas del tiempo, llegó un día
en que de esa familia fui el primero,
y llegué a ser el último heredero
de su antigua nobleza e hidalguía.
Entonces quise enaltecer mi nombre
continuando afanoso aquella obra,
pues nunca, a la verdad, están de sobra
la gloria y los honores en el hombre.
Tranquilo, de la muerte esperé el día,
sin un temor que vacilar me hiciera:
para que la obra secular siguiera,

un hijo, un heredero ya tenía.
De venganza cruel en el exceso
mi existencia cortar que ya declina,
tanto es como tronchar la vieja encina
que ya se dobla por su propio peso.
Pero si de mi hijo en la cabeza,
del general se cumple la amenaza,
tanto es como extinguir mi noble raza
que respira vigor y fortaleza.
Yo su vida reclamo: yo, su padre;
yo que mi noble raza represento,
no quiero que se acabe en un momento
sólo porque a un tirano así le cuadre,
de tantos siglos inmortal la obra;
pues lo mismo sería
si muerte a mi hijo vuestras manos dieran,
que si los rayos de oro se extinguieran
del sol radiante en la mitad del día.

VÍCTOR. Señor, lo que pedís es imposible:
MARQUÉS. Cómo imposible:
VÍCTOR. Al menos lo presiento:
de sangre el general está sediento
y es su carácter duro e inflexible.

MARQUÉS. Decidle que le ofrezco mis tesoros
para que su ambición quede saciada;
que si aún mi existencia fuera mía,
por salvar esa vida tan preciada
mi existencia también le ofrecería.
Que se me salve del dolor no exijo:
si yo quiero la vida de mi hijo
no es porque soy su padre, que en tal caso
también la de mi Clara pediría;
sino porque de mi hijo con la muerte
mi raza secular se extinguiría.

VICTOR. Tenéis mucha razón, y me apresuro
a hablar al general, aunque preveo
que cumplir no querrá vuestro deseo,
pues es su pecho, cual la roca, duro.
Os lo digo, señor, porque es muy triste
que alentéis esperanza halagadora:
si esperáis que él acceda, y se resiste,
entonces sufriréis aún más que ahora.

MARQUÉS. ¡Ah! ¡si resiste...! Entonces, comandante,
ya que en este vil mundo
no rigen la justicia ni el derecho,
y lo más santo el crimen despedaza,
decid al general, que de mi raza
la muerte objeto de sus ansias vea;
mas de mi raza en nombre y en el mío
¡una y mil veces maldecido sea!

VÍCTOR. Viene aquí el general; vos mismo habladle.

MARQUÉS. ¡Nunca! ¡nunca! Mi frente no se humilla;
¡cuando él es mi verdugo y mi tirano,
yo, noble castellano,
no mancharé las glorias de Castilla
dirigiendo la voz a ese villano! (*Váse.*)

ESCENA VII

VÍCTOR Y EL GENERAL

VÍCTOR. Perdonad, general, de hablaros tengo;
aquí solos estamos, ¿dais permiso?

GENERAL. Ya podéis empezar, pero os prevengo
que séais breve y por demás preciso.

VÍCTOR. El marqués pide como inmensa gracia
que no echéis una mancha en su grandeza:
si sufre resignado su desgracia
no tolera un borrón en su nobleza;
se resiste a morir en horca infame
indigna de los grandes de Castilla,
y en su nombre me pide que os reclame
la decapitación que no amancilla.

GENERAL. El buen marqués se muestra cuidadoso
de su honor, con la horca no se aviene.

VÍCTOR. Un caballero noble y generoso
su honor en más que la existencia tiene.

GENERAL. ¿Ya acabásteis, o pide todavía
algo más el rebelde?

VÍCTOR. No consiente
que se olvide su nombre en solo un día,
ni se extinga su raza prepotente;
y os ruega, conmovido y desolado,

que la vida dejéis a su heredero.
No desoigáis su ruego acongojado.
¡Mirad que os lo suplica un caballero!
Sufre con calma su dolor prolijo;
pero os ofrece todo su tesoro
porque la vida concedáis a su hijo,
que heredará su nombre y su decoro.

GENERAL. ¡Y sus tesoros el marqués me ofrece!
Decid a vuestro noble caballero
que ya todo a la Francia pertenece:
su oro le tengo ya: su sangre quiero.
Todos fueron inicuos y traidores.

VÍCTOR. Señor, la compasión os aconsejo.

GENERAL. Nunca olvidéis que yo a mis servidores
obediencia reclamo, y no consejo.

Reflexiona y dice luego con cruel alegría.

Un medio habrá de que la horca evite
Y no muera su raza esclarecida:
a su hijo Juan concederé la vida
con tal que él a los otros decapite.

VÍCTOR. ¡Horror! ¡qué proponéis! ¡queréis que sea
un hijo, de sus padres el verdugo!
¡y que mate a su hermana...!

GENERAL. Esta es la idea
que a mi clemencia justiciera plugo.

(*Ap.*) El temor de que muera la traidora
a quien ama, le vuelve dulce y tierno.

VÍCTOR. (*Ap.*) ¡Él su verdugo! ¡Idea aterradora!
Nunca más negra la forjó el infierno.

GENERAL. Aunque inicuo tirano se me llame
hoy la bondad mi corazón rechaza:
o mueren todos en la horca infame
o Juan es el verdugo de su raza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. A la izquierda se ve la horca. El tajo se supone que se halla en el interior, a la derecha.

ESCENA I

Marqués, Marquesa, Juan, Clara, luego Víctor

CLARA. Hasta el umbral de la muerte
el destino al fin nos trajo;
¡aquí la horca... y allí el tajo!
¿Cuál ha de ser nuestra suerte?
MARQUÉS. ¡Víctor llega! ¿qué decís? (*A Víctor.*)
MARQUESA. ¡Pronto, hablad, por compasión!
CLARA. ¡Cielos! horrible emoción
se conoce que sentís.
MARQUÉS. ¿Qué ordena la suerte ingrata?
JUAN. ¡No puede haber pesadumbre
mayor que la incertidumbre!
MARQUESA. Hablad, la duda nos mata.
VÍCTOR. El general, inflexible
puso condición terrible
para salvar a vuestro hijo.

La familia dice con ansiedad estas frases. Víctor responde vacilando y haciendo pausa..

MARQUÉS. Acabad; no me estremezco
ante el dolor más penoso.
JUAN. Seguid.
VÍCTOR. ¡Esto es espantoso!
¡Oh Dios! ¡por qué no enmudezco!
MARQUÉS. Me tenéis en la tortura.
MARQUESA. ¡Hablad, en nombre del cielo!
VÍCTOR. No me culpéis si os revelo,
vuestra horrible desventura.
Halló en su rabia tremenda
una idea aterradora,
para que no muera ahora
la noble raza de Menda.
Que la horca evitéis permite,
y a Juan perdonar le plugo,
con tal que él, como verdugo,
a todos os decapite.
MARQUESA. ¡Oh! (*Cae desplomada sobre un banco.*)

CLARA. ¡Qué escucho, Dios eterno!
MARQUÉS. ¡Malvado! ¡Maldito sea!
JUAN. ¡Con esta horrorosa idea
tiembla espantado el infierno!
VÍCTOR. Cumplí mi amarga misión;
¡oh Señor! ¡no me culpéis!
MARQUÉS. Que conozco ya sabéis
vuestro noble corazón. (*Pausa.*)
VÍCTOR. Puesto que me perdonáis;
señor, un favor aguardo
que me hagáis, antes de que
vuelva de mi jefe al lado.
MARQUÉS. Lo que os plazca, noble Víctor,
pues ya bien sabéis en cuanto
os estimo.
VÍCTOR. Agradecido
os estoy en alto grado.
Quiero que me permitáis
a solas un breve rato
quedar con vuestra hija; tengo
que hablarle de asuntos arduos,
que os atañen.
MARQUÉS Si otro fuérais,
por Dios debiera negarlo;
mas quien como vos mostróse
tan cumplido y tan hidalgo,
cuando eso viene a pedirme
debe, a fe mía, alcanzarlo.
Os conozco, y la conozco;
su honor está bien guardado,
vos nada podéis decir
que ella no pueda escucharlo.
Más cuando la majestad
de la muerte, va aumentando
el fulgor de su belleza,
el pudor de su recato.

La Marquesa, Clara y Juan que habían formado un grupo aparte, se hacen una señal de despedida. Quedan solos Clara y Víctor.

ESCENA II

CLARA Y VÍCTOR

VÍCTOR. Yo os amo, Clara, y aunque os cause enojos
os lo debo decir en esta hora,
pues por Dios que no quiero que traidora
venga a cerrar la muerte vuestros ojos.
Decidme que me amáis, seréis mi esposa,
y de la muerte vil sabré arrancaros,
viviré únicamente para amaros
y en lugar de morir, seréis dichosa.

CLARA. ¿Me proponéis salvarme?

VÍCTOR. Y os ofrezco
todo mi corazón, mi vida entera.

CLARA. ¡Y a mi familia dejaréis que muera!
Tanto amor, comandante, os agradezco.

VÍCTOR. Imposible es seguir otro camino
cuando se opone la contraria suerte;
si yo puedo arrancaros a la muerte,
no puedo, no, luchar con el destino.
Al general le pediré de hinojos,
si me dáis vuestra mano, vuestra vida.
Cuánto vuestra existencia me es querida
le dirán con sus lágrimas mis ojos.

CLARA. ¿Y ese precio ponéis a mi existencia?
¡Ah! dejadme morir.

VÍCTOR. ¿Será posible
que vuestro corazón esté insensible
y carezca de amor y de clemencia?
Compadecedme por mi amor profundo,
con toda el alma fervoroso os amo,
y desde el borde de la tumba os llamo
para daros de amor inmenso un mundo.
Resignada os halláis al sacrificio
y mi alma se halla de dolor transida;
si vos morís, y quedo yo con vida
es más grande que el vuestro mi suplicio.

CLARA. ¡Yo no puedo vivir si mueren ellos!

VÍCTOR. La vida es el amor.

CLARA. También la muerte:
he de inundarme cuando quede inerte
del amor celestial en los destellos.

VICTOR. Vivid, vivid, vuestra existencia quiero
unida a vuestro amor.
CLARA. Si él es la vida,
como mi alma por él ya se halla herida
creed que viviré si veis que muero.
VÍCTOR. ¿Qué habéis dicho?
CLARA. Escuchad: la hora postrera
muy pronto llegará, y en esa hora,
puedo decir sin parecer traidora
que... yo... os amo.
VÍCTOR. ¿Me amáis?
CLARA. ¡Dejad que muera!
VÍCTOR. No; mi esposa seréis: mi alma se ensancha.
El general os dejará la vida.
CLARA. Una mujer cual yo, jamás olvida
que amar al invasor es una mancha.
Muero amándoos también; mas si algún día
saliese de vuestra alma un solo acento
a revelar mi oculto sentimiento,
vergüenza en mi sepulcro sentiría.
VÍCTOR. Clara, unámonos.
CLARA. ¡Sois un insensato!
¿Creéis acaso que la vida os pido?
¿Creéis que ahora mi deber olvido
de mi amor en el férvido arrebato?
¿Creéis que si en el borde no me hallara
de la tumba, mi amor así os dijera?
VÍCTOR. ¡Sois muy cruel!
CLARA. ¿Creéis que si viviera,
que me habláseis de amor os tolerara?
VÍCTOR. ¡Vos no me amáis, pues preferís la muerte!
CLARA. ¡No excite vuestro ruego mis enojos!
¡Por Dios, no os rebajéis ante mis ojos!
Con dignidad suframos nuestra suerte
hoy debe rechazaros la que os ama.
VÍCTOR. No tenéis compasión del que os adora.
Respondedme, por Dios.
CLARA. Llegó la hora;
¡Salid Víctor, la tumba nos reclama!

Clara le dirige una mirada expresiva sin contestar y luego exclama dirigiéndose a donde salió la familia. Toque de clarín.

ESCENA III

MARQUÉS, MARQUESA, CLARA Y JUAN

MARQUÉS. ¡Hijos, esposa querida!
MARQUESA. ¡Esposo!
CLARA. ¡Padre!
JUAN. ¡Señor!
MARQUÉS. ¡Compañeros de dolor
más queridos que mi vida!
¡oísteis del general
ya, la sentencia inflexible!
MARQUESA. ¡Sentencia inicua!
CLARA. ¡Terrible!
JUAN. ¡Fallo monstruoso, infernal!
MARQUÉS. El francés, por infamarnos
quiere que en horca expiremos;
¿os resignáis?
MARQUESA. ¡No podemos
con la infamia resignarnos!
CLARA. ¡La muerte es gloria preciada,
me amedrenta la mancilla!
JUAN. La nobleza de Castilla
no puede morir ahorcada.
¡Sentir al cuello el dogal,
ser al espacio elevado,
y bambolear colgado
como ruin criminal!
No, jamás: el invasor
en su mente de odio llena,
ha excogitado la pena
más negra y llena de horror.
Da el odio sabiduría,
hace prodigios e inventa,
une al tormento la afrenta
para aumentar la agonía.
Mas evitar es urgente
que se realice esa pena:
que nos mate, en hora buena,
pero que no nos afrente.
MARQUÉS. ¡El destino es inflexible!
Esperar... vana quimera.

Nos persigue suerte fiera,
nos rodea el imposible.
Y no ha de ser en verdad
que los hijos y la esposa,
al francés, con faz llorosa,
vayan a pedir piedad.

MARQUESA. Sella el labio, a tal baldón
la muerte preferiría.

JUAN. Más vale una muerte impía
que un humillante perdón. (*Pausa.*)

MARQUÉS. ¿Tendréis el valor bastante
para otro dolor cruel,
si puede evitarnos él
morir de muerte infamante?

JUAN. ¡Por grande que ese dolor
sea, yo lo arrostraré!

MARQUESA. ¡Yo resistirlo sabré!

CLARA. No me faltará valor.

MARQUÉS. ¡Remedio entonces el mal
tiene; la infamia evitamos!

MARQUESA. ¿Cuál es ese medio? ¡Vamos!

MARQUÉS. El que indica el general.

CLARA. ¡Qué horror!

MARQUESA. Posible no es.

MARQUÉS. No hay más; lo que a él le plugo:
que tú seas el verdugo,
hijo, de nosotros tres.

JUAN. ¡Que infame verdugo sea
de mis padres, y mi hermana!

MARQUÉS. Sí tal.

JUAN. ¡Idea villana!

CLARA. ¡Padre, tu razón flaquea!

MARQUÉS. Mi razón no se oscurece,
me doblego a mi destino;
sigo el único camino
que ante mis ojos se ofrece.
Por el francés, decidida
se encuentra ya nuestra suerte,
o a todos se nos da muerte
o queda alguno con vida.
¿Por qué si él nos muestra el medio
nuestra raza ha da acabar?

¿Hemos de menospreciar
este salvador remedio?

JUAN. (*Con vehemencia.*) Porque hay que comprar la vida
hollando amor y deber.
¡Porque si vivo, he de ser
fraticida... y parricida!

MARQUESA. ¡Horror! ¡Esos solos nombres
llenan el alma de espanto!

CLARA. ¡Esos crímenes, Dios santo,
son el terror de los hombres!

MARQUÉS. ¿Crímenes?... en este caso
Ser crímenes no podrían:
¿Sin Juan, no nos matarían?
¿Manda él nuestra muerte acaso?
Si él no nos mata, seremos
por cualquier verdugo ahorcados,
llenos de oprobio, infamados,
y todos pereceremos.
Si él nos mata, vivirá
evitándonos mancilla,
y en la historia, y en Castilla,
mi raza no acabará.
Mi raza tiene la historia
de la nobleza más alta:
¡nada grande en ella falta,
ni aun el cetro, ni aun la gloria!
¿Y habría de perecer
en tan infame suplicio,
cuando por un sacrificio
puede vivir?... ¡No ha de ser!

MARQUESA. Lo que nunca ser podrá,
es que hagas de un hijo mío,
un monstruo de horror impío;
no puede ser... no será.

MARQUÉS. ¡Monstruo! Llámale mejor
héroe excelso, sin segundo,
como no le ha visto el mundo,
como no habrá otro mayor.
De la historia las hazañas
que más conmueven los pechos,
acaso semejan hechos

de bárbaros sin entrañas;
y es porque en su vil esfera
no alcanzando a discernir,
no puede el vulgo medir
la grandeza verdadera.
Los héroes, cual raro ejemplo,
¿piensas se ven de maldad?
pues no, que la humanidad
les alza de gloria un templo.

MARQUESA. No me habléis de esa grandeza;
no me convencéis: en vano
se hace grande lo inhumano
que odia la naturaleza.
La muerte en glorias no fijo,
que es para mí cosa vana:
¿a sus padres, y a su hermana
queréis que mate mi hijo?
Esto es horroroso, atroz,
y si ante vos se encontrara,
de escucharos se asombrara
el salvaje más feroz.

MARQUÉS. ¡Vivirá mi raza pura,
aun a costa del horror!

MARQUESA. Eso ya no es el honor:
¡eso es quizá la locura!

MARQUÉS. ¿Nos mata Juan porque quiere?

MARQUESA. No.

MARQUÉS. Luego no es criminal
y la infamia del dogal
nos evita, y él no muere.
Se trata de que muramos
todos, o se salve alguno.

JUAN. Todos salvos, o ninguno;
¡la misma suerte corramos!

MARQUÉS. Tu amor de madre, su suerte
debe ahora decidir:
si tu hijo puede vivir
¿le condenas a la muerte?

MARQUESA. ¡Dios mío! Yo bien quisiera
para Juan vida y placer.

MARQUÉS. Luego no puedes querer

que pudiendo vivir, muera.
Que yo acepte no te asombre
esa idea, aunque me aflijo;
sin ella, muere mi hijo,
sin ella, muere mi nombre.
Si es aceptada, tú, y yo,
y Clara, sucumbiremos;
pero ahorcados no seremos
y él vivirá.

JUAN. ¡Por Dios, no!

MARQUÉS. Es inútil sacrificio
el de nuestro hijo adorado.
¡Que viva, ya que salvado
puede verse del suplicio!

MARQUESA. Justicia os asiste acaso...
¡quién sabe...! Mi pensamiento
se ofusca... aterrada siento
flaquear mi juicio escaso.
Es tal vez grande egoísmo
tal idea rechazar,
y a Juan querer arrastrar
con nosotros al abismo...
No sé en esta lucha ruda
qué hacer deba.

MARQUÉS. El tiempo urge.

MARQUESA. A cada momento surge
en mi cerebro otra duda.

MARQUÉS. ¿Que tu hijo se salve quieres?
Pues senténcialo a la vida.

MARQUESA. ¡Ver a mi hijo parricida!...

MARQUÉS. ¿Su muerte acaso prefieres?

MARQUESA. ¡Su muerte yo prefería!
¿No sabéis cuanto le amo?

MARQUÉS. Pues ese amor yo reclamo:
¡vas su suerte a decidir!

MARQUESA. ¡Yo decidir! ¡Cielo santo!
¡Rudo trance de la suerte!
¿He de dar yo vida o muerte
al hijo que quiero tanto?
¿Qué madre ha de condenar
a la muerte al hijo amado?

MARQUÉS. Si rehusas, de contado
que tú le vas a matar.

MARQUESA. En tal caso es un dislate
que me exijáis su sentencia;
¡le condeno... a la existencia!
¡Que no muera! ¡que nos mate!
Al borde de tal abismo
su amor de razón me priva:
antes que todo, que viva...
a costa del crimen mismo.

JUAN. Madre, ¿qué decís?

MARQUESA. Quizás,
si no me mata el horror,
Dios me otorgará valor.

JUAN. ¡Madre!... ¡Padre!... ¡no jamás!
Yo poner infame mano
en mis padres y en mi hermana...
¡no, nunca!... ¡acción tan villana
excede al crimen humano!

MARQUÉS. ¿Juzgas tal vez que al suplicio
escapas para gozar?
No, Juan, te vas a salvar
para mayor sacrificio.
Mi alma con horror rechaza
la extinción de mi memoria;
vive y conserva la gloria
de mi nombre y de mi raza.

JUAN. Si yo mi raza asesino
¿cómo la puedo salvar?

MARQUÉS. Tú no nos vas a matar
pues que nos mata el destino.
Conságrame hoy esta ofrenda
de amor, y en tus descendientes
vivirán siempre patentes
los claros timbres de Menda.
Vive, Juan, pues tengo miedo,
no a morir, sino al olvido...
con lágrimas te lo pido.

JUAN. ¡No puedo, padre, no puedo!

MARQUÉS. ¡Vive, y serás salvador
de mi raza esclarecida!

JUAN.
(*Pausa.*)
MARQUÉS.

Para quitaros la vida
yo nunca tendré valor.
Hijo, de rogar cansado,
ya se agotó mi paciencia;
tú me debes obediencia
y resistir te es vedado;
El ruego, pues, acabó;
¿lo entiendes? ¡Aunque te apene,
has de hacer lo que te ordene,
y ordeno que vivas!

El Marqués se desespera y dice al fin cambiando de tema.

JUAN.
MARQUÉS.

¡Oh!
¡Pues de la obediencia el yugo
te obliga, aunque mal te cuadre,
de tu hermana, padre y madre
serás hoy mismo el verdugo!

JUAN.

¡Padre, tened compasión!
¡No puedo, fuerza me falta!

MARQUÉS.

¡Tu resistencia me exalta
y me turba la razón!
Pues bien, si resistes, mira:
moriré lleno de agravios,
con la blasfemia en los labios
y en el corazón la ira.
De pasiones criminales
henchido, sin fe, sin calma,
presa vendrá a ser mi alma
de las furias infernales.
Y lleno del frenesí
que inspira Satán maldito,
ha de ser mi último grito
para maldecirte a ti.

JUAN.
MARQUESA.

¡Oh! ¡Piedad!
Tened la impía
lengua.

CLARA.
MARQUÉS.

¡Padre! ¡Dios eterno!
Sí, yo invocaré al infierno
en tu contra, y en la mía.

JUAN.

¡Yo maldito! ¡Nada ya
iguala a mi desventura!

MARQUESA.

Obedece... Si es locura
el justo Dios lo sabrá.

CLARA. Accede, por Dios, hermano,
así lo quiere la suerte;
será más dulce la muerte
si me viene de tu mano.

MARQUESA. Sacrifícate hijo mío,
te lo suplico.

JUAN. ¡Señor!,
cese ya vuestro furor,
¡no me maldigais impío!
Pues vuestra orden me obliga,
obedecer es mi afán;
pero bendecidme...

MARQUÉS.(*Con solemnidad.*) Juan,
que Dios, cual yo, te bendiga. — Toque de clarín.

ESCENA IV

MARQUÉS, MARQUESA, CLARA, JUAN, VÍCTOR, EL GENERAL, AYUDANTE Y SOLDADOS.

GENERAL. ¿Estáis ya decididos?

MARQUÉS. A la suerte
adversa, general, nos doblegamos;
mas quisimos tener gloriosa muerte
y vuestras condiciones aceptamos.

GENERAL. A fe no desmentís vuestro linaje
ni aun al sufrir el trance de un castigo:
como soldado os rindo este homenaje;
no hay mengua en alabar a un enemigo.
Pero pasmado al ver tanta entereza,
quisiera contemplar cómo caería
esa terrible, indómita cabeza,
lustre y decoro de la España un día.
¡Pardiez! tal espectáculo conviene
a los ojos tranquilos de un guerrero,
que ante vosotros impasible viene
como un inexorable justiciero.

MARQUESA. ¡Suerte cruel!

CLARA. ¡Oh! ¡Dios!

JUAN. Y esto es posible:

MARQUÉS.(*con dignidad*) ¡Exigir de nosotros tal afrenta!
¡Qué nueva execración vuestro odio horrible

contra el vencido realizar intenta!
¡No, nunca, general, aunque exaltara
vuestro furor, mi noble negativa!
No nos veréis morir aunque inventara
más tormentos vuestra alma vengativa.
¿No os basta, general, el ser verdugo,
el idear suplicios monstruosos,
y queréis inclinarnos bajo el yugo
de caprichos odiosos?
En gentes de mi estirpe y mi hidalguía,
es el honor un sentimiento fijo;
por tanto, inútil insistir sería;
retiraos; lo exijo.

GENERAL. Muy lejos va, marqués, vuestra arrogancia:
mas no me habéis acaso comprendido:
órdenes doy, y quiero su observancia:
¿consentiréis?

MARQUÉS. ¡Jamás! ¿lo habéis oído?

VÍCTOR. ¡Basta, señor, asombro me ha causado
vuestra insistencia atroz, y aunque os ofenda,
tanta crueldad inútil me ha indignado!
En los ojos tenéis tupida venda,
y el olor de la sangre os da mareo;
hondamente me extraña
que realicéis vuestro infernal deseo.

GENERAL. Ya, comandante, la pasión es ciega:
tolero ese lenguaje impertinente,
porque quiero saber a dónde llega
vuestra audacia insolente.

VÍCTOR. ¡No puedo consentir una vileza;
debo hablar, aunque ruede mi cabeza!
¡Ah! ¡qué lección a la vencida España
va a dar, señor, la Francia generosa!
Nuestra nación que por la Europa entera
hizo radiar la idea luminosa
en águila inmortal de su bandera;
que hizo a los siervos todos levantarse
al nivel de sus amos y señores,
y al mundo, ebrio de júbilo agitarse
viendo en Oriente nuevos esplendores;
que aquí mismo, indignada,

borró la inquisición y sus horrores;
esa nación, oh general, condena
vuestra conducta pérfida, extraviada:
si está de indignación vuestra alma llena,
si ley de guerra castigar ordena,
a lo menos, señor, que la justicia
no se vista de horrores un ropaje:
de la crueldad inútil la delicia
dejad para el salvaje.

GENERAL. ¡Callad! No estoy para escuchar sermones,
la disciplina os manda obedecerme
no censurar osado mis acciones.

CLARA. (*Ap.*) ¡Noble alma!

MARQUÉS. No queráis salvado verme,
Víctor, ni lo demando, ni lo quiero.

JUAN. Gracias; mas no es posible.

VÍCTOR. Soy piadoso,
humano corazón en mí palpita,
y es mi honor quien me grita
que lo que va a pasar es horroroso.

GENERAL. ¡No puedo consentir tamaño exceso!
¿Un subalterno así se me rebela?
¡Soldados! ¡Pronto, aquí! Llevadle preso.

Varios soldados se acercan a Víctor. Éste vacila, se miran él y Clara y luego lo llevan.

MARQUÉS. Mi alma turbada todo lo recela.

CLARA. (*Ap.*) Adiós, Víctor.

JUAN. ¡Valor!

MARQUÉS. ¿Y bien, ahora?...

GENERAL. Ya veis que puedo todo, y que mi gente
ha sido en cien combates vencedora.
Nada subyuga al ánimo valiente.

MARQUÉS. (¡Es tenaz, a fe mía! su entereza
GENERAL. (*Ap.*) no se doblega nunca.) No se oculta
Marqués, a mi atención vuestra firmeza
a la desgracia mi furor no insulta.
Cúmplase la justicia, y si arrogante
supo ser siempre un noble de Castilla,
no se turbe su pecho ni un instante
al dar el cuello a la fatal cuchilla. (*váse*)

ESCENA V

EL MARQUÉS, MARQUESA, JUAN, CLARA Y SOLDADOS
QUE ASISTEN A LA EJECUCIÓN A LAS ÓRDENES DEL AYUDANTE.

MARQUÉS. Ya estamos a la puerta de la muerte;
su sombra por doquiera nos circuye;
mas si su golpe el cuerpo nos destruye
no puede doblegar nuestra alma fuerte.
(A Juan) Cumple, pues, hijo mío,
tu terrible deber con entereza;
evoca de tu raza el poderío,
levántate al nivel de tu grandeza.
(*A la Marquesa y Clara*) No en lágrimas inútiles bañadas,
os inclinéis ante el dolor profundo;
si morís con valor, no tendrá el mundo
más alto ejemplo de almas esforzadas.
JUAN. ¡Si cumplo mi destino tan siniestro
me matará la pena aterradora!
MARQUÉS. (*Con entereza.*) Serás verdugo nuestro;
si te mata el dolor, muere en buena hora.
JUAN. ¿Por qué no caigo inerte
antes de convertirme en parricida?
Podréis vosotros resistir la muerte;
¡mas yo no puedo resistir la vida!
MARQUÉS. ¡Para estériles quejas es muy tarde!
¡Cumple con tu misión gloriosa y ruda!
No me atormentes con la horrible duda
de que he tenido un vástago cobarde.
JUAN. ¡Vamos!
CLARA. ¡Vamos!
MARQUESA. No creas que desatas
con tu mano los lazos de mi vida;
ya estoy de muerte herida:
me matará el horror si no me matas.
CLARA. ¡No te aflijas por mí! Gozosa muero;
la muerte es la suprema bienandanza:
feliz me hará tu mano; yo no quiero
vida sin esperanza.
MARQUÉS. Marchemos a la muerte; yo el primero.
Si tu misión a término se llega
del cielo te enviaré mis bendiciones;

si no resistes la horrorosa prueba,
que caigan sobre ti mis maldiciones.

Se dirigen Juan, Clara, la Marquesa y el Marqués, hacia la derecha, donde se supone que está el tajo. Un momento después se oye el golpe del hacha y vuelve a salir Juan horrorizado. Trae el hacha y la mano ensangrentadas. Movimiento de horror en todos los circunstantes.

MARQUÉS. (*Dentro.*) ¡Ah! ¡Por piedad! Por compasión, matadme
CLARA. (*id.*) ¡Padre... Madre. Dios mío!
JUAN. (*Fuera*) La sangre de mi padre. (*A los soldados*)
¡Destrozadme!
¡Soy un monstruo de horror, un monstruo impío!
CLARA. (*Dentro.*) Si me amas, por piedad, mátame luego.
JUAN. (*Entrando.*) Más sangre todavía (*Golpe de hacha.*)
MARQUESA. (*Dentro.*) ¡Hija! ¡Clara!
JUAN. (*Saliendo.*) ¡Estoy ciego!
¡Mi mente se extravía!
¡Oh! ¡Qué horroroso mar de sangre y fuego!
¡Más víctimas aún! Mi alma rabiosa
a un abismo de crímenes se lanza,
tengo sed de matanza.
¡Madre mía! ¡la vida tú me diste!
Me entregaste a los males de la suerte;
yo te haré una merced que es menos triste:
voy a darte la muerte.

Entra y sale precedido de la Marquesa delirante y frenética, horrorizada. Juan tiene el aspecto de la demencia más completa. Gestos de horror y alegría.

MARQUESA. ¡No; nunca! ¡Eso es horrible!
¡Hijo de mis entrañas!
¡Que mates a tu madre es imposible!
¡Si me matas, la cólera provocas
con tu crimen, del cielo soberano!
Sí, yo debo morir, mas no a tu mano;
mi cráneo romperé contra las rocas.

La Marquesa se precipita por lo más escabroso de las rocas, dejándose caer al valle. Grito de horror de todos. Aumenta la locura de Juan.

AYUDANTE. (*Asomándose al valle.*) ¡Muerta!... ¡y hecha pedazos!
¡Horror!
JUAN. ¡Mi cráneo estalla!
¡Ansia horrible de sangre me avasalla!

¡Já! ¡já! ¡Bello es matar! ¡Que sea eterno
este inmenso placer! ¡Ah! ¡Me sofoco!
¡Si ya no he de matar, trágame, infierno!

AYUDANTE. ¡Está loco!... ¡Está loco!...

JUAN. (*En el colmo de la locura.*) Mi ensangrentada mano
trocar al hado en parricida plugo;
nada mancha mi honor de castellano,
aparte de la sangre de mi padre...
¡Soy patriota, soy héroe... y soy verdugo!

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE

	Pág.
ANTONIO ZARAGOZA EN EL GRUPO DE LA REPÚBLICA LITERARIA	9
SIETE VISIONES DE ZARAGOZA	15
POESÍA	
A MI PATRIA	26
EL ARPA	27
CÓMO LA AMÉ	29
MEDITACIÓN	30
LA GUERRA CIVIL	33
CREACIÓN	36
¡MUDO!	38
A DOLORES	39
JUÁREZ	40
EL CAUTIVO	45
DESLUMBRAMIENTO	49
EN LA MUERTE DE MI AMIGO JUAN M. BERMÚDEZ	51
TRAS LA TEMPESTAD	56
AL EMINENTE ACTOR DON JOSÉ VALERO	57
A LA INSIGNE ARTISTA SALVADORA CAIRÓN	59
A JUAN REIG	62
¡ADELANTE!	63
EN UNA ESCUELA	66
SIN TI	67
LONTANANZA	68
LASCIATE OGNI SPERANZA!	69
ROMEO DIONESI	71
LO QUE ES AMAR	73
A LA DISTINGUIDA ARTISTA EMILIA LEONARDI	74
EN LA TUMBA DE ESPIRIDIÓN CARREÓN	76
5 DE MAYO	78
PRESENTIMIENTO	82
EN LA MUERTE DE LA SRITA. MARÍA ROSAS	83
BALADA BRETONA	85
LA ESPERANZA	86
EN LA MUERTE DE LOLA CASTILLO Y RIVERA DE VALLARTA	88
A LA PATRIA	91
LO QUE DICE UNA CALAVERA	96
ALEJAMIENTO	97
NARCISO SERRA	98

Dante Alighieri	99
Rouget De L´isle	100
El Tasso	101
Napoleón	102
Núñez de Arce	103
Napoleón III	104
Entonces...	105
Llorar	106
Dos Errores	106
Ayer y Hoy	107
Al Maestro Miguel Meneses	108
En una Escuela Sostenida por Obreros	113
A A. S.	115
A la Eminente Trágica María Rodríguez	116
Las Siete Palabras	117
La Última Noche	121
Aceleración	125
Traición	127
El Alma y la Flor	128
Las Dos Muertes	128
¡Solo!	129
Amor Funesto	129
Huérfano	130
¡Pobre Padre!	130
El Hijo del Soldado	131
A Mariano Coronado	132
Visión	134
En la Distribución de Premios Del Hospicio de Guadalajara	137
¡Noche Buena!	140
A R. C.	144
En la Representación del Drama ¡o Locura o Santidad!	145
A M. R.	146
¡La Última Rosa!	147
Mater Dolorosa	149
¡Perdóname!	151
¡Acuérdate!	152
El Final de Lucía	154
Sin Esperanza	159
Tristeza	160
Mi Ángel	161
Vanitas Vanitatum	162
Contraste	164
Mala Venganza	164

Perdón y Olvido	165
¿Perdonarte?	166
En la Noche	167
Mes de María	170
Aparición	171
A Antonieta Antonietti	172
Tu Retrato	173
Tan Bella	174
Orgullo	175
Eugenio Sue	176
Miguel Ángel	177
Shakespeare	178
Soñando	179
Aromas	180
Destellos	181
Redención	182
Recuerdos de un Ave	183
Desaliento	187
El Ataúd	188
Safo	189
En la Solemne Distribución de Premios	
De las Escuelas Parroquiales	191
La Ventana Canto I	194
La Ventana Canto II	201
La Ventana Canto III	208
¡Ven!	215
Bellini	217
Guadalupe	218
A los Niños	222
En la Lucha	225
Peregrinación	226
En el Álbum de la Srita. Emilia Otten	227
Lágrimas	227
En un Panteón	228
Tú	228
Aislamiento	229
Tu Amor y el Mío	229
En la Playa	230
Al Señor de la Misericordia	231
A Rosa	232
A Juan de Dios Peza	233
Mi Estrella	235
El Rosal	236

En el Álbum de la Srita. Eva Castaños 237
¡Miserable! 238
Olvidar... 238
En la Tumba de Juárez 239
Nuestro Amor 241
Sin Tempestades 242
Flores Marchitas 242
En el Álbum de la Srita. Susana Argüelles 243
Al Partir 243
Lo Más Triste 244
En el Monte 244
Siempre Solo 245
Tempestades 247
Lo que dicen las Olas 247
Ante el Mar 248
Altivez 250
A Una Ausente 251
En Alas del Dolor 253
Recuerdos 255

Cuentos

La Estatua del Apóstol 275
El Primer Beso 285
La Plegaria de la Muerte 297
Dolores 303

Teatro

El Verdugo 309

BIBLIOGRAFÍA

El Verdugo. Drama en tres actos, en verso, por Francisco Arroyo de Anda y Antonio Zaragoza, basado en la obra de Honoré de Balzac. Ediciones "Regeneración". Imprenta de Federico Echeverría. Guadalajara, 1882. 83 páginas. 17 centímetros.

Armonías. Poemas. Escuela de Artes. Tepic. 1882. 25 páginas. 15 centímetros.

Recuerdos. Poemas. Editor Francisco Arroyo de Anda. Escuela de Artes. Tepic, 1882. 25 centímetros.

Recuerdos. Poemas. Tipografía de Luis Pérez Verdía, a. c. de Ciro L. Guevara. Guadalajara, 1886. 17 centímetros.

La estatua del apóstol. Cuento. La República Literaria (marzo de 1887-marzo de 1888). Guadalajara.

El primer beso. Cuento. La República Literaria (marzo de 1887-marzo de 1888). Guadalajara.

La plegaria de la muerte. Cuento. La República Literaria (marzo de 1888-marzo de 1889). Guadalajara.

Dolores. Cuento. La República Literaria (marzo de 1889-marzo de 1890). Guadalajara.

Su silencio de Víctor Hugo. Traducción. La República Literaria (marzo de 1888-marzo de 1889). Guadalajara.

Balada de Víctor Hugo. Traducción. La República Literaria (marzo de 1888-marzo de 1889) Guadalajara.

Noche en el mar de Víctor Hugo. Traducción. La República Literaria (marzo de 1888-marzo de 1889). Guadalajara.

Versos. Colección completa. Ediciones de la República Literaria. Guadalajara, 1889. 313 páginas. 21 centímetros.

Veinte cuentos de literatos jaliscienses. Edición de El Heraldo. Guadalajara, 1895.

ZARAGOZA: Cuento, Poesía y Teatro
Compilador: Ernesto Flores

Se terminó de imprimir
en junio de 2004
en los talleres de
Editorial Emprendedores Universitarios
Av. La Paz 1430, Col. Americana,
C.P. 44100, Guadalajara, Jal.
Tels./Fax: (33) 3827-1796
E-mail: fiec@megared.net.mx

En su elaboración se empleó la fuente Garamond de 13, 18 y 24 puntos

La edición consta de 1000 ejemplares

Impreso en México
Printed in Mexico

GOBIERNO
DE JALISCO
PODER EJECUTIVO

SECRETARÍA DE CULTURA
JALISCO